



Todos te  
recordarán

ANDREU MARTÍN

ALREVÉS  
NOVELA NEGRA

# **TODOS TE RECORDARÁN**

**ANDREU MARTÍN**



# TODOS TE RECORDARÁN

Andreu Martín

ALREVÉS  
BARCELONA-2019



Andreu Martín (Barcelona, 1949) es escritor especializado en novela negra y policíaca desde que en 1979 publicó *Aprende y calla*. En 1980 recibió el premio Círculo del Crimen por *Prótesis*. Posteriormente, ha escrito numerosas obras del género que han sido galardonadas, como *Si es o no es* (con el Deutsche Krimi Preis International a la mejor novela policíaca publicada en Alemania), *Barcelona connection* y *El hombre de la navaja* (las dos con premios Hammett concedidos por la Asociación Internacional de Escritores Policiacos), *Bellísimas personas* (que, además del Hammett, también obtuvo el premio Ateneo de Sevilla) o *De todo corazón* (premio Alfons el Magnànim). Además, ha recibido el prestigioso premio Pepe Carvalho, en el festival BCNegra, que galardona toda una trayectoria —con ya más de un centenar de novelas—. Ha escrito también género erótico y novela infantil, donde, juntamente con Jaume Ribera, ha creado el personaje de Flanagan, cuya primera novela, *No pidas sardinas fuera de temporada*, recibió el Premio Nacional de Literatura Juvenil.

Santi Ortuño, un policía relegado al último rincón del último despacho, al trabajo burocrático más inútil, aburrido y despreciable de todo el cuerpo, aunque todavía no ha renunciado a su medalla con distintivo rojo y al reconocimiento que cree merecer. Su verdadera historia comenzará cuando conozca a Leire Alfaro.

Leire Alfaro, una cantante que se califica de eléctrica porque su complejo de Electra la impulsa a buscar amantes de edades superiores a la suya. No visitó a Ortuño buscando el amor sino buscando ayuda para aquel pordiosero que encontró en el metro, bajo la lluvia, que se llama Abdullah Fayad y con el que mantiene una relación indigna.

Abdullah Fayad trabaja en la tienda de los iraquíes, es buen fontanero, callado y tímido, reservado y misterioso, tal vez violento, posiblemente abducido por un imán yihadista que le habla al oído y busca a un terrorista suicida para que ejecute el atentado definitivo en Barcelona. ¿Es colaborador del policía Ortuño o es su rival y enemigo más feroz?

Y, si pensamos que Abdullah es el primer amante de Leire y Ortuño su segundo amante, ¿quién sería el tercer amante que la arrastra hacia la muerte?

A lo largo de la investigación de un asesinato, iremos descubriendo todos los detalles de tres peripecias que se trenzan en una espiral de amor y odio que avanza inexorablemente hacia una catástrofe que parece inevitable.

Primera edición: febrero del 2019  
*Para Josep Forment, siempre con nosotros*

Publicado por:  
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.  
Passeig de Manuel Girona, 52 5è 5a  
08034 Barcelona  
[info@alreveseditorial.com](mailto:info@alreveseditorial.com)  
[www.alreveseditorial.com](http://www.alreveseditorial.com)

© 2019, Andreu Martín  
© de la presente edición, 2019, Editorial Alrevés, S.L.

ISBN: 978-84-17077-97-6  
Código IBIC: FF  
Producción del ebook: [booqlab.com](http://booqlab.com)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*Esto es una novela, un libro de ficción, de manera que los acontecimientos y personajes que en él se describen son inventados, y, si se parecen a algo que ha sucedido o persona que haya existido es, como suele decirse, una feliz o lamentable coincidencia, según los casos. El lector bien informado tal vez identifique algunos incidentes aparecidos en la prensa: los he colocado para reafirmar la verosimilitud necesaria en un relato como este, que aspira, como todas las narraciones de ficción, a superar la realidad.*

*Debo agradecer la ayuda que he recibido, sobre todo de Sara Driel, Louis Díaz, Joan Miquel Capell y Miriam Swanson, que estuvieron en el origen de este relato. También he hablado con numerosos miembros de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado, tanto del Cuerpo Nacional de Policía como de la Policía Autonómica de Cataluña. Ninguno de los agentes que vino a comer conmigo a L'Amagatall quiere que su nombre conste en esta página de agradecimientos, pero yo debo reconocer su valiosa colaboración y no puedo evitar la mención expresa de un representante de los Grupos Especiales de Intervención (GEI), del Kódak de Medios Técnicos, de JMC, que me informó en nombre de los TEDAX, del inspector de Investigación que da apellido a mi protagonista y, sobre todo y con afecto infinito, a mi Policía de Cabecera, colaborador habitual de mi obra.*

# I

## PAPELES

Un rompeolas compuesto por bloques de hormigón enormes que se amontonan en desorden y penetran en un mar oscuro y alborotado. Las olas estallan con furia y salpican a los presentes.

El cuerpo está sobre uno de los bloques cúbicos, mojado, mirando a la derecha, con la cabeza destrozada por dos proyectiles. Uno le ha entrado por el occipucio y ha salido destrozándole el paladar, los incisivos, el labio superior y la base de la nariz; y el otro ha perforado la sien limpiamente, dejando un agujero del tamaño del dedo pequeño, lo que hace pensar en un 9 mm Parabellum.

No hay casquillos a la vista, lo que significa que el homicida los ha recogido, o tal vez se los haya llevado el embate de las olas.

El hombre es varón, de cincuenta y tantos, traje gris, camisa blanca, corbata de rayas.

Probablemente estaba en cuclillas, mirando el mar, acaso con melancolía, o de rodillas, «¡póngase de rodillas!», cuando le han disparado por la espalda. Quizás el ruido del mar haya impedido que oyera que se le acercaba alguien por detrás.

Un pescador que estaba situado unos cincuenta metros más allá, oculto por las irregularidades del montón de rocas, tenía el teléfono móvil en la mano cuando ha oído los disparos. Poniéndose en el borde del bloque de cemento que ocupaba, ha podido ver a un hombre en pie y a otro caído, como un bulto gris. Ha grabado el momento en que el hombre que estaba en pie levantaba la mano por encima de la cabeza y lanzaba al mar algo que ha causado una

visible salpicadura.

El hombre era alto y delgado, se cubría la cabeza con una gorra de lana hasta las cejas y vestía un abrigo tres cuartos de color oscuro, pantalones vaqueros y calzado blanco.

A continuación, el pescador ha dado un paso atrás para no ser visto. Unos instantes después, asomando cautelosamente por la parte superior de las rocas, ha podido grabar de nuevo al hombre alto, que se dirigía al otro extremo del rompeolas, donde ha montado en un Peugeot 206 de color verde pastel. Se ha alejado en dirección al polígono industrial que hay más allá, ya en zona urbanizada.

No había nadie más a la vista. Es evidente que el homicida debe de estar muy seguro de que nadie lo ha visto.

Una vez llegada la comitiva judicial, han establecido, a través de la documentación que llevaba consigo, que la víctima era Santiago Ortuño Carrero, de cincuenta y cuatro años, inspector del cuerpo de la Policía Nacional.

Hemos sido los Mossos d'Esquadra quienes hemos acudido a la llamada del 112, pero enseguida notificamos al juez que es costumbre que la investigación del homicidio de un policía se atribuya a compañeros de su propio cuerpo, ya sean de Homicidios o de Asuntos Internos.

Cuando llegan agentes de la Policía Nacional, nos retiramos.

Esto pasaba en sábado. El lunes siguiente, 26 de febrero, el juez de instrucción del 33, el señor Barabino Cuberes, convoca a su despacho al inspector jefe de la Unidad de Investigación de Mossos d'Esquadra. Cuando llega, junto al magistrado lo está esperando un inspector de la Policía Nacional que se esfuerza en demostrar que disimula una santa indignación. Mueve un poco la mandíbula, pero mantiene los labios apretados, como temeroso de que, si relaja un poco los músculos del rostro, pudiera salir a gritos la imagen más negativa de sí mismo.

—Esta mañana, alguien me ha dicho —empieza el magistrado, después de las cuatro fórmulas protocolarias de rigor— que Santiago Ortuño Carrero, el muerto de ayer, tuvo problemas con sus compañeros. —El inspector de la Policía Nacional niega con la cabeza, exasperado, pero calla—. Me han hablado de cuatro o cinco agentes del cuerpo que, en un juicio, comparecieron voluntariamente para declarar que era culpable de violación y de intento de

asesinato. A pesar de ello, la causa fue desestimada. No sé ni qué magistrado la llevaba. Dice que Ortuño se metió en un tema de terrorismo yihadista, cuando no le correspondía; y que tuvo una trifulca con estos compañeros suyos, que lo lesionaron de forma que últimamente se le vio con muletas. No sé qué hay de verdad en esos rumores, habrá que pedir informes a Recursos Humanos y a Asuntos Internos de la Policía Nacional para ver qué sucedió. En definitiva, para más seguridad y ecuanimidad, creo que será mejor que sean los Mossos quienes lleven el caso. Quería que estuvieran presentes los dos para asegurarme de que entienden bien mis motivos.

El inspector de la Policía Nacional se muestra disconforme, a pesar de que su veteranía tiene que haberle enseñado que, en una situación como esta, toda resistencia es inútil. No obstante, lo han obligado a encajar la humillación y, por dignidad, se siente en la obligación de protestar.

Nada que hacer.

Cuando salen del juzgado, el caso Ortuño es de los Mossos.

\* \* \*

Santiago Ortuño mira a la camarera frunciendo los ojos, como si tratara de ver algo muy lejano. Arruga el rostro con una mueca que anuncia un discurso tan original que nadie lo ha pronunciado nunca antes y será difícil de formular y prácticamente imposible que lo entienda la pobre chica limitada que lo escucha.

Dice:

—Ponme un cortado corto de café, largo de leche, la leche caliente y de soja, con azúcar moreno.

La camarera, por un instante, no sabe si se trata de un borracho temprano o simplemente de un cliente que pide un cortado. Es un tipo alto y bien plantado, atractivo, con un punto de veteranía que garantiza firmeza y seguridad en sí mismo, boca apetitosa, hombros anchos, y el toque conservador de la corbata que puede hacer pensar en un comportamiento de caballero. Habla un castellano grave, muy ensayado, de doblador de cine, de actor un poco demasiado afectado. Antes de girarse hacia la cafetera, la chica lo premia con un repaso de pies a cabeza.

—Perdona —dice él—, ¿cómo te llamas?

No obtiene respuesta. Unas manos finas y huesudas ponen la taza en su sitio, accionan lo que tienen que accionar y mana el líquido negro y humeante.

—Perdona —repite Santi Ortuño.

La chica lo mira por encima del hombro.

—Me tienes deslumbrado. ¿Te han dicho alguna vez que eres irresistible?

Ella sonrío, aparta la vista y se dedica a calentar la leche que hay en una jarra metálica. ¿Seguro que es leche de soja? Añade un poco a la taza de café, que ha puesto sobre un plato. No parece que haya procurado que el producto sea largo de leche y corto de café. Y la bolsita que deposita sobre el plato, junto a la cuchara, es de color blanco, como si no pudiera contener azúcar moreno.

Con gesto relajado y rutinario, se vuelve hacia Ortuño, que continúa contemplándola, obsesionado.

—Es tu boca —dice, con un gesto que quiere dar trascendencia a cada una de sus palabras—, o tus ojos, la manera de mirar, no sé, pero me hace volver a mi adolescencia. Paf. —La chica levanta la vista y sonrío. ¿De qué va este pavo?—. Un flechazo. —A la chica «flechazo» le parece palabra antigua, de libro—. ¿Te molesto? —La camarera mueve la cabeza en sentido negativo, como si estuviera pensando que hay gente que no tiene remedio—. ¿Eres liberal o más bien reprimida?

La pregunta ilumina la mirada de la camarera y él puede comprobar que tiene unos ojos muy bonitos, rebosantes de sorpresa y miedo. Es el momento del impulso final, el ataque frontal, el ahora o nunca.

—¿Tienes novio? Es que me han entrado unas prisas que no es normal. Una necesidad. Una descarga de feromonas. Yo es que soy de sexo fácil. ¿Y tú?

—No —responde la camarera—. Yo no soy de sexo fácil.

—¿No tendréis, por ahí detrás, algún rinconcito donde podamos echar un polvillo rápido?

La chica lo mira, ahora incrédula, niega con la cabeza para expulsarlo de su vida y lo ignora por siempre jamás. Algún otro cliente reclama su presencia y huye precipitadamente en aquella dirección.

Santiago Ortuño permanece un rato apoyado en el mostrador, sonriendo soñador, como disfrutando de lo que podría haber sucedido. Bebe de un golpe la mierda de cortado y del bolsillo saca un puñado de monedas. Tendría que llamar a la chica para preguntarle qué se debe, pero se lo impide una especie

de vergüenza inconfesable que le da siempre que se permite este pequeño juego, y además ya sabe el precio de la consumición porque es habitual del establecimiento. La nueva es ella. Ya se acostumbrará a tratar con él. Algún día caerá.

Deja sobre el mostrador el doble del precio del cortado y sale a la calle muy satisfecho de sí mismo. Se detiene para sacar del bolsillo un paquete de Marlboro, extrae un cigarrillo con parsimonia de persona muy importante y lo enciende como si todos los focos y las cámaras de Hollywood estuvieran pendientes de él.

El bar se encuentra en un chaflán. Tuerce a la derecha. Cuando pasa delante de los mossos d'esquadra que montan guardia en una salida lateral de la comisaría, hace una mueca de asco, pero mira hacia el otro lado de la calle para que no lo vean y para no tener que devolverles la cortesía si lo saludasen. Llega a la puerta principal de aquella especie de cuartel que comparten los dos cuerpos policiales. Catapulta la colilla sin mirar si le da a alguien o no. Dentro ya hacen cola una serie de ciudadanos antes de depositar sus pertenencias en una bandeja y someterse al control del marco detector de metales. Santi Ortuño se siente privilegiado porque no tiene que pasar el trámite. Ni siquiera tiene que identificarse, ni mostrar la placa. Todo el mundo lo conoce. Al pasar junto al guardia de seguridad, le dice alegremente: «Eh, segurata», porque sabe que no le gusta. Le parece de lo más divertido hacer enfadar a la gente. Quien lo conoce sabe que es muy bromista.

Comparte el ascensor con cinco o seis personas adormiladas o enfurecidas o hipnotizadas por el terminal móvil. Unas se quedan en el piso del Servei Català de Trànsit; el grupo que queda, multirracial, sube con él hasta el cuarto piso. Ortuño cuenta cinco y piensa que es una multitud, que no puede ser que todos vayan a verlo a él. Está a punto de preguntarles dónde van y advertirlos de que necesitan cita previa, pero no lo hace, claro. Se limita a mirarlos como intrusos molestos. Tres negros y dos indios.

Desembarcan ante un mostrador de recepción encima del cual cuelga un letrero donde se puede leer: «BRIGADA PROVINCIAL DE EXTRANJERÍA Y FRONTERAS».

Aquí también le parece que hay más gente de la cuenta. ¿Qué está pasando hoy? En el banco adosado a la pared, una pareja de sudamericanos espera con papeles en la mano y con el corazón en un puño. Seguramente, han establecido

cita previa y son los únicos que tienen derecho a estar aquí y ser atendidos, pero el mostrador está ocupado por una mujer que está hablando con Elisa en voz muy alta.

Al guirigay, los que subían con él en el ascensor añaden sus preguntas a los que ya esperaban. Estos les notifican que se necesita cita previa y que solo puede obtenerse por Internet.

Ortuño dirige a la funcionaria una mirada de indignación: «¿Qué coño está pasando hoy aquí?», pero no se detiene, porque no está dispuesto a participar en una trifulca con mujeres chillonas. Se fija, de paso y de reojo, en el culo de la mujer que protesta. Eso le impide percibir la turbación de Elisa, que le ha enviado una ojeada de auxilio.

Zapatos de tacón de aguja y piernas de curva armoniosa con medias de costura a la vista que sube falda arriba hacia un culo tal vez demasiado plano. Es menuda como una miniatura, pero se hace mirar gracias a la melena caoba, a la blusa de topos negros sobre blanco y a la chaqueta roja, peluda y despeinada que abraza con la mano izquierda.

Está diciendo que no tiene cita previa:

—... No, no tengo cita previa, y ya sé que no es así como se hacen las cosas. Pero ustedes tampoco tienen tanto trabajo. El mío es un caso excepcional. Es lo primero que le he dicho. ¿No es lo primero que le he dicho? Le he dicho: «Ya sé que no es así como se hacen las cosas». Y ahora usted me dice: «No es así como se hacen las cosas». ¡Si es lo primero que le he dicho! Por eso quiero hablar con su jefe. A lo mejor él tiene un poco más de flexibilidad y libertad de movimientos...

Ortuño acelera el paso, atraviesa la zona de mesas, ordenadores y funcionarios ociosos y llega a la puerta del fondo, donde una placa anuncia: «INSPECTOR SANTIAGOORTUÑO». Entre la palabra «inspector» y el nombre y apellido hay un espacio suficiente como para que quepa la palabra «jefe» que tanto anhela. «Inspector jefe.» Piensa presentarse otra vez a las próximas oposiciones. A ver si por fin lo consigue. Esta placa se la hizo poner él. La pagó de su bolsillo.

Abre y entra.

Incluso él percibe el olor a humo. Abre la ventana para que se airee. Aspira el aire fresco y oxigenado de la calle.

Se sienta en la butaca giratoria, detrás del escritorio. Se dice que, como no

reaccione pronto, la mujer de la blusa de topos se irá.

Descuelga el auricular del teléfono y pulsa un botón.

Se pone Elisa, con tono agudo exasperado.

—Dígame.

—Soy yo. ¿Qué está pasando?

—Aquí —con la dificultad de hablar, sabiendo que la afectada la está escuchando—, que solicitan una TIE. Sin cita previa. No se preocupe. Ya me encargo yo.

—No. Dígale que pase.

—¿Le parece?

—Sí, me parece.

Se apoltrona en el sillón y arruga de nuevo el rostro con aquel gesto interesante de actor que sabe que lo están fotografiando. Se acaricia los labios con el dedo índice.

Llaman a la puerta.

Ortuño se prepara. Atención.

—Adelante.

Entran Elisa y la mujer menuda. La primera, asexuada y domesticada, de ojos tristes y vencidos, encorvada como un lacayo temeroso del bastonazo, y la segunda, como si tuviera que comerse el mundo, la boca enorme, devoradora, pintada de rojo como una herida sangrienta, y un escote en uve que muestra un canalillo de pechos comprimidos. Pasa de los veinticinco pero no llega a los treinta, y eso la convierte automáticamente de mujer a chica en el criterio de Ortuño, de objeto decorativo en presa de caza. Elisa sujeta una carpeta amarilla con veneración, y la chica mira descaradamente a los ojos. A Santi Ortuño le parece una presencia perturbadora. Le dificulta la respiración.

—La señorita Leire Alfaro ha hecho el...

La señora Leire Alfaro interrumpe a Elisa sin contemplaciones. A Elisa no le importa, porque está acostumbrada a que la interrumpan.

—Leire Alfaro, para servirle. ¿Usted es el que manda?

—Inspector Ortuño.

Leire se sienta al otro lado del escritorio y cruza las piernas. Ortuño piensa que es una descarada. Probablemente prostituta. Probablemente sudamericana. Probablemente fácil.

Elisa le entrega la carpeta. El policía la abre y se encuentra con un papel donde Abdullah Fayad autoriza a Leire Alfaro Otamendi para que realice cualquier tipo de trámite oficial en su nombre. Adjunto, viene un pasaporte iraquí.

—La señorita Leire Alfaro ha hecho el...

—Está bien, está bien —la corta Ortuño—. Cierre la puerta cuando salga.

El titular del despacho abre el pasaporte. La foto le muestra un chico joven, moreno y de ojos prominentes, como asustados.

—Necesitaré una fotocopia de este pasaporte para quedármela — murmura, muy profesional. Y a continuación—: Abdullah Fayad.

—Sí, señor.

—Iraquí.

—Sí, señor.

—Supongo que ya le han dicho que solo atendemos con cita previa.

—Y yo no tenía cita previa, pero cuando he llegado no había nadie. Su subordinada estaba haciendo un sudoku y detrás de ella había otro hombre leyendo el periódico...

—Eso a ti no te importa. —El tuteo suena muy duro.

Ortuño se decide a clavar su mirada más penetrante e inteligente en los ojos grandes, brillantes, infantiles, vulnerables de la chica de la blusa moteada. ¿Diría que usa pestañas postizas?

—O sea, que esto no es para ti —sentencia.

—No, señor —confiesa ella, dispuesta a continuar hablando.

—Tiene que venir el interesado personalmente.

—Sí, pero es que antes quería hablar con usted porque se trata de un caso excepcional.

La mirada de Ortuño es penetrante e insistente, cargada de intenciones. Frunce los ojos, como si mirara a la lejanía, y aparenta una confusión que le traba la lengua.

—¿Ah, sí?

Sabe que aquella mirada tan intensa incomoda a la chica.

—O sea, que tú vienes a pedir una TIE para este Abdullah.

—¿Una qué?

—Una TIE, Tarjeta de Identidad de Extranjero.

—Nosotros lo que queremos es un permiso de residencia y un permiso de trabajo.

—Una TIE. ¿Y ya tienes NIE?

—¿El qué?

—NIE. Número de Identidad de Extranjero. Para obtener la TIE, primero necesitas el NIE.

—Mire...

El inspector está levantando una ceja, como si hubiera aprendido el arte de conquistador en la escuela de Clark Gable.

—¿Cómo has dicho que te llamas?

—Leire Alfaro.

—Perdona, pero me tienes deslumbrado. ¿Te han dicho alguna vez que eres irresistible? —Leire tuerce la cabeza como un perrito atento a las instrucciones del dueño—. Es tu boca, o tus ojos, no sé, tu manera de mirar, pero desde que has entrado en este despacho me has hecho volver a mi adolescencia. Paf. Es increíble. ¿Cómo se dice? Un flechazo. ¿Te molesta que te hable así?

A ella se le encienden los ojos y la sonrisa en una expresión de agradable sorpresa. Parpadea. Tiene unas pestañas increíbles. Le gusta oír las palabras halagadoras y las entiende como una invitación a un juego divertido. Su risa tal vez sea un poco burlona o acaso sarcástica, pero no es de rechazo, ni insultante.

—No, no, hable como quiera. Lo que pasa es que no me ha visto las orejas. —Sin perder la sonrisa, aborda el tema que realmente le interesa—. Volviendo al tema que nos interesa, necesito un permiso de residencia para mi pareja, pero con trámite de urgencia.

—Hablas de este Abdullah Fayad, ¿no?

—Sí. Y entró aquí de manera ilegal. Y ya sabemos que podría salir, arreglar los papeles y volver a entrar, pero no es el caso. No es viable. Lo que yo quiero proponer es un procedimiento urgente y extraordinario. O extraordinario y urgente, como usted quiera. Su subordinada no me ha querido ni escuchar. Por eso le he pedido que me permitiera hablar con usted.

—¿Es tu novio?

—¿Abduh? Mi pareja. Sí.

—Pues ya te adelanto que el trámite de urgencia más efectivo es el matrimonio. Cásate con Abdullah y ya tendréis lo que queréis.

Leire cabecea y suspira, cansada de oír siempre la misma canción.

—Ya me lo ha dicho su subordinada, pero no es la solución.

—¿Él no quiere casarse?

—Yo. Yo no me quiero casar. No es el momento. —La chica se intranquiliza—. No, no. Francamente, no veo futuro en nuestra relación. Pero no quiero romper con él y dejarlo en la calle, como lo encontré.

Ortuño reprime la sonrisa. Tiene el campo libre. Y no piensa dejar escapar esta oportunidad.

—¿Es moro?

—Es iraquí.

—Quiero decir: debe de ser celoso, ¿no?

—Este no es el tema.

—No, no, claro que no. No quería meterme donde no me llaman. Lo que quería decir es que, si es iraquí, como dices, puede alegar que viene huyendo de una zona de guerra como es ahora Bagdad. Que diga que es suní, y que la policía de Bagdad sospecha que colaboró en algún atentado y lo buscan para matarlo. Entonces, si acredita que lo persiguen o que está en situación de peligro, yo le puedo conseguir una entrevista. Con intérprete y abogado de oficio, si lo necesita. De hecho, soy yo quien decido si admito o no la documentación para su estudio, o sea que podría ayudarte...

—No, no, no. Yo ya he estado pensando en ello y...

—¿Tú eres liberal o eres más bien reprimida?

La chica vuelve a reír a gusto. Es evidente que se siente complacida y solo haría falta un pequeño empujón para que aceptara cualquier tipo de proposición. Ahora mismo, Ortuño piensa que podría probar. Incluso se plantea si a la chica le gustará más hacerlo en el suelo o sobre la mesa. Pero cuando Leire cierra los ojos dos segundos, en un parpadeo que es como una muralla, Ortuño entiende que no es el momento, que ella ha venido con un propósito y no va a permitir que la desvíen de su recto camino, y que, si el policía insiste en ir por otro lado, no van a llegar a ninguna parte.

—Mire. Si me permite que se lo explique...

Ortuño se apoya en el respaldo de la butaca, en un movimiento de

distanciamiento, como quien da un paso atrás para contemplar una obra de arte desde una perspectiva más amplia, y dice:

—Explíquese.

\* \* \*

Leire Alfaro Otamendi entra en la ARI (Área Regional de Investigación) de la Travessera de les Corts el viernes, 9 de marzo, trece días después del asesinato de Santiago Ortuño.

Es una chica menuda, de veintisiete años, con el pelo negro muy corto que le endurece las facciones. Lleva un vestido color violeta de corte *vintage*, con falda por debajo de las rodillas, zapatos amarillos de tacón y una chaqueta también amarilla en el brazo.

—Usted es la cantante, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo es? ¿Sandunga?

—Sandunga, sí. Sandunga y los Rottweilers.

—Leí que ha estado triunfando por Italia.

—¿Triunfando? No. ¿Dónde ha leído eso?

—Siéntese, siéntese. No sé. En el periódico. No era una noticia muy destacada, pero lo decía.

—No estoy triunfando. Apenas empiezo. Hemos hecho una gira por Italia porque he tenido suerte.

—¿Cómo fue? ¿Tiene amigos en Italia? ¿Conocidos? ¿Contactos?

—No, no, no. Nada de eso. Cosa de mi representante. Este diciembre pasado se me presentó la oportunidad de una actuación en Nochevieja en un hotel de la costa de la Toscana, un pueblo turístico que se llama Viareggio. No pagaban mucho, porque solo era una actuación, pero te cubrían los viajes y había unas pequeñas dietas adicionales, y pude convencer a mis músicos y nos fuimos. Al dueño del hotel, que es un empresario importante, le gustamos mucho...

—¿Cómo se llama el dueño del hotel?

—No lo sé, no me acuerdo. Algo así como Fenoglio. Sí: Carlo Fenoglio.

—Continúe, continúe, por favor.

—No, no quiero distraerles.

—No nos distrae. Por favor. Tengo mucha curiosidad.

—Pues a Carlo Fenoglio le gustó mucho nuestra actuación. Y nos propuso hacer una gira durante el Carnaval, en febrero. Por el norte de Italia hay unas cuantas ciudades famosas por sus carnavales, como Venecia, por ejemplo. En las dos primeras semanas de febrero, del 5 al 18, hicimos Turín, en el Magno Hotel; Milán, en la Disco Rimsky; Venecia, en la Sala Garbage, con los fastos del carnaval de la ciudad, que son la hostia, y acabamos el Mardi Gras en Viareggio, en el Mambo Nero. Y el jueves, 15 de febrero, ya estábamos en Génova, donde embarcamos en el crucero *MSC Sinfonía* y allí actuamos en el trayecto de Génova, Marsella y Barcelona.

—Ahí es nada. Una gran experiencia, supongo.

—Una experiencia. Pero ¿esto era de lo que querían hablar?

—Bueno, queríamos hablar de todo un poco. Supongo que está informada de la muerte del inspector Santiago Ortuño...

—Como veo que toma notas de todo esto de mi viaje...

—Sí. Todo nos interesa en la investigación de homicidios. Estamos tratando de reconstruir las vivencias del inspector.

—Sí, pero mi gira...

—Tenemos entendido que usted y él mantuvieron una relación.

—Bueno, una relación... Es como hablar de mi triunfo por Italia. Una manera un poco exagerada de ver las cosas.

—Nos consta que usted fue a ver al inspector Ortuño para conseguir los documentos de la legalización de un iraquí llamado Abdullah Fayad en nuestro país. ¿Es así?

—Sí, es así.

—¿Usted y el inspector Ortuño se conocían previamente?

—No. Fui a verlo porque él estaba en Extranjería y me pareció que debía de ser el más indicado para ayudarme.

—Y se presentó en su despacho y le dijo que conocía a ese iraquí llamado Fayad...

—Sí.

—¿Cómo conoció a ese Fayad?

—Bueno, fue un impulso, una casualidad, una extravagancia, no sé cómo

decirlo...

—Explíquese.

\* \* \*

Leire conoció a Abduh a la salida del metro de Liceu, una noche que volvía del ensayo ahogada por el disgusto y el llanto.

Llàtzer, el clarinete del grupo, se había echado atrás.

Aquel era el día en que tenía que trasladarse al piso de Leire para instalarse definitivamente. Sin embargo, al final del ensayo —al final, que no al principio—, después de una sesión incómoda y cargada de presagios funestos, de miradas esquivas, de sonrisas falsas y efímeras, de distanciamiento inexplicable, Llàtzer le había dicho que lo había estado pensando y que a lo mejor no estaba preparado y que necesitaba un poco más de tiempo, que se le había olvidado que precisamente aquella noche tenía un compromiso.

Leire le había dicho que no importaba, que ya se buscaría otro clarinetista, que ya le había parecido que últimamente perdía facultades y que el grupo no se lo podía permitir, y que seguro que les iría mejor un teclista para el disco que querían grabar. O sea que no hacía falta que volviera al próximo ensayo.

Lo dejó boquiabierto y boqueando como un pescado y se fue, firme como siempre, dura como el granito, endureciendo el rostro para reprimir el llanto.

Tenía preparada una cena de bienvenida. Servilletas limpias, los cuatro platos supervivientes de la vajilla mexicana, aperitivo a base de anchoas y ajos crudos en salmuera. Ensalada de tomate, feta y orégano; pechuga con la receta de cebolla caramelizada que le enseñó su padre; naranja con oporto, vino tinto de quince euros y una hierba de efectos espectaculares. Y en medio de la mesa, candelabro con vela romántica.

Se fue directamente a casa. Tomó el metro, línea verde, y cuando se disponía a salir de la estación de Liceu, tuvo que pararse en seco, como el resto de los pasajeros, porque llovía a cántaros. También había ido a la peluquería para estar guapa aquella noche. La gente bajaba las escaleras encogida y empapada hasta el tuétano.

Abduh estaba sentado en los escalones, a un lado, como si no quisiera estorbar el paso pero estorbando de todas formas. La miraba con aquellos ojos

tan bonitos, grandes, casi demasiado grandes, de bóvido rumiante de pensamientos profundos. Ella, entregada a la compleja operación de ponerse bajo el brazo la carpeta de partituras y entre las piernas el atril que había tenido la mala idea de llevarse —pero es que no sabía lo que se hacía— para dedicarse a buscar el paraguas en el fondo del bolso, entorpecida por la guitarra que llevaba colgada del hombro.

Se encontraron sus miradas y quedaron trabadas. Los dos a punto de espetar: «¿Tú qué miras?», pero incapaces de apartar la vista. Ella, contrahecha por la sujeción de partituras y atril y una mano hundida en el bolso que sujetaba con la otra.

Él dijo, en un castellano aprendido recientemente:

—¿Me puedes dar una moneda? Me la gastaré en comida.

Leire reposó su mirada en aquella otra que le pareció llena de bondad. Encontró al fin el paraguas plegable en el fondo del bolso. Decidió que aquel chico le gustaba. Era alto, delgado y relajado. Los codos sobre las rodillas, las manos entrelazadas en una plácida oración, encogido y aterido de frío porque, aunque era el mes de junio, la lluvia refrigeraba la atmósfera. Llevaba una camiseta sucia y mojada, con el lema «J'peux pas j'ai pizza». Necesitaba una ducha. ¿De dónde salía?

—Tengo la cena preparada —dijo, casi sin querer—. ¿Quieres venir a mi casa?

A Abduh no se le notó la sorpresa. Solo parpadeó lentamente y exhibió por primera vez su sonrisa benévola con un brillo de dientes blancos. No sabía qué decir. Le faltaban palabras. Ensanchó la sonrisa y se puso en pie.

Leire abrió el paraguas. Los dos muy juntos, tenían frío, pegados el uno al otro, transmitiéndose calor humano, subieron las escaleras bajo la intensa lluvia. Salieron a unas Ramblas brillantes y espléndidas, sin miedo porque todavía no las habían violado los yihadistas. Recorrieron la calle Sant Pau.

—¿Cómo te llamas?

—Abduh. ¿Y tú?

—Leire.

—¿Cómo?

—Leire. Me llaman Sandunga.

—¿Sandunga?

—Sí.

—¿Tocas la guitarra?

—Estoy aprendiendo. Lo mío es cantar. Soy la vocalista de un grupo de música. Sandunga y los Rottweilers. ¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Qué haces?

—Nada.

Mantelería limpia, los cuatro platos supervivientes de la vajilla mexicana, aperitivo a base de anchoas y ajos crudos en salmuera. Ensalada de tomate, feta y orégano; pechuga con la receta de cebolla caramelizada que le enseñó su padre; naranja con oporto, vino tinto de quince euros y una hierba de efectos espectaculares. Y en medio de la mesa, candelabro con vela romántica.

—¿Sabes a quién te pareces?

—¿A quién?

—A Dorothy Gale.

—¿Dorothy Gale?

—¿No has visto *El mago de Oz*?

—¿*El mago de Oz*? ¿La película? Sí.

—Pues la protagonista.

—¿La protagonista?

—Dorothy Gale.

—¿Quieres decir Judy Garland?

—Dorothy Gale. La niña que tiene tres amantes. Yo soy los tres amantes de Dorothy Gale. El Espantapájaros que no da miedo, el Hombre de Lata Sin Corazón y el León Cobarde. Tres símbolos de vida y de muerte.

Hablaba con solemnidad, pero con un tono burlón y una luz en los ojos que demostraban que no se tomaba a sí mismo muy en serio.

\* \* \*

Leire suele desayunar cerca del mediodía en el bar de Juanito Maderas. Este Juanito Maderas es un pobre hombre que hizo fortuna al casarse con una caribeña que tomó las riendas de su vida, lo sacó de las drogas, del alcohol y del juego y lo obligó a fundar este bar que se llama Orión. Será por eso que el

establecimiento tiene el aspecto de una tasca de suburbio de país tercermundista, sin decoración de ninguna clase, el mostrador de madera, estanterías metálicas para las botellas, una cafetera del año del catapún, cinco mesas, veinte sillas y dos frigoríficos, uno de Coca-Cola y el otro de helados y pasteles, que son los únicos detalles de color y alegría. Mientras toma el café con leche y el cruasán, Leire coincide a veces con un argentino que dice que se llama Rodrigo Ascarello, a quien le gusta mucho coquetear con ella mientras empalma una *barrecha* con otra. Leire simpatiza con este charlatán, que, para cautivarla, le cuenta una historia diferente cada día. Hasta ahora, le ha dicho que es sobrino de un mafioso italiano y que se esconde en Barcelona con nombre falso porque lo busca tanto la policía italiana como una banda de asesinos profesionales para ajustarle las cuentas; y que iba para campeón de boxeo —o delantero centro del Boca Juniors, hoy una cosa y mañana otra— y que unos narcotraficantes le pegaron una paliza que arruinó para siempre su carrera; o que trabaja para las principales agencias de prensa de los magnates del Club Bilderberg enviando diariamente noticias cotidianas del barrio aparentemente sin importancia pero decisivas a la hora de perfilar la auténtica situación del país y elaborar las estrategias financieras y políticas que rigen el mundo. Leire se parte de risa y él se hace ilusiones porque siempre ha defendido el principio de «hazla reír y será tuya». No se pudo negar cuando la chica le pidió que le presentara a Nassib.

Rodrigo se pasa media vida delante de uno de los ordenadores del locutorio con servicio de copistería que regenta Nassib, marroquí que se hace llamar *el Moro* porque dicen que fue el primer magrebí que llegó al Raval y eso lo convirtió en el Moro por antonomasia. El argentino se pasa tanto tiempo en aquel establecimiento que ya dicen que el Moro y él son socios y se reparten a partes iguales los beneficios que les llegan de las grandes multinacionales. Nassib organiza cada viernes una tertulia en su tienda, ofreciendo té y *halwa* a los vecinos que quieran ir a verlo, o esa especie de donuts que se llaman *sfenj*. Dicen que hablan del Barça, porque Nassib es culé empedernido, pero también tocan otros temas, como la heroína que ha vuelto al barrio de la mano de los narcookupas, o de alguna agresión racista, o de los nuevos vecinos árabes que todavía no se han dado a conocer. Habituales de estas tertulias son los hermanos iraquíes Alí y Adnan Shaddad, que tienen una tienda entre la frutería y la peluquería de la esquina que se anuncia con el

letrero «REPARACIONES DEL HOGAR».

Nassib *el Moro* llevó a Leire a esa tienda y así ella pudo hablar a los Shaddad de otro iraquí, Abduh, que era muy simpático y podía ocuparse de recibir y captar clientes y atender al teléfono y recoger pedidos mientras los hermanos Shaddad estaban fuera, trabajando.

Los hermanos iraquíes lo aceptaron enseguida. Sin compromiso, con sueldo simbólico y la promesa de extras a medida que le encontraran más utilidad.

A partir de entonces, cuando pasas por delante de la empresa de los Shaddad, desde la calle, a través del cristal de la puerta, se puede ver a Abduh en la recepción hablando por teléfono o haciendo dibujos con unos lápices de colores que le ha regalado Leire. Son dibujos sencillos e ingenuos, pero muy graciosos, que ilustran una especie de poemas que improvisa con letra de palo.

*El Espantapájaros es un esqueleto de mentira,  
de huesos de madera,  
restos de paja,  
tripas de nada  
y guantes de payaso,  
que no da miedo ni en broma,  
no da miedo porque tiene miedo,  
tiene miedo porque no da miedo.  
Como el caracol que se esconde en casa  
y se convierte en piedra muerta,  
muerto de ida y vuelta,  
la seguridad que confiere  
negarte a ti mismo.*

Sorprendentemente, resultó que Abduh era muy buen fontanero, tan habilidoso a la hora de reparar las cañerías del agua como las instalaciones eléctricas más complicadas. Se ha acabado convirtiendo en pieza imprescindible del negocio de los iraquíes Shaddad. A menudo se lo llevan con ellos a la obra y, poco a poco, se va haciendo imprescindible.

\* \* \*

Ortuño sale de su estupor, inquieto por la sensación de que hace demasiado rato que su visitante está hablando y él no dice nada. Estaba embobado ante aquella boca que insta al beso. Hace rato que se dice que un hombre como es debido ya habría saltado por encima del escritorio para morder los labios de la chica hasta arrancarles sangre. Le enamora que los incisivos estén ligeramente separados. Dientes de conejita.

—Está bien —la corta—. Tu novio sabe arreglar váteres y poner bombillas. ¿Qué me quieres decir con eso? ¿Qué hay de excepcional en un fontanero?

Leire le perdona la urgencia con un parpadeo de pestañas inmensas y dice, como si nada:

—Que uno de los hermanos iraquíes que lo contrata es un imán yihadista y le está comiendo el tarro para convertirlo en terrorista.

Un silencio. Glup. Y después:

—¿Cómo has dicho?

—Lo que oye. Terrorista suicida. Y Abduh se lo puede contar todo. Puede ser su confidente. De primera mano, desde dentro. Y les puede ayudar a desarticular una célula yihadista antes de que actúe.

Ortuño se ha quedado sin palabras.

—Supongo —dice, rutinariamente, mientras cierra de forma mecánica la carpeta amarilla que tiene entre manos— que me estás hablando del Estado Islámico, antes conocido como Estado Islámico de Irak y Levante, y también como EI, ISIS, Dáesh, sí, sí, sí. Pero ahora todo el mundo lo llama solo Estado Islámico para abreviar. —Se está enrollando sin ton ni son—. ¿Me estás hablando de esto? Para que nos entendamos.

—Sí. Le estoy hablando de eso. Exactamente. Y he pensado que, a cambio, podrían darle el permiso de residencia, o de trabajo, o la tarjeta esta de la IE que me decía. Por eso le digo que es un caso urgente y excepcional. ¿Qué le parece? ¿Está contemplada esta posibilidad?

La respuesta tarda en llegar y el titubeo hace que Leire perciba su triunfo en el horizonte.

Ortuño deja la carpeta y se acoda en el escritorio. Afecta un tono

profesional, entrecerrando el ojo derecho para fingir que es un hombre inteligente e importante.

—A ver, a ver, a ver, explícame mejor eso de la célula terrorista. ¿Qué sabes tú?

—Abduh se pasa todo el día en la empresa de los iraquíes. Un día, al volver a casa, me contó que uno de los dos hermanos había estado hablando con él.

—¿El imán? —Ortuño manifiesta desconfianza.

—Pues sí, supongo que sí.

—¿Un imán que trabaja de albañil o de electricista? —No está dispuesto a creer lo primero que le sueltan.

—O no es imán, ni albañil, ni electricista —se insolenta Leire—. No lo sé. El caso es que empezó a calentarle la cabeza. Primero le preguntó si era musulmán, y Abduh le dijo que sí. Entonces el otro empezó a decirle que los occidentales cristianos putean a los musulmanes, que se niegan a legalizarlos para poder tratarlos como esclavos. Y le explicaba cosas que se tendrían que hacer según el Corán, y cómo cambiaría el mundo si ellos gobernaran siguiendo los postulados del profeta.

Ortuño tiene la sensación de que el asunto se está haciendo mucho más importante y complicado de lo que esperaba.

—Pero esto no significa nada. Solo son comentarios...

—Otro día, los dos hermanos iraquíes vinieron a casa por no sé qué del trabajo. Abduh me dijo que me quedara en la cocina, que no saliera ni para servir el té. No le hice caso, claro. Yo, a la mía, preparé el té y me presenté en el comedor por sorpresa. Estaban enseñando una tableta a Abduh y la escondieron, muy furtivos y azorados. Uno la agarró así, con las dos manos contra el pecho, y se volvió de espaldas a mí. Luego le pregunté a Abduh y me dijo que le estaban mostrando escenas de bombardeos sobre la población civil siria con armas químicas, y las barbaridades que hacen los israelíes en la franja de Gaza, e imágenes de soldados occidentales asesinando a musulmanes en Afganistán e Irak, y torturas a árabes encerrados en Guantánamo, acusados de terroristas sin pruebas, y atentados provocados por la CIA...

—Pero ¿tú lo viste?

—Me lo contó Abduh. Y también me contó que, cuando se produjo el atentado de las Ramblas, los iraquíes se pusieron de lo más contentos, lo

celebraron con risas y cánticos.

—Entonces no le han comido mucho el coco. Porque si le dicen que no se lo cuente a nadie y te lo cuenta a ti...

—No le están comiendo el coco. Quieren hacerlo, pero él no se deja. Es muy consciente de lo que ocurre. Por eso quiere colaborar con ustedes.

—Pero, pero, pero... Estas cosas no se hacen así. Necesito datos más concretos. ¿Explosivos? ¿Sabe algo de explosivos?

—No me ha hablado de ello.

—¿Planes concretos? ¿Están preparando algún atentado...?

—Todo eso es lo que puede averiguar para ustedes.

—Si no tienen explosivos, si no preparan ningún atentado...

—Yo no digo que no lo hagan. Digo que no lo sé, que Abduh puede averiguarlo. Además, ahora no le vamos a decir todo lo que sabemos. Si ustedes le prometen documentos a cambio de información, tendrán información, claro que sí. Pero ahora no tenemos ningún incentivo.

—Pero ¿dónde va a buscar esa información? ¿En la tienda de los iraquíes?

—Hay muchos sitios donde hacer preguntas. Ahora, Abduh va mucho por la mezquita...

—¿Antes no iba?

—No, y ahora sí que va, los viernes, y paga los cinco euros de limosna. Lo hace para quedar bien, para que lo vean, para tenerlos tranquilos. Tiene la sensación de que, si no lo hace, lo expulsarán de su trabajo. También le aconsejaron que rezara las diferentes oraciones de cada día, pero esto no lo hace, porque en casa no lo ven.

—Pero dices que a lo mejor la gente de la mezquita está implicada en esa célula.

—Yo no he dicho eso —se impacienta Leire, como si estuviera harta de oír tonterías—. El imán del barrio es una buena persona, un buen musulmán...

—Eso deja que lo decidan los expertos.

—En este caso, la experta sería yo, porque conozco al imán, he hablado muchas veces con él y puedo decir que es una buena persona. Predica la paz, la concordia, se basan en un método de razonamiento analógico, que es la Qiyas, uno de los tres puntos esenciales de la Sharia. Es un imán halal...

—¿Es un qué?

—Un imán halal. —Lo dice consciente de que no hay personas halal y personas haram, es una broma para comprobar que el policía no tiene ni idea. Repite—: Un imán halal, que es el contrario de un imán haram. O sea, que es bueno. Que no es malo. Que no predica la guerra, ni el asesinato, ni el robo, ni la autoinmolación. Pero doy por supuesto que todo esto que le estoy diciendo usted ya lo sabe. Es su obligación, ¿no?

—¡Claro, claro!

En este momento, a Ortuño se le ocurre que está perdiendo a su presa; que si no se anda con cuidado, Leire saldrá del despacho y no volverá a verla nunca más. Esta posibilidad se le hace insoportable y, para evitar la catástrofe, arquea la ceja, frunce un poco el rostro y mueve la mandíbula a derecha e izquierda preparando un discurso definitivo.

—¿Sabes por qué te estoy escuchando con paciencia durante todo este rato?

—Sí —responde Leire—. Porque está deslumbrado y porque me encuentra irresistible. Me lo dice todo el mundo cuando me pongo esta blusa. Aquello del flechazo. Paf. —Ha sacado una agenda de la bolsa y en una página escribe unas cifras. Suspira—. Mire, vamos a hacer una cosa. Este es mi número de móvil. —Arranca la hoja de la agenda y la deja sobre el escritorio, delante del inspector—. Llámeme si le interesa lo que le he dicho. Si no, iré a ver a otro cuerpo de policía, que a lo mejor me hará más caso.

—¿A los Mossos? —gime Ortuño.

Leire se levanta de la silla con una sonrisa que ahora es la joya más valiosa y codiciada del mundo. Tiende una mano fina, huesuda y frágil que Ortuño estrecha casi sin darse cuenta. Ella no la alargaba para despedirse, sino para recoger la carpeta amarilla que estaba sobre la mesa. Una mano enorme y fuerte acoge la manita delicada como un pajarito que, enseguida, se escabulle para recuperar la carpeta.

—Buenos días, señor Ortuño. Gracias por recibirme. Los Mossos o el FBI —añade alegremente, siempre en broma.

Da media vuelta y camina hacia la puerta con un balanceo que marea, y abre la puerta, y sale.

Se va. La está perdiendo.

—¡Los Mossos no podrán darle la Tarjeta de Identidad de Extranjero a tu novio!

La puerta se cierra sin que se produzca ninguna última ojeada de despedida.

Nada.

Ya no está.

El inspector Ortuño recupera la respiración con un suspiro profundo.

\* \* \*

Hace años, cada puerta de esta calle era un bar lleno de mujeres de alquiler, humo de tabaco, luces rojas, alboroto enfermizo, condones, gonorrea, caras de asco, carcajadas groseras, tocamientos descarados, miradas desdeñosas, y las aceras y la calzada estaban ocupadas por una multitud de mirones, macarras, clientes indecisos y chorizos. Cuando Barcelona tuvo que ponerse guapa para las Olimpiadas del 92, el ayuntamiento mutiló la calle derribando sin piedad cuatro manzanas ruinosas y siniestras y, en su lugar, dejó una plaza dura, con bancos de piedra apabullados por el sol, y un edificio de diseño, con ascensor y plantas de plástico en el vestíbulo, que pretendían hacer olvidar un pasado de miseria, humillación y delincuencia. En uno de los apartamentos de este edificio moderno y flamante, al que denominan el Bloque Nuevo, es donde vive Leire, una de tantas personas del centro que, con vocación de lumpen, han empezado a asomar la nariz por aquí. Gran contraste entre las paredes desconchadas de los hombres y las mujeres que visten chándal y ropa de mercadillo y los cristales y el hormigón impolutos de los bienvestidos que aterrizan por aquí como los antropólogos reapeinados que visitan a los indígenas de Papuasias. Ahora, el noventa por ciento de los bares han cerrado, nadie ha tenido la imaginación suficiente para volver a abrirlos, y las mujeres de alquiler, el humo de tabaco, los condones, la gonorrea, las caras de asco y las miradas desdeñosas se han esparcido por la acera y se han mezclado con los macarras y los chorizos; parece que ya no hay clientes indecisos, la multitud de mirones lúbricos ha sido sustituida por el porcentaje correspondiente de los catorce millones de turistas fotografiando con sus iPhones todo lo que se menea o se está quieto, y el resultado es una población de muertos vivientes que no saben volver a casa.

En el interior de la carnicería halal de Muhammad El Bakkali, destaca la indumentaria chillona de Leire. Lleva un chaquetón de peluche rojo, falda de

tubo y zapatos de tacón de aguja. Bajo el chaquetón, una escotada blusa de topos negros mostrando canalillo. Tiene las manos ocupadas por una huevera con media docena de huevos, un paquete de arroz basmati y un frasco de mermelada casera que dicen que hace la mujer del Muhammad.

Abduh entra en el establecimiento, donde solo se vende carne de animales sacrificados según los ritos prescritos por el Corán, la única que pueden consumir los buenos musulmanes. También venden productos de primera necesidad como agua, leche, aceite, azúcar, sal y especias muy valoradas por los marroquíes como la canela, el comino, el jengibre, la pimienta negra, el sésamo, el cilantro o el azafrán; productos selectos como las aceitunas de Meknes, los limones de Fez o pan de cebada, o comidas propias de la gastronomía marroquí que cocina la señora El Bakkali.

Abduh dice:

—Dorothy.

No se besan. Nunca se han besado en público. Leire no sabe cuál es el límite del pudor de un iraquí expuesto a la opinión de sus vecinos y nunca ha querido ponerlo a prueba.

—Dorothy.

Leire lo mira. No le gusta que Abduh la llame Dorothy, y él lo sabe. A la mañana siguiente del día en que se conocieron, en la cama, desnudos entre sábanas arrugadas, él dijo:

—No me gusta tu nombre. —Que no es la frase más afortunada después de una espléndida noche de sexo—. Leire es un nombre falso, postizo. Tú no eres vasca. Y tampoco me gusta Sandunga, que es un nombre de broma. Te llamaré Dorothy. Como Dorothy Gale.

—Ya puestos, podrías llamarme Dorita, que es el nombre de Judy Garland en la versión española.

—No, Dorita tampoco me gusta. Serás Dorothy, y yo seré tus tres amantes. El Espantapájaros, el Hombre de Lata y el León.

—Llámame como quieras y yo te contestaré cuando quiera.

Ja, ja. Era broma, claro. Al principio, todo era broma. Ahora ya empieza a estar hasta las narices de las referencias constantes a *El mago de Oz*. Por si Abduh todavía no se ha dado cuenta, lo mira como si acabara de contar un chiste sin gracia.

Muhammad El Bakkali es un hombre alto y gordo, de aspecto feroz, con un

bigote que se le derrama por las comisuras y acentúa su expresión terrible. En cuanto ve a Abduh, lo señala con índice apocalíptico desde lo alto de la tarima que hay al otro lado del mostrador.

—¿Qué haces tú aquí? —grita en árabe.

—Déjalo —intercede Leire con tono ligero—, que no te ha hecho nada.

—¡Es iraquí! ¡Trabaja con los iraquíes!

Detesta a los iraquíes porque sabe que son extremistas, que siempre están protestando contra el racismo, exagerando una situación que a él le parece que no es tan insoportable, y dando una imagen agresiva que, según el carnicero, no hace más que complicar las cosas.

—Ni siquiera es pariente de los iraquíes —le replica Leire, riéndose para demostrar que nadie puede tomarse en serio su actitud—. Solo trabaja para ellos. Es un asalariado.

Apaciguado por la chica, Muhammad abandona su agresividad, pero no se queda tranquilo.

—Está bien. —Y añade en árabe, para mantener a la mujer al margen—: Pero piensa que te estoy vigilando. —Adopta de nuevo la actitud de tendero atento a su clientela—. Bueno, ¿qué querías, Leire?

—No pasa nada —murmura Abduh, sin dirigirse a nadie, muy manso, como si el hombretón se hubiera disculpado.

—No, espera, Muhammad —dice Pilarín—, perdona, que yo todavía no había terminado. Tienes que ponerme un paquete de medianas de cordero y cuatro cocas de estas. ¿Cómo se llaman?

—*Rghaif*.

—¿Cómo se pronuncia?

—*Rghaif*.

—¿*Rghaif*?

—No. *Rghaif*.

—Vale. Pues cuatro cocas de estas. —Pone sobre el mostrador un paquete de tónicas y un limón—. Y esto también.

Pilarín es una vecina que también vive en el Bloque Nuevo, en la escalera de al lado de donde está Leire, y no cae simpática porque no hace ningún esfuerzo por caer simpática. Por el barrio únicamente la ven de vez en cuando, por lo visto viaja mucho. Es muy reservada, va a lo suyo, como si no hubiera

nadie más en el mundo, y no contesta a las preguntas de los cotillas que se interesan por su vida. No debe de tener más de cuarenta años, es rubia teñida, vive sola y viste muy decorosa, con gafas, el pelo recogido, la chaqueta gruesa abrochada hasta el cuello con botones que parecen volantes de coche, y pantalones largos, grises, de franela. Todo el mundo supone que debe de trabajar en una multinacional con sedes distribuidas por todo el mundo. No se entiende qué hace en este barrio lleno de fulanas baratas y al principio la catalogaron de rara y se hicieron todo tipo de suposiciones, pero ahora ya la han aceptado como a una vecina más y nadie le hace caso.

Mientras da un paso atrás y espera, Leire recuerda que hoy es día de celebración y anima el rostro para adelantarle un titular a Abduh:

—Eh, que tengo buenas noticias.

A Abduh le encanta su sonrisa inmensa. Acerca la oreja. Ella susurra:

—Me parece que pronto tendrás TIE.

—¿El qué?

—TIE. Tarjeta de Identificación de Extranjeros. Permiso de residencia. Permiso de trabajo. La legalidad.

Excelentes noticias. Tan buenas que Abduh se alarma.

—¿De verdad? —Abduh habla en voz baja porque Leire habla en voz baja —. ¿Y cómo es eso?

—Tú, Leire —refunfuña Muhammad—. Ahora te toca a ti.

—Luego te lo cuento. Yo quiero todo esto. —Y va depositando sobre el mostrador los productos que llenan sus manos: los huevos, el arroz basmati, la mermelada—. Y unas empanadas. ¿Cómo se llaman? ¿*Rghaif*? Pues cuatro *rghaif*, también.

—¿Podéis traérmelo antes de las dos? —interrumpe Pilarín.

—Díselo a Omar.

Por la tienda, corre Omar, un chico magrebí, bajito y vivaracho, con gorra de rapero encaramada en una pelambarrera rizada y escarolada. Lleva cazadora *bomber*, vaqueros y bambas Adidas de mantero. Siempre con los auriculares llenos de música trap marroquí y gestos irreprimibles de rapero latino de toda la vida. Nadie diría que su madre lleva hijab y que su hermano Mahfoud siempre viste chilaba.

Abduh se ha puesto nervioso. Se ha puesto serio, también. Y, mientras su

chica habla con Muhammad, le mira la nuca, la amplia melena caoba, y piensa que ya está, que su relación está a punto de terminar. Ella no le ha dicho nada, pero él sabe que se ha cansado, que no es mujer de relaciones duraderas, que él ya no puede darle más de lo que le ha dado y que la cosa tiene que acabar tal como empezó, de repente.

—¿Podrás, Omar? —pregunta Muhammad. Y tiene que repetirlo porque el chico, con tanto rock, parece sordo—. ¡Eh, Omar! ¿No me oyes? ¡Quítate esos auriculares, joder! ¡Que si le puedes llevar este pedido a Pilarín antes de las dos!

—Y antes también —dice Omar, siempre obsequioso—. Solo tengo que llevar otro a la rambla del Raval y luego ya puedo ir.

—¿Te va bien, Pilarín? —consulta el carnicero—. ¿Dentro de tres cuartos de hora, por ejemplo?

—Me va muy bien. —Se acentúa la sonrisa estándar de Pilarín—. Ahora me voy directamente a casa. Puede venir cuando quiera.

Hay quien sospecha que Pilarín se acuesta con Omar cuando este le lleva los pedidos a casa.

Muhammad devuelve su atención a Leire.

—¿Cuatro *rghaif*?

—Cuatro *rghaif*.

El carnicero selecciona cuatro empanadas de carne y las envuelve. Mientras mete huevos, arroz, mermelada y empanadas en una bolsa de plástico, dice un precio.

Leire paga.

Abduh piensa que le gustaría poder hacerlo él: «No, deja, hoy pago yo». Hay una carga de tristeza en su corazón y en sus ojos grandes, vacunos, vencidos, acaso resignados.

Antes de salir a la calle, Leire se vuelve hacia el propietario de la tienda y dice, risueña:

—¡Y no tengas tanto miedo, Muhammad, hombre! ¡Que vivimos en una ciudad donde nunca pasa nada!

Salen, ella y Abduh, dejando en la atmósfera una vibración de optimismo que enseguida se diluye en las mentes de los presentes, que no han podido olvidar el atentado terrorista del pasado 17 de agosto, en las Ramblas, todavía

no hace ni cuatro meses.

## II

### DIÓGENES

Nos reunimos con los compañeros de Información.

—¿Qué importancia tiene la carnicería del señor El Bakkali en todo esto?

—Sobre todo, tiene importancia porque está muy relacionada con la Operación Diógenes.

—Operación Diógenes. Habladnos de ella.

—El mes de mayo del año pasado, recibimos una orden de busca y captura de un supuesto imán terrorista sirio llamado Ihab El-Taweel. Un hombre de cuarenta años que salió de la ciudad de Al Hamrak, en su Siria natal, hace siete años, cuando estalló allí la guerra civil. Cruzó la frontera de Turquía y consiguió escapar de un campo de refugiados donde sobrevivió a una epidemia de cólera que se llevó a doscientas cincuenta personas en un mes. Llegó a Alemania y convenció a un viejo muecín de Colonia para que lo aceptara como ayudante en la mezquita. Aunque había fracasado siempre que intentó acceder a las escuelas islámicas, todo el mundo creyó que era imán y, desde el alminbar, durante los sermones de los viernes, se puso a escupir toda la rabia, el rencor y el odio que había ido acumulando a lo largo de su vida contra los occidentales explotadores, asesinos de musulmanes y poseedores de todo aquello que él querría poseer. Allí fueron a su encuentro y lo trasladaron a Bruselas, porque «lo necesitaban en el barrio de Molenbeeck». Lo convirtieron en una especie de consultor o asesor en la sombra; y, en noviembre del 2015, cuando llegaron los guerreros del comando que tenían que actuar en Francia en *Charlie Hebdo* y la discoteca Bataclan, él fue el encargado de adoctrinarlos, apoyarlos y animarlos durante los días previos.

Rezaron juntos, rieron juntos, lloraron juntos y se abrazaron cuando partieron a la batalla.

»Un agente de paisano de Seguridad Ciudadana aseguró que había visto a El-Taweel reunido con unos iraquíes del barrio del Raval, los hermanos Shaddad, que tienen la tienda de Reparaciones del Hogar. Esto fue el mismo mes de mayo. A las órdenes de la magistrada Ana de Villalonga, de la Audiencia Nacional, iniciamos una operación llamada Diógenes para neutralizar a ese imán.

—¿Diógenes? ¿El síndrome de Diógenes no es ese que consiste en recoger toda la mierda que se encuentra por la calle?

—Pero no es por eso. Diógenes fue un filósofo griego que decía que buscaba un hombre. Nosotros también buscábamos a un hombre.

—Está bien. Cada vez alucino más con los nombres que ponemos a las operaciones. Acaba de explicarme cómo llevabais eso de la Operación Diógenes.

\* \* \*

El chico de la carnicería que lleva gorra de rapero sobre una mata esférica de rizos empuja la carretilla vertical con las dos cajas llenas de víveres calle arriba, hacia el Bloque Nuevo. No está lejos. Solo tiene que llegar a la esquina y cruzar la calle hacia la plaza ancha, dura y soleada donde juega a petanca un grupo de viejos argelinos.

El Bloque Nuevo tiene un videoportero que funciona perfectamente, lo que da una idea de la clase de gente que vive en él. Los niños traviesos del barrio no se han atrevido a romperlo, ni quemarlo, ni invalidarlo de ninguna manera; y, si se han atrevido, los inquilinos inmediatamente han podido pagar una derrama para repararlo. Otro distintivo de la gente que lo habita es que el vestíbulo reluce de tan limpio, que hay una planta de interior que parece de verdad y un ascensor en perfecto funcionamiento.

Omar llama por el videoportero y, cuando Pilarín contesta, se da a conocer con tono monótono: «Carnicería». La puerta se abre y él entra en el edificio. El ascensor lo espera. Se mete en él con carretilla y cajas. Hasta el tercer piso.

Sale del ascensor al rellano. Llama a la puerta marcada con un dos.

Abre Pilarín. No lleva gafas y tiene una actitud distinta a la que le conocen en la tienda. Más relajada y dinámica. Mira directamente a los ojos.

—Pasa, pasa.

El piso es un habitáculo desolador, frío como un glaciar, porque hace muchos días que no ha sido habitado. Pilarín ha conectado la calefacción, pero no ha pasado el tiempo suficiente como para que se caldee el ambiente. Aún lleva puesta la chaqueta de los botones enormes como ruedas de carro.

Omar ya conoce el camino. Solo hay los muebles que algún rácano consideró imprescindibles. Un sofá transformable en cama, una mesa de comedor con cuatro sillas, una cama en el dormitorio y nada más. No hay cuadros en las paredes, ni jarrones con flores, ni vitrinas, ni armarios, ni alfombras, ni lámparas de pie. Las bombillas cuelgan desnudas del techo.

Llegan a la cocina. Aquí sí está todo en su sitio.

—¿Cómo va todo? —pregunta ella.

—Bien. Normal. Como siempre.

Se dedican los dos a llenar el frigorífico. Los huevos en la huevera, los congelados en el congelador, la lechuga y las coles en el cajón de las verduras. El paquete de medianas de cordero. El envoltorio con cuatro *rghaif*.

—Nunca sé cómo se pronuncia esto.

—*Rghaif*.

—¿*Rghaif*?

—No. *Rghaif*.

—Bueno. Déjalo.

La tónica. El limón.

—¿Quieres una tónica?

—¿Con hielo y limón?

—No tengo hielo, ya lo sabes.

—Lo he traído yo. He añadido un paquete al pedido, y no te lo he cobrado, porque era para mí.

Pilarín sonrío, cómplice y benévola.

Omar no puede tomar gin-tonic porque es buen musulmán, pero Pilarín le prepara la tónica en copa de balón de tal manera que lo parece. Con un cuchillo, corta la bolsa de plástico del hielo y saca tres cubitos que mete en la copa.

—Debes tener cuidado, Omar, porque se empieza jugando a tomar gin-tonics y se acaba tomando gin-tonics. ¿Qué dirá entonces el profeta?

Mueve la copa para que se enfríe el interior del cristal. A continuación, vacía la botella de tónica sobre el hielo. Corta un limón por la mitad y le saca una pequeña rebanada que adornará la obra de arte. Finalmente, exprime medio limón sobre el combinado y entrega el resultado al chico, que ha seguido la operación con ojos de niño que todavía cree en las hadas.

Quienes piensan que Omar y Pilarín mantienen una relación secreta probablemente se basan en la actitud rebosante de sueños y suspiros que adopta el chico cada vez que pone sus ojos en la clienta. Es una mirada pletórica de amor. No se sabe si Pilarín accedería a los ruegos del adolescente magrebí si este se atreviera alguna vez a formularlos, pero es innegable que las ansias existen.

Pilarín cambia cuando están a solas. Es mucho más natural, pierde la rigidez distante que la caracteriza fuera de aquí. Como este cambio solo se produce durante sus entrevistas con Omar, este se siente privilegiado. Es el único que conoce la auténtica personalidad de Pilarín, el único en el barrio que la conoce de verdad, con su gran secreto, y esta convicción ha sido la chispa que ha encendido la llama.

Nunca le ha hablado a Pilarín de sus sentimientos. Todavía no. Pero sabe que tarde o temprano tendrá que hacerlo y se está preparando para ello.

Estuvo pensando en hacerle un regalo por Navidad, pero lo descartó enseguida porque le pareció impropio de un buen musulmán celebrar una fiesta cristiana. Últimamente, ha decidido que dará el gran paso el Día de los Enamorados. Ya sabe que es dedicado a san Valentín, un referente del calendario católico, pero a Omar le parece que la fiesta del 14 de febrero está más motivada por el consumo y el espíritu americano que por la devoción apostólica y romana. También pensó en hacerlo por Sant Jordi, que es el auténtico Día de los Enamorados de este país, y además celebra la lucha del caballero contra el dragón, del hombre contra el demonio, que podría subscribir fácilmente un musulmán, pero ha decidido que sería incapaz de esperar hasta abril para abrir el corazón a su querida. Hoy dispone exactamente de cincuenta y tres días para decidir qué regalo le hará.

Se le ve de lo más feliz cuando coge la copa del falso gin-tonic con las dos manos y se traslada de la cocina al comedor. Se instala en el sofá cama.

Pilarín toma una silla de las cuatro que rodean la mesa y se sienta de cara al chico, inclinándose hacia él, los codos en las rodillas.

Omar habla antes de que se llegue a formar un silencio incómodo o antes de que le digan algo que no quiere oír.

—¿Qué te parece tu confidente?

Pilarín también agradece un tema de conversación ligero.

—De las cuatro clases de confidentes que hay, perteneces a la segunda, que es la mejor.

—¿Cómo es la segunda?

—Sois los ciudadanos que tenéis vocación policial. Sois aquellos que, ante un delito o una irregularidad, no podéis evitar poner la denuncia, llamar a la autoridad, por inoportuna que resulte. Tenéis que implicaros. Sois los mejores.

\* \* \*

Una vez, el intendente de la comisaría de los Mossos del carrer Nou pidió al carnicero Muhammad El Bakkali que fuera a verlo. Muhammad se hizo acompañar de Omar, el chico de los recados, por si acaso. El carnicero pasó al despacho del jefe de policía y Omar esperó en una salita.

Cuando Muhammad salió, se le veía más enfadado y más asustado que antes de entrar. Agarró a Omar por la nuca y se lo llevó de un tirón y, por el camino, no pudo evitar contarle lo que le habían propuesto.

El intendente lo había invitado a que trabajara para ellos, que les pasara información sobre todo lo que hicieran, o dijeran, o dejaran de hacer los hermanos iraquíes de Reparaciones del Hogar. Tenían la sospecha de que estaban relacionados con el extremismo yihadista y creían conveniente vigilarlos tan de cerca como fuera posible. Habían estado siguiendo a Muhammad para comprobar que era una persona de confianza. Lo rodearían de medidas de seguridad y podría hacer un gran servicio a la sociedad ayudándolos a luchar contra la lacra terrorista.

El amo de la carnicería se había negado en redondo. Precisamente —les había dicho— porque estaba convencido de que podían ser peligrosos islamistas extremistas, no estaba dispuesto a jugarse la vida mariposeando

alrededor de aquellos dos individuos.

Al atardecer, asegurándose de que nadie conocido lo viera, Omar volvió a la comisaría del carrer Nou. Declaró que sabía lo que le habían propuesto a su patrón y se ofreció él como informante.

Lo hicieron esperar un buen rato porque el inspector que llevaba el caso no estaba y tenían que llamarlo a su casa. Esperó y esperó, con miedo de que, de un momento a otro, entrara en la comisaría algún vecino o conocido que pudiera preguntarse qué estaba haciendo allí, y, por fin, vio llegar al hombre que aquella mañana había entrevistado a Muhammad.

Minutos después, el hombre lo estaba interrogando a él. Le preguntó si era musulmán y, si lo era, cómo interpretaba la yihad, si creía que debía luchar por su fe, si había sufrido alguna vez alguna agresión racista, si creía que los inmigrantes árabes eran tratados injustamente, cuánto dinero quería pedir a cambio de su colaboración... Omar respondió que era musulmán, que el islam auténtico nunca ha predicado que se tenga que matar a nadie ni ha promovido atentados, que los de ISIS eran unos impostores manipuladores contra los cuales había que luchar. Y, a cambio de facilitar información, no pedía nada. Solo aspiraba a ser mosso d'esquadra. Sí, quería ser policía. Como aquellos que había visto desde pequeño, y veía, día sí y día también, en las películas o en las series de televisión.

Le hicieron notar que no podían quedarse con el primero que se presentaba, que antes de darle una respuesta definitiva deberían asegurarse de que todos jugaban en el mismo equipo. Lo advirtieron de lo que le ocurriría si les hacía perder el tiempo o si pretendía engañarlos. Amenazas descaradas.

Se despidieron diciéndole que ya se pondrían en contacto con él pasados unos días.

El agente en cuestión redactó un informe para el Área de Información y el informe llegó al jefe de la Comisaría General de Información, que aprobó el operativo y le dio carácter de urgencia.

Comprobaron que el nombre de Omar Al-Amrani no constaba en ninguna base de datos, que ni él ni ningún miembro de su familia tenían antecedentes policiales, lo sometieron a una cuidadosa y discreta vigilancia de veinticuatro horas al día e investigaron minuciosamente su corta biografía, antes y después de su llegada a Barcelona.

Una semana después, lo llamaron y lo citaron en un bar de Gràcia, bien

lejos del barrio.

Se encontró en un reservado con el hombre que se había entrevistado con Muhammad el primer día, y con otros dos agentes de paisano, que parecían más desconfiados, más duros, como si hubieran descubierto alguna mancha en su historial y estuvieran dispuestos a acorralarlo hasta que la confesara.

Le hicieron un montón de preguntas cuyas respuestas ya conocían. Lo sabían todo de su vida y solo trataban de ver si era absolutamente sincero o en qué aspecto parecía tener la intención de esconderles algo. Sabían que había nacido en Tánger en 1998, que su padre había trabajado como estibador en el puerto, que había muerto de accidente laboral, que el hermano mayor de Omar, Mahfoud Al-Amrani, de veintiséis años, se había encargado de la familia trabajando también en el puerto para una compañía española que, posteriormente, les había facilitado que se trasladaran a Barcelona legalmente. Omar había nacido en el barrio de Benimakada de Tánger, había estudiado primaria en la escuela Soukaina y había sacado muy buenas notas. Sabían que ahora su hermano Mahfoud se encontraba en el paro después de haber pasado una depresión que lo había mantenido de baja demasiado tiempo; que Omar no había pasado ninguna enfermedad grave desde que tuvo el sarampión y la varicela de pequeño; que solo tenía una cuenta corriente en un banco, a nombre de él y de su madre, y sabían qué cantidad tenían en ella. Sabían que la economía familiar la llevaban Omar y su madre, Naima, trabajando para la carnicería halal del señor El Bakkali. Él ayudaba distribuyendo los pedidos por las casas y ella amasaba pan y rghayef, que cada mañana Omar llevaba a la tienda cuando se incorporaba al trabajo.

Sabían cuántos paquetes habían entregado las diferentes empresas de paquetería en su domicilio y qué contenían, y los paquetes que habían enviado él, o su madre, o su hermano. Sabían que no poseía vehículo ni le habían puesto nunca ninguna multa de tráfico. Sabían que tenía una cuenta en Facebook, en WhatsApp y en Twitter, pero no en Telegram, ni en Google Plus, ni en Viber, ni en Instagram, ni en Flickr, ni en Badoo, ni en ninguna de las otras redes sociales existentes.

Les habló de Muhammad El Bakkali, de la esposa de Muhammad El Bakkali y de los iraquíes Shaddad. Él tampoco se fiaba de ellos en absoluto y pensaba que estaban vinculados al extremismo yihadista. Pero no podía demostrarlo porque no poseía ninguna prueba.

—Por eso estás aquí —dijo uno de los agentes, inesperadamente esperanzador—. Para conseguir pruebas.

Y cuando ya creía que habían terminado, volvieron al tema de su hermano Mahfoud; a su depresión, al hecho de que no trabajara, al hecho de que lo hubieran visto bebiendo alcohol en alguna tasca del barrio.

\* \* \*

La familia Al-Amrani vive en el edificio agrietado y desconchado en cuyos bajos se encuentra el bar Orión de Juanito Maderas. El inmueble fue comprado recientemente por una multinacional, inmobiliaria o entidad bancaria, que va echando a los inquilinos que viven allí desde hace muchos años, con la intención de derribarlo y construir en su lugar viviendas de lujo. A eso se le llama gentrificar el barrio. Todavía quedan allí, resistentes, tres familias de las de toda la vida, y estas familias pidieron a los Al-Amrani y a un par de familias más que ocuparan algunos de los pisos vacíos, para poner las cosas más difíciles a los propietarios que los atacaban, pero también para asegurarse de que los pisos no eran invadidos por narcoocupas.

Naima y su hijo Omar han acabado de cenar. Están mirando la tele. Se preparan elecciones en Cataluña para el día 21 y todo el mundo está pendiente del líder independentista catalán Carles Puigdemont, que está exiliado en Bruselas. Si regresa para participar en las elecciones, es evidente que el Gobierno español lo detendrá y lo meterá en la cárcel, y los suyos están calculando si eso les favorecería para ganar los comicios. Los otros líderes independentistas que participaron en un referéndum el día 1 de octubre pasado no pueden hacer campaña.

En Francia, cerca de Perpiñán, cuatro niños han muerto cuando un tren ha embestido el autocar en que viajaban. Y en Birmania, el ejército ha atacado a un grupo étnico musulmán bengalí del norte del país, denominados rohinyás, y ha causado seis mil setecientos muertos, entre los cuales más de setecientos niños, en una campaña que la ONU ha calificado de genocidio.

—Por cuatro niños muertos en Francia —dice la madre, impertérrita—, han estado hablando más de cinco minutos, y nos han mostrado el autocar destrozado, las madres llorando, las grúas, los coches de policía... A más de seis mil muertos en Birmania, de los cuales más de setecientos niños, apenas

han dedicado un minuto. Esta es la visión que tiene Occidente de los otros mundos. Si se tratara de un atentado del EI, entonces sí se habrían entretenido con todo tipo de detalles. Y habrían hablado de terrorismo musulmán o de terrorismo árabe, mezclándolo todo bien mezclado, porque en su ignorancia, para ellos todo es lo mismo. Árabe, musulmán y terrorista, venga, todo lo mismo; de este modo se pueden permitir ser racistas y xenófobos sin sentirse culpables. Dicen lo que suponen que la gente quiere oír aunque eso signifique desprestigiar una religión milenaria que siempre ha buscado el bien y la paz.

Omar piensa que todo se complica cuando hay árabes que dicen ser musulmanes, que dicen hablar y actuar en nombre del islam y que no buscan ni el bien ni la paz, sino la guerra, pero no lo dice para no iniciar una discusión porque está más pendiente del reloj, de la tardanza de Mahfoud, que ya hace rato que debería estar aquí. Se teme lo peor y se dispone a intervenir con presteza.

Reacciona en cuanto oye un ruido en la puerta. Es la mano temblorosa de su hermano, que no acierta a meter la llave en la cerradura.

—Es Mahfoud —dice.

Su madre no aparta la vista de la pantalla.

—Ponme Al Aoula —pide, refiriéndose a una cadena de televisión marroquí—, a ver qué pasa en casa.

Omar ya se ha puesto en pie y duda en la puerta del comedor. Su hermano, exasperado, pega un puntapié a la puerta del piso.

—Tengo que ver qué le pasa a Mahfoud.

—No dejes que entre aquí —murmura la mujer, rígida y severa ante la pantalla.

Cuando Omar llega a la puerta, esta se abre de golpe y Mahfoud entra tambaleándose. Tiene que apoyarse en la pared del estrecho recibidor. Su hermano menor lo agarra para que no se caiga.

—Mahfoud —le dice, preocupado.

—*A wili!* —rezonga el recién llegado con media sonrisa.

—Ven al cuarto. Madre no te quiere ver así.

Lo ayuda a caminar. El hermano mayor se apoya en el pequeño. Entran en la habitación que comparten y Mahfoud se deja caer pesadamente en su catre. Se apoya en los muslos y se sujeta la cabeza con las manos, vencido por el

alcohol.

—¿Has cenado? —le pregunta Omar—. Hay cuscús con pollo y pasas. Y, si quieres, *tagine* de cordero del mediodía en la nevera.

El borracho niega con la cabeza, moviéndola exageradamente a izquierda y derecha.

—No, no, no, no. Ya he comido algo.

—¿Era halal?

—Todo halal. Todo halal, siempre halal.

—El alcohol, no.

—El alcohol, no —concede el transgresor.

—Mahfoud, Mahfoud... —suspira Omar, compadecido, con mucho afecto.

Omar quiere salvar a su hermano.

Cuando murió su padre en Tánger, Mahfoud abandonó los estudios y sacrificó su vida para que su hermano pequeño pudiera ir a la escuela y su madre no tuviera que preocuparse por nada. Fue a trabajar de estibador, como su progenitor, pero no podía olvidar que haciendo aquel trabajo el pobre hombre había muerto, cuando cayó una polea y él no llevaba el casco reglamentario. Le entró miedo y por eso decidieron irse, y la empresa los ayudó a hacerlo. Mahfoud trasladó la familia a Barcelona huyendo del fantasma paterno y buscando prosperidad, y, durante un tiempo, las cosas les fueron bien, él trabajando en cualquier cosa y Omar estudiando y estudiando. Pero los trabajos que encontraba Mahfoud eran precarios y el primogénito empezó a desbarrar. Omar tuvo que combinar estudios nocturnos con las horas que dedicaba a la carnicería de Muhammad, y su madre hacía un montón de hogazas de pan y docenas de *rg hayef* cada día, a primera hora de la mañana. Mientras tanto, Mahfoud se iba cargando de violencia y no sabía dónde descargarla. Solo tenía que encontrar a un experto en violencia que le explicara cómo podía utilizarla.

Mahfoud fue el motivo por el que Omar se ofreció a colaborar con la policía.

Ahora, sentado en la cama, su hermano mayor lo mira con una sonrisa distante que también expresa amor fraternal, y le pasa la mano por los cabellos rizados.

—Omar, Omar... —dice en el mismo tono.

Omar lo mira con intensidad. Ha oído decir que los borrachos siempre dicen la verdad.

—¿Qué le vas a decir al imán? ¿Que tomas bebidas haram? ¿O se lo vas a ocultar? Y si se lo confiesas, ¿qué crees que te dirá?

Tarda en responder. Tiene la mirada baja, los párpados a media asta, pensativo y ausente.

—¿Sabes qué me dirá? Que me entiende. Siempre dice que me entiende. Que he tenido muy mala suerte en mi vida. Dice: «Cualquier otro, en tu lugar, no habría podido soportarlo. Cualquiera, en tu lugar, ya se habría hundido, derrotado por el fracaso, la depresión, la desgracia, la humillación». El imán me dirá... Rezo cada día las cinco oraciones para hacerme perdonar, pero él sabe que no puedo evitarlo, porque la vida me ha derrotado, he llegado al final del camino, Omar. ¿Qué me dirá el imán? Dirá que tengo que reaccionar. Que tengo que empuñar la espada para ganarme el Paraíso.

—¡No, Mahfoud! —reacciona Omar con angustia—. No tienes que empuñar ninguna espada.

—¡Sí! Todo el islam depositará su confianza en mí.

—No, Mahfoud. Escúchame...

—Chissssst. Tengo una gran responsabilidad. He llegado al final del camino. No me merezco más derrotas ni humillaciones en esta vida. Ahora me toca a mí. Los explotadores españoles mataron a nuestro padre, Omar, en Tánger, cuando lo hicieron subir a lo alto de aquella grúa sin casco, y permitieron que le cayera en la cabeza aquella maldita polea. Y luego, fueron españoles los que me liaron para que robase aquel..., aquel cargamento... Y tuvimos que huir aquí, y busqué trabajo, pero no me lo dieron porque son racistas, explotadores xenófobos...

—Mahfoud, no tienes que empuñar ninguna espada.

El hermano mayor asiente con la cabeza.

—Sí, sí.

—No, no. El islam es paz, Mahfoud. Es amor. Quien mata a una persona es como si matara a toda la humanidad.

—Tú no te metas.

—Mahfoud, con la espada nunca llegarás al Paraíso, y tú lo sabes...

—Tú no te metas.

—¿Quién es ese imán que te dice estas cosas? ¡No puede ser un buen imán! El Corán dice que debemos ser pacíficos.

—No: el Corán dice que tenemos que destruir al enemigo para que se nos abran las puertas del Paraíso...

—¡No! —A Omar lo sacude un escalofrío.

Mahfoud lo agarra muy fuerte del antebrazo. Muy fuerte.

—¡Chissssst!

—¿Es el imán de la mezquita de la calle Sant Rafael?

Mahfoud lo mira con ojos lagrimosos e inyectados en sangre.

—Chissssst. No hay imán.

—Has dicho que hablas con el imán.

—No hay imán. Ningún imán.

—¿Cómo hablas con el imán? ¿Cómo te dice todas estas cosas?

—Por teléfono. No: por telepatía.

—¿Va por la tienda de los iraquíes? ¿Va a las reuniones de Nassib *el Moro*?

—No va a ninguna parte porque no existe.

—¿Cómo se llama el imán? —Mahfoud lo mira con terrible desconfianza. Omar se arriesga—. ¿Se llama El-Taweel, Mahfoud?

La mano se cierra como un cepo en el brazo con tanta fuerza que parece que podría romperlo.

—¿Qué sabes tú de eso? —berrea el ebrio. Y, con la izquierda, agarra a Omar de la camisa y le retuerce el brazo, a punto, a punto, a punto de rompérselo—. ¡Tú no sabes nada de eso!

—¡Ay, ay, ay, me haces daño!

Mahfoud se levanta de la cama y empuja brutalmente a su hermano contra la pared. Se produce una colisión estrepitosa, y Omar se queja mientras Mahfoud ruge una retahíla de palabras con furia.

—¡Tú no tienes que saber nada de todo esto! ¡Ni tú ni madre tenéis que cruzaros en mi camino! Tú no tienes que meterte en nada. Si sé que te entrometes, te mataré. Tú solo tienes que cuidar de madre. ¡Yo tengo que ser el único mártir de la familia! No quiero que os pase nada malo. Todo lo que hago lo hago, lo haré, para que nunca os pase nada malo. ¿Me estás oyendo? ¡Me da igual si voy o no voy al Paraíso! Lo haré todo, todo, para que vosotros sí

vayáis.

Amorrado al tabique, Omar solo puede decir: «Ay, ay, ay».

—¡Suéltalo! —se impone la voz de la madre desde la puerta.

Mahfoud se vuelve para mirarla y se queda paralizado, descompuesto, exhausto, y el llanto lo estrangula y lo hace enmudecer. Suelta a su hermano menor y retrocede hasta caer sentado en la cama.

—Perdón —va diciendo—. Perdonadme, perdonadme...

El llanto estalla en convulsiones y sollozos, empapándolo de lágrimas y babas, abatiendo a Mahfoud de bruces sobre la almohada.

—Perdonadme, perdonadme.

—Deja a tu hermano —dice Naima, toda resignación—. Déjalo que duerma.

Omar obedece por respeto a la madre derrotada, la mujer que jamás se atreverá a mencionar a Mahfoud lo que le ha oído decir. Mañana será otro día y continuarán viviendo como si nada hubiera ocurrido.

Omar se acerca a su hermano y no se atreve a tocarlo, como le gustaría, pero le desea buenas noches: «*Tisbah ala kheir*».

Sale del cuarto con su madre.

Probablemente, después de lavarse los dientes y de rezar la última oración del día, «Ishaa», para no compartir habitación con su hermano descarriado, dormirá en el sofá del comedor.

\* \* \*

Mahfoud era el punto flaco que habían encontrado en el dossier de Omar.

Omar se deshizo en elogios de su hermano, demostrando su amor incondicional, pero no le facilitaron las cosas.

—¿Y no es posible que tu hermano haga culpable a la empresa española de la muerte accidental de vuestro padre, por negligencia, y eso le desvele el odio contra la sociedad occidental que los patrones representaban, y ese odio se vaya enquistando en su interior?

—Mi hermano no es un fanático terrorista. —Omar decidió encarar francamente la situación mirando a los interrogadores a los ojos—. ¿No me han dicho que lo han visto bebiendo alcohol en una tasca? Un fanático

terrorista nunca bebería alcohol.

Los días que siguieron a aquella entrevista, Omar estaba seguro de que no solo no lo iban a aceptar como confidente, sino que incluso llegarían a acusarlo de algo terrible.

Finalmente, una mujer rubia teñida y con gafas fue un día a comprar a la carnicería de Muhammad El Bakkali y pidió que le llevaran el pedido al Bloque Nuevo.

Era Pilarín.

Fue la primera vez que Omar subió al piso vacío y frío y encontró a otra Pilarín, moderna y atlética, sin gafas y con el pelo recogido en una coleta, acompañada de dos policías que ya conocía de la vez anterior. En aquella ocasión, todos parecían más relajados.

Le solicitaron la documentación e hicieron una fotografía del documento por ambas caras.

Uno de los agentes le pidió el móvil y le preguntó cuál era su correo electrónico y las contraseñas que usaba. Mientras Pilarín y el otro le exponían lo que tenía que saber, el agente estuvo manipulando el aparato y una tableta durante unos minutos.

Entonces, lo pusieron al corriente de la Operación Diógenes y le explicaron lo que esperaban de él.

Cuando le devolvió el teléfono, el agente informático le hizo aprender un número de memoria con la orden de que, al día siguiente, antes de ir a trabajar, telefonara y preguntara por Faruk. Le responderían que se había equivocado. Tenía que volver a llamar una segunda vez al cabo de cinco minutos, volverían a decirle lo mismo y debía repetir la operación por tercera vez. Con eso, quedaría instalado en su aparato un programa que permitiría escuchar y grabar todo lo que se hablara en las cercanías.

También le proporcionaron otro terminal móvil, un Samsung Galaxy S4 mini, para mantener un contacto constante. Debía tenerlo siempre conectado y con la batería cargada. Y nadie tenía que conocer la existencia de este aparato.

—Los mejores confidentes sois los ciudadanos que tenéis vocación policial—ha dicho Pilarín, consciente de que es el elogio que más gustará a Omar—. Sois los que, ante un delito o una irregularidad, no podéis evitar poner la denuncia, llamar a la autoridad, por inoportuna que resulte. Tenéis que implicaros. Sois los mejores.

—Y los de primera clase, ¿cómo son?

—Los de primera clase son los que cuentan secretos a cambio de dinero o de favores. Son los peores.

—¿Y los de tercera clase?

—Son los delincuentes que han participado en un delito y se han sentido traicionados por sus compañeros. Se chivan para vengarse, para castigar a los traidores y obtener un trato de favor por parte de la fiscalía. Son muy complicados. Liantes.

—¿Y hay cuarta categoría?

—Las mujeres engañadas. Otro caso de venganza. Esta es la categoría más numerosa y, según dicen los que saben, la más productiva para la policía.

Es una broma. Se ríen.

El silencio vuelve a imponerse. Y es un silencio muy oscuro. Serio. Vamos, ahora hablaremos en serio.

—¿Novedades? —pregunta Pilarín.

Porque se supone que un confidente debe aportar novedades. En eso consiste su trabajo. O sea, que es decepcionante que Omar responda, inquieto:

—No, ninguna. ¿Y los micrófonos?

Ella comprime los labios y frunce el ceño, como quien se dispone a transmitir una mala noticia.

—Nada. —Omar bebe un trago de la tónica disfrazada de gin-tonic. Pilarín espera a que haya terminado para soltar—: La verdad es que traigo una noticia triste.

—¿Cuál?

—La jueza ha dicho que tendremos que desplazar el punto de atención de la casa de los Shaddad hacia otro sitio. A Mataró.

Omar contempla a la agente con desolación. Tiene unos ojos muy expresivos. Inocentes y vulnerables. Deposita la copa de balón en el suelo, con mucho cuidado, como con miedo de romperla en un arrebato de furia. Se apoya en los muslos y une las manos como si rezara.

—En Mataró —continúa Pilarín—, hemos localizado un grupo de musulmanes sospechosos y se está consolidando la teoría de que pueden ser ellos los que ocultan a El-Taweel. ¿Has oído hablar de un Mahmoud y un Sharif?

—No, no, no lo sé. ¿Quiénes son?

—Nombres que salieron de las grabaciones de Reparaciones del Hogar. «Hemos llevado al pariente al pueblo de la costa, con Mahmoud y Sharif.» Es la frase más importante que hemos obtenido de los micros.

—Pero tú misma lo has dicho: ni siquiera podemos saber si hablaban de El-Taweel.

—Es la única frase significativa que hemos obtenido en todos estos meses, Omar. En meses. Y ahora los nuestros piensan que el pueblo de la costa puede ser Mataró. Allí hay una banda de delincuentes y exaltados, entre los cuales, un Mahmoud y un Sharif.

—Pero no puede ser —se emperrea el chico.

—Llevamos demasiado tiempo sin obtener ningún indicio de los micros, Omar. Y tú tampoco tienes ninguna novedad.

—El-Taweel está aquí, en el barrio, seguro.

Omar tiene la seguridad de que el imán El-Taweel no se ha ido del barrio, y no está en Mataró. No puede demostrarlo ante la policía, no tiene ninguna prueba convincente, pero sabe que El-Taweel está aquí. Porque su hermano Mahfoud se está deteriorando de una manera únicamente atribuible al adoctrinamiento de un manipulador comecocos de ISIS. Mahfoud cada vez tiene menos contacto con la realidad y habla del Corán y del islam como solo hablaría de ellos un terrorista ignorante. Para él, solo existe la yihad de la espada. No sabe nada de la yihad del corazón, ni de las manos, no sabe nada de la yihad de la palabra, que es la preferida del profeta. Mahfoud solo sabe hablar de la yihad de la espada y reza las cinco oraciones de cada día, pero las reza como si escupiera odio y asco, acabando deprisa, como si le diera vergüenza encontrarse en presencia de una divinidad que pudiera pedirle cuentas; y pasea por el barrio exhibiendo la chilaba, con las manos y los ojos vibrantes de furor. Por eso sabe Omar que el imán maldito está cerca, porque sabe que está poseyendo a su hermano, porque sabe que le está chupando la sangre día tras día.

Pero no puede decírselo a la policía.

Porque detendrían a Mahfoud, porque lo pondrían en la columna de los malos. Y Omar quiere salvar a su hermano.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido —dice Pilarín con una firmeza inexpugnable—. Y no tenemos ningún resultado.

—¡Está aquí!

Pilarín nunca ha visto a Omar tan abatido. Teme que, de un momento a otro, se le escapen las lágrimas. Es evidente que se siente culpable, que interpreta que ella le está diciendo que no ha hecho bien su trabajo.

—La jueza ha decretado que dentro de una semana hay que quitar los micros de la empresa de los iraquíes. No podemos violar la intimidad de los ciudadanos indefinidamente, como estamos haciendo con los Shaddad.

—Me lo tomaré con más interés... Me esforzaré más.

—No es eso.

—¡Sí que es eso!

\* \* \*

Los compañeros de Información nos contaban que, durante meses, la suerte no los acompañó en la Operación Diógenes.

No encontraban el menor rastro de El-Taweel.

Llegaron a poner en cuestión al mosso que decía haberlo visto en el barrio y el informe que había redactado. En el mes de agosto, estaban a punto de cerrar la operación cuando se produjo el atentado de las Ramblas del día 17. Aquello reactivó la investigación y la jueza Ana de Villalonga ordenó que se sonorizara —o sea, que se llenara de micrófonos ocultos— la tienda de Reparaciones del Hogar de los iraquíes.

El operativo resultó muy accidentado y un auténtico fracaso.

Para colocar micrófonos en una vivienda, la policía realiza dos incursiones. La primera, de reconocimiento, para establecer la geografía del lugar y poder establecer luego la calidad que deben tener los micros y los puntos ideales para colocarlos. La segunda visita ya se lleva a cabo con todo el material a punto y sirve para una instalación rápida y eficaz.

Aprovecharon una mañana que los hermanos Shaddad habían salido para un trabajo en un piso de la rambla del Raval y efectuaron la visita de inspección y estudio. Un grupo de agentes los siguió para asegurarse de que se mantenían lejos de su establecimiento y otro grupo de una veintena de mossos de paisano se movilizó en la tienda de Reparaciones del Hogar.

Cinco hombres entraron con una ganzúa.

Otros se distribuyeron estratégicamente por las aceras.

Todavía no habían pasado quince minutos cuando Nassib *el Moro* salió corriendo de su locutorio con los ojos desorbitados, como si hubiera divisado de lejos el movimiento que había en la empresa de los Shaddad y fuera el responsable de la seguridad del local.

Un hombre de cazadora de cuero y gafas oscuras le salió al paso. Lo agarró por el brazo a la altura del codo, con una firmeza que lo delataba como policía.

—No se acerque —le dijo en voz baja, disimulando—. Dentro de esa tienda hemos detectado que hay una banda de ladrones. Hemos montado un operativo para neutralizarlos cuando salgan.

Dentro ya habían recibido la orden de abortar la operación. No había más salida que la puerta principal, de manera que tuvieron que interpretar la comedia de la detención de los que había en el interior. Afortunadamente, todos los agentes iban de paisano y todos podían pasar por malhechores, tanto los detenidos como los detentores.

La reacción de los iraquíes a este incidente fue bastante significativa para los agentes de la Operación Diógenes y los convenció de que estaban en la buena pista. Tuvieron que prolongar la representación visitando a los iraquíes para informarlos del allanamiento de morada y preguntarles si habían echado algo de menos y si querían poner una denuncia; y los hermanos Shaddad no quisieron ni hablar del tema. No les faltaba nada, no querían poner denuncia, solo querían dar las gracias a la policía por su intervención. No permitieron que los agentes pasaran de la puerta. La descripción de esta reacción insólita fue subrayada en el informe.

Los mossos tuvieron que comunicar a la jueza el fracaso del primer intento y elaborar otro plan, más fácil de llevar a término, a pesar de que no era tan efectivo.

La Unidad de Medios Técnicos se puso en contacto con la operadora telefónica con que trabajaban los iraquíes y solicitó una avería por orden judicial.

En Reparaciones del Hogar se quedaron sin Internet y sin teléfono fijo, los iraquíes reclamaron a la operadora telefónica y al día siguiente recibieron la visita de un técnico que se pasó casi una hora trajinando en el *router* para instalarle un micrófono. La ventaja del micro en el *router* es que ya está

conectado a la corriente eléctrica y ahorra gasto en fuentes de alimentación. Cuando los micrófonos y las cámaras dependen de sí mismos, es muy difícil encontrar un lugar de almacenamiento de baterías lo bastante grande como para que los aparatos funcionen de manera autónoma durante meses. Normalmente, hay que arrancar todo un panel del zócalo o del parqué porque la serie de pilas puede llegar a medir más de un metro de largo.

En el caso del *router* no existe ese problema, pero tiene el inconveniente de que el usuario suele tenerlo cerca del televisor o del ordenador. Y puede darse el caso de que una conversación trascendental coincida con una película de disparos, explosiones y catástrofes en el televisor, o con un videojuego de disparos, explosiones y catástrofes en el ordenador, que hagan imposible captar la conversación trascendental.

El equipo de la Operación Diógenes pudo comprobar que los hermanos iraquíes eran adictos a la televisión y a los videojuegos.

Los únicos datos aprovechables que consiguieron hasta diciembre era que un El-Taweel, que igual podía ser el imán buscado como una persona de gran altura, porque Taweel significa «alto», o algo relacionado con una «herencia», que suena de manera parecida, se había trasladado arriba, a lo mejor al norte, tal vez al piso de arriba, y que algún pariente de los Shaddad, «nuestro pariente», se había trasladado a «un pueblo de la costa»; y otras cosas relacionadas con flores, con la llegada del agua y un gran jardín.

Nada más.

\* \* \*

—... No podemos violar la intimidad de los ciudadanos indefinidamente —ha dicho Pilarín—, como estamos haciendo con los Shaddad.

—Me lo tomaré con más interés... —suplica Omar—. Me esforzaré más.

—No es eso.

—¡Sí que es eso!

—No es eso. Hemos abierto nuevas líneas de investigación. ¿Has oído hablar de alguien llamado Alí Zarhuny?

Omar se siente descalificado.

—¡No! —protesta quejoso—. ¡Nadie me ha hablado de él!

—Recuerda este nombre por si lo oyes. Te lo apunto aquí. —Pilarín escribe en una libreta que hay junto al teléfono y que suelen usar—. Como siempre: lo memorizas y destruyes el papel. Alí Zarhuny. Un abogado iraní, con mucho dinero. Vino a Barcelona en el año 2000. Fundó una organización para asistir, aconsejar y proteger a los inmigrantes musulmanes. La asociación Bienvenidos, que estaba cerca del Born. Funcionó abierta y legalmente durante un tiempo. Zarhuny era un exaltado de opiniones muy extremistas en lo referente a la relación del islam y Occidente, pero en aquella época no le dábamos tanta importancia como ahora, no había un auténtico estado de alerta. Hablaba de la creación de lo que él denominaba Núcleo Antirracista Árabe Radical, que hoy en día se parecería mucho a una célula yihadista. Nadie sospechó de este individuo hasta que, unos días antes del 11 de septiembre del 2001, cargó en su coche todos los archivos que tenía en la asociación Bienvenidos, y que entonces eran sobre todo de papel, y desapareció. Cuando se produjeron los atentados de Nueva York, la Guardia Civil pensó en él, interrogaron a gente de su entorno, lo buscaron por todas partes, pero ya no pudieron recuperar la pista. Y ahora, diecisiete años después, buscando al imán El-Taweel, los Mossos descubrimos que existe un Núcleo Árabe Antirracista perfectamente legal con sede en Nou Barris. ¿Y quién está detrás de ese Núcleo? Un viejo intelectual musulmán llamado Alí Zarhuny. No tenemos ninguna prueba contra él, no se ha significado de ninguna forma, pero lo estamos vigilando. Lo hemos investigado y parece que está limpio, pero todavía tenemos presente su comportamiento sospechoso de hace diecisiete años y podría ser la persona que está escondiendo a nuestro El-Taweel. Y nuestra atención se está dirigiendo hacia Nou Barris. De momento, ya hemos pinchado teléfonos allí y tenemos toda una unidad instalada.

—Está bien, puedo preguntar... —Omar parece desesperado, a punto de gritar: «¡Pero no os vayáis de aquí, no me dejéis!»—. Puede que me haya relajado un poco estos últimos días. Pero me esforzaré más, Pilarín, te lo prometo. Estoy seguro de que El-Taweel está en estas calles, en el Raval.

—No es eso, Omar. Es que no te hemos hablado de ellos.

—¿Y por qué no me habéis hablado de ellos? ¿Qué me estás diciendo? ¿Que ya no trabajo para los Mossos?

—Siempre te escucharemos si tienes algo que decirnos. Piensa en este Alí Zarhuny de Nou Barris, o en Mahmoud, o Sharif de Mataró. Ya tienes mis

datos. Conecta conmigo en cuanto sepas algo nuevo. Pero la verdad es que no creemos que aquí vayamos a encontrar nada más. El yacimiento se ha agotado.

Omar mueve la cabeza en sentido negativo. Hundido.

—No puede ser.

—Lo lamento.

—¿Dices que disponemos de una semana antes de quitar los micros de ahí?

—Una semana.

—¿Y si, antes de que pase una semana, encuentro alguna pista, un indicio, algo?

—Si es tan importante como para convencer a la jueza...

—Hay un tipo... —Omar está dispuesto a agarrarse a cualquier cosa—. Entró a trabajar en la tienda de los iraquíes. También es iraquí.

—Ya nos hablaste de él. Uno que se llama Fayad.

—Es iraquí. —Hay un fulgor fanático en los ojos de Omar—. Siempre está en la recepción, atendiendo a los clientes, contestando al teléfono. Está más tiempo en la tienda que los hermanos Shaddad. Estoy seguro de que él tiene que saber algo. Si alguien puede saber algo, es él.

—Si encuentras algo que te parezca interesante, me lo dices inmediatamente. ¿De acuerdo?

\* \* \*

Se detiene el convoy en la estación de Liceu, se abren las puertas y una muchedumbre multicolor llena el andén y camina hacia las salidas. Es una masa deshumanizada, miradas bajas y ausentes, chaquetas, bufandas y gorras, y peinados de todo tipo y calvicies diversas formando una amalgama de individuos apiñados.

En medio, la cabellera caoba con gorra de lana coronada con borla rosa. Los ojos fatigados de Leire, que vuelve a casa cansada y dolorida. Fastidiada porque no tiene tiempo para nada. Que significa que no tiene ganas ni fuerzas para salir por la noche a tomar algo al Boardwalk o al Peniche o al Mantra y saludar a la peña. Ha tenido que levantarse más temprano de lo que acostumbra para ir a la policía por la mañana.

Luego, la visita al estudio del diseñador, donde tenía que encontrarse con Valentín Sobrino, que es el realizador del videoclip que preparan, y con el superproductor con contactos internacionales que ha de proyectar a Sandunga y los Rottweilers a la fama mundial. El superproductor no se ha presentado. Y lo que le tenía preparado el diseñador, la carátula del disco y el *storyboard* del videoclip, era una puta mierda. Sandunga volando por un cielo de colores pastel. Parecía una postal de la Purísima.

—Pero ¿esto qué es?

—Lo que quedamos.

—Este rosa tenía que ser rojo.

—Es rojo.

—Es rosa. Y esta no soy yo. Esta es una Sandunga Fifi.

—Podemos subir el tono del rojo.

—No, no, no. Rosa y blanco, rojo y blanco, es como de helado de nata y fresa.

—Lo dijiste tú.

—Yo no dije rosa y blanco.

—Tú dijiste blanco.

—Pero no dije rosa. Tiene que ser rojo. Rojo y negro.

—Tú siempre vas negra y roja.

—Pues por eso.

—Es un tópico. Es vulgar.

—Hombre, gracias.

—Los anarcos iban de rojo y negro. Y los falangistas iban de negro y rojo. Todo dios va de negro y rojo.

—Pues amarillo y negro.

—¿Amarillo y negro?

—Los animales más peligrosos son amarillos y negros. Mira el tigre.

—El tigre... ¿Y qué más?

—La avispa.

—¡Y los taxis de Barcelona! Los animales peligrosos los tienes aquí. Como quedamos. Tú volando y los perros detrás. Es mi interpretación.

—Pero aquí... Parezco un ángel, o una diosa griega perseguida por los lobos...

—Son rottweilers.

—Pero no soy yo.

—Esta es el aura que tú desprendes.

—Qué coño Laura ni laurel. Tú viniste al ensayo, nos oíste. No lo quiero. Mi música es agresiva, insultante, provocadora. Que canto «Rata inmunda, animal rastrero, escoria de la vida, adefesio mal hecho», que canto «Fuiste perro traicionero, pues mordiste aquella mano que te daba de comer»... La letra de esta canción es una animalada, es de lo más *heavy*, y el entorno tiene que ser tan *heavy* o más que la letra. Olvidaos de Paquita la del Barrio y su acompañamiento de mariachis y acordeón. Aquí quiero rabia, ¿sabéis qué significa eso? Rabia. Yo le pongo muy mala leche al tema, y no permito que los músicos se relajen ni un compás. Empezamos con caña, caña, caña y continuamos con caña, caña, caña. Vosotros tampoco os podéis relajar.

—Pues aquí estás, como una superheroína perseguida por los perros traicioneros...

—No, perdona, esto no es una superheroína moderna. Esto es una Sandunga Fifi la Plumme y yo quería una Sandunga Hard sucia e indestructible.

—Pero tú no eres así.

Ha intervenido el realizador:

—Precisamente, hemos querido evitar la vulgaridad. Teníamos que dar un poco de fragilidad al personaje. No olvides que el disco se titula *Help*.

—No, perdona, no me jodas. El disco se titula *HELLP* —y ha tenido que garabatearlo en un papel—, *HELLP*, hache, e, ele, ele, pe. Como *help*, que quiere decir *ayuda* o *socorro*, pero también como *hell*, que quiere decir *infierno*. ¿Tú sabes qué quiere decir *HELLP*? ¿Tú sabes qué es el síndrome de *HELLP*? ¿Preclamsia, eclampsia, síndrome de *HELLP*? —Qué coño van a saber aquel par—. Pues es una complicación del embarazo que puede provocar la muerte de la madre durante el parto. Concretamente, es la complicación del embarazo que provocó la muerte de mi madre durante mi parto. O sea, que yo no quiero evitar la vulgaridad. Los temas van cargados de rabia y quiero ser vulgar y grosera.

O sea que malas caras y a repetir todo el trabajo.

—¿Sabéis qué? Os voy a enviar una foto de lo que quiero exactamente. Recibiréis la foto de la Sandunga Hard.

Pero a pagar, ah, eso sí. Habían quedado en que habría que abonar los dos mil euros del trabajo y la factura estaba preparada, y yo repito mi trabajo *di capo* pero tú pagas. Y como el superproductor con contactos internacionales que tiene que proyectar a Sandunga y los Rottweilers a la fama mundial no ha venido, ha sido Sandunga quien ha tenido que efectuar el primer desembolso del proyecto. Que tendría que haberlo hecho el produ. Mal comienzo. ¿De qué coño sirve un superproductor con contactos internacionales si el primer pago del proyecto tiene que hacerlo la artista?

Ha pagado. Y luego ha llamado al superproductor con contactos internacionales y el otro no ha contestado la llamada. Y ha llamado al querido Leonardo, amigo de toda la vida, y le ha preguntado qué pasa con este superproductor con contactos internacionales.

Leonardo Leo le ha dicho:

—Ya te advertí que no te fiaras de él.

Que también tiene cojones, porque quien le dijo que necesitaba un productor con contactos internacionales para promocionar el disco y que conocía a un cazatalentos superrelacionado en Nueva York y Los Ángeles fue precisamente el puto Leonardo Leo Corasón querido.

Por si no iba bastante furiosa, por la tarde, durante el ensayo, la discusión con los músicos porque mañana no hay concierto en el Mantra. Ah, sí, Leonardo Leo ha aprovechado la llamada para decirle que esta semana no actuarán el jueves. Solo lo harán el viernes y el sábado. Desde que Leonardo Leo tiene novia nueva, economista tacaña que le supervisa los números, neoliberal despiadada, ya no existe el trato de favor. Y dicen los cálculos que los jueves la gente no va a conciertos porque al día siguiente tienen que madrugar para ir a trabajar. Y en vez de mil ochocientos euros, que ya es una miseria que te cagas, esta semana los seis músicos cobrarán mil doscientos. Que, como dice Pep López, el guitarrista, el más veterano del grupo, si mil ochocientos euros ya era de vergüenza, mil doscientos es un insulto.

—... Que salimos a doscientos euros por persona, coño. Que si son cuatro horas de concierto, sale a cincuenta euros la hora. Que he hecho seis años de conservatorio, hostia.

Dirigir a un grupo de cinco músicos es como ser la mamá de cuatro inmaduros mimados. Media tarde reconciliándose para acabar ensayando cuatro temas de manera rutinaria. El local decrepito cuesta cuatrocientos euros

al mes y no está la economía como para tirar el dinero.

Entre el local de ensayo y el metro, mientras cruzaba por plaza de Lesseps, ha podido hablar finalmente con el productor: «Es que habíamos quedado esta mañana en el estudio del diseñador». «Sí, señora, sí, querida, bonita, te llamé para avisarte, pero no me coges el teléfono y, además, todavía no me han pagado aquello que esperaba. ¿Y a ti cómo te va eso de enroscarte?» Esa es otra. Después del ensayo, las broncas y el desánimo tiene que ir al entrenamiento de contorsionismo, porque el produ cree que es imprescindible una exhibición de las suyas en el vídeo. «Im-pres-cin-di-ble.»

Y vuelve a casa con la espalda rota por *backbends* y *cheststands*. Ya ha renunciado definitivamente a cualquier otra figura. No llega y punto. Cuando era adolescente, sí llegaba, su padre la obligaba a retorcerse como una serpiente. Pero ahora ya no. Ahora ya no es una adolescente. Ya le ha hecho entender a la entrenadora que tiene sus límites, que ella no aspira a actuar en el Cirque du Soleil. Se ha prometido que en cuanto graben el videoclip abandonará los entrenamientos, que la dejan baldada, porque no le sale a cuenta.

Y, con todo esto, no puede ni pensar en salir por la noche. Hasta hace poco era una artista con escudería. Ahora es una puta ama de casa que va corriendo a hacerle la cena a su chico. Se arrepiente de pensar de este modo. No es justa. Es el cansancio. Abduh nunca le ha prohibido que salga de noche. Es ella, que está cansada, cansada de todo el día corriendo arriba y abajo, cansada por los ejercicios de contorsionismo y cansada de ver a su árabe particular alicaído, en la mesa del comedor, haciendo dibujitos y poemas con aquellos lápices de colores, que ni eso parece que Abduh pueda hacer en serio, sino que lo hace con desgana, rutinariamente, solo para no tener la mano quieta.

Ahora los rostros que la rodean comparten con Leire esa expresión de amargura que marca el final de la jornada. Son rostros sin vida porque hacen un esfuerzo para no pensar en la monotonía del trabajo cotidiano que dejan atrás y porque no les esperan novedades muy apasionantes cuando lleguen a casa. Los turistas, destrozados después del maratón obligado y desesperado para conocer Barcelona en cuarenta y ocho horas, tampoco ofrecen una imagen mucho más airosa.

En lo alto de la escalera, en el último peldaño, en medio de cien modelos

diferentes de calzado que se arrastran, a Leire la espera una rosa amarilla.

Intacta. Con perlas de rocío en los pétalos.

Bellísima.

Debe de haberse caído de la bolsa de alguien ahora mismo, porque no ha dado tiempo a que la pisaran.

Leire la agarra instintivamente. La rescata. Y en cuanto la tiene entre las manos, sabe que la flor la estaba esperando a ella. No ha caído inadvertidamente de los dedos de alguien. La han depositado en lo alto de la escalera a sabiendas de que la vería y la cogería. Alguien que viajaba en el mismo metro que ella. Que se ha situado estratégicamente dos o tres personas por delante en la escalera y se la ha dejado allí.

Es la tercera vez.

La primera se la dio aquella mujer árabe.

Leire volvía de comprar una merluza en el mercado de Sant Antoni, y en la plaza del Pedró le salió al paso aquella mujer mayor con chilaba, hijab y gafas de miope de muchas dioptrías ofreciéndole una rosa amarilla.

Era el día siguiente a los atentados de agosto, el día 18, en una Barcelona trastornada por los trece muertos, exaltada por la rápida y fulminante reacción de los Mossos d'Esquadra, que habían disparado contra los terroristas como parece que solo puede ocurrir en las películas o en el extranjero. Los periódicos y las radios no paraban de hablar del imán de Ripoll destruido por la bomba de Alá y los asesinos adolescentes abatidos por la fuerza policial.

—Para usted —dijo la mujer, con sonrisa rígida—. Le traerá suerte.

En un primer momento, influida por las noticias del día anterior, Leire se sintió violentada y se sobresaltó. Pero enseguida su manera de ser hizo que interpretara el gesto como muestra de buena voluntad. Aquella ofrenda amarilla quería decir que no debemos olvidar que no todos los musulmanes son malos. Al aceptar la flor, Leire se sintió mejor persona, como si su gesto de confianza fuera una contribución para conseguir un mundo mejor. Cuando llegó a casa, puso la rosa amarilla en un jarrón y sobre la mesa, bien visible para que iluminara el ambiente.

La alarma llegó con Abduh y su reacción. De un poeta soñador y cursi como él había esperar una reacción almibarada y blanda. En cambio, la voz que llegó desde el comedor a la cocina, donde Leire estaba preparando la merluza a la marinera, con almejas y huevos duros, fue desconocida, tensa y

aguda.

—¿Qué es esto?

Cuando Leire asomó la cabeza por la puerta de la cocina, esperaba ver algo asqueroso, como una rata muerta. Y Abduh estaba contemplando la rosa amarilla como si fuera una rata muerta.

—¿Qué te pasa?

—¿Qué es esto? ¿De dónde ha salido?

—¿No te gusta?

—Te estoy preguntando de dónde ha salido.

Como Leire de ninguna manera podía pensar que el terrorismo internacional se hubiera fijado en su humilde persona, sacó la conclusión de que aquello era una cuestión doméstica. Una cuestión de celos. «¿Quién te ha regalado esta rosa?» Tarde o temprano tenía que salir el moro que no había conocido hasta aquel momento. Más tarde pensaría que si ella temía celos por parte de Abduh, tal vez fuera porque le estaba dando algún motivo. O a lo mejor estaba deseando darle motivos. Lo que significaba que había empezado el inevitable distanciamiento, que las antenas de Leire ya estaban buscando otras personas, otras emociones, nuevas experiencias. A partir de aquel momento, tomó conciencia de que su relación con Abduh tenía fecha de caducidad.

—Me la han regalado por la calle.

—¿Te la han regalado por la calle? ¿Quién?

Se había puesto muy nervioso.

—Una señora. Una señora, sí. No un admirador seductor. Una viejecita encantadora y simpática, muy amable.

—¿Una viejecita?

—Una viejecita árabe, sí. O magrebí. O como se diga.

Volvió a ver la sonrisa rígida y los guiños perdidos detrás de las gafas de culo de vaso, y pensó en una bruja que quería transmitirle un mensaje mágico, o que le echaba un hechizo.

Se llenaron de lágrimas aquellos ojos inmensos y prominentes, y el hombretón se hundió de pronto en un abrazo convulso.

—¡Pero Abduh! —Leire lo abrazó—. ¿Estás celoso? No tienes que estar celoso, pequeño mío.

—¡No estoy celoso, coño! —resopló él, babeándole el hombro—. Es que ayer un maldito asesino mató a trece personas en las Ramblas, ¿o es que ya no te acuerdas?

Comieron la merluza a la marinera ante el televisor, viendo las imágenes desoladoras de una ciudad trastornada, escuchando una vez más que la policía buscaba al asesino conductor de la furgoneta, que ya lo habían identificado, que había matado a otro joven, con un cuchillo, para robarle el coche en la Diagonal. Que miles de barceloneses habían salido a manifestarse por las calles al grito de «No tengo miedo».

Abduh, en cambio, estaba paralizado por el miedo cuando, casi contra su voluntad, mecánicamente y con los ojos clavados en la pantalla del televisor, dijo:

—Ayer, al oír la noticia del atentado de las Ramblas, los iraquíes Shaddad se pusieron muy contentos. Lo celebraron con risas y cánticos. Decían que habían dado un buen golpe al *kufar*.

Si esperaba que la chica se volviera hacia él impresionada y con los ojos desorbitados y brillantes, quedó muy decepcionado. Porque ella, sin apartar la vista de las noticias, simplemente murmuró:

—¿Al *kufar*?

—A los que no practican la religión musulmana.

Leire suspiró.

—Ya. Ya me lo imaginaba.

\* \* \*

Habían sido tres rosas amarillas.

La segunda apareció en el vestíbulo del edificio un día de octubre, encima de los buzones. A primera vista supo que era para ella y la cogió. No lo pudo evitar.

Subió en ascensor mirándola con aprensión supersticiosa y, al llegar al piso, la tiró a la basura, la hundió en el fondo del cubo y le puso encima una lata y unos envases de plástico para que Abduh no llegara a verla.

A partir de la primera semana de diciembre, las calles de la ciudad se llenaron de pinceladas amarillas, lazos, cintas, bufandas y chales que

simbolizaban la protesta por el encarcelamiento de unos políticos. Cada vez que veía una, Leire recordaba la rosa amarilla y experimentaba un sobresalto. Como si fueran avisos mágicos, advertencias anunciadoras de otras rosas amarillas al acecho.

Hasta que esta tarde, al salir del metro, se ha encontrado la flor que la estaba esperando, en lo alto de las escaleras y en medio de una multitud de zapatos apresurados que milagrosamente todavía no la habían pisado.

Y es hoy, precisamente hoy, al final del día en que ha ido a visitar a la policía, cuando llega a la conclusión de que la flor tiene algo que ver con el terrorismo internacional y con el hecho de que alguna mente perversa esté abduciendo a Abduh.

Por eso, al llegar a casa, ha puesto la mesa como para una cena romántica, con la mantelería limpia, los cuatro platos supervivientes de la vajilla mexicana, la cestita del pan, las dos copas de cristal, vino reservado para las grandes ocasiones y agua de Vichy Catalan, que es la bebida de lujo de Abduh. Y la rosa amarilla en medio, como único adorno.

No tenía pensado preparar ninguna cena especial, pero se ve con ánimo de improvisar algo con las cuatro cosas que quedan en el frigorífico.

Tiene una lata de espárragos empezada, queso parmesano, leche, macarrones, huevos, un plato de guisantes con pimientos que sobró de ayer, un puerro, media lata de tomate triturado, un tetrabrik de caldo de pollo... De sobra. Hoy es un gran día.

Abduh llega cuando los macarrones ya están hirviendo en el caldo de pollo y Leire está rallando la piedra de parmesano sobre la nube de vapor.

—¿Qué celebramos?

—Que estás a punto de conseguir el permiso de residencia, ¿te parece poco?

—Ah, sí —sin entusiasmo.

—¿No te importa? ¿No te parece motivo de celebración?

—Sí, claro.

—No, ya veo que no. Cuando te lo he dicho esta mañana, tampoco te has puesto a saltar de alegría.

—Bueno, ya sabes cómo soy.

Leire ralla el resto del queso sobre un bol para poder espolvorear el plato

a la hora de comer.

—Ni siquiera me has preguntado por qué te van a dar el permiso de residencia tan fácilmente.

—Ah.

—No, no me lo has preguntado.

—Ya sabes cómo soy.

—¿Y no me lo piensas preguntar?

—Ah, sí. ¿Cómo es que me van a dar el permiso de residencia?

Añade leche y un poco de sal. Comprueba si los macarrones están al dente y decide que falta un poco, un nanosegundo de cocción. Vuelve a tapar la olla y se dedica a los huevos.

En dos cazuelitas de barro, trocea los espárragos y el puerro, distribuye los guisantes y añade la salsa de tomate y una yema de huevo. En la cazuelita que se reserva para ella, añade un poco de jamón desmenuzado. Lo aliña con aceite de oliva. Mete una de las cazuelitas en el microondas.

—Bueno, te lo vuelvo a preguntar. ¿Cómo es que me van a dar el permiso de residencia?

—A cambio, tú les contarás todo lo que sabes y todo lo que puedas averiguar sobre los iraquíes Shaddad.

—¿Qué?

—Te darán todo lo que les pidas porque vas a colaborar con la policía. Serás su confidente. Tú los ayudarás a luchar contra el terrorismo y, a cambio, ellos legalizarán tu presencia en el país.

La chica cuele los macarrones apartando el rostro y haciendo una mueca deliciosa para evitar el vapor hirviente. Los deja reposar en una bandeja.

Abduh se ha quedado inmóvil, mirando fijamente la rosa que hay en medio de la mesa. En ese momento, la rosa ya es más que una rosa, es un cuchillo, una pistola, una bomba que puede reventar las paredes de una casa de la calle Rubale del barrio de Ziyouna, en Bagdad. No es extraño que en la ciudad de Bagdad pase una cosa así.

Leire pone la segunda cazuelita en el microondas.

Ya puede servir la mesa. Los macarrones y las cazuelitas con tomate y yema de huevo.

Abduh la está esperando con la rosa amarilla entre los dedos.

—Bueno, ¿qué me dices?

Por un momento, es como si él no supiera de qué estaban hablando.

—No, no —reacciona—. Tú. ¿Tú qué dices? ¿Qué estás diciendo?

Leire le sirve macarrones. Mecánicamente, Abduh les echa queso rallado. Ella también se sirve.

—La mejor solución, créeme —dice.

—No, no, no. No puede ser. Tendrías que habérmelo consultado.

—Corría el riesgo de que me dijeras que no pensabas hacerlo.

—Es que no pienso hacerlo.

—Estos macarrones están deliciosos, no me digas que no. Abduh: piensa que también lo hago por ti. Porque te están haciendo un lavado de cerebro y sé que tú no te dejas, y que eres fuerte, pero no sé si te resistes con suficiente fuerza. Si colaboras con la policía, habrás elegido bando, no te podrás echar atrás y los marcianos no te podrán abducir a su planeta. También lo he hecho por eso. Para asegurarme de que continúas en el lado de los buenos y para que te recompensen con el permiso de residencia y la tarjeta NIE o TIE o como se llame.

Evitando su mirada, Abduh bebe agua de Vichy Catalan. Hace un último intento de resistencia:

—Pero no es seguro que los Shaddad sean terroristas.

—¡Vamos, anda! ¿Y la nueva lectura del Corán? Dijiste: «Interpretan el Corán de la peor manera posible; donde dice “Paz”, ellos leen “Guerra”, y donde dice “Perdón”, leen “Rencor”». ¿Te acuerdas de que me lo dijiste? ¿Y aquel día, aquí, en casa, cuando tenían la tableta y me la escondieron y luego me dijiste que te estaban enseñando soldados franceses y norteamericanos torturando a musulmanes? ¿Y aquel *whatsapp*, con un avatar de grupo donde se veía a una rata comiéndose una estrella de David? ¿Y la celebración, cantando y bailando, cuando el atentado de las Ramblas?

—Leire: no soy un héroe. Si son terroristas...

—Que lo son.

—... ¡Son gente muy peligrosa! No me quiero meter en una cosa así.

—Ya estás metido, Abduh. Lo siento, pero ya estás metido. Hasta el cuello. Esto ya no lo puedes evitar. Ahora lo que tienes que darme son datos concretos. Si tienen explosivos, si están preparando un atentado...

Abduh guarda silencio. Come sin hambre, con la vista baja. La rosa amarilla, delante de él, es la gran amenaza. Pero por dentro está lleno de rabia y determinación. Él también cree que hay que hacer algo.

—No hablan de explosivos ni de atentados —dice entonces—. Todo lo hablan en clave. Hablan de agua y de flores y de la inauguración del gran jardín.

—¿Agua? ¿Flores? ¿La inauguración del gran jardín?

Abduh tarda en hablar. Está dando un gran paso. Un paso heroico.

—Si unos terroristas hablan de una inauguración, ¿de qué podemos suponer que están hablando?

Leire se levanta para retirar los platos.

—Coge la cazuelita —le dice—, que se está enfriando. —Y acepta el juego—. ¿De qué hablan los terroristas cuando hablan de un gran acto? — reflexiona mientras va y viene de la cocina—. De un atentado.

—Pues están preparando una inauguración.

—Un atentado —concluye Leire—. ¿Y las flores...?

—¿Qué te parecería?

La chica se sienta. Moja pan en el tomate de su cazuela.

—¿Las víctimas? No. —Piensa. Deduce en voz alta—: Las flores son lo que pone color al jardín. Son la esencia del jardín...

Los dos comen con gusto.

—Esto está buenísimo.

—Sí. —Abduh vuelve al juego—: ¿O sea...?

—¿Qué serían las flores? —Y concluye sabiendo que lo acierta—: ¿Los explosivos?

Abduh no dice ni «sí» ni «no». Solo sonrío, como si estuviera orgulloso de su pareja. Inesperadamente, comenta:

—Los Shaddad son idiotas. Sobre todo, Alí. El otro día dice: «No sé si habrá sitio para tantas flores detrás de los contadores de la luz». Cuando me quedé solo, pude comprobar que detrás de los contadores de la luz han hecho un armario muy bien disimulado. No muy grande y, por supuesto, nada adecuado para guardar flores.

Leire es consciente de que le está proporcionando datos muy importantes.

—¿Y el agua...? —dice.

Abduh la mira, risueño, un poco juguetón. Se burla de los iraquíes. Mientras moja pan en la salsa de tomate, la anima a continuar jugando.

—El agua hace que las flores crezcan y se abran.

—¿El agua hace...? —Por fin, lo entiende—: ¿Los detonadores?

—En el atentado de Atocha del 11 de marzo del 2004, usaron teléfonos móviles como detonadores de las cargas explosivas.

—¿Teléfonos móviles como detonadores?

—Últimamente, he visto móviles nuevos por la tienda. —Abduh suspira—. Y están a punto de recibir los explosivos. Ya tienen el escondrijo preparado.

—¿Los Shaddad se llaman Alí y...?

—Adnan. Adnan y Alí Shaddad. Están aquí legalmente. Solteros. Viven solos, al fondo de la tienda de Reparaciones del Hogar.

La mirada profunda y la sonrisa tibia de Leire aprueban la actitud de Abduh. Le reconocen el coraje por lo que acaba de hacer.

—¿Y qué sabes del imán? ¿Dónde se esconde?

Se borra la sonrisa de Abduh. Igual que no sabe muy bien por qué comete la imprudencia de hablar, tampoco podría decir por qué hay datos que se calla.

—Del imán ya hablaremos otro día —dice, rebañando el plato con la vista baja—. No sé dónde se esconde. Es como un fantasma. Aparece por la tienda de vez en cuando.

Leire decide que ya lo ha hecho hablar bastante por hoy. Tampoco tienen que decir a la policía todo lo que saben antes de comprobar que van a recibir un buen trato a cambio.

Brindan, ella con vino bueno y él con agua de Vichy Catalan.

—¿Qué quieres de postre?

—¿Qué hay?

### III

#### *BACKBEND Y KNUT*

Ayer por la tarde, antes de salir de la carnicería, Omar le dijo a Muhammad que hoy, a primera hora, no contara con él porque le habían hablado de un trabajo muy bien pagado en Gràcia, y quería ir a presentar un currículum.

—¿No estás bien con nosotros? —exclamó Muhammad, casi ofendido, tal como había previsto el chico.

—Estoy muy bien, pero sé que no me podéis pagar más de lo que me pagáis, y tengo que ayudar a mi madre.

—Pues si tienes que irte, dímelo, porque contrataré a otro.

Muhammad fue brusco, pero Omar supo entender que detrás de la protesta se escondía un gran cariño. De los tres hijos que tiene, los dos mayores han estudiado carreras con ánimo de huir del barrio y de todo lo que les recuerde a una carnicería halal, y el pequeño es un vago que no sirve para nada (es el que le robó la caja de fresas). Todo el mundo comenta que a Muhammad le gustaría que Omar continuara con su negocio familiar. Muhammad ha luchado mucho por esta carnicería y le duele pensar que, cuando envejezca, será cerrada y olvidada.

Al día siguiente, cuando Leire sale de casa para ir al ensayo, Omar Al-Amrani la está esperando en la acera de enfrente, nervioso, preguntándose cómo se las apañará para abordarla, qué le va a decir, de qué manera puede averiguar algo sobre el iraquí con el que convive.

Leire ha cruzado en diagonal hasta la tienda de la esquina, tejidos, alfombras, tapices y ropa en general, que regenta un argelino que se llama

Abderramán, muy alto y con bigote grueso, que mira el mundo desde las alturas, con sorna insolente.

La cantante se queda mirando pensativa, con especial atención, los maniqués que exhiben ropa barata y sin gracia entre alfombras y kílms. Le gustan estas estatuas de tupés años cincuenta, maquilladas a la manera de los años veinte.

Abderramán, montando guardia en la puerta de la tienda, dirige a la chica un repaso de arriba abajo políticamente incorrecto y ahora sonrío con ojos fruncidos.

—Este se parece a ti —comenta.

—Ya me gustaría —dice ella.

—Ponle una peluca roja y sois exactas.

—Mi pelo no es rojo. Es caoba.

—¡Caoba! —se ríe burlón.

—Y no soy tan alta.

—Dentro tengo maniqués más pequeños. ¿Quieres verlos?

La pregunta suena a proposición deshonestas.

—No, gracias.

Omar ve que Leire se aleja de la tienda tan ajetreada como de costumbre, que siempre parece que lleve más cosas de las que puede sujetar con solo dos brazos y dos manos. La guitarra colgada a la espalda, el bolso inmenso, otra bolsa, esta negra, charolada, con el logo de Victoria's Secret; y una bolsa de basura de color violeta. Y, por si fuera poco, el teléfono móvil que suena de repente y la obliga a complicados malabarismos para responder. Se cuelga las bolsas de la muñeca y frota la pantalla del aparato con el índice de la derecha. El icono que debería reaccionar no reacciona, nunca reacciona a la primera, y ella tiene que frotar con el dedo, frotar y frotar, muy nerviosa por miedo a que la persona que llama se canse de esperar. Frota con el dedo hasta que se establece la conexión. Entonces, el problema es llevar el teléfono hasta la oreja, contrarrestando el peso de las bolsas.

Es Ortuño quien la llama:

—¿Leire Alfaro? Soy el inspector Ortuño. Ayer estuvimos hablando en mi despacho. Me hiciste un oferta.

—Ah, sí.

Abrumada, pasa rápidamente por delante de Omar, que no se atreve a dirigirle la palabra, porque solo faltaría que él interviniera para agobiarla más todavía. Y la chica pasa de largo y emprende la calle Sant Pau, procurando no chocar con los peatones, con los que tiene que compartir una acera minúscula.

Omar la sigue, esperando su oportunidad.

—... He estado hablando con mis compañeros de Información —está diciendo el inspector Ortuño— y están dispuestos a entrar en el juego. Veremos qué clase de información puede aportarnos este amigo tuyo y, si es tan valiosa como dices, podrá contar con el Número de Identificación de Extranjeros y luego con la Tarjeta de Identificación de Extranjeros.

—Ah, muy bien. Pues le diré que pase a verle.

De pronto, ella se detiene en seco, da media vuelta y camina hacia el chico, que se queda petrificado y boquiabierto, con el cerebro en blanco, incapaz de explicar por qué la está siguiendo.

La chica ni siquiera lo ve.

Leire acaba de darse cuenta de que ha pasado de largo ante los contenedores y se está llevando la basura de paseo. Ha reaccionado a tiempo y ahora sujeta el teléfono entre el hombro y la mejilla para continuar hablando mientras acciona el mecanismo de apertura del contenedor de residuos orgánicos y tira la bolsa violeta.

—No, no. Un momento, un momento —está diciendo el policía—. Yo prefiero tratar directamente contigo. No queremos que lo vean hablando con la policía. Por su seguridad.

Leire continúa andando por la calle Sant Pau. Pasa por delante del hotel España. Y Omar detrás de ella.

—... Yo trataré directamente contigo. Y en secreto. En lugares donde no puedan vernos, ¿de acuerdo? Pero ahora tengo una reunión muy importante con agentes del grupo que lucha contra el terrorismo internacional, y necesito una información más precisa que la que me transmitiste ayer. ¿Puedo hacerte unas cuantas preguntas?

Ortuño pregunta y Leire contesta. Muy nerviosa, sintiendo los latidos del corazón como puñetazos en el pecho. La dirección exacta donde se reúnen los miembros de la célula yihadista, el número aproximado de personas que la componen...

—No se lo puedo decir con exactitud —tartamudea la chica—. Yo sé que

se reúnen en la tienda de Reparaciones del Hogar o en el locutorio de Nassib, de vez en cuando, unas cuantas personas. Siete u ocho, a lo mejor.

—Nombres.

—¿Cómo?

—Que necesito nombres.

Llegan al final de la calle, que desemboca en las Ramblas, y Leire se introduce en el metro.

La cantante está haciendo un esfuerzo por recordar los nombres de los iraquíes, «se llaman Shaddad, sí, Shaddad, Alí y Adnan Shaddad», y hay un chico que también los frecuenta, uno que parece muy alocado, y que es hermano del que lleva los pedidos de la carnicería de Muhammad, ¿cómo se llama?, Mahfoud. No recuerda su apellido. Añade el nombre de Nassib *el Moro*, el del locutorio, y el de Abduh Fayad, claro. Ah, y hay un imán que asiste de vez en cuando.

—Pues me salen seis —dice el inspector, que ha tomado nota—. ¿Qué más sabes? ¿Por qué supone tu amigo que son una célula yihadista?

—Bueno, porque hablan contra la civilización occidental...

—No, eso no es motivo para detener a nadie, ¿lo entiendes? Hablar no deja ningún rastro.

Omar baja detrás de ella, dispuesto a obtener unos minutos de atención sea como sea. Abajo, se detiene porque Leire continúa sobrecargada por los bultos que lleva y con una mano y parte de su atención ocupadas por el teléfono, en la peripecia de encontrar la cartera dentro del bolso, sacar el tique del metro y hacerlo pasar por la máquina de control sin que se le caiga nada al suelo.

—¿Tienes idea de si están preparando alguna acción?

—¿Alguna acción?

—Sí, sí, alguna acción.

—Bueno... No estoy segura...

—¿Sí o no? —El policía se impacienta y saca el genio.

—Bueno, sí. A Abduh le parece que sí. Que preparan un atentado.

Leire piensa que tal vez debería haberse mordido la lengua, pero es como si se encontrara poco convincente, como si no tuviera nada que vender al policía.

—¿Un atentado? ¿Para cuándo?

—Para cuándo todavía no lo sabemos.

Omar también pasa el control con su tique T-10. Se reúne con ella en el andén, esperando pacientemente que termine su conferencia telefónica.

—Entonces ¿qué pasa? ¿Dices que lo tienen todo a punto?

—Sí. Han hablado de explosivos.

—¿Explosivos?

Llega el metro y Leire entra en el vagón, y la multitud y la indecisión arrastran a Omar al interior del convoy.

—¿Explosivos? —repite el policía, muy excitado.

—Sí. Bueno, al menos sabemos dónde los esconden.

—¿Dónde los esconden?

—Tienen un armario oculto detrás de los contadores de la luz.

—¿Los contadores de la luz?

—Sí, sí. En la tienda de Reparaciones del Hogar.

—La de los iraquíes.

—Sí.

—¿Y ahí es donde esconden los explosivos?

—Sí.

—¿Y qué más?

—No sé qué más. ¿Le parece poco?

El metro va muy lleno.

Leire acaba de hablar.

Ha dejado en el suelo la bolsa de Victoria's Secret y, aunque está atenta a que nadie meta la mano dentro de su bolso inmenso y procura no molestar a nadie con el bulto de la guitarra, se concentra en leer mensajes en el móvil.

Omar continúa preguntándose cómo la abordará, qué le dirá, qué le preguntará. No se atreve a acercársele en el metro. Demasiada gente que escucha, demasiada gente que se interpone entre los dos. No podría llegar hasta ella sin hacerse notar. También se dice que es mejor abordarla en el metro, porque los dos tienen el mismo origen. Si lo hace en la calle, lejos del barrio, sería demasiada casualidad y ella podría sospechar que la ha estado siguiendo.

Pero ya han llegado. Han pasado por el trajín de transbordos de plaza de

Catalunya, gente que sale y entra; y han continuado hasta paseo de Gràcia, Diagonal, Fontana, y en Lesseps Leire sale del vagón antes de que el chico se haya decidido.

Suben hasta la superficie.

Ella mira el reloj a menudo. Sea donde sea que vaya, está llegando tarde. Omar se teme que no podrá hablar con ella, será muy inoportuno si trata de detenerla y forzar una charla ocasional, como si nada.

En medio del gentío, la chica sale de la boca del metro y camina delante y pasa junto al quiosco con la evidente intención de cruzar la calle por el semáforo que conduce directamente a la iglesia de los Josepets de Gràcia. Pero está en rojo, y la riada de coches que recorre General Mitre hace que desista e, inesperadamente, Leire decide que cruzará por el centro de la plaza para atajar pasando por delante de la biblioteca Jaume Fuster. Da media vuelta y quiere correr hacia el otro paso de peatones, que está en verde, y es entonces cuando choca con Omar, que no esperaba su reacción.

—¡Ah, perdón!

Él aprovecha. Ilumina su mirada y la retiene con las manos, tocándole un pecho sin querer.

—¡Eh, usted es vecina mía!

Leire se muestra desconcertada, de un manotazo quita la mano del chico de donde no tiene que estar, y debería continuar su carrera para apurar el semáforo, si no fuera porque aquella presencia le parece desconcertante.

En un momento, toma conciencia de que lo ha visto cuando ha salido de casa. Estaba al otro lado de la calle y le ha parecido que la miraba muy fijamente, como si la estuviera esperando. Ahora cae en que es el chico de los recados de la carnicería halal. Y, luego, cuando ha vuelto atrás para tirar la basura al contenedor, todavía estaba allí plantado, muy pendiente de ella.

Y ahora...

Ahora le está diciendo, haciéndose el simpático:

—Usted vive en el Raval, ¿no? Y es artista, ¿no?

Leire no responde porque solo se le ocurre la pregunta «¿Me estás siguiendo?» y no quiere formularla, sobre todo porque la considera absurda e impertinente, porque no tiene ningún sentido que aquel chico la esté siguiendo desde el barrio, pero también porque va con mucha prisa. Comprueba, no obstante, que el semáforo ya ha cambiado a rojo, y eso la inmoviliza un poco

más y le hace dirigir sus ojos fruncidos hacia el chico de la carnicería.

—Usted vive con un iraquí, ¿verdad?

—¿Y a ti qué te importa? —replica.

—No, es que voy al barrio. Si quiere, vamos juntos.

—Yo no voy al barrio, ahora.

—Ah. ¿Y cómo es eso de vivir con un musulmán? Muy celoso, ¿no? ¿Se pasa el día rezando?

—¿Qué estás tratando de decirme?

Omar asume su torpeza. Se avergüenza. Se quiere fundir.

—No, no, nada. Perdona si la he molestado. Perdona.

Da media vuelta y echa a correr hacia la boca del metro.

Es el chico de los recados de la carnicería. Se llama Omar. Hace un momento, Leire se afanaba en recordar el nombre de su hermano, que es uno de los que frecuenta las reuniones de los Shaddad.

Se queda mirando la espalda del muchacho hasta que desaparece de su vista.

Se le ocurre que esto ha sido otra señal.

Como las flores amarillas.

\* \* \*

Tal como están las cosas, con el cuerpo de la Policía Autonómica de Cataluña intervenido por el Gobierno central, y con nuestro jefe destituido y relegado a trabajos administrativos (a pesar de la admirable actuación que tuvo durante los atentados del 17 y 18 de agosto pasado), no consideramos oportuno citar a nuestros colegas de la Policía Nacional a la ARI de Les Corts como si fueran testigos o sospechosos normales y corrientes. Pero tampoco estamos dispuestos a ir a visitarlos a su terreno, en la Central de La Verneda, pasando protocolos de identificación y salas de espera. Por eso, de mutuo acuerdo, nos encontramos en el restaurante L'Amagatall de la Villa Olímpica, en lo que denominaremos «un encuentro informal para intercambiar opiniones».

Todo muy formal.

Espárragos con beicon, ensalada de atún, arroz con setas, garbanzos con espinacas, wok de pollo, pollo al horno (el muslo y el contramuslo), entrecots,

menús económicos a cargo de los fondos reservados de Mossos.

Los convocados son Lucas Morrajo y Sebastián Zuazo, del Grupo de Información. Lucas Morrajo debe de tener unos sesenta y piensa que es más atractivo, elegante y educado de lo que es. Su sonrisa es un rictus falso que contrasta con la frialdad de su mirada, el traje y la camisa tienen demasiadas arrugas y de vez en cuando se hurga la oreja con el dedo meñique. Tal vez, Zuazo un día fuera un gigante musculoso que amedrentaba a los detenidos durante los interrogatorios, pero ahora ya no lo es. Se ha convertido en un obeso mórbido, y su sobrepeso ya no resulta intimidador, sino que lo debilita. Recuerda al Orson Welles de aquella película en blanco y negro que se titulaba *Sed de mal*.

—Dos días después del asesinato, el lunes 26 de febrero, pedimos un informe completo de los antecedentes de Santiago Ortuño a Recursos Humanos y a Asuntos Internos del CNP de Madrid. —Dicen CNP por Cuerpo Nacional de Policía, aunque no hace mucho que les han cambiado el nombre por el de Policía Nacional. La inercia—. Y todavía no nos han llegado. Ni el uno ni el otro. —Las expresiones de Morrajo y Zuazo no varían. Quizás quieren decir que no piensan hablar mucho. Por si acaso, el mosso añade—: Los recibiremos, tarde o temprano.

Morrajo y Zuazo asienten, conformes.

Habrá que recurrir a las preguntas directas.

—¿Qué pasó con Ortuño?

—¿Qué pasó cuándo?

—El mes de diciembre pasado. Vino a buscaros con una milonga. ¿Es así?

—Vino a verme a mí —puntualiza Morrajo.

—¿Por qué a ti?

—Porque tiempo atrás fuimos amigos. Bah, compañeros. Y ahora todavía nos vemos con frecuencia. Yo soy enlace entre Extranjería y la Brigada de Información. Ortuño, en su cargo, puede encontrarse con algunos casos de terrorismo o tráfico de seres humanos, y yo me encargo de vehicularlos hacia Información.

—¿Os veíais cada día, cada semana, cada mes...?

—No, no, no. Alguna vez, si yo tenía que ir por la plaza de Espanya para recoger la copia de algún documento. El contacto normalmente era a través de informes escritos, alguna consulta formal por email o reuniones con otra

gente... —Suspira, resignado a tocar fondo—. No era fácil.

—¿Por qué no era fácil?

—Con Ortuño, hace años, habíamos estado en grupos de investigación. Habíamos resuelto robos y asesinatos y desarticulado redes de tráfico de drogas y de prostitución. Como sabéis, la policía de Barcelona era una de las más prestigiosas de toda España. —Dedicado afectuosamente a los Mossos—. Cuando se produjo vuestro despliegue, el de los Mossos, en noviembre del 2005, a mí, a Zuazo y a uno que se llama Silvestre y que hoy no ha podido venir nos destinaron a la Brigada de Información, en un cargo de responsabilidad, grupos dedicados a Terrorismo Interior, mientras que a Ortuño lo destinaron al despacho de «Propuestas de Expulsión y Alegaciones», donde no hay nada que hacer y donde nadie espera que nadie haga nada. A él le pareció injusto y todavía no lo ha podido digerir. — Recuerda que Ortuño está muerto y corrige el tiempo verbal—. No lo había podido digerir.

—¿Y por qué esta diferencia entre él y vosotros?

—Porque él... En fin, a él le gustan mucho las mujeres.

—Le gustaban. Y no, no es que le gustaran mucho las mujeres. Es que tenía un problema con las mujeres. Mientras estuvo en Trata de Blancas, tuvo muchos problemas, muchos altercados y broncas.

—Digamos que no sabía hacerse simpático.

—Se presentó a los cursos de inspector en jefe mil veces y no consiguió ascender nunca.

—Como no quería irse de Barcelona... Le daban plaza en otros puntos de España, pero él se emperraba en quedarse en Barcelona y por eso no lo consiguió nunca.

—Y estaba resentido. Cuando, de repente, se vio con un confidente en las manos, yo creo que se volvió loco.

—¿Cómo fue? ¿Fue a verlos y...?

—Vino al grupo dispuesto a demostrar que era el mejor policía del mundo. Muy sobrado. Había dedicado toda la mañana a estudiar el texto de la Ley Orgánica 4/2000, de 11 de enero, sobre derechos y libertades de los extranjeros en España y su integración social. Nos cantó como un papagayo el artículo 59.

—Que dice...

—Que si un extranjero irregular denuncia algún caso de tráfico de seres humanos, de inmigración ilegal y cosas así, y coopera y colabora con nosotros, podrá beneficiarse de un trato especial, y no lo expulsaremos y le concederemos una autorización provisional de residencia y trabajo. Más o menos.

—También había consultado si el llamado Abdullah Fayad tenía antecedentes penales. Y no tenía.

—De hecho, Abdullah Fayad no constaba en ninguna parte. Era un ilegal.

—Ortuño traía la lección muy bien aprendida.

—Pero, sobre todo, venía obsesionado por la roja.

—La cruz con distintivo rojo. Que ya estaba harto de que solo le dieran cruces con distintivo blanco, que no comportan aumento salarial.

—«Tengo un confidente», dijo. Y a mí que se me escapa: «¿Un confidente? ¿Tú?». —Morrajo y Zuazo no pueden evitar una risa—. No quería ofenderlo, pero, en fin, su trabajo estaba en el despacho y la buena información se encuentra en la calle. No era normal que Ortuño tuviera un chotas. Y, si lo tenía, no podía ser muy importante.

—Dijo que conocía a un moro que estaba metido en una célula yihadista de iraquíes. En el Raval. Que estaban tratando de captarlo para alguna movida fuerte.

—Bueno, resultaba un poco increíble, pero pensamos que, si era verdad, resultaría una gran oportunidad para el prestigio de la brigada. Y continuamos preguntando.

\* \* \*

—¿Por qué no se lo has dicho a Extranjería? Ellos tienen un grupo que se encarga de este tipo de investigaciones.

—Sí, sí, ya lo sé. Técnicamente, ahora tendría que hacer un informe para mi jefe, que se pondría en contacto con vuestro comisario y todo rodaría sin nosotros, pero prefiero saltarme el conducto reglamentario. Este caso es mío, yo me lo he currado y quiero que mi nombre salga reforzado. Cuando reventemos el tema, quiero que me den la roja. Que todos vosotros ya la tenéis y a mí, cuando me toca, si me toca, solo me cuelgan la blanca. Quiero que mi

nombre salga con letras de oro. Quiero estar en el caso. Eso significa que tengo que estar en primera línea de fuego.

—Bueno, Santi, tú ya sabes. Aquí, cada cual hace su trabajo y, a la hora de la verdad, en primera línea de fuego están los geo. No estarás tú, ni estaré yo.

—¡Lucas, por el amor de Dios! —Si tiene que suplicar, suplicará—. Me han tratado mal, Lucas, y tú lo sabes. No es justo que me tengan en aquella mierda de despacho y con aquella mierda de trabajo de papeleo.

—Porque cuando te encargabas de la trata, te liabas con todas las niñas, Santi, coño.

—Lucas, puede ser mi oportunidad.

Por primera vez desde que Ortuño ha llegado, se miran como dos amigos que se deben unos cuantos favores.

—¿Me has traído algo? —claudica Lucas Morrajo.

—¿Si te he traído...?

—Sí. Algo.

—¿Qué querías que te trajera?

—No sé. Papeles, pruebas. Pruebas de que esto no es humo, que hay algo sólido detrás. Necesito mucho más que lo que me has dicho.

—Preguntad lo que necesitéis saber.

Ha seguido una especie de tercer grado. Un agente joven, de barbas, denominado Saurí, se ha sentado ante un ordenador portátil y ha ido transcribiendo las respuestas a una batería de preguntas interminable.

Ortuño ha contestado a todo imperturbable y sin dudar, claro y con voz firme, tan convencido cuando afirmaba lo que sabía, a menudo consultando un papelito donde había garabateado unas notas, como cuando reconocía que no disponía de los datos que le pedían. Siempre mirando fijamente a los ojos o más allá de los ojos, como si fuera capaz de leer las intenciones del interrogador en el mismo núcleo de su cerebro. Y no es fácil responder de manera diáfana e inteligente a todas las cuestiones que le plantean, pero esta ceja más alta que la otra debería ser indicativa de la profunda solvencia de los datos que aporta.

—¿Cómo se llama tu informador?

—No puedo decirlo. La confidente es mía. —Quedó claro que era una mujer. Mujer tenía que ser—. Se lo he prometido. Solo quiere conectar

conmigo y no quiere saber nada de ningún otro policía, esto tiene que quedar muy claro.

—¿Cómo se llama?

—No puedo decirlo.

—¿Dónde vive? —Nada. Ortuño mira hacia otro lado—. ¿Cómo se llama la mujer que sirve de contacto?, ¿dónde vive...?

—No puedo decirlo.

El joven de las barbas deja de picar el informe y mira a su jefe. Esto no es normal. Para seguir así, no vale la pena redactar ningún informe. ¿Qué coño quieren que escriba?

—¿Cuántos miembros componen la célula?

Ortuño consulta el papel:

—Seis como mínimo.

—Nombres.

—Alí y Adnan Shaddad, Abdullah Fayad, uno al que llaman Nassib *el Moro* y otro de nombre Mahfoud pero no me han dicho el apellido. Ah, y un imán que aparece de vez en cuando.

—¿Dónde se reúnen?

—En una tienda del Raval que se llama Reparaciones del Hogar. —Da la dirección exacta.

—¿Cuándo se reúnen?

—Todavía no lo sé.

—¿Cómo se llama el imán que adoctrina al confidente?

—Todavía no lo sé.

—¿Dónde está ese imán?

—Todavía no lo sé.

—¿Qué planes tienen?

—Seguro: perpetrar un atentado.

—¿Dónde?

—Todavía no lo sé.

—¿Cuándo?

—Todavía no lo sé, pero ya tienen los explosivos.

—¿Ya tienen los explosivos?

—Sí.

—¿Dónde los tienen?

—En el armario que hay detrás de los contadores de la luz del local de Reparaciones del Hogar.

—¿Quién es el encargado de cometer la acción?

—Todavía no lo sé.

—Está bien. Gracias, Santi —dice Morrajo inesperadamente—. Un trabajo brillante. Quedamos a la espera de nuevas informaciones de tu confidente, porque ya has visto que quedan unos cuantos agujeros vacíos. Pero, de momento, con esto ya podemos ir avanzando.

Ortuño se levanta y se deja acompañar hasta la puerta. Antes de salir, se detiene y se enfrenta a su amigo para replicarle con el tono duro que habría utilizado Harry el Sucio:

—Quiero estar en la movida.

—¡Claro, Santi! —exclama Morrajo. «Faltaría más, ¿cómo puedes dudarlo?»

—Quiero estar en el centro del operativo.

—Allí estarás, Santi.

—Este operativo, sin mí, no es nada.

—Lo tenemos clarísimo, Santi.

\* \* \*

—¿El CNP lo tenía clarísimo? —preguntamos a nuestros compañeros de Información.

—No, no lo tenían clarísimo. Las cosas se aclararon después del descalabro. Cuando los CNP ya habían montado todo el follón en el Raval, se les presentaron el inspector Esquer, responsable operativo de Seguridad Ciudadana, y el sargento Quadreny, de Información. Preguntaron qué estaba pasando y el jefe de Estupas de los CNP, aquel que se llama Antequera, se los quitó de encima con malos modos. Les dijo que un confidente anónimo les había dicho que los moros acababan de recibir un cargamento importante de *hash*. Les dijimos que teníamos la Operación Diógenes en marcha, que la llevaba la magistrada De Villalonga, de la Audiencia Nacional, y que

tendríamos que informar del tema, pero como si nada. Y eso fue lo que pasó. Información comunicó los hechos a la magistrada de la Audiencia Nacional, la magistrada se puso en contacto con el juez de instrucción que había dado a los chapas las órdenes de entrada y registro y se destapó el pastel.

—¿Qué era, exactamente?

\* \* \*

Cuando Ortuño sale del despacho de Información, el joven de las barbas que se llama Saurí resopla:

—Esto es una mierda. No tenemos nada, no sirve para nada.

Lucas Morrajo camina lentamente y cabizbajo desde la puerta donde ha despedido a Ortuño hasta el asiento que antes ocupaba. Va haciendo un ruidito con la lengua, un chasquido suave que significa: «Esperad un momento», o: «No os precipitéis».

—No creas —dice. Echa una ojeada que los abarca a los tres, al escéptico Saurí, al enorme Zuazo y a Silvestre Gafotas, antes de decir—: Después de hablar ayer con Santi Ortuño, llamé a Madrid al enlace que tenemos en la Audiencia Nacional. Es un cotilla que siempre está preguntando, y mirando papeles, y que no puede quedarse con una duda. Todo tiene que saberlo y lo sabe todo. Tiene toda clase de contactos en todos los juzgados centrales de instrucción porque hace muchos años que se mueve por allí. Le dije que habíamos oído hablar de una célula yihadista del Raval, las cuatro cosas que nos había adelantado Santi. Cuando le hablé de un imán escondido, o misterioso, o fantasma, enseguida saltó. No sé si os acordaréis, pero hace seis o siete meses nos llegó desde Canillas una orden internacional de busca y captura de Europol. Buscaban a un imán iraquí, un tipo muy peligroso implicado en tres o cuatro atentados. La policía alemana y la belga le estaban siguiendo los pasos y perdieron su rastro en la frontera de Bélgica con Francia. Parece que los Mossos lo localizaron por el Raval, exactamente en esta zona que nos ocupa.

—¡Los Mossos! —exclama Zuazo con desdén.

—Dice que los Mossos detectaron que el imán había entrado en contacto con los iraquíes de esta tienda que ha mencionado Santi, Reparaciones del Hogar. La magistrada Ana de Villalonga, de la Audiencia Nacional, recibió el

atestado de los Mossos y les asignó el caso. Al parecer, tienen teléfonos pinchados y micros... La llaman Operación Diógenes.

—Operación Diógenes —repite Zuazo como si fuera una mierda de nombre.

—Hace más de siete meses que buscan a este imán. Van más perdidos que Pulgarcito. Ahora dice que lo están buscando por el Maresme.

—Bueno, ¿y qué quieres que hagamos con esto? —exclama Saurí, siempre impaciente—. Si lo llevan los Mossos, lo llevan los Mossos. Y, de momento, no tenemos nada.

—Sí tenemos —lo corrige Morrajo—. Sí tenemos. Los Mossos están buscando al imán por el Maresme y nosotros sabemos que está en el Raval. Un imán misterioso, o fantasmal, o llámalo como quieras, pero está aquí, adoctrinando a nuestro confidente. Está aquí o viene periódicamente, y el chotas de Ortuño lo ve y habla con él. Solo necesitamos que nos diga cuándo se reúnen, y dónde, y podremos atrapar a ese imán que están buscando por toda Europa, por todo el mundo. Nosotros.

—Nosotros no podemos atraparlo —dice fastidiado el joven Saurí—, si el caso lo llevan los Mossos. Si ese chotas sirve para algo, tendremos que hablar con esa magistrada, la De Villalonga, y querrá que le llevemos todo el material y que nos entendamos con los Mossos.

—¿Me estáis diciendo que vamos a dar información a los Mossos para que se cuelguen ellos la medalla? —se suma Zuazo.

—A mí los Mossos no me vuelven a pasar la mano por la cara —afirma Silvestre, tajante.

—Pues ¿qué hacemos con esto? —salta el barbas, mirando a uno y a otro.

—He estado pensando —dice Morrajo, creando intriga, esperando tener la atención absoluta de los otros tres—. Si queremos llevar nosotros el tema y ganarnos otra roja —se dirige a Zuazo—, no podemos entrar del palo antiterrorista. Esto lo lleva la magistrada De Villalonga con los Mossos. —Reacción general de *vade retro*—. Tendremos que entrar por otra historia. Drogas, por ejemplo.

—¿Drogas?

—Hablemos con los Estupas. Antequera jugará. Si le decimos que vamos a joder a los Mossos, jugará encantado. Que pidan la orden de entrada y registro urgente al juez de guardia por un tema de coca, o de *hash*..., o de heroína, que

da más grima. Un cante que nos acaba de entrar o lo que Antequera quiera o le convenga más. Nosotros no sabemos nada, ni de terroristas ni de Diógenes ni de Mossos ni de la madre que los parió. Nos han dicho que en aquel local esconden la farlopa, que tienen un depósito y nos vamos para allá de cabeza. Entramos a saco. «¿Dónde está la droga, dónde está la droga?» Registramos. —Se golpea la palma de la mano como si mostrara un documento—. Tenemos orden de registro. Miramos aquí y miramos allí. El armario que hay detrás de los contadores de la luz. No hay droga, pero, oh, maravilla, encontramos explosivos. ¿Explosivos? La hostia, esto sí que no nos lo esperábamos. Bueno, pero todo el mundo detenido. Todo el mundo detenido. Y uno de los que han caído es precisamente el imán que buscábamos. Bingo. Joder, qué casualidad. Cerramos el caso, los Mossos se quedan con un palmo de narices y el mérito es nuestro.

—Los Mossos estarán por allí. Intervendrán.

—¿Y qué?

—Se pillarán un cabreo.

—Que se cabreen. Eso es lo que más me gusta del operativo.

—Y protestarán ante la magistrada de Madrid.

—Que protesten.

Los cuatro policías acaban riendo a carcajadas. Parecen satisfechos. Se miran los unos a los otros, se encogen de hombros como quien dice: «Esto está hecho. Más fácil imposible».

Cuando Morrajo pregunta «¿Qué os parece?», ya no espera las respuestas.

El plan ha sido aprobado por unanimidad.

\* \* \*

La investigación del homicidio de Santiago Ortuño Carrero empieza el lunes, 26 de febrero.

La primera pregunta que nos hacemos es: ¿quién sabía que Ortuño iba los sábados a pescar a aquel rompeolas?

Su desconsolada viuda, Rosario Prelado, Charo, nos dice que no cree que lo supiera casi nadie, que ella misma sabía que iba a pescar, pero no conocía el lugar exacto.

Aceptando de entrada que el crimen es obra de un sicario sin ninguna relación personal con la víctima, nos parece posible que lo hubiera estado siguiendo desde una semana o dos antes para conocer sus costumbres y elegir el lugar idóneo para la ejecución. Evidentemente, la grabación del móvil del otro pescador es una referencia espléndida como punto de partida que nos da el aspecto del asesino y de su vehículo.

Cerca del espigón que sirvió como escenario del crimen, hay un puticlub importante, el Berenice. Un edificio que tenía que ser hotel en una zona urbanizable que se convirtió en polígono industrial, empezó siendo ocupado por camioneros de paso y enseguida fueron sustituidos por un puñado de mujeres que proporcionaban muchos más beneficios al propietario. Consideramos que un reclamo como aquel debía de ser una tentación irresistible para un sicario y, como el establecimiento dispone de cámaras de control tanto en su exterior como en su interior, nos interesamos por las imágenes que puedan haber captado.

Hacemos lo mismo con cámaras instaladas en las proximidades del domicilio de Santiago Ortuño, junto al paseo de Sant Joan, y con las que hay en los alrededores de su lugar de trabajo, en la plaza de Espanya. Despliegue de agentes por entidades de toda clase susceptibles de tener aparatos de seguridad, sobre todo entidades bancarias y estaciones de metro, y horas y horas de contemplar grabaciones de la nada, esperando ver al hombre alto.

El 3 de marzo, localizamos a un sospechoso en cinco grabaciones realizadas en lugares del entorno de Ortuño Carrero. Dos pertenecen a la estación Joanic del metro, yendo y viniendo en días diferentes. Otra, a la cámara de un supermercado que, desde el interior y a través de una ventana, lo sorprendió parado ante el portal del domicilio de Ortuño Carrero durante más de tres cuartos de hora seguidos. Las otras dos corresponden a un cajero automático del paseo de Sant Joan que lo muestran un día pasando de derecha a izquierda y al día siguiente, nítidamente, mientras saca dinero. El cráneo rapado, nariz aguilina, boca de asco, mirada indiferente y aburrida, vestido con un jersey de lana gruesa, blanca y trenzada de manera artesanal, con cenefas longitudinales, solapas anchas y cremallera. La tarjeta de crédito corresponde a un banco italiano y va a nombre de Luca Torelli.

Suponiendo que hubiera huido inmediatamente después de cometer el asesinato, revisamos también las cámaras de la estación de Sants y del

aeropuerto del Prat. Más días interminables y aburridos contemplando imágenes sin ningún significado hasta que volvemos a verlo en el aeropuerto.

El día 24 de febrero, Luca Torelli tomó el avión de las 19.10 hacia el aeropuerto Galileo Galilei de Pisa.

Enseguida llegó el informe de la policía italiana sobre el llamado Luca Torelli, miembro de un grupo delictivo de origen siciliano instalado en la Toscana. El día 9 de febrero, abandonó la prisión de Volterra después de cumplir una condena de cinco años por secuestro. Aun cuando, al salir de la prisión, llevaba una abundante pelambreira, barba y bigote, y que en las fotografías que enviamos a los italianos iba rapado y afeitado, la identificación que hacen las autoridades italianas es positiva. El 9 de marzo, el magistrado Barabino Cuberes dicta una euroorden de detención y, el 10 de marzo, Luca Torelli es esposado en su domicilio.

Restaurante L'Amagatall de la Villa Olímpica.

Mediodía del 11 de marzo.

Encuentro informal para intercambiar opiniones entre Mossos y Policía Nacional. De postre, *mousse* de chocolate con Baileys, tiramisú y helados. Carajillos de coñac. A cargo de los fondos reservados de Mossos.

—Solicitamos el historial de Ortuño a Recursos Humanos y a Asuntos Internos hace casi un mes. Ya hemos resuelto el tema del asesino, que está detenido y todo, y los informes de Madrid no llegan. ¿Sabéis qué debe de estar pasando?

—La burocracia —dice Zuazo, indiferente.

—Estas cosas tardan.

—Pero ¿qué os imagináis que puede estar pasando?

Sin respuesta.

—Tenemos claro que a Ortuño lo mató un sicario, miembro de una familia siciliana. ¿Sabéis si alguna vez Ortuño detuvo a algún miembro de la Cosa Nostra, o tuvo alguna relación con alguno de sus miembros...? ¿O con gente de la 'Ndrangheta, o de la Camorra? —Morrajo y Zuazo mueven la cabeza: que no, que no—. ¿Pensáis que puede ser una venganza de algún grupo organizado porque Ortuño lo perjudicara, de una manera u otra...?

Morrajo y el gran Zuazo se miran y niegan con la cabeza. No recuerdan nada. Al primero se le ocurre algo improbable:

—Estuvo en aquel tema de los cosacos, ¿cómo se llamaban?

—Los Czipiorski —dice Zuazo—. Pero nada. Nos echó una mano, pero no figuró para nada. No firmó nada, no hizo ningún interrogatorio, no le puso las esposas a nadie... En aquel caso, Ortuño no pintó para nada.

—Pero cuando os dieron la roja, a ti y a Silvestre, bien que protestó.

—Ortuño protesta cada día del Ángel Custodio, cuando ponen medallas a todo dios y a él no.

—Mira... —El veterano Zuazo, que ya ha terminado de comer y desea salir corriendo, se apoya en la mesa y, adoptando la actitud del veterano que se las sabe todas y se ve obligado a tratar con criaturas inexpertas, dice—: Me parece que os equivocáis de objetivo. El problema de Ortuño era que se había encoñado de la contraformista.

\* \* \*

Cuando sale a la calle y mientras camina hacia su Volkswagen Arteon de cambio automático, Ortuño saca el móvil y busca el nombre de Leire en la agenda.

Normalmente, en pleno ensayo la chica no habría contestado porque suele tener el aparato desconectado, pero hoy han acabado antes de tiempo porque los músicos se han amotinado.

Los cinco están de acuerdo en exigir que se les paguen los mil ochocientos euros acordados, como si actuaran tres días. Si a Leonardo se le ocurre de pronto que hoy no quiere concierto, tendría que haber avisado antes. Dámaso, el batería, que siempre va flipado, propone que planten a los del Mantra.

Es que no se los puede dejar solos.

—O nos pagan lo que acordamos, o no vamos.

—Pero ¿tú estás loco? —Leire se enfada—. ¿El día antes le vas a decir que no vamos? ¿Quién te crees que eres?

—Yo no sé quién me creo que soy, pero queda claro que Leonardo Leo y tú sois culo y mierda.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Que siempre haces lo que te dice Leonardo Leo. Y si te pidiera que actuaras gratis, actuarías gratis.

—¿A que te pego una leche?

—A que no.

—¿A que te echo de la banda?

—A que no.

El móvil es un buen pretexto para escabullirse.

—¿Sí?

—¿Leire? Soy Santi.

—¿Quién?

—Santi Ortuño. El inspector de Extranjería.

—Ah.

—¿Sabes que tienes una voz preciosa? He soñado en volver a escuchar tu voz y ahora, oh, es una recompensa.

Inesperadamente, a la cantante se le escapa una risa complacida mientras piensa que a ella también le gusta la voz grave y afectada, de actor de doblaje, del hombre que la telefonea para flirtear.

—Ya. Sí. Siempre me lo dicen. ¿Hay novedades?

—Todo está arreglado. Ha ido de fábula. Mis colegas de Información están supercontentos y hoy mismo redactarán un informe favorable para que tu novio tenga su NIE. El Número de Identificación de Extranjeros.

—¿Ah, sí? ¡Qué bien! —La risa de Leire es capaz de fundir el corazón del policía. El deseo lo ahoga.

—El permiso de trabajo deberás tramitarlo en la Generalitat, pero si ya tienes la tarjeta es más sencillo. Podrás conseguir un contrato, ¿no?

—¡Claro que sí! Supongo que sí.

—Pero hoy mismo tendrías que traerme todos los papeles de..., ¿cómo se llama el iraquí?...

—Abdullah Fayad. Pero no sé si tengo todos los papeles que se requieren.

—Tienes que traerme el pasaporte original de tu hombre y una fotocopia. Toma nota.

—Pasaporte y fotocopia. Tengui.

—¿La fotocopia también?

—También. Ya la llevaba el otro día.

—Dos fotografías tipo carné de identidad...

—Tengui.

—... Un documento según el cual él te autoriza para actuar en su nombre...

—Tengui.

—¿Firmado por él?

—Firmado por él.

—Y tendrás que rellenar el impreso de solicitud del Número de Identificación de Extranjeros.

—Falti.

—No te preocupes. Yo te lo llevaré y te ayudaré a rellenarlo. Tendría que ser hoy mismo. Este mediodía.

—Hombre, no sé si me va a dar tiempo. Tendré que pasar por casa a buscarlos. Ahora estoy en el ensayo.

—Hazlo. Y me vienes a encontrar en la Via Augusta.

—¿En la Via Augusta?

—Sí. A partir de ahora, nos encontraremos en lugares muy íntimos. Donde nadie pueda vernos. Por la seguridad de Fayad. Te espero, toma nota de la dirección. Es un salón de té que hay en Via Augusta, cerca de la Diagonal...

\* \* \*

Leire baja del taxi frente al salón de té que le ha indicado Ortuño por teléfono. Entra en él como si, desde el interior, el director de la película hubiera gritado «¡Tres y... acción!».

Se sabe espectacular, por el peinado, el maquillaje de ojos de mirada profunda y boca roja como una herida abierta, gabardina negra abrochada hasta el cuello, andares de pantera sobre zapatos de tacón de aguja vertiginoso. Hoy no luce colorines: es la mujer de negro. Uau.

El inspector de policía está en la mesa del fondo y se queda sin respiración, no puede disimular. Enseguida mira a su alrededor buscando un alma gemela que vea y valore el pedazo de mujer que está a punto de sentarse a su lado. Y, con un poco de suerte, hasta le va a dar un beso y todo.

Ortuño viste su mejor traje. De alpaca gris, con brillo, las solapas en punta y bicolores, una parte en terciopelo gris oscuro. Debe de ser su disfraz de bodas y acontecimientos importantes. A Leire le hace gracia. Lo ve como a un noble bruto, un animalote prepotente e ingenuo a la vez que necesita pautas fijas para sentirse seguro, traje de gala, placa, pistola, sonrisa ensayada ante el

espejo, expresión de firmeza, las palabras que siempre han dado resultado, los trucos que nunca fallan. Y una copa de coñac, a estas horas del mediodía, antes de comer, porque lo considera otra manifestación de virilidad. El conjunto entenece a la mujer que entra y se dirige a él avanzando con el aplomo de una modelo por la pasarela. Antes de llegar a la mesa, ya sabe que se va a encontrar con una nube de olor a colonia más o menos intenso. Lo comprueba en cuanto llega a su lado. El olor no está tan mal como se temía. Es fresco como el tomillo y nada ofensivo. Sugerente. En este terreno, Ortuño está bien aconsejado.

Se pone en pie para recibirla.

—Leire.

—Inspector.

Se estrechan las manos, pero ella le hace feliz ofreciéndole la mejilla para el deseado beso. Él se lo da y no puede evitar el ponerle la mano en la cintura.

—Llámame Santi —le susurra al oído—. Yo ya hace tiempo que te tuteo.

Ella, siempre sonriente, ocupa la silla de enfrente y permite que los faldones de su gabardina caigan a ambos lados, como las cubiertas de un libro que se abre, y muestren sus piernas espléndidas, que Leire sabe que son apuesta segura. Medias oscuras con banda negra en lo alto del muslo. Los ojos de Ortuño, sin ninguna capacidad de disimulo, recorren aquellas piernas con una expresión lánguida, casi dolorida.

—Le he... —Leire se corrige con mirada sabia—. Perdón, te he traído esto.

Le entrega una carpeta amarilla.

Ortuño la abre y hojea con mucha atención los documentos. Asiente con la cabeza. No hay nada nuevo. Todo esto ya lo vio en su despacho. Pasaporte y fotocopia. El documento de autorización. Ojeada furtiva a las piernas espectaculares. Las fotografías de carné. Todo está muy bien, pero no dice nada. Suspira y se entretiene más tiempo del necesario, probablemente porque no sabe cómo abordar el siguiente tema, que es el que realmente le importa.

Leire lo contempla y frunce los labios en una sonrisa traviesa, como si reprimiera una carcajada. Está muy atenta a cada reacción del inspector.

Alguien podría decir que una mujer siempre conoce las intenciones de un hombre cuando este la cita. Si Leire lo oyera, se burlaría con una de sus risotadas limpias. Ella no sabe qué habilidades pueden tener todas las mujeres

del mundo, pero, desde luego, entendió cuáles eran los anhelos del inspector Ortuño en cuanto lo vio, como si los llevara escritos en la frente.

No es una sorpresa, un pronto, una decisión de la que tal vez luego se arrepienta.

Hace mucho rato que piensa en ello.

Desde ayer, está pensando en ello.

Tal vez no con todas las letras y toda la jeta, quizás no era consciente de ello hasta que, al oír la voz de Ortuño en el móvil («He soñado en volver a oír tu voz y ahora, oh, es una recompensa», «tendría que ser hoy mismo, este mediodía»), ha experimentado una inesperada concupiscencia y una insólita urgencia. ¿Qué le está pasando?

La llamada le ha arreglado el día. Saber que tiene resuelto el problema de Abduh la ha puesto en un estado de euforia que le ha permitido calmar los ánimos de los músicos y aplazar el ensayo para mañana por la mañana. Es normal que esté contenta.

Ha cargado la guitarra, la bolsa de Victoria's Secret donde llevaba la fiambarrera con el bocata de media mañana, el inmenso bolso de mano que siempre la acompaña y se ha despedido de los músicos con una risa espectacular.

—Si os quedáis, pasad un par de veces los instrumentales.

Durante el viaje en metro hasta Liceu, se ha preguntado mil veces qué le está pasando, a pesar de que sabe perfectamente qué es lo que le está pasando, y ha encontrado mil respuestas diferentes, la principal de las cuales es: «¿Por qué no?».

Otra razón de lo que le está sucediendo es que Ortuño le ha dicho que tiene una voz preciosa y que ha soñado en volver a oírla. Ya sabe que lo dice para halagarla y para seducirla y que el tío es un fantasma de los que arrastran cadenas, pero hacía mucho tiempo que nadie trataba de ligar con ella ni le decía tonterías bonitas. Abduh no es de esa clase de tipos. Abduh dice cosas como que le quiere construir una calle de baldosas amarillas y que él es su Espantapájaros, su Hombre de Lata y su León Cobarde. Y la llama Dorothy, y ya está bien de tanto mago de Oz. Leire está hasta los ovarios de tanto mago de Oz.

Hace tiempo que el sexo con Abduh ha perdido la alegría, la sorpresa y el entusiasmo del principio. Leire piensa que últimamente el sexo con Abduh es

triste, como si mientras galopan hacia el orgasmo los dos estuvieran pensando en otras galopadas, en otros compañeros, en lo que podría haber sido y no es o en la lista de la compra. Hace tiempo que Leire está oteando el horizonte y no ve nada que la satisfaga o, si lo ha visto, aún se ha sentido demasiado ligada a Abduh, pobre Abduh, o demasiado fiel, o demasiado leal, o demasiado perezosa, y en todo caso, nadie se ha lanzado a por ella con la determinación y la energía de este macho que, a las primeras de cambio, le ha puesto la trampa para llevarla al huerto. Porque Leire sabe qué es lo que se va a encontrar cuando llegue al salón de té de Via Augusta donde la ha citado el policía. Ortuño ha dicho que, a partir de ahora, tendrán que encontrarse en lugares muy íntimos. Donde nadie pueda verlos. Muy íntimos, ha dicho. No ha dicho discretos, ni secretos, ni reservados. Ha dicho íntimos.

Y, luego, está la curiosidad. ¿Cómo debe de ser un tipo como Ortuño en funciones? Se lo imagina impetuoso, torpe, un poco ridículo sin pantalones y con los calcetines puestos. Leire nunca se ha encontrado con un individuo como este. ¿Por qué no probarlo aunque solo sea una vez?

Tiene claro que, por edad, podría ser su padre, pero ese no deja de ser otro motivo, y muy convincente. Nunca lo ha hecho con alguien tan mayor, y seguramente podrá enseñarle cosas insólitas, como un viaje en el tiempo, y tenga la edad que tenga no se puede negar que está cachas. No se puede decir que sea atlético, pero puede pasar.

Y se dice que, después de todo, no es tan raro porque la relación con Abduh también empezó a primera vista, sin palabras, en las escaleras del metro: «Tengo la cena preparada, ¿quieres venir a mi casa?». No es que siempre lo haga así, pero tampoco le salió tan mal. Las primeras veces, con Abduh, fue muy satisfactorio.

Tenía miedo de encontrárselo en el piso, pero no ha sido así. Se ha dado una ducha rápida, se ha perfumado, se ha cambiado de ropa, interior y exterior, y se ha puesto uno de los vestidos que usa para las actuaciones. Negro, muy escotado y más corto de lo que aconseja la prudencia. Medias negras, no pantis. Medias que se quitan primero una y después la otra, como Anne Bancroft en *El graduado*. Medias negras con una banda más negra aún en lo alto del muslo. Y, encima del vestido, una gabardina negra, cruzada y larga, que no permite adivinar lo que se esconde debajo. Y zapatos de tacones vertiginosos.

Cuando ha cogido la carpeta amarilla donde guarda los documentos, se ha detenido un instante, pensando en que son el símbolo de la inminencia de su rotura con Abduh. Cuando el iraquí obtenga el NIE, ya podrán empezar a hablar de separación. Y este es el primer paso para hablar de separación. Digamos que es el primer paso para hablar de libertad de hacer lo que le dé la gana.

Ha salido deprisa, muy excitada, quizás por la posibilidad de encontrarse con Abduh, quizás ante la perspectiva de lo que le estaba esperando en Vía Augusta.

Convencida de que estaba llegando tarde, ha tomado el primer taxi que ha visto en la rambla del Raval. En el trayecto, ha telefoneado a Abduh.

—... Que no comeré en casa, hoy. Hazte algo, o ve a lo de Juanito Maderas. En la mesilla de noche hay dinero, si necesitas.

—Bien —ha dicho el iraquí, demasiado dócil.

Leire se ha preguntado si Ortuño alguna vez llegaría a ser tan dócil.

Se acerca una camarera uniformada.

—¿Qué quiere tomar? —Se dirige a Leire, mirándole significativamente las piernas, como si le advirtiera: «Sé de qué vas».

Ortuño es quien responde, sin levantar la vista de los documentos:

—Nada, de momento. No nos vamos a quedar mucho rato.

Leire observa que el coñac ya está pagado. Sobre un platillo, hay la cuenta y unas monedas de propina.

—Yo traigo el impreso de solicitud del Número de Identificación de Extranjeros —murmura el policía, siempre cabizbajo, como si estuviera haciendo algo vergonzoso.

Leire, sonriente, se acerca a la mesa y deja que sus dedos jugueteen con las monedas del platillo. Se está preguntando en qué momento Ortuño cambiará el chip, olvidará la excusa y abordará el auténtico motivo por el que se encuentran aquí.

Inclina el plato, deja que las monedas se deslicen sobre la mesa y se queda una entre el índice y el pulgar.

—Bueno —se decide el inspector con un suspiro que parece un soplido—, estoy pensando que será mejor...

Levanta la vista, como quien habla francamente y a la cara, y no sabe cómo

decirlo pero tiene que hacerlo porque es la voz de la sensatez. Entonces, Leire golpea tres veces la moneda contra el plato y la moneda desaparece. Levanta el plato y la moneda está debajo, como si hubiera pasado a través de la porcelana. Ortuño parpadea, mira a la chica, vuelve a mirar el plato y no entiende nada.

—¿Cómo lo has hecho?

—Magia. Es un don que tengo. ¿Qué decías?

El inspector todavía permanece estupefacto unos instantes. Le cuesta recuperar el hilo.

—¿Qué decía? Ah, sí. Estoy incómodo porque aquí puede vernos cualquiera. No sé si a ti te habrán seguido... Puede que incluso a mí me hayan seguido. Son muy hábiles. —¿De quién habla?—. Creo que, para rellenar este formulario, tendríamos que buscar un sitio más discreto. Aquí al lado hay un establecimiento que utilizamos a veces, nosotros, los policías quiero decir, para reuniones secretas. Me parece que deberíamos ir allí. Estaremos más seguros y más tranquilos.

El macho dominante está perdiendo empuje y fuerzas. Le da pánico tropezar con una negativa o con un desplante de esta mujer que no duda en ser impertinente cuando es preciso. Tiene que andarse con cuidado, porque es policía, que significa funcionario representante del Estado, y porque esta tía puede montarle una zapatiesta feminista de acoso sexual, si se lo propone. A Leire, que lo está observando y adivina sus pensamientos, le parece encantador su ademán y lo demuestra una sonrisa indulgente y plácida.

—Está bien —dice—. Pues vamos.

Él levanta la vista como si le hubiera sorprendido. Sus ojos dicen: «¿Estás segura?».

—¿Vamos?

—Sí —afirma ella, sin apartar la mirada.

Es la primera que se pone en pie.

Atraviesan el salón de té. Leire y la camarera intercambian una ojeada burlona. Seguro que la empleada piensa lo que no es —o a lo mejor hoy sí que acierta—, pero a Leire le da igual.

Entran en el portal de al lado, alto y noble, para encontrarse en un vestíbulo de lujo, restaurado con gusto de diseño moderno. Luz indirecta de halógenos, madera oscura con molduras, metales que centellean bajo los

focos, parqué de verdad, litografías clásicas en la pared, Tamara de Lempicka, Edward Hopper, Egon Schiele; un mostrador como de recepción de hotel, una especie de recepcionista macho vestido de esmoquin e incluso un letrero —de diseño simpático— donde se puede leer: «1 h = 30 €; 2 h = 50 €».

El hombre de gala les hace pasar a una sala mientras negocian dos horas y Ortuño le da un billete, y el otro ofrece una habitación con espejos, jacuzzi, algún servicio especial... El policía dice: «Jacuzzi».

—¿Botella de cava, comida, algún aperitivo, refrescos...?

Ortuño lo interrumpe diciendo: «No, gracias».

El recepcionista los acompaña hasta la habitación. En el ascensor, el inspector de policía aparta los ojos del contenido de la carpeta amarilla y encuentra la mirada de Leire. Ella está apoyada en un rincón de la cabina y lo mira siempre burlona, decididamente provocadora. Los incisivos separados monopolizan la atención del policía, que se siente atraído de manera irresistible. Se acerca a ella, que no hace ningún gesto de rehuirlo, valiente y desafiante, pero tampoco le sale al encuentro. Que venga él.

El ascensor llega al piso.

Salen al rellano. El recepcionista delante para abrir una de las puertas con la tarjeta magnética. Les franquea el paso. La pareja entra.

Leire ha cerrado la puerta, se quita la gabardina y la deja caer al suelo, deslizándose por sus brazos.

El rostro de Ortuño es un poema surrealista.

Se pasa la lengua por los labios, no lo puede evitar.

—Sabes para qué hemos venido aquí, ¿verdad? —dice con voz ronca y deformada por el deseo.

La besa y ella se deja besar. Mientras dura el beso y las lenguas juegan, le magrea las nalgas con la mano derecha y con la izquierda le busca el pecho. Se ha pegado al cuerpo menudo para que la chica tome conciencia de la erección que le hincha los pantalones de alpaca brillante. Al mismo tiempo que le mete la mano en el escote, le babea la mejilla para besarla en el cuello y decirle al oído:

—Tú déjate llevar, nena. No tienes que hacer nada más que abrirte de piernas. ¿Estás notando lo que te espera?

—Me pregunto si tú sabes lo que te espera.

—Yo sí que lo sé, nena. Por mí, no te preocupes. A partir de ahora, yo mando.

Leire se separa de él. Queda con la espalda contra la pared, acorralada, con la ropa en desorden, pero ha conseguido poner suficiente distancia entre los dos para que puedan mirarse a los ojos. Ortuño ya no quiere mirarla a los ojos. Solo quiere ver el pecho que ha sacado de la copa del sujetador.

—Nunca sé —está diciendo ella— si es conveniente ponerme al cien por cien de mis posibilidades... Siempre me pregunto si, en un caso como este, vale la pena que me emplee a fondo.

¿Qué está diciendo?

—Ven aquí.

—Sí. No sé si hacer lo que tú dices o tomar la iniciativa.

—No hace falta.

—¿No hace falta? No dirías que no hace falta si supieras que soy contorsionista.

—¿Contra qué?

—Contorsionista. Soy capaz de ponerme las plantas de los pies en la cabeza. A eso se le llama *backbend*. Soy capaz de ponerme las pantorrillas en la nuca. Lo llamamos el *knut*.

Ortuño está boquiabierto.

—No jodas —dice.

\* \* \*

—¿Hace un jacuzzi? —pregunta Ortuño, instalado en el séptimo cielo, panza arriba sobre la cama, muy orgulloso de su pene.

Leire salta de la cama y corre al lavabo.

—Uy, yo no puedo. Se me ha hecho tarde.

Se encierra.

¿Está huyendo?

¿Decepcionada?

¿Fastidiada?

¿Espavorida?

Estupefacto, el inspector de policía levanta la voz.

—¿Ya te vas? —No obtiene respuesta—. ¿No te ha gustado?

Leire reaparece descaradamente desnuda y, espoleada por una prisa ansiosa, recoge la ropa del suelo a zarpazos.

—¿No quieres repetir? —insiste Ortuño.

Ella responde con tono amable, con una mueca que demuestra que se le rompe el corazón pero que, si no puede, no puede.

—No. Llama, por favor. Tengo que irme.

Mientras se pone el tanga y los sujetadores, *the sexiest bras from Victoria's Secret*, Ortuño la contempla como si asistiera al espectáculo erótico más excitante de su vida. Se resigna a no retenerla físicamente, pero le parece que tiene que hacer algo para consolidar el vínculo afectivo que hoy se ha iniciado. Una voz desesperada dice, para sus adentros, que esta separación no puede ser definitiva, que esto hay que repetirlo. Esta chica no es chica de una sola vez.

—Escúchame, no puedes dejarme así.

—No me queda más remedio. Llama.

Ortuño llama a recepción.

—¿Puede subir, por favor? —dice—. No, yo todavía me voy a quedar un rato, hasta cumplir las dos horas. Gracias.

Leire se ha puesto el vestido negro.

A lo mejor sería el momento de que él saltara de la cama para subirle la cremallera. Pero no lo hace porque la chica sabe hacerlo sola perfectamente.

—Háblame de ti. ¿Cómo es que eres esta cosa, esto que haces?

—Contorsionista.

—¿Cómo es que sabes hacer estas cosas? ¿Naciste así? ¿O es que...?

Leire se alisa el vestido ante el espejo que hay en la puerta del armario. Se retoca el pelo.

—Mi padre era ilusionista —le dice al espejo. Y se siente obligada a aclarar, porque recuerda que él no sabía lo que era una contorsionista—: Un prestidigitador. Un mago. El mejor de los ilusionistas mexicanos de grandes aparatos.

Habla a su imagen con nostalgia de hija que amó mucho a su padre, que nunca ha dejado de añorarlo.

Hace un movimiento de cabeza de «Va, no nos entretengamos más», se

sienta en una silla y procede a ponerse una media. La pierna parece larguísima, interminable, y la media es una caricia que sube, de las pantorrillas arriba, muslo arriba.

La otra media. Ortuño es un espectador extasiado de esta especie de *striptease* a la inversa. Se está tocando los genitales automáticamente, sin darse cuenta. Se esfuerza para comprobar si puede ver algo entre los muslos. Leire se sabe contemplada y admirada y piensa que este hombre ya es suyo, que podrá sacarle todo lo que quiera, y se recrea en muslos y medias mientras habla.

\* \* \*

Ahora no piensa entrar en detalles, pero la historia está muy clara en su recuerdo. Su padre, el Gran Alfaro, era muy grande, grande en altura y grande en personalidad, porque llenaba los escenarios donde se exhibía, y siempre se exhibía. Cabello negro, demasiado negro, teñido con pinceladas de blanco en las sienes porque hacía distinguido; y el bigote engominado, inconfundible; y un toque de lápiz de ojos para hacer la mirada hipnótica; y gesto de general dirigiendo los ejércitos en la batalla; y entonación payasa de su adorado Dalí en los momentos más histriónicos: «Desorbitad los ojos, deslumbrados por la luz cegadora y divina del Gran Alfaro, vuestro Faro, vuestra Guía».

Su padre, el Gran Alfaro, era muy mayor cuando nació Leire, porque cincuenta y cinco años son demasiados años para tener el primer hijo; cincuenta y cinco años son demasiados años aunque creas que un hijo te hace ser más joven; cincuenta y cinco años son demasiados años cuando tu mujer, la espectacular Amaia, la mujer más guapa del mundo, murió en el parto arrebatada por la maldición que los médicos denominan «preclamsia», «eclamsia» o «síndrome de HELLP».

Su padre, el Gran Alfaro, había sido un dios en los escenarios de México, el mago que hacía aparecer y desaparecer personas, que cortaba en dos a sus colaboradoras, que volaba y hacía volar; Alfaro, que brillaba como un héroe atómico capaz de cambiar las leyes de la naturaleza. Alfaro, que cuando se pasó de moda, y crio demasiada barriga de tequila y cerveza, y se le descascarilló el personaje, no supo encontrar a la persona que había detrás. Resucitó cuando fue capaz de deslumbrar a aquella maravilla vasca que se

llamaba Amaia, alta y poderosa en todos los sentidos.

Juntos viajaron hacia Barcelona, porque Amaia tenía allí dos pisos, herencia del primer marido, muerto en accidente de tráfico, cuyos alquileres les permitían vivir limitándose a exhibir belleza y sonrisa. También los acompañó en el viaje el viejo Olegario Zardoy, promotor de espectáculos, que tuvo que dejar México porque se le estaban acumulando las deudas y quería empezar de cero.

El Gran Alfaro no podía soportar ser el consorte, el segundo de a bordo, el mantenido, y fantaseaba con un espectáculo deslumbrante que significaría el renacimiento del Ave Fénix, el prodigio que dejaría boquiabierto a toda Europa. El espectáculo de magia más impresionante del mundo. Pero su esposa no quería dedicar ni un euro de su fortuna al espectáculo de magia más impresionante del mundo.

Olegario Zardoy alquiló un local donde apenas cabían un mostrador, unas mesas y lo que se llamaban «actuaciones en vivo» (sudamericanos con guitarra que por cuatro perras cantaban canciones nostálgicas), y Alfaro y él se encontraban día sí, día también para emborracharse y llorar por los buenos tiempos mexicanos.

De vez en cuando, Alfaro colaboraba en circos modestos, como el Atlas o el Metropolitano, pero aquello no lo sacaba de la depresión. Hasta que nació Leire, su hija, una nueva vida que tenía que servir para demostrar al mundo que él todavía estaba vivo, y Amaia murió, y el Gran Alfaro devino propietario de los dos pisos que le permitieron volver a soñar en el espectáculo de magia más impresionante del mundo. Pero no lo montó aún, porque no conocía el mercado, porque le daba miedo vender el único *modus vivendi* seguro de que disponía, porque tenía la pequeña boca de Leire que alimentar, porque no sabía cómo empezar y porque todavía quería disfrutar de la buena vida. Y, para entretener el tiempo, decidió que Leire tenía que ser su ayudante en el número magistral donde el Gran Alfaro se mostraría de nuevo como el mejor mago de todos los tiempos. Desde pequeña, la inició en el contorsionismo pensando en aquel día lejano.

—Mi padre me hizo crecer en el contorsionismo confiando en que, cuando tuviera suficiente edad, sería su salvación, la base del gran espectáculo de su vida.

Soñaba con el Gran Espectáculo igual como Leire ahora sueña en la

proyección internacional de su disco *HELLP*. Desde que la niña tuvo uso de razón, le habló del efecto de ilusionismo que se había inventado. Le hacía dibujos que mostraban dónde irían los paños negros, los espejos, la mínima caja con doble fondo en que tendría que meterse la pequeña para desaparecer. Los resortes, los efectos de fuego y humo, la trampa por donde huiría él, incluso el vestuario.

Fue una espera de dieciséis años. Pero el Gran Alfaro no supo esperar. Porque entretanto bebió demasiado y se enrolló con demasiadas mujeres malparidas que deterioraron su existencia. Y porque en aquel lapso de tiempo tuvo que vender uno de los dos pisos y se gastó gran parte del capital. Y al llegar el gran momento, en el 2007, cuando Leire cumplió los dieciséis, y su padre vendió el segundo piso, y se asoció con su amigo Zardoy y montaron el espectáculo de magia más atrevido de todos los tiempos, el gran estreno de *Alfaro La Luz* en el teatro Victoria, el mago ya tenía setenta y un años y no estaba lo bastante vinculado al mundo moderno. Ni siquiera sabía quién era David Copperfield. Había oído hablar de él, pero lo despreciaba como si fuera un joven inmaduro, como despreciaba todo lo que ignoraba. Hizo lo que hoy se llamaría un espectáculo *vintage*, o gótico, exagerado, barroco, farragoso. Con la participación imprescindible de su hija Leire.

Alfaro, *La Luz*, hacía desaparecer personas, desaparecía él mismo metiéndose en cajas o detrás de un lienzo, o hacía desaparecer a Leire prodigiosamente. Era su número fuerte. Leire era capaz de meterse en las cajas más pequeñas.

Salía a escena con zapatos de tacón que la hacían altísima, y con un vestido ancho, un peinado descomunal y unas tetas postizas que le daban una apariencia dos veces más grande. Llegado el momento culminante, detrás de una mampara, sin la túnica, la peluca, las tetas y los zapatones, se convertía en la muchachita menuda y flexible que podía encajar su cuerpo en un doble fondo negro donde, por supuesto, aquella mujerona tan alta no habría podido meterse jamás. Alfaro atravesaba la caja con sables, que Leire esquivaba sin problema, y luego se materializaba de nuevo en los rincones más inesperados.

El espectáculo *Alfaro La Luz* duró casi un año en el Victoria, del 2007 al 2008, pero era demasiado aparatoso para efectuar bolos por provincias, y en Madrid no lo quisieron, y el viejo Alfaro no se portaba bien: muchos días tuvieron que devolver el dinero de las localidades, muchos días se presentaba

borracho en el teatro, muchos días no se presentaba.

El 2008 fue el año de la gran crisis. El amigo Olegario Zardoy abandonó la sociedad, dejó de pagar deudas y su hijo Leonardo, Leo Corasón, amigo de Leire de toda la vida, pudo montar primero el Scranton de la calle Muntaner y luego el Mantra, donde Leire trabaja ahora regularmente. El viejo Olegario Zardoy murió en el 2011 y el viejo Alfaro duró un año más, hasta los setenta y seis años, a los que llegó después de una agonía interminable de enfermedad y demencia, atormentado por el supuesto fracaso de su vida.

Después de la inmensa aventura de *Alfaro La Luz*, la fortuna de Amaia quedó reducida a una cantidad que, aunque modesta, permite que Leire viva con un cierto bienestar. Pero es consciente de que pronto se acabarán los fondos y por eso tiene prisa por lograr el triunfo y la proyección internacional con *HELLP*. Además, por alguna extraña razón, le da vergüenza disfrutar de su pequeña fortuna mientras sabe que sus músicos pasan dificultades para alimentar a sus familias y finge que subsiste con los miserables euros que Leonardo Leo paga por las actuaciones en su tugurio.

\* \* \*

Leire se calza los zapatos de tacón vertiginoso.

Se levanta de la silla, recoge la gabardina del suelo. Se la pone.

—Bueno, perdona —dice—, no te entretengo más, que me tengo que ir.

—Pero ¿te dedicas a esto? —pregunta un Ortuño maravillado—. ¿Dónde trabajas? ¿En un circo, o...?

—No. Soy cantante. Sandunga y los Rottweilers.

—¿Cantante? Sabes hacer todo esto que haces, magia y todo lo demás, ¿y solo eres cantante?

Ella se ríe de aquella manera expansiva y explosiva.

—¡Solo! —exclama.

Se abrocha la gabardina hasta el cuello. Está junto a la puerta.

—¿No me vas a dar un beso de despedida? —se lamenta él, demasiado débil.

Llaman discretamente a la puerta.

—Ya tendremos otra oportunidad —dice Leire, levantando la mano y

moviendo los dedos.

Carga el bolso y abre la puerta.

Sale y se va con el hombre del esmoquin, que la acompañará hasta la calle.

Ortuño suspira, se rinde, se deja caer de espaldas sobre la cama. Sonríe. «Otra oportunidad» es una promesa.

Toma el móvil, localiza un nombre en la agenda y pulsa una tecla.

—¡Eh, Morrajo! —dice—. ¿Todo bien? Oye, que antes no te lo he dicho, pero tendrías que hacerme una carta para Madrid, recomendando a mi confidente para que le den el Número de Identificación de Extranjeros que le prometí... Oye, otra cosa: que me acabo de tirar a la tía, tú. ¿Qué tía? La confidente, coño, la que me ha puesto en contacto con el confidente. Que me la he tirado, tú, y no te lo puedes imaginar. Que es contraformista...

—¿Que es qué?

—Contraformista.

—¿Contraformista?

—Sí, sí, de aquellas que trabajan en el circo, ¿sabes?, que no te imaginas las cosas que es capaz de hacer en la cama, tú, es la hostia, se pone los pies en la cabeza, ¡los pies en la cabeza, como te lo digo...!

Morrajo se ríe y repite:

—¿Y qué dices que es? ¿Contraformista?

Y Ortuño:

—¡Que sí, que sí! ¿Y sabes qué hace? Escucha: saca un pañuelo rojo, que no sabes de dónde ha salido...

—¿Un pañuelo rojo?

—¡Sí, sí! Y se lo mete aquí, dentro del puño, y abre las manos y el pañuelo rojo ya no está. ¿Y sabes de dónde vuelve a salir el pañuelo rojo? ¿Sabes de dónde se lo saca? ¡Sí, señor! ¡De ahí! ¡Se mete el dedo y, chan, de ahí sale el pañuelo rojo!

—¡No jodas! —Al otro lo asfixia la hilaridad—. Y dices que es contraformista, ¿eh? ¡Una contraformista, tío, tiene que ser la leche!

En el ascensor, Leire se mira al espejo con expresión de disgusto. «Ya tendremos otra oportunidad», ha dicho. ¿«Otra oportunidad»? ¿De verdad piensa darle a Ortuño «otra oportunidad»?

Sonríe al pensar que no ha estado nada mal, el polvo. Sobre todo, las caras que ponía Ortuño. Sería capaz de aceptar que experiencias como esta podrían dar sentido a los ejercicios de contorsionismo si no fuera porque se ha prometido que, después del videoclip, abandonará la práctica. Ya no tiene edad y le han dicho que, si continúa con ello, tarde o temprano se arrepentirá.

\* \* \*

Leire vuelve a casa más fatigada que nunca.

Ha terminado el ensayo antes de tiempo y ha ido a comprar ropa. Una cazadora de cuero negro con cremalleras y botones metálicos, una falda muy corta, plisada, unas botas Doc Martens y la blusa amarilla, ancha y de escote atrevido. El equipo de Sandunga Hard.

En un pronto de inspiración sobrevenido cuando pasaba por delante de un estilista, una peluca caoba idéntica a su pelo natural.

Viene muy cansada porque hoy, a los ejercicios de contorsionismo habituales, se han añadido los retorcimientos extras que ha efectuado con Santi Ortuño a mediodía. Y, por si fuera poco, la agobia un asfixiante sentimiento de culpabilidad. En todo el trayecto de metro y a lo largo de la calle Sant Pau, viene diciéndose que nunca más. Nunca más. Viene diciéndose que no tendría que haberlo hecho. ¿Realmente era necesario? Al fin y al cabo, no ha sido una experiencia sublime. Podría haber prescindido de ella perfectamente. Viene diciéndose que eso es lo que hacen las putas: follan a cambio de favores. «¿Y quién me dice que puedo fiarme de ese Santi Ortuño?» Puede ser incluso que, después de follar, a cambio no reciba ningún favor por parte de este policía. No tendría que haberse fiado nunca de un policía.

Cuando entra en casa, y ve luz y entiende que Abduh la está esperando en el comedor, toma conciencia de que lleva puesto el vestido y la gabardina y los zapatos de tacón que se ha puesto para ir al encuentro de Ortuño. A mediodía, en el hotel por horas, se le ha hecho tarde y ha tenido que salir corriendo directamente hacia el ensayo. Y ahora vuelve a casa con la ropa de matar.

—Hola —saluda a distancia mientras se escabulle rápidamente, como si quisiera hacerse invisible.

Abduh está al fondo, sentado a la mesa del comedor, encarado a la tele,

donde no paran de hablar de las elecciones autonómicas que se van a celebrar el próximo día 21. Con un poco de suerte, no se dará cuenta de nada.

—¡Hola! —saluda él alegremente.

Leire se mete en el dormitorio desabrochándose la gabardina, se la quita, la tira sobre la cama junto con el bolso y las bolsas de todo lo que ha adquirido. Tiene la intención de ponerse el chándal que usa para estar por casa, y las zapatillas afelpadas. Simultáneamente, prescinde de los zapatos de tacón vertiginoso y se quita por la cabeza el vestido negro, corto y escotado, y lo deja caer al suelo.

—¿Te había dicho que hoy no había concierto? —dice, por decir algo, levantando la voz con naturalidad, como si no pasara nada en particular—. El cabrón de Leo lo ha cancelado a última hora. Solo actuaremos mañana y pasado mañana. Y no nos lo paga, ¿eh? Que los músicos están que rugen.

Entonces, cuando se encuentra en sujetador, tanga y medias de Victoria's Secret, tan sexi, la voz de Abduh desde la puerta le provoca un sobresalto de infarto.

—¿Has ido a una fiesta?

—¡Ah! ¡Uy, qué susto! No. Vengo de ensayar. Me he puesto esta ropa para que los chicos vieran una posibilidad de vestuario. Porque no sé si te dije que el productor...

—Te lo has puesto a mediodía, ¿no? Esta mañana no has salido vestida así.

—No, he venido a mediodía. ¿Sabes que el produ ayer me plantó?

—¿Y la ropa interior también hacía falta? ¿También se la tenías que enseñar a los músicos?

Leire frunce las cejas con una expresión que es a la vez recriminatoria y un poco burlona:

—¡Abduh!

Ahora, para ir bien, tendría que acercarse a su compañero y colgársele del cuello y ponerse de puntillas, porque es tan alto y ella tan menuda, y buscar el beso. Tan sexi, tan desnuda. Pero no puede. Porque todavía lleva la saliva de Ortuño en las mejillas, en los labios, en los pezones y en el vientre; porque todavía lleva a Ortuño dentro; los oídos llenos de su risa gruesa, su tacto grosero en los pechos y en los muslos, la mirada ávida, el peso de aquel cuerpo robusto aplastándole el corazón, sus resuellos. No puede. Y probablemente esta sea otra prueba de que todo está terminando. Pero aún no.

Leire tiene que procurar que no termine antes de tiempo. Ahora tendría que besarlo (y a lo mejor lo está deseando), pero no puede y abre la puerta del armario usándola de parapeto que se interpone entre Abduh y ella.

—¿Te molesta que te mire? —dice el hombre, siempre manso.

—Claro que no. ¿Qué dices? ¿Qué te pasa?

Tendría que quitarse el sujetador, para estar más cómoda, pero no quiere desnudar sus pechos teniendo a Abduh tan cerca. Tiene un nudo en la garganta, al borde del llanto. Traga saliva y aprieta los labios. Tiene miedo de que él se acerque, de que pueda ver sus pezones sucios de babas de Ortuño. Se pone la sudadera del chándal sobre el sujetador Victoria's Secret.

Y (deprisa, deprisa, que no me vea) los pantalones anchos sobre el tanga mínimo y sobre las medias negras que no son pantis.

Cierra el armario y sonrío a un Abduh muy serio y preocupado, que la observa apoyado en el marco de la puerta. Ahora, Leire toma conciencia de que no se ha limpiado el maquillaje, que puede ser otra prueba del delito.

—¿Qué pasa, Abduh? ¿Estás celoso? —Como si Abduh no tuviera derecho a estar celoso.

Abduh no dice nada porque no tiene derecho a estar celoso. Porque es árabe y los celos confirmarían un prejuicio que lo perjudica.

Ahora es el momento de ponerse de puntillas y abrazarlo, aunque a la chica no le apetezca en absoluto. (¿O a lo mejor sí que le apetece? ¿No le gustaría compensar de alguna manera su infidelidad? ¿No será que tiene miedo de que él la rechace, porque se lo merece?) Por suerte, o desgracia, el móvil, dentro de su bolso, atrae su atención con un zumbido agudo. De buena gana le daría un beso a Abduh, pero el teléfono la reclama.

Hace un gesto de excusa, hurga en las profundidades del bolso, saca el móvil y contesta:

—¿Sí?

—¡Eh, nena, todavía estoy volando! ¿Y tú? —Ortuño. El hombre de las babas, de las manos groseras, del peso sobre su corazón, el hombre que todavía lleva dentro. Feliz, pletórico, expansivo—. Nunca me lo había hecho como hoy con nadie, es increíble, espectacular, nena...

—¿Inspector Ortuño?

—¿Quién te pensabas que era? ¿Con cuántos te lo has hecho hoy?

Leire mira a los ojos de Abduh, tratando de ver si sospecha algo, si puede oír el vozarrón del policía, si puede adivinar lo que ha pasado.

—Ah, ahora no puedo estar por usted...

—Quiero volver a oír tus chillidos. ¿Te han dicho alguna vez que eres sexo en estado puro? —Silencio. Abduh contempla a Leire inexpresivo. Tan inexpresivo que parece desdeñoso—. Ah, ¿que no puedes hablar?

—¿Faltaba algún papel?

Leire mide sus palabras y su entonación, asegurándose de que no puedan delatarla. Pero no está segura de ello. No está segura.

—No, no, espera, nena. Espera, preciosa. Tienes que decirme cuándo se reúnen los miembros de la célula y dónde.

Leire se dirige a Abduh:

—Es la policía. —Abduh frunce la nariz—. Me preguntan cuándo se reúnen los miembros de la célula y dónde.

—Mañana viernes, por la tarde, como cada viernes. A partir de las seis. Entre seis y ocho. En el locutorio de Nassib.

—¿Inspector Ortuño?

—Uy, inspector Ortuño, qué formal. Seguro que el moro no te pierde de vista.

Leire repite:

—Mañana viernes, por la tarde, entre seis y ocho. En el locutorio de Nassib. ¿Ha tomado nota?

—Espera, espera. ¿Mañana? ¿En el locutorio de Nassib? ¿No se reúnen en la tienda de los iraquíes?

—No. En el locutorio y copistería que hay delante.

—¡No jodas! ¿No me habías dicho que los explosivos están escondidos en Reparaciones del Hogar?

—Sí, pero se reúnen en la tienda de delante.

—No jodas. Eso quiere decir que tendremos que pedir dos mandamientos judiciales.

—Pues tendréis que pedir dos. Así pues, ¿qué le digo a Abduh? ¿Que no vaya a la reunión?

—No, no. Que vaya, que vaya. Podría ser sospechoso, si no va. Que vaya, y lo detendremos. Para disimular. Y lo soltaremos enseguida, claro. Solo para

cubrir las apariencias.

—Bueno. Ya se lo diré.

—Eh, nena. Y tranquila, que todo está arreglado, ¿eh? Dile que tendrá su NIE y su TIE. Ya lo hemos pedido a Madrid y es cuestión de días.

—De acuerdo.

—Díselo.

—De acuerdo. Ya se lo diré.

—¿Y tú y yo cuándo volvemos a vernos?

—No lo sé —responde Leire, con los ojos clavados en los ojos de Abduh.

—Ah, te está vigilando, ¿eh? Moro celoso y posesivo...

—Ya se lo diré.

—Moro machista. No dejes que te controle.

—Buenas noches.

Leire corta la comunicación y hace un esfuerzo por iluminar las buenas noticias con una sonrisa ancha que rebosa felicidad:

—Es cuestión de días que tengas el NIE. Todo arreglado, Abduh.

Él no sonrío. Hace un gesto indefinido con los labios y dice:

—¿Cenamos?

## IV

### EL IMÁN

Una segunda línea de investigación es Abdullah Fayad.

Porque la última vez que lo vieron vestía abrigo tres cuartos verde oscuro de lana, vaqueros, zapatillas de deporte y una gorra de lana, igual que el asesino grabado en el rompeolas; porque Luca Torelli nunca lucía esta indumentaria en ninguna de las grabaciones posteriores, y porque Abduh vivía con Leire Alfaro, ella le puso los cuernos con Ortuño y se supone que todos los árabes son celosos.

Con permiso de la magistrada de la Audiencia Nacional, un par de agentes de Investigación se trasladan a Madrid para entrevistar a Alí Shaddad, que está cumpliendo condena en la prisión de Estremera.

Alí Shaddad es el testigo ideal. Después de pasarse meses —tal vez años— oyendo que le decían que era un idiota y que más valía que se callara, cuando se encuentra con alguien que le pide que hable y lo escucha con atención, y cuando sabe que le espera una larga condena y no hay nada que hacer, se convierte en la persona más charlatana del mundo.

—Tú fuiste de los últimos que vio a Abdullah Fayad.

—Sí.

—¿Y cómo iba vestido?

—Gorra de lana, abrigo tres cuartos verde oscuro, vaqueros y zapatillas de deporte blancas.

—¿Sabías que vivía con una cantante que se llama Leire Alfaro?

—Todo el mundo lo sabía.

—¿Y que Leire Alfaro se entendía con otro hombre?

—Sabíamos que aquella mujer era una perra capaz de cualquier cosa. Cada día se lo decíamos a Abduh.

—¿Crees posible que él hubiera decidido matar al hombre con el que le engañaba su chica?

—Me habría parecido más natural que primero matara a la chica. Pero era muy difícil saber lo que pensaba Abduh. Era muy callado, cerrado en sí mismo. Contaba cosas de su pasado, pero nunca de su presente.

»Decía que, en abril del 2003, cuando los norteamericanos ocuparon Bagdad y derribaron la gran estatua de Sadam Huseín en la plaza Firdos, dos de sus hermanos se lanzaron a luchar contra ellos. No eran seguidores de Sadam Huseín, simplemente se rebelaban contra unos invasores que destruían Bagdad hasta los cimientos y venían acompañados de empresas privadas que se ganarían la vida reconstruyéndola. Hasta entonces, Abduh había vivido feliz y tranquilo en una familia que iba tirando, sin excesos pero también sin privaciones. Tenía veinticinco años, alternaba los estudios en el Instituto Superior para Estudios Contables y Financieros de la Universidad de Bagdad con los de Bellas Artes, trabajaba en el almacén de alfombras de su padre y el tiempo restante lo dedicaba a disfrutar del cine y de la música. Habían convivido con la dictadura de Sadam Huseín sin descalabros notables, pasando desapercibidos. Pero, de repente, uno de sus hermanos murió en un tiroteo y otro en un atentado. Abduh supo que irían a por él, aunque no hubiera hecho nada más que disfrutar del cine y la música anglosajones. Así que propuso a su familia un trato al que no permitió que se negaran. Decidió que él huiría de Irak y su padre lo denunciaría como activista a los invasores. De esta forma, el viejo Fayad, su esposa y sus hijos pequeños serían considerados colaboradores de los americanos y podrían continuar viviendo en paz. Abduh se sacrificó y su huida se convirtió en una larga odisea sin rumbo de diez años, con bandoleros, traficantes de armas, de drogas y de seres humanos, primero como víctima, luego como colaborador necesario, finalmente como fugitivo.

»Nunca decía lo que pensaba. El imán El-Taweel suponía que estaba deprimido, abrumado por las desgracias que había vivido, pero al final tuvo que reconocer que se había equivocado. Un día que coincidimos en la celda de juzgados, después de comparecer ante la jueza, me dijo: “Siempre vi a Abduh como un escorpión acorralado, feroz y suicida; pero no lo era. Era una rata acorralada, muy quieta, casi habrías dicho que estaba muerta, pero solo estaba

calculando la manera de escapar”.

\* \* \*

Quien pase por la acera donde hace años que hay un contenedor con escombros que espera en vano que lo retiren, verá la tienda que se anuncia con un letrero mal alineado donde se lee: «REPARACIONES DEL HOGAR». Junto a la puerta, otro rótulo de letras blancas sobre un azul muy feo informa: «Se realizan boletines y certificados de luz, agua, gaz (sic). Trabajos electricidad, fontanería y pintura».

La puerta es de cristal, no muy limpio, y hay que bajar cuatro peldaños para acceder al minúsculo vestíbulo de recepción, aposento frío e inhóspito con paredes decoradas con cuatro o cinco fotografías de cuartos de baño y cocinas pasadas de moda, una mesa modesta de Ikea sobre la que se encuentran el ordenador, un teléfono y poca cosa más; un par de sillas, una mesita con televisor y un ramo de flores en un rincón, una estantería con catálogos de cerámica y pantones y una especie de pequeño armario o vitrina.

En medio de todo ello, sentado a la mesa del teléfono, está Abduh Fayad con aspecto melancólico, ausente y pensativo. Tiene la tele puesta, pero no la mira. Está más atento a su mano derecha, a los dedos que sujetan un lápiz de color azul con el que hace garabatos como sin querer sobre una cuartilla.

Está en uno de sus fundidos a negro.

Si alguna vez se ha sentido cómodo en su existencia, con su entorno, con la sensación de haber dejado atrás carreteras tortuosas y haber enfilado la autopista, cuando ha puesto la tercera, la cuarta, la quinta y la sexta marcha convencido de que ya nada iba a detenerlo ni a agobiarlo, de pronto ha chocado con una de estas pausas, estos silencios, estos instantes de nada, como si Alá hubiera cerrado los ojos provocando uno de esos fundidos a negro con que en el cine separan una escena de la otra, y esto significa que se acabó el bienestar y la seguridad, que ya nada está resuelto, que vuelven las carreteras tortuosas y tendrá que volver a empezar.

Como aquel día en que todo volvió a empezar en la boca del metro de Liceu, en plenas Ramblas.

El confort de un piso bien montado, las caricias y las palabras cariñosas, buena comida, aunque no siempre fuera halal, un puesto de trabajo, dinero

ganado con horas de provecho, el reloj de pulsera. Otra vez a ciento veinte por la autopista. Ensanchando los pulmones con aire puro. Las risas, la felicidad, la riqueza.

Ahora ya lo ve venir, el tiempo se está parando otra vez, ya oye el ominoso silencio negro que se acerca. La oscuridad, la angustia de un final, el silencio de la caída y un nuevo comienzo. Alá está a punto de parpadear.

Lo sobresalta un ruido a su espalda, procedente de la trastienda.

Es el imán. Ihab El-Taweel. No puede ser otro, en el fondo del establecimiento.

\* \* \*

—¿El imán? —preguntan los mossos destacados en la prisión de Estremera. Han oído hablar de la Operación Diógenes, pero no conocen los detalles. Ahora tienen la oportunidad de averiguarlos—. ¿Estaba allí?

Con su ademán indiferente y un poco soberbio, Alí asiente con la cabeza para decir que sí, que era el imán y que estaba allí.

—¿Siempre estuvo allí? —querían asegurarse los policías—. ¿Mientras lo buscábamos? ¿Mientras teníamos vigilado aquel local, que habíamos trufado de micrófonos?

—Sí —insistía Alí Shaddad, muy satisfecho de haber pertenecido al equipo que durante tanto tiempo había engañado a los Mossos d'Esquadra—. Ya teníamos construido el refugio. Cuando alquilamos el local, descubrimos que había un sótano muy grande, con el que nadie contaba. Ni siquiera estaba en los planos del local. Éramos albañiles, remodelábamos viviendas e hicimos un trabajo a conciencia. Era un escondite de lujo. El subterráneo ocupaba tantos metros cuadrados como el conjunto de la recepción, la tienda y la trastienda de la superficie. Nadie podía descubrir aquel refugio inmenso golpeando con los nudillos en las paredes. Y la trampa por donde se bajaba a él estaba disimulada debajo de una de las dos camas gemelas que había al fondo de la trastienda, donde dormíamos mi hermano y yo; un mueble muy pesado que solo podía desplazar fácil y suavemente quien conocía el truco. Fuimos a ofrecerlo a los hermanos del Núcleo, y cuando el imán llegó a Barcelona, pensaron en nosotros y lo acogimos en el sótano.

»Un día glorioso, bendecido por la benevolencia del profeta, El-Taweel

oyó arriba ruidos sospechosos y pudo detectar la presencia de unos policías que estaban tomando medidas. No se asustó. Al contrario, pensó que se le abría una excelente oportunidad de impunidad. Nos llamó a mí y a mi hermano, que estábamos trabajando. Adnan avisó a Nassib *el Moro* y conseguimos frustrar las intenciones de los Mossos.

»Atentos al siguiente movimiento de la policía, que no podía rendirse, no nos dejamos engañar por el falso técnico que implantó el micrófono en el *router*. A partir de entonces, la policía creía que nos tenía controlados, pero éramos nosotros los que les hacíamos bailar al son que tocábamos.

»A partir de aquel momento, El-Taweel se divirtió como un niño enviando mensajes para confundir a la policía. Decía que, precisamente porque la policía tenía puesto un ojo en el sitio donde estaba escondido, podríamos hacer la inauguración del jardín con toda impunidad. Porque él se encargaba de que solo vieran lo que les mostraba y porque estarían confiados, convencidos de que por aquel lado no había nada que temer.

»A veces, aprovechando que se parecía a mí, El-Taweel se vestía con mi ropa y salía a disfrutar del aire libre y, mezclado entre la multitud que llenaba el carrer Nou, se iba a encontrar con los hermanos del Núcleo, y allí daba y recibía novedades, hacían planes y trenzaban estrategias.

\* \* \*

Al sentirse sorprendido en la soledad de Reparaciones del Hogar, Abduh toma conciencia del dibujo que ha estado haciendo en la cuartilla. Es el León Cobarde, el tercero de los amigos de Dorothy Gale cuando iba a encontrarse con el mago de Oz por el camino de baldosas amarillas. No es un león. Le ha salido un gato demasiado gordo con expresión de desconsuelo. Ha tratado de iniciar un poema para definir al León Cobarde como si se estuviera describiendo a sí mismo, y ha escrito una sola línea, en castellano y con letra de palo.

En la trastienda, el imán ha conectado el otro televisor a un volumen excesivamente alto. El estruendo de un programa de televisión donde una pandilla de chicos atléticos exhiben musculatura ante una pandilla de chicas medio desnudas advierte a Abduh que se prepara una conversación importante.

—Abduh —dice la voz del gurú por la rendija de la puerta.

Con una especie de escalofrío en la nuca, Abduh se pone en pie y arruga entre sus dedos el papel donde estaba dibujando, que se convierte en una pelota dentro de su puño.

Va hasta la puerta de la calle y cierra con llave. Le da la vuelta al letrero de «ABIERTO» para que diga «CERRADO» y se dirige al interior de la tienda.

Al otro lado de la puerta de chapa, está el rostro radiante, de dientes blancos y ojos mortecinos, del imán Ihab El-Taweel. Con su chilaba blanca y una bufanda negra sobre los hombros.

—Siéntate —lo invita.

Abduh se sienta. Se apoya en la mesa alrededor de la cual suelen celebrar las reuniones de concienciación o las comidas de distensión.

El-Taweel, a su lado, le pone la mano sobre el antebrazo y busca su mirada. Apaga la sonrisa, pero no permite que desaparezca del todo. El imán comprende el dolor y la tristeza de los demás, pero siempre se muestra muy por encima de cualquier dolor y cualquier tristeza.

—¿Cómo estás de tu depresión?

Abduh rehúye la mirada de sus ojos, como si temiera ser hipnotizado, como si temiera que el imán pudiera leerle los pensamientos. Suspira y dice lo que el otro quiere oír:

—Deprimido —consciente de que no es una mentira.

—¿Desesperado? ¿Humillado?

Abduh nunca ha dicho al imán que estuviera deprimido, desesperado o humillado. Solo ha respondido vagamente a preguntas o afirmaciones, dejándose arrastrar por un discurso que parece invencible. El imán ha pronunciado las palabras y él las ha aceptado dócilmente y los conceptos han quedado instaurados entre los dos como verdades irrefutables.

—Cualquier persona en tu situación estaría profundamente deprimida. Desesperada. Humillada.

—Pero no estoy hundido.

—No, eso no. Conservas tu energía, tu vitalidad. Eres admirable, Abduh. Precisamente de eso quería hablarte. Bueno, de hecho, antes quería hablarte de Mahfoud. —Abduh lo mira (ahora) con cautela—. Tú sabes que habíamos planeado que Mahfoud fuera el jardinero. Pero empezamos a pensar que es un

honor demasiado grande para él. Alá guía a quien él quiere, nadie puede engañarlo; y del mismo modo, Alá a veces permite que alguien se extravíe y nadie puede dirigir su voluntad. Mahfoud es una araña loca que confunde el miedo y el odio y no sabe si teje la telaraña para matar moscas o para protegerse, y acaba haciéndose un lío de red pegajosa que perturba sus movimientos y sus pensamientos. ¿Quién podría confiar la gran ceremonia de inauguración del jardín a una araña loca?

Abduh piensa que El-Taweel realmente le está leyendo los pensamientos, así que ¿por qué no tendría que mirarlo a los ojos? Y se vuelve hacia él para no provocar una situación incómoda. Acaso para no despertar la ira del hombre sabio.

—Tú, en cambio, Abduh... —El-Taweel le aprieta el brazo y repite para dar trascendencia a sus palabras—: Tú, en cambio, Abduh, eres el sabio anciano que, cuando vuelva a empuñar la espada no será para enredarse en un combate pedestre y mezquino. Cuando tú vuelvas a esgrimir una espada será para ir directamente al Paraíso. ¡Al Paraíso, Abduh! Que no todo el mundo tiene la suerte ni la oportunidad de ir allí. Al Paraíso, donde te esperan, a ti y solo a ti, cuarenta hembras jóvenes y vírgenes.

»Quiero que pienses en la importancia de lo que te estoy diciendo. A través de mí, es todo el Estado Islámico, todo el islam, quien deposita su confianza en ti. Cualquier error que pudieras cometer a partir de esta conversación sería considerado como alta traición a tus hermanos. Mira si eres importante, Abduh Fayad. Mira cuánta responsabilidad eres capaz de soportar. Piensa en las consecuencias que podría tener una deslealtad por parte tuya. Y piensa en la gran recompensa que recibirás si te haces digno de nuestra confianza.

Para ilustrar su discurso, le muestra en la pantalla del ordenador fotografías de héroes yihadistas, de los que habían ametrallado las calles de París, o la redacción del blasfemo *Charlie Hebdo*, o el templo del mal llamado Bataclan, todos ellos sonrientes, posando con sus armas, individualmente o en grupo. O héroes en el desierto rodeando a un espía occidental, humillado, atado y arrodillado a sus pies antes de morir.

—Basta de derrotas y fracasos y humillaciones en esta vida, Abduh. No te lo mereces. Te humillaron los norteamericanos imperialistas cuando invadieron tu país y mataron a tus hermanos. Y te siguen humillando ahora

mismo en Siria y en todo el Oriente Medio. Y te siguen humillando los judíos asesinos impunes de generaciones y generaciones de hermanos musulmanes en Palestina. Y no solo eso: te humilló tu familia cuando te acusó injustamente de traidor y te repudió y te privó de la participación en el negocio familiar y en la herencia que lícitamente merecías. Te humillaron los bandoleros, y los traficantes de drogas y de seres humanos, durante el largo viaje hasta aquí. Y una vez aquí, cuando creías que por fin habías llegado a la civilización, caes en las garras de una perra que te humilla usurpando todas las tareas dignas que te corresponden a ti. Una perra que ha rechazado abrazar la fe musulmana, que exhibe su cuerpo por todas partes sin tenerte ningún respeto, que bebe alcohol, que come carne de cerdo, que no cumple con los cinco pilares del islam, que ni siquiera sabe lo que son. ¡Una *kufara*! Que habla por ti, que piensa por ti, que decide por ti, que te soluciona la vida haciéndote trabajar cuando ella quiere, donde ella quiere, las horas que ella quiere. Todo el barrio lo sabe, y sabe que no te lo mereces, que ha llegado el momento de decir «basta». ¡Basta! En nombre del profeta Mahoma, pero también en tu propio nombre. Por la dignidad del pueblo árabe, pero también por tu propia dignidad. Ha llegado el momento de que esgrimas la espada y te vengues de todo este sistema colonialista que explota, reprime, denigra y maltrata a tus hermanos musulmanes impunemente. ¿Quién les va a parar los pies? ¡Tú puedes pararles los pies!

Abduh hace rato que ha agachado la cabeza y mira el puño derecho, dentro del cual aprieta el papel arrugado y hecho una pelota.

Su corazón late con fuerza dolorosa.

—... Tienes suficiente energía, vitalidad y clarividencia como para saber que esta es la única salida que te queda. Has quemado tu pasado con tu familia en Bagdad; has quemado tu presente con la perra que te pisotea. Ha llegado el momento de quemar tu futuro. Empuñarás la espada, vivirás una gloriosa llamarada indolora, será un instante, y al otro lado de la llamarada encontrarás el Paraíso que tanto te has ganado y que tanto añoras. Porque te lo mereces.

Lentamente, Abduh abre la mano derecha y mira la cuartilla arrugada. Despacio, empieza a desplegarla, con cuidado de no romper el papel. Lo alisa.

—¿Qué te parece?

—¿Dices —se oye decir— que será una llamarada indolora?

—Instantánea, brevísima, no durará ni un segundo. Y al otro lado encontrarás el Paraíso. ¿Qué me dices?

Abduh tarda en responder.

—¿Pensarás en ello?

Abduh acaba de alisar el papel sobre la mesa. Ahora, tanto él como El-Taweel pueden ver el dibujo ingenuo de un León Cobarde que parece un gato demasiado gordo con cara de desconsuelo, y el primer verso de un poema interrumpido escrito en castellano y con letra de palo:

*La vida es un acto de cobardía*

## V

### SANTIAGO Y CIERRA, ESPAÑA

Durante la comida en L'Amagatall, los agentes de Información del CNP, Morrajo y Zuazo, no hablan en profundidad de la Operación Santiago y cierra, España. Solo la mencionan por encima cuando nos referimos a las informaciones que obtuvieron del supuesto confidente iraquí. Si queremos saber más, desvían el tema hacia la broma y la risotada grosera y dicen cosas como «el problema de Ortuño era que iba caliente como un mono», «era un reprimido, tenía un problema sexual», «el problema de Ortuño era que se había encoñado de la contraformista», y estallan en carcajadas y repiten la palabra «contraformista», como si fuera la más cómica del mundo.

—Era tan imbécil, el pobre, que decía «contraformista».

Zuazo pretende introducir una pizca de humanidad y camaradería:

—Yo lo corregí. Cuando estábamos esperando el comienzo del operativo, volvió a contarme el tema de la chica, y le dije que no se decía «contraformista», sino «contorsionista»...

Pero en su tono, y en sus guiños porcinos, chispea la burla, que comparte con Morrajo, más indiscreto:

—¿Se lo dijiste? ¿De verdad? ¿Y él qué dijo? —esperando la estupidez que provoque más risas.

—Nada, dijo. Ya sabes cómo era. Se hizo el sordo. Y añadí: «Eres afortunado, Santi. Pero te aconsejo que no lo vayas contando por ahí. La envidia es muy mala. Si tienes un medio amigo y presumes de eso que te pasó, podría convertirse en medio enemigo. Y si le añades un cante que puede acabar con una célula yihadista, te podrías encontrar con un enemigo entero».

Morrajo se retuerce de risa.

—¿Y él qué decía, qué decía?

—Dice: «Bah. Y si se lo cuento a un enemigo, continuará siendo enemigo. Quien no tiene enemigos tampoco puede tener amigos».

—Qué cabrón. Qué cabrón. —Morrajo reprime la hilaridad por unos instantes—. Tampoco éramos tan enemigos. Al fin y al cabo, bautizamos la operación en su honor. «Santiago y cierra, España.»

Se ríen de nuevo.

La conclusión es que la información que llegó de Ortuño no valía para nada, que la cantante y el amante moro le habían tomado el pelo, como hacía todo el mundo y, según se desprendía del lenguaje no verbal, como era lógico y natural.

\* \* \*

Ortuño abre el cajón del escritorio y contempla con satisfacción la pistola que lo espera allí hace años. Una Star. 30M. Nueve Parabellum. De las de veinte centímetros, cañón largo. Un pistolón. La empuña y se siente como un rey con su cetro. Se levanta del sillón y juega a Robert De Niro en *Taxi Driver*. «¿Hablas conmigo?» Busca la sobaquera que todavía está dentro de su caja, sin estrenar. Es igual que una que usaba Alain Delon en una película olvidada. Ortuño la estuvo buscando durante meses y la compró por correo, antes de que existiera Amazon. Se la ciñe bajo el brazo izquierdo. Enfunda la pistola. Star 30M 9 mm. Desenfunda y encañona a posibles enemigos. «¿Me hablas a mí?»

Lo sorprende Charo, que llega de estar en el bingo cotidiano con sus amigas, ahora, a estas horas, ojos vidriosos de gin-tonic, boca amarga de asco y aburrimiento perpetuos.

—¿Qué haces?

Sobresalta a Ortuño al pillarlo jugando como un niño.

—Cosas del trabajo. Mañana tenemos un operativo muy importante.

Charo pone ojos maravillados de: «Uy, un operativo muy importante, cuidado que viene James Bond, permiso para matar». Asiente con la cabeza en otra expresión ofensiva: «Tendrías que verte». Dice «Buenas noches» y hace mutis arrastrando los pies y apoyándose en las paredes del pasillo.

Ortuño se descuelga la Star 30M de la axila y la deja sobre el escritorio del estudio, enfurecido porque su mujer, inoportuna como siempre, le ha cortado el rollo.

\* \* \*

Para averiguar lo que sucedió realmente aquel viernes, 15 de diciembre, tenemos que recurrir a nuestros compañeros de la Unidad de Información.

A primera hora de la mañana, Antequera, jefe del Grupo de Estupefacientes, se presentó ante el juez de guardia Diego Portales, del 40. Se conocían y el policía sabía que no sería difícil de convencer. Le habló de un informante anónimo y de la entrega de un gran cargamento de hachís en unos locales concretos del Raval, aquella misma tarde, entre las seis y las ocho. Una banda de moros se reuniría en un locutorio y casa de fotocopias. Esconderían la mercancía en otro establecimiento ubicado al otro lado de la calle, que se dedicaba a reparaciones del hogar y que tenía habilitado un escondite detrás de los contadores de la luz (detalle sumamente convincente). Era muy importante interceptar la droga en aquel momento, antes de que fragmentaran el paquete y lo convirtieran en pequeñas dosis individuales, como ya habían hecho otras veces. Por eso el policía se había presentado personalmente en la Ciudad de la Justicia y solicitaba dos órdenes de entrada y registro, una para cada local, el mismo día del operativo y por el procedimiento de urgencia.

Había que hacerlo de aquella manera para que el juez no tuviera la oportunidad de poner la solicitud en reparto, que es el mecanismo de que disponen los jueces de Barcelona para impedir que la policía elija un magistrado favorable a sus intereses.

A la mayoría de los jueces no les gustan los informantes anónimos (también conocidos como fuentes confidenciales), porque saben que a menudo son mentira. Tampoco les gustan los procedimientos de urgencia, pero hay algunos jueces, veteranos, que han aprendido de la experiencia que la policía a menudo actúa y debe actuar deprisa y corriendo y basándose en intuiciones y rumores y en lo que algún desconocido dice que le han dicho, para atrapar a unos malos que suelen ser demasiado astutos y demasiado veloces. El magistrado Diego Portales conocía a Antequera, admiraba sus éxitos y

reconocía su profesionalidad, y no tuvo ningún inconveniente en darle lo que le pedía.

Dos órdenes judiciales que implicaban el doble de efectivos, dos equipos de geos, dos equipos de UIP y una Unidad Canina. Lo que Antequera no le dijo a su señoría era que los perros serían expertos en buscar explosivos, y no drogas; y que, además, incorporaría a la expedición un equipo de Tedax. La dificultad, en todo caso, sería esconder estos elementos al secretario judicial, que tenía que estar presente.

\* \* \*

Cuando Leire se despierta y abandona la cama, Abduh ya no está.

Mientras se ducha y se viste, piensa que tiene que avisarlo porque es posible que esta tarde la policía se presente en la tertulia de Nassib y les haga cuatro preguntas.

Así es como ella se imagina que ocurrirá. Una visita rutinaria. Al fin y al cabo, no tienen pruebas de nada.

Sobre la mesa del comedor hay un poema de Abduh con el dibujo naíf y encantador de un león asustado que corre hacia una sombra negra que empuña una guadaña. Quiere decir que anoche Abduh se quedó, pensativo, inmóvil e impenetrable como tantas veces, dejando correr los dedos y los lápices de colores sobre el papel.

*La vida es un acto de cobardía.  
El León Cobarde  
tiene miedo del miedo,  
y para huir  
se pone bajo las faldas  
de la Muerte.  
La Muerte lo protege  
y lo conserva vivo.*

No quiere preguntarse por el significado del poema. Forzándose a no pensar, lo agarra, lo lleva a la cocina y lo pega con un imán a la puerta del frigorífico, junto a los otros dos poemas ilustrados.

*El Espantapájaros es un esqueleto de mentira,  
de huesos de madera,  
restos de paja,  
tripas de nada  
y guantes de payaso...  
Hombre de Lata sin corazón  
resistente, invulnerable,  
fuerte porque es muerto,  
muerto porque no tiene corazón...*

Como un símbolo, ya tiene a los tres amantes de Dorothy Gale, los tres poemas ilustrados, la colección completa, como si hubieran llegado a un final de ciclo.

A las doce menos cuarto, Leire almuerza en el bar de Juanito Maderas y le parece que ha llegado el momento de telefonar a Abduh. Pero cuando está a punto de hacerlo, el argentino Rodrigo se acerca y le dirige la palabra.

—¿Te has fijado que hoy Juanito está más pálido que nunca?

A Leire le parece que Juanito está tan blanco como siempre, y tiene la piel tan transparente como siempre, y que anda como un muerto viviente, como siempre. Pero no lo dice. Tampoco le hace notar a Rodrigo que le ha salido una erupción en las mejillas.

—¿Sabes qué es lo que creo? —le dice el argentino, al oído, cuando nadie los puede oír—. Que la caribeña lo está envenenando, poco a poco, para quedarse con el negocio.

Leire lo interrumpe, quince minutos después, cuando ve que Abderramán levanta la persiana metálica de su tienda de tejidos y maniqués *vintage*.

Paga y sale a la calle antes de que el argelino regrese al interior.

—Eh, Abderramán. ¿Me dijiste que tenías un maniquí más pequeño? ¿Como de mi medida?

El magrebí se vuelve hacia ella para dedicarle una de sus miradas majestuosas y burlonas desde lo alto. Él tan alto y ella tan menuda.

—Sí —responde como si la vida de los dos estuviera a punto de cambiar.

—¿Uno que se parece mucho a mí?

—Sí.

—¿Puedo verlo?

—Lo tengo dentro.

Leire lo mira a los ojos, y él se asegura con un gesto escéptico. «¿Te atreverás?» Y ella no deja de mirarlo, queriendo decir que sí, que se atreverá, que no tiene miedo.

Abderramán la invita con un movimiento de cabeza y la precede hacia el interior de la tienda. Es un laberinto de alfombras y piezas de ropa coloridas y enrolladas que desprenden un olor cálido y acogedor. Debe de haber dos mostradores, a ambos lados, heredados del anterior propietario del establecimiento, pero hace tiempo que fueron sepultados por el exceso de oferta. Algunos maniqués, aquí y allí, en segundo término, parece que se estén ahogando en medio de este mar tempestuoso de tejidos, y sus gestos, que se pretenden sexis, se convierten en señales de socorro congeladas.

El propietario de la tienda llega al fondo y atraviesa una cortina de tiras de plástico.

Al otro lado hay una trastienda en penumbra, donde los espera una siniestra multitud de maniqués desnudos. Tal vez sean una docena, agrupados en la mitad del paso, como un fantasmal comité de recepción. El conjunto resulta un poco obsceno. Sobre todo, por la sonrisa del magrebí. Como si estuviera contemplando aquella desnudez con mente muy sucia.

—Mira —dice Abderramán, con voz grave—. Pensaba en este.

Pone la mano sobre una figura femenina que sonrío como si le gustara. Tiene la mano derecha levantada a la altura de la cabeza, como si se desperezara o como si saludase a alguien muy querido, y la otra mano junto a la cadera, con la palma hacia afuera, con gesto de exhibición orgullosa: «¡Mira qué cadera!». Él también sonrío como si estuviera disfrutando mucho de este momento. Mira a Leire y mira al maniqué desnudo con descarada complacencia. Aunque no se trata de una reproducción especialmente explícita, ni en cuanto a los pezones ni en cuanto al sexo, la situación es tan incómoda como si, de repente, Leire se encontrara desnuda y a solas con el hombre alto de mirada insolente. Se le ocurre que Abderramán debe de pasar muchas horas en esta trastienda, rodeado de presencias desnudas en actitudes provocadoras, y este pensamiento le dificulta el habla.

—¿Tú crees que esto —y dice «esto» muy a propósito— se parece a mí?

—Mucho —dice el hombre—. Solo necesita que algún genio le eche el aliento para convertirse en tu hermana gemela.

—¿Me lo puedes dejar? Quiero decir subirlo a mi casa. ¿Pesa mucho?

—No. No pesa mucho. Si quieres te ayudo.

—Creo que podré.

Lo prueba. Leire puede levantarlo del suelo sin demasiado esfuerzo. Abderramán la ayuda. Entre los dos, transportan el maniquí a través de la tienda hasta la calle.

Por alguna razón, Leire cuida mucho dónde pone las manos. Le parece que el magrebí no lo tiene tan en cuenta. O igual lo tiene demasiado en cuenta.

—Te lo devolveré mañana mismo. Solo quiero ponerle una ropa y hacerle unas fotos.

—Devuélvemelo cuando quieras.

—Gracias. A partir de aquí, ya puedo yo.

Leire solo tiene que cruzar la calle cargando con la figura. Desde el bar de Juanito Maderas, la miran con curiosidad el argentino y la esposa del dueño, aquella caribeña presuntamente envenenadora.

Tiene que dejar el maniquí en el suelo para poder abrir el portal. Hoy viene acompañada de su hermana gemela. Y desnuda. Qué vergüenza.

Llega hasta el ascensor, entra y, cuando se cierran las puertas, termina el espectáculo.

\* \* \*

Cada minuto que pasa, Omar toma conciencia de que se acerca cada vez más el momento en que los Mossos quitarán los micros de Reparación del Hogar y la Operación Diógenes se irá al Maresme.

En su obsesión por descubrir el escondrijo del imán El-Taweel, Omar ha llegado a la conclusión de que tiene que estar presente en las tertulias que los viernes se celebran en el locutorio de Nassib *el Moro*. Quién sabe si la madriguera en que se oculta no está precisamente en el locutorio, tan lleno de productos, estanterías, cajas, ordenadores, fotocopiadoras y obstáculos de todo tipo. Si existiera alguna posibilidad de éxito, habría propuesto a Pilarín que pidiera permiso a la jueza De Villalonga para colocar micrófonos en el locutorio de Nassib. Pero ya no hay tiempo y tendrá que espabilarse a solas, como pueda.

Faltan pocos minutos para las seis. La calle está llena de gente ociosa, hombres con las manos en los bolsillos que miran distraídos a un lado y a otro, sin interés por nada concreto, o mujeres que caminan arriba y abajo, contando los pasos, intercambiando alguna palabra o bien saludando a algún desconocido por si pueden ayudarlo de alguna manera. Ellos pueden ser amigos de las chicas, los que procuran que trabajen, que no se distraigan, que conozcan gente y que nadie les haga daño; o bien camellos que esperan que alguien les pida alguna sustancia estimulante o relajante; o bien muertos vivientes necesitados de sustancias esenciales para la vida y sin dinero suficiente para pagárselas; o bien hombres muy vivos atentos a cualquier bolsa abierta, o cartera o mochila o equipo fotográfico descuidados. También hay individuos inadvertida y discretamente vigilantes que tal vez tengan la misión de gritar «¡Agua!» si se acerca alguna presencia inoportuna; o policías de cazadora negra de cuero encargados de evitar que todos los anteriores se salgan con la suya.

En medio de todos ellos, deambula Omar con su pelo rizado, hinchado como una pelota y coronado por una gorra de jugador de béisbol.

Adnan Shaddad ya ha salido de Reparaciones del Hogar, ha cruzado la calle y ha saludado a Nassib en la puerta del locutorio. Enseguida ha doblado la esquina otro árabe, joven, taciturno, cabizbajo, con chilaba y vaqueros. Este entra sin saludar a Nassib. Es Mahfoud Al-Amrani. Se introduce en el locutorio antes de que Omar pueda reaccionar.

El propietario del negocio recibe a los miembros de la tertulia en *darija*, que es el dialecto marroquí que sus invitados entienden.

Sobre una mesita baja, como cada viernes, los esperan la tetera con atay, que es como llaman al té marroquí, con unos vasitos de cristal para que cada cual se sirva como quiera, y un generoso surtido de *rghayef* con miel o rellenas, aquella especie de crepes agujereadas que se llaman *baghrir*, las pastas con forma de donuts que se llaman *sfenj* y aquello que se parece tanto al bizcocho y se llama *harcha*.

A medida que entran, los invitados celebran la abundancia de comida, y Nassib los anima:

—Servíos, servíos. —Y el equivalente al «buen provecho»—: *Bsahetkom*.

Omar no sabe si el imán El-Taweel ya habrá entrado al establecimiento o no. Se decide. Abandona el parapeto del contenedor rebosante y olvidado que

se interpone entre él y su objetivo. Si permite que Nassib cierre la puerta del locutorio, ya no lo dejarán entrar.

—¡Un momento! —grita.

Nassib queda desconcertado, como si esta aparición fuera lo peor que le podía pasar, y el muchacho aprovecha para asomarse al interior de la tienda.

—¡Soy el hermano de Mahfoud! ¡Tengo que hablar con él!

Mahfoud no le da tiempo a más. Exclama:

—¿Qué coño haces tú aquí?

Omar quiere entrar, Nassib no sabe si tiene que sujetarlo, Mahfoud agarra a Omar por el cuello y lo empuja hacia afuera. Forcejean enloquecidos: «¡Fuera de aquí!». «¿Quieres dejarme en paz?». Salen a la acera desgañitándose.

\* \* \*

Algunos de los hombres abúlicos con las manos en los bolsillos que miran distraídos a un lado y a otro, sin interés por nada, son Antequera, como representante del Grupo de Estupefacientes, y Zuazo, Silvestre y Saurí, de Información, porque Antequera puso como condición que ninguno de sus hombres se viera envuelto en la pirula para no buscarles problemas.

Cuando ese joven del pelo rizado y la gorra de béisbol pretende entrar en el locutorio copistería y Nassib *el Moro* parece querer impedirselo, el jefe de los Estupas decide que es un momento tan bueno como cualquier otro para activar el operativo.

Dice por el móvil:

—Aquí Tiburón Uno. ¿Me copiáis? Adelante; repito, adelante.

Le responde una serie de recibos.

—Recibido Tritón 10.

—Recibido Pantera 10.

—Recibido Canino 10...

Doce vehículos se ponen en movimiento en una calle muy corta que flanquea la sede de la policía de Via Laietana. Furgonetas blancas delante con los cristales tintados, furgonetas negras, las de los Tedax, la de la Unidad Canina y coches K que parecerían de particulares si no les hubieran plantado

ya el girofaro azul en el techo.

Conectan las sirenas, proyectan a su alrededor la luz azul intermitente y, por la calle Jonqueres, llegan a la plaza de Urquinaona, luces azules y sirenas. Coches y autobuses se detienen a su paso. Pasan de largo la plaza de Catalunya hasta Balmes, bajan por Balmes y enfilan Pelai, abriéndose paso entre el tráfico denso, como una caravana arrasadora, Ramblas abajo. Este viernes, ciento veinte días exactos después del atentado de las Ramblas, tantos vehículos de la policía bajando a toda velocidad por esta calle adquieren un significado que no habría sido posible meses atrás. Precedidos por las furgonetas blancas, en lo que parece una persecución enloquecida, hacen pensar inevitablemente en aquel día de agosto, cuando Barcelona conoció el terrorismo islámico al volante de una furgoneta blanca.

Entran por la calle Sant Pau, delante las dos furgonetas blancas, zum, zum, y luego los otros vehículos, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, que la vía resulta demasiado estrecha para una invasión tan feroz.

Lo recorren asustando a peatones, que, sobrecogidos, se pegan a las paredes, temerosos de que alguna de las furgonetas los embista para aplastarlos.

Se oyen gritos. Incluso llantos.

Una vecina grita: «¡No, otra vez no!».

La calle se llena de cuatro Mercedes Vito oscuras protegidas con parachoques y tela metálica en el parabrisas, dos coches sin distintivos policiales pero con girofaros azules sobre el *tablier*; y el vehículo de la Unidad Canina, y las furgonetas de los Tedax, la de transporte de detenidos y, a un extremo y otro de la calle, dos furgonetas de las UIP, unidades antidisturbios que se encargarán de bloquear el acceso a los curiosos. Con los automóviles que hay aparcados, el movimiento en la calzada y en las aceras se ve muy limitado.

Se detienen en seco entre el locutorio de Nassib y Reparaciones del Hogar, y de los vehículos saltan hombres de negro, con casco y subfusiles Heckler and Koch MP 5. Han actuado tan deprisa que llegan a tiempo de reducir y esposar a Omar y a Mahfoud Al-Amrani en la puerta del locutorio de Nassib.

En la cárcel de Estremera, Alí Shaddad nos revela que en aquella Operación Santiago y cierra, España, los CNP estuvieron a punto de atrapar al

imán El-Taweel.

Le gustaba llegar el último a las reuniones de los viernes. Hacerse esperar. Se vestía la ropa de Alí para que lo confundieran con él y atravesaba la calzada rápidamente. Alí *el imbécil* quedaba relegado en la tienda de Reparaciones del Hogar para que no estorbara.

\* \* \*

El mismo Alí lo ha despertado («Me has dicho que te despertara a la media») y el imán El-Taweel emerge de una siesta perfecta, de sueños estimulantes y reparadores, y se despereza haciendo ruiditos de placer con la boca llena de saliva dulce. Da gracias a Alá («*Alhamdulillah*») por procurarle una paz tan gratificante y se prepara para los tres ciclos de la oración del ocaso.

Entra en el lavabo completo que los iraquíes construyeron en este escondite de lujo, y procede a efectuar la ablución o *wudu*.

De pie y mirando a la pared donde tiene pegada una fotografía de la Kaaba, reza «*Bismillah Irrahman Irraheem*», en nombre de Dios, el más caritativo, el más misericordioso, y se lava la cara, la mano derecha, la mano izquierda, la cabeza, el pie derecho, el pie izquierdo...

Cuando termina, no sabría decir si ha hecho la oración dentro del *waqt*, o tiempo estipulado para hacerla, ni si la ha hecho demasiado deprisa o con suficiente humildad y sinceridad, ¿quién puede saberlo? Tampoco sabe si es un buen *musalli* (como se llama a la persona que hace la plegaria), pero hasta ahora no ha tenido ninguna queja. Sobre todo, cuando reza él solo y dice lo que quiere y como quiere.

Mientras se pone la chilaba y el gorro que hacen que se parezca tanto a Alí Shaddad, el imán saborea el placer de la seguridad y la inmunidad.

Y la omnipotencia. Siempre la omnipotencia divina.

Hoy tiene que hablar a sus fieles seguidores de la función que cada uno de nosotros tiene en su compromiso con el islam. Los imagina escuchándolo fascinados, con aquellas expresiones de adoración que le demuestran que realmente es una persona adorable. Pontificará: «Cada uno de nosotros tiene su compromiso personal y particular con el islam». No todo el mundo sirve para lo mismo. Nos gustaría pensar que siempre está en nuestras manos la posibilidad de cambiar el mundo y hacer que desaparezca la injusticia, pero

eso —tiene que decirles— no es necesariamente así. Todo el mundo es útil al islam, pero el profeta no pide lo mismo a todo el mundo. Cada persona tiene su función, y tiene que aceptarlo; el guerrero debe ser guerrero y el escudero tiene que ser escudero. Hoy, el dedo de Alá señala a uno, y los otros deberán esperar a otro día para ser los escogidos. Un discurso que prepare el terreno para decirle a Mahfoud que no será él el jardinero, sino Abduh. Sabe que le sentará mal y tendrá que reducirlo.

El-Taweel sube la escalera de mano hasta la trastienda.

—Adnan ya se ha adelantado —anuncia Alí.

—Sí, claro. Se me ha hecho un poco tarde.

Alí Shaddad se dispone a abrir la puerta de la calle para que salga El-Taweel, cuando se queda petrificado, como si hubiera tropezado.

—Espera. —Se explica—: Los hermanos Al-Amrani están discutiendo aquí enfrente.

Y, de pronto, dos furgonetas blancas se materializan ante la tienda y escupen un enjambre de hombres uniformados de negro.

La atención de los policías se dirige al locutorio de Nassib antes que a Reparaciones del Hogar.

El imán Ihab El-Taweel experimenta una descarga de pánico como hacía mucho tiempo que no sentía. Ha podido pegar un salto atrás y cerrar la puerta de la trastienda instintivamente, antes de que los geos empujen la puerta de cristal de la entrada y la encuentren cerrada con pestillo. El cristal estalla de manera casi espontánea y los hombres de negro, con cascos y chalecos antibalas y subfusiles HK MP5, caen sobre Alí Shaddad. Al fondo del establecimiento, El-Taweel retrocede tropezando con los muebles y consigo mismo, desplaza la cama del fondo y casi cae de cabeza al subterráneo al precipitarse escaleras abajo.

El lecho vuelve a su sitio, junto al otro, y arriba, la trastienda de Reparaciones del Hogar se llena de pisadas pesadas y ruidosas y gritos de «¡Policía! ¡Policía!», y un Alí aterrorizado, petrificado, frenético, boca abajo, con las manos esposadas a la espalda.

\* \* \*

La segunda vez que hablamos con el inspector Sebastián Zuazo, de Información del CNP, lo hacemos en el ARI de Les Corts y el hombre obeso ha perdido la sonrisa burlona y el ademán soberbio, irónico y desenfadado que ostentaba en el restaurante L'Amagatall de la Villa Olímpica. Responde a nuestras preguntas serio y cejijunto, preocupado y midiendo mucho cada respuesta.

—¿Qué actuación tuvo Santiago Ortuño durante la intervención?

—Ninguna. La activación del operativo lo pilló en la calle, fuera del perímetro que cerraron los de la Unidad de Intervención. Tuvo dificultades para que le permitieran incorporarse al equipo. «Que soy compañero», protestaba. «¡Que soy de los vuestros!», y mostraba la placa y el carné al agente de la UIP que le cerraba el paso y lo ignoraba, impassible e inmutable. «¡Que formo parte del operativo! ¡Yo soy el operativo!» Tuvo que intervenir el inspector Silvestre para que lo dejaran pasar. «Pero que no enrede», rezongó el joven inspector Saurí, cuando se lo comunicaron por radio. Y añadió, burlón: «Contraformista». Ese era el tono. Ortuño acabó pululando por allí, entre agentes ajetreados y detenidos y perros, estorbando como siempre y hablando con el intérprete, que no tenía nada que hacer porque todos los detenidos hablaban castellano.

—¿Es consciente de que aquel montaje era del todo irregular?

Zuazo hace muecas, mira aquí y allá como si se le estuviera agotando la paciencia. «Estos tíos, que hay que decírselo todo...»

—Sí, y sabíamos que se destaparía, tarde o temprano, como se destapó. Sabíamos que intervendríais vosotros, los Mossos, y así lo hicisteis y os presentasteis en el lugar de los hechos, un tal Esquer, de uniforme, y el sargento Quadreny de Información. Salió el jefe de Estupas, Antequera, que era el responsable del tema, y se los quitó de encima. Sabíamos que hablarían con la jueza de la Audiencia Nacional, y que ella hablaría con nuestro juez de guardia, y le metería bronca, y él nos abroncaría a nosotros, pero jugábamos a hechos consumados.

—Pero no conseguisteis lo que buscabais.

—No.

—¿Qué pasó?

—Que no había explosivos. El primero que lo anunció fue el guía canino. El perro se había soltado y había recorrido la tienda de los iraquíes ladrando

excitado, ansioso por encontrar algo que lo ayudara a ganarse un premio. El secretario judicial se puso a gritar: «¡No puede hacer eso, no puede hacer eso antes de que lleguen los abogados!», y tuvieron que sujetarlo y sacarlo a la calle. Pero entonces el encargado del perro vino a verme y me lo dijo al oído: «Aquí no hay ningún explosivo. Si lo hubiera, Sam lo habría captado. Y no ha reaccionado de ninguna manera. Ahí no hay ni un petardo de San Juan». Se me cayó el mundo a los pies. Todo aquel montaje de la hostia, y no había nada, ¿no había nada? En cuanto tuve la oportunidad, yo mismo fui a los contadores de la luz, como si viera algo irregular en ellos. «¿Qué hay aquí? Oh, qué cosa tan rara.»»

—Nos consta que detuvieron a seis personas. Abduh Fayad, Mahfoud y Omar Al-Amrani, que se fueron los primeros en la furgoneta de traslado de detenidos. Y los llevaron enseguida a la Verneda. Adnan y Alí Shaddad y Nassib Mansur *el Moro* se quedaron para asistir a los registros de sus negocios.

—Los llevamos a La Verneda, les leímos sus derechos por presunto delito de tráfico de drogas y los identificamos, les tomamos las huellas digitales y comprobamos que eran quienes decían ser.

—¿Por un presunto delito de tráfico de drogas que ustedes mismos se habían inventado?

—Sabíamos que tenían algo que ver con el terrorismo yihadista.

—¿Por la confidencia de Ortuño?

—¡No! Porque los Mossos los estaban investigando, buscando a un imán, y nosotros sabíamos que este imán existía.

—¿Lo sabían?

—¡Sí, sí, lo sabíamos!

—¿Cómo lo sabían?

—Porque lo decía Ortuño, el confidente de Ortuño...

—¿Y qué hicieron con los detenidos?

—Los de Información, Silvestre, yo y un joven que se llama Saurí fuimos a visitarlos, por la noche, a los calabozos. Para hablar un rato.

—¿Sin asistencia legal?

Zuazo no disimula su disgusto.

—Sin asistencia legal, sí. Si eran terroristas, confiábamos en que se les

podía escapar algo, que podíamos pillarlos en una contradicción, o se podían traicionar...

—Pero...

—Nada. No pudimos sacarles nada. Eran empresarios honrados, no tenían nada que esconder, no entendían que los detuviéramos por drogas y luego les preguntásemos por la yihad. Solo había uno, muy degradado, un tal Mahfoud, que podría habernos dicho algo. Estaba loco, consumidor de droga y alcohol, rebelde, desafiando, pero ese se refugió en que quería un abogado y no hablaría si no era en su presencia. Y no podíamos presionarlo de ninguna manera porque no teníamos nada. No había explosivos, y los planos que habíamos encontrado eran planos de las obras en que estaban trabajando, y los textos en árabe eran anotaciones profesionales sobre las obras que tenían que hacer en un piso, o presupuestos, o referencias de clientes... No teníamos nada, nada. No encontramos nada en los móviles, ni en los ordenadores, ni llamadas sospechosas, ni emails, ni vídeos yihadistas, ni instrucciones para fabricar bombas en el historial de Google, ni un Corán, ni una sura, ni una cita significativa en árabe, nada, nada de nada de nada...

—Pero uno de los detenidos era el confidente de Ortuño. Abduh Fayad. ¿Qué dijo él?

Zuazo, que se ha ido hundiendo y dando por vencido desde hace rato, ahora mueve la cabeza en sentido negativo y también las manos, desasosegado, en un gesto de impotencia.

—Nada. Que no había nada que decir, que todo se lo había inventado la chica, que estaba como una cabra. Que él no le había hablado de explosivos ni de un imán. Que él solo le había dicho que los iraquíes hablaban de flores y de agua, y que ella supuso que a lo mejor querían decir alguna otra cosa. Como si hablaran en clave. Hablaban de flores escondidas en un armario detrás de los contadores de la luz y querían decir explosivos escondidos en un armario, detrás de los contadores de la luz. Decía que Leire era muy fantasiosa. Y, como no habíamos encontrado nada en el armario que había detrás de los contadores de la luz, tuvimos que darle la razón.

»La justificó. Dijo que Leire estaba enamorada de él, y que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para conseguirle los papeles. No quería casarse con él. Eso lo tenía claro. “Soy un moro sin techo”, dijo, así de claro. ¿Cómo podíamos pensar que quisiera casarse con él? Eso decía y, como

pensábamos que tenía toda la razón, teníamos que creerle. Decía que la chica solo quería conseguirle los papeles para tenerlo contento y poder echarlo de casa cuando se cansara de él. Lo que decía tenía lógica.

—¿Y qué les dijo Omar Al-Amrani? —Zuazo nos mira de reojo, como si preguntara: «¿Eso también queréis saberlo?»—. Omar tuvo que ser hospitalizado.

—Oficialmente, tuvo un accidente. Lo dijimos nosotros y lo dijo él, y nadie ha podido demostrar lo contrario.

—De acuerdo. Oficialmente es así. Pero...

—Omar Al-Amrani nos soltó de sopetón que era confidente de Mossos y que solo hablaría con Mossos.

—¿Y qué pasó?

\* \* \*

Omar Al-Amrani siente el temblor en los huesos.

Para no reconocer el miedo a la tortura, o a los años de cárcel, o a la extradición, se dice y repite que tiene miedo por su hermano. No sabe qué puede haber dicho aquel loco. Para no pensar en sí mismo, elabora un discurso que pueda desmontar cualquier discurso de Mahfoud. «Últimamente, está un poco estresado, bebe alcohol, no es un buen musulmán, nunca podría ser un fanático.»

Sería horrible que Mahfoud se enterara de que Omar proporciona información a los Mossos. ¿Qué iba a pensar de él? Lo llamaría traidor. Lo repudiaría. Abominaría de él.

Al pasarse las manos por su pelo erizado, se da cuenta de que, en algún momento, ha perdido la gorra. Durante el registro han hurgado incluso en sus rizos, como si sospecharan que podía esconder algún arma, o ganzúa, o transmisor en la mata de pelo.

Cuando su corazón late tan fuerte que lo ahoga, decide que debe confiar en los policías. Les dirá que es confidente de los Mossos, pero, sobre todo, que no se lo digan a Mahfoud, que no se lo digan a Mahfoud.

Un agente de uniforme abre la puerta de la reja, y entran Silvestre y Saurí. El primero parece un pajarraco de mal agüero. Es el que habla en primer

término; el otro se queda atrás como una presencia amenazadora.

Omar piensa que, si quieren hacerle daño, chillará.

Se dice que aquí no pueden hacerle daño, todos los que ocupan celdas adyacentes se enterarían del maltrato. Ya se encargará él de que se enteren, aullando como una sirena de alarma.

—Omar Al-Amrani —dice Silvestre, con la vista fija en los documentos que trae—. Dieciocho años. Demasiado jovencito para meterte en estas cosas, ¿no? —Levanta la mirada. Ojos azules. De acero. Afilados como bisturís—. Tu hermano Mahfoud ya nos lo ha contado todo. Los explosivos, el atentado, el imán que os dice lo que tenéis que hacer. —Las palabras rebotan dentro del cráneo de Omar, pleno de ecos. ¿«Los explosivos, el atentado, el imán...»?—. Solo hemos venido a confirmar la información. Espero que colabores con nosotros.

Lo está mirando por encima de las gafas. No parece inofensivo, por mucho que se esfuerce. El otro finge ser el peligroso, pero el buitre es este.

—Yo no voy nunca a esas tertulias de los viernes —consigue decir Omar—. Estaba allí por casualidad. No sé nada de lo que hablan allí. —Silvestre abre la boca, pero el chico no le permite la réplica. Continúa—: Además, no tiene que hacer mucho caso de lo que diga mi hermano. Está un poco estresado, últimamente. Bebe alcohol. Ha abandonado las buenas costumbres musulmanas, y habla por hablar. No podría ser nunca un fanático. Demasiado débil. Dice cualquier cosa...

—Dice cualquier cosa —repite el policía, mirando los papeles como si tuviera delante una confesión exhaustiva—..., pero está dispuesto a firmarlo y a formar parte de la acusación en un juicio.

Omar sabe que eso es falso. Mueve la cabeza. No sabe qué replicar.

—Háblanos del imán —dice el pajarraco.

Ha puesto el dedo en la llaga. Omar se asusta, se pone alerta y se le nota.

—¿El imán?

—Sí, tu hermano nos ha hablado del imán.

Omar no se lo cree. No puede ser. Mahfoud no puede haber dicho eso. Pero él sí podría hablar, si quisiera. Está colaborando en la búsqueda del imán El-Taweel desde hace meses. Infructuosamente. Operación Diógenes. Órdenes de busca y captura en Alemania y Francia. Y ahora lo encuentra de repente en boca de este policía que no es mosso. ¿Serán los CNP quienes le proporcionen

la información que necesita?

—Yo no asisto a esas reuniones —murmura—. No sé nada.

—Sí que sabe —dice Saurí desde la reja, sin que nadie le haya preguntado nada—. Es clarísimo que sabe algo.

—Tu hermano te ha implicado —asegura Silvestre. Y no es verdad. Eso sí que no es verdad. No puede ser verdad—. Dice que sabes tanto o más que él.

La firmeza del policía crea un bloque de hielo en el estómago del chico. Mahfoud está tan loco... Es tan imprevisible... Todo es posible. Omar niega con la cabeza, consciente de que un buen observador tiene que captar su miedo e inseguridad.

—No.

—Él es débil, pero tú eres el fuerte, ¿verdad?

—No.

—Os han visto pelearos en la puerta del locutorio.

—No es verdad.

—Tú querías entrar en el locutorio y él no te lo ha permitido. Te llamaba «traidor»...

—¡No me llamaba traidor!

—¿Por qué os peleabais, pues?

—¡Porque no quiere que vaya a sus reuniones! Por eso no voy nunca. Porque él no me deja. ¡Dice que soy demasiado joven!

—Pero tú eres el fuerte y él es el débil.

—No.

—Explosivos.

Silvestre lo ha soltado en un tono muy bajo, pero parece que haya estallado una bomba y que el silencio que sigue sea la ola expansiva y destructora.

—¿Qué?

—Mahfoud también nos ha hablado de explosivos.

Omar vuelve a negar con la cabeza.

—Tenemos todo el tiempo del mundo —dice el policía mientras da un paso hacia el muchacho—. No mientas porque se te nota. Desde que he mencionado al imán te estás cagando encima.

—No es verdad.

—Pues volvamos a empezar. ¿Qué sabes del imán?

—Nada.

Silvestre da otro paso hacia Omar, que levanta un brazo para protegerse de un eventual trompazo.

—¿Qué sabes del imán?

—Nada.

—¿Qué sabes de los explosivos?

—Nada.

Silvestre estalla. Tira los documentos a un lado con violencia, creando una niebla de papeles que revolotean, al mismo tiempo que agarra al chico con una mano y lo levanta en vilo.

—¡No seas imbécil! —Le acerca mucho la boca, lo salpica de saliva—. ¡Eres demasiado joven para ir a la cárcel por terrorismo! ¡Te estoy dando una oportunidad! ¡Háblame del imán!

—No hay ningún imán...

—¡Sí que hay imán!

—No hay ningún imán...

—¡Sí que hay imán! ¡Te lo he visto en los ojos y me vas a decir quién es el imán tarde o temprano, te lo juro!

—Yo lo sabría.

—¿Crees que no tengo cojones para sacarte todo lo que sabes? —Tras el grito, un nuevo silencio devastador—. ¿Cómo has dicho? —Omar está encogido y tembloroso, cabizbajo, colgando de la zarpa del pajarraco que le estruja la ropa—. ¿Qué has dicho? ¿Que tú lo sabrías?

—No. —El puño izquierdo del policía se levanta, amenazador, como un mazo que está a punto de aplastarlo—. ¡Sí!

—¿Qué has querido decir?

Si se resiste más, lo torturarán.

—Que lo sabría. Que hace meses que lo investigamos...

—¡Habla más fuerte!

—Que hace meses que lo investigamos, y no hemos encontrado nada. —El polvo cargado de ácaros vuelve a posarse silenciosa y suavemente sobre el camastro, el suelo, los barrotes de la verja, y Omar levanta la vista y se encuentra con la mirada feroz del buitre. Está esperando, agarrándole la

cazadora con la derecha, con el puño izquierdo a punto de golpear. Omar levanta la voz para hacerse oír por encima de los latidos de su corazón—. Trabajo para los Mossos d'Esquadra. Soy confidente. Hace meses que buscamos al imán El-Taweel y ya estamos abandonando. Descartamos que esté en el barrio.

—¿Que trabajas...?

El policía lo suelta y lo empuja contra el lecho de hormigón. Lo aleja con asco, como si acabara de descubrir que es un montón de mierda.

—¿Que trabajas para los Mossos?

—Yo también creía que era una célula yihadista. —Omar habla avergonzado por no haber sabido soportar el interrogatorio—. Buscaban un informante y me ofrecí. Y me aceptaron. Después de pasar muchas pruebas, me aceptaron. Pero no hemos encontrado nada. Hemos puesto micrófonos en Reparaciones del Hogar y todo, y no hemos pillado nada.

Silvestre mira a Saurí, que acaba de recoger los papeles que se han esparcido por el suelo y comprende, como él, que acaban de encontrar un filón.

—Así que trabajas para los Mossos. —Es la manera como lo dice, rencorosa y rabiosa, cargada de desprecio hacia Omar y el cuerpo de Mossos. De manera consciente o inconsciente, Silvestre se significa como enemigo—. Entonces, podrás contarnos muchas cosas que nosotros no sabemos. De hecho, podrás contárnoslo todo.

El chico decide que no tiene que revelar nada de la Operación Diógenes. Que se comuniquen los policías entre ellos.

—Me sé de memoria un número de teléfono.

—Desde el principio.

—Si telefonean, responderán por mí y se lo explicarán todo.

—Quiero que me lo expliques tú.

Omar esquiva la mirada encendida del policía.

—No. Le dirán...

—Has estado meses vigilando a esta gente. Debes de saber muchas cosas...

Omar aprieta los dientes para reprimir el temblor que lo estremece por dentro. No hablará. Hará lo que sea para no soltar ni una palabra.

—No.

—... De cada uno de ellos.

—No sabemos nada.

—Y ahora me las vas a contar.

Cualquier cosa con tal de no hablar.

—¡No le voy a contar nada!

—Pues claro que me lo vas a contar, idiota.

Omar se encoge previniendo un puñetazo. Mira hacia abajo y los ojos se clavan en el canto del catre de hormigón donde está sentado.

—¿Y sabes por qué?

El miedo está enloqueciendo al chico. Solo puede pensar en huir de aquí. Necesita un acto de violencia. Cualquier cosa.

Cualquier cosa.

Un acto de violencia.

—... Porque si no lo haces, te voy a pasear por delante de las celdas de los otros moros y te voy a tratar como si fuéramos amigos de toda la vida.

Omar continúa cabizbajo, mirando el sólido asiento que lo sostiene.

—... Te hablaré como si fueras mi hijo, y te agradeceré toda la información que me has dado, y te daré recuerdos para los Mossos de mi parte, para que tus vecinos sepan que eres un confidente...

Ahora, Omar desea recibir el puñetazo que antes temía. Un puñetazo que lo marque. Quiere un hematoma que proclame a los cuatro vientos que este policía es su enemigo, su torturador.

—... Un puto traidor, y después te soltaré en tu barrio, como si nada. Y cuando tu hermano salga de aquí y llegue a tu casa, sabrá que eres un puto chivato.

Pero el golpe no llega.

—... Y si no sale, lo dirá a sus amigos y correligionarios, y un día irán a verte a tu casa, donde estarás con tu madre, y yo no sé lo que te van a hacer, pero tú sí que lo sabes, tú los conoces y sabes lo que te harán.

Omar ya no oye nada de lo que le dicen. No puede salir indemne de aquí, no puede salir indemne de aquí.

—... De manera que, si no hablas, te van a capar por chivato. Si hablas, en cambio, todo continuará como hasta ahora.

—De acuerdo.

—¿Qué?

—De acuerdo.

—¿Qué has dicho?

—De acuerdo. Hablaré.

Silvestre, con sonrisa burlona, da dos pasos atrás y se siente muy astuto. Ahora tiene atrapado al joven Omar.

El muchacho está acurrucado, paralizado, temblando de angustia, desesperado. Salir ileso de esta celda sería su perdición.

Desplaza la nalga del borde del lecho y se deja caer con la cabeza por delante, con fuerza.

Recibe el primer golpe en la frente, sobre la ceja: «Pero ¿qué haces? ¿Qué coño estás haciendo?», y algo le dice, como un chillido, que no basta, que no ha brotado la sangre, y, de rodillas, ahora con más premeditación y con más fuerza, proyecta la ceja, el ojo, contra la arista de hormigón, y el pánico le dice que tiene que ser más fuerte, y vuelve, y más fuerte, y vuelve, y lo agarran de la ropa y de los brazos, y vuelve a insistir, imparable como un caballo desbocado, y cuando se desprende de las manos que lo retienen, llega lo que esperaba, el estallido de sangre y la ceguera, el rayo que le parte el cerebro, como si le explotara el globo ocular, y el dolor hace que salga rebotado hacia atrás, con un chillido y tanta fuerza que arrastra a Saurí, caen los dos de espaldas, y tropiezan con Silvestre, que se caga en Dios mientras el compañero de Estupefacientes ordena a alguien que avise a una ambulancia.

Silvestre continúa blasfemando y llamándolo «hijo de puta» y Omar sabe que se ha salido con la suya. El cerebro le late con fuerza y la sangre le ciega el ojo derecho.

—Hijo de puta —rezonga Silvestre desde el fondo de los pulmones, enfurecido.

El policía lo agarra de la ropa, lo levanta del suelo, le muestra el puño:

—¡Hijo de puta, tendría que acabar el trabajo! ¡Si quieres sangre, te voy a dar tanta como quieras!

Lo habrán oído en todas las celdas del pasillo.

La cabeza le duele tanto como si llevara algo clavado en ella, pero Omar tiene ganas de reír, porque eso representa su triunfo.

«Lo he conseguido.»

Saurí sujeta a Silvestre por detrás.

—Déjalo —le dice en tono amistoso—. Déjalo.

Y Silvestre:

—Hijoputa. Hijoputa.

Bajo la mancha de sangre que le resbala desde la ceja, Omar se permite una sonrisa fatigada.

\* \* \*

—O sea, que no les sacaron absolutamente nada.

—Absolutamente nada.

—Qué fracaso, ¿no? —Zuazo me mira y asiente, solo con un movimiento de párpados—. Qué rabia debían de sentir. Qué ridículo. Y menudo papelón les esperaba al día siguiente, con el juez que había firmado las órdenes, ¿no? —En los ojos de Zuazo, derrotado, brilla la chispa del rencor amargo—. ¿Y Ortuño? Cuando descubristeis que allí dentro no había nada, nada de nada, él estaba presente, ¿no? ¿Qué pasó con Ortuño? ¿Qué le dijeron?

—Nosotros nada, en aquel momento. No éramos nosotros quienes deberíamos responder ante el juez al día siguiente. Era Antequera, el de Estupefacientes, quien había dado la cara. Y fue Antequera quien tuvo unas palabras con Ortuño.

—¿Unas palabras?

—Allí mismo, en el local de Reparaciones del Hogar. Los demás fuimos desfilando para la calle, y Antequera se quedó atrás, solo con Ortuño.

\* \* \*

Antequera se acerca a Ortuño por la espalda y pone la mano sobre su hombro izquierdo.

—Espera un momento, Ortuño. Hablemos un momento.

Ortuño recuerda que lleva una Star 30M bajo el brazo. Como Robert De Niro de *Taxi Driver*. «¿Estás hablando conmigo?»

El guía canino saca a Sam a la calle, le tira su juguete y el perro se pone a

jugar como si nada. Detrás de él, salen, agrupados, los dos agentes del UIP, Adnan Shaddad esposado y el abogado que lo representa. Saurí casi obliga al letrado de la administración de Justicia a que pase ante él, y Zuazo se queda el último con una mirada hacia atrás, como si calculara la posibilidad de quedarse a ver qué pasa, pero también sale.

Se quedan solos Ortuño y Antequera.

El jefe de Estupas, con su aspecto más feroz, colorado como un tomate, empuja a Ortuño contra una pared lateral de la recepción para que no puedan verlos desde el exterior.

—¿Qué coño ha pasado? ¿Eh?

Ortuño tropieza con la mesita de la tele y choca de espaldas contra la pared.

—¿Qué ha pasado? —replica.

Antequera aparta de un manotazo el televisor, que cae al suelo con estruendo, y pone su manaza como una pala sobre el pecho del colega, para mantenerlo clavado al muro.

Instintivamente, Ortuño le sujeta la muñeca.

—¡No había nada!

Ortuño mira la mano que lo oprime como quien comprueba si se ha manchado la corbata. Pero su puño está manteniendo una prueba de fuerza con la pata apisonadora del adversario.

—Sí —dice, sin alterar el tono de voz—, igual os habéis precipitado.

—¿Os habéis? —Antequera es una fiera rugiente—. ¡Tú nos has arrastrado aquí!

Ortuño lo mira a los ojos y mide cada palabra:

—Habéis venido porque habéis querido. Yo no dije a nadie...

El otro lo interrumpe con una palmada en el pecho.

—¿Tú sabes lo que va a pasar ahora? ¿Tú sabes lo que va a pasar mañana? Pues, si no lo sabes, prepárate...

El rostro de Ortuño se endurece.

—Cuidado con lo que dices...

—... porque esto es cosa tuya, ¡y yo no me pienso comer tu mierda...!

Con la mano libre, Ortuño se agarra con fuerza la solapa de la cazadora de forma que el puño cerrado queda a la altura de la mandíbula del otro, a punto

para salir disparado. Ahora, su voz sale tan rabiosa como los rugidos del contrincante.

—¡A la nena ni tocarla! ¿Me has oído?

Desconcierto. Se produce una pausa. La mano del Estupa sobre el pecho de Ortuño y el puño de este en torno a la muñeca parecen perder fuerzas.

—¿La nena...?

Ahora es Ortuño quien tiene la iniciativa. De un tirón, consigue que Antequera aparte su mano del pecho mientras él mantiene el puño en alto.

—¡Se lo dices a los otros! A Silvestre y a Morrajo y a los otros. ¡A la nena ni mencionarla!

El Estupa quiere recuperar autoridad:

—Mira, no estás en condiciones de...

Es inútil. Ortuño levanta más la voz, y si los oyen desde fuera, que los oigan.

—¡Y a su tío tampoco! ¡No le toquéis ni un pelo!

Antequera se siente desarmado. A él sí le preocupa que los oigan desde la calle.

—¡Vete a la mierda, Ortuño...! —Sin querer, se le baja el tono.

—No: vete tú. —Ortuño desatado—. ¡Seréis todos vosotros los que os iréis a la mierda como le toquéis un pelo a la nena o a su novio!

Antequera no sabe cómo responder. Se agobia. Pierde pie.

—¡Pero qué nena ni qué cojones!

—Ellos lo entenderán cuando se lo digas. Porque, como le toquéis un pelo, el juez sabrá que le habéis metido la pirula a conciencia, que lo habéis querido engañar. De momento, os podéis proteger con la excusa de una llamada anónima. No tendréis la culpa si alguien os ha engañado a vosotros. Pero, como le toquéis un pelo a la nena o a su novio, el juez Portales lo va a saber todo. Porque yo lo sé todo. Y tengo testigos. ¡Y se os va a caer el pelo!

El hombre de la cabeza cuadrada y rojo como un ladrillo da un paso atrás.

—Ortuño... Te estás buscando muy malos enemigos...

—¿Lo has entendido? —exige Ortuño, con una firmeza que da miedo.

—No te conviene ponerte en contra...

—¿Lo has entendido? ¡Di! ¿Lo has entendido o salimos a hablar con el representante del juez? ¡Di!

Antequera retrocede, tropieza con la mesa del televisor. Furioso, le pega un puntapié y la envía al otro lado de la estancia. Al mismo tiempo, discretamente, se aparta del camino de Ortuño.

—Lo he entendido —dice, cargado de rencor.

Ortuño pasa por su lado.

—Lo has entendido.

—Lo he entendido.

Ortuño sube en dos zancadas los tres peldaños que lo separan de la calle y sale de Reparaciones del Hogar.

## VI

### AMOR

—El problema de Ortuño era que se había encoñado de la contraformista.

—El problema de Ortuño era que iba caliente como un mono.

—Era un reprimido, tenía un problema sexual.

Basándonos en el supuesto de que el asesinato de Ortuño estaba relacionado con los incidentes sucedidos entre el 13 y el 21 de diciembre del 2017, con el fin de establecer el comportamiento de la víctima en aquel período de tiempo, nos entrevistamos tres veces con Leire Alfaro Otamendi, durante las cuales tomamos nota de su relación con el inspector del CNP y de los detalles de su gira por Italia, pero también de su carácter, de su reacción ante determinados temas, opiniones y acontecimientos.

En las dependencias del Área Regional de Investigación, en su sede de Les Corts, el 8 de marzo del 2018 tomamos declaración a Josep López, músico que actúa profesionalmente con Leire Alfaro tocando la guitarra, el banjo y el ukelele.

En dos ocasiones hablamos también con la viuda de Santiago Ortuño Carrero. El 28 de febrero, con motivo del registro en su domicilio, y el 13 de marzo, en el Área Regional de Investigación de Les Corts, con el fin de concretar los movimientos de Santiago Ortuño en los días del 13 al 21 de diciembre del año pasado.

Entretanto, localizamos en Barcelona al contacto de Luca Torelli, que lo recibió como anfitrión, le proporcionó un lugar para dormir, alquiló el coche que el sicario utilizó los días en que estuvo por la ciudad y le entregó diez mil euros en efectivo. Se llama Valerio Belgrano, es propietario de una heladería

de la calle Pepe Rubianes y, una vez detenido, se niega a hacer ninguna clase de declaración, ni a la policía ni al juez. Ni en presencia ni en ausencia de su abogado.

Ahora se están inspeccionando sus cuentas bancarias para saber de dónde salió el dinero.

\* \* \*

El teléfono suena cuando Leire lo tiene en la mano, a punto de desconectarlo.

Ya está vestida para subir al escenario, mucho más espléndida por fuera que por dentro, más nerviosa que otros días, con la cabeza más llena de Abduh que de sus canciones. Normalmente, ya tendría que haber apagado el móvil y estaría hablando con los músicos, o con Leonardo Leo, o con sus amigos y conocidos, que son muchos los que han venido a verla. No ha dado pie a ninguna conversación prolongada, solo «¿Cómo estás?», «Bien», «Estás guapísima», «Gracias», «¿Cuándo sale el disco?», «Uy, todavía falta», «Te presento a...», «Luego hablamos», «¿Sabes con quién estuve el otro día?», «Luego hablamos».

Pep López, de lejos, busca su mirada y, cuando se encuentran, le hace la señal de «Manos a la obra». Ella asiente con la cabeza, estresada, como si no supiera exactamente qué está haciendo aquí, y localiza al resto de los músicos, que ya están preparados, «¿Vamos allá?», y echa un último vistazo al móvil, buscando alguna llamada perdida de Abduh o acaso de Ortuño diciéndole que se ha aplazado la redada. Pone el dedo en la pantalla para desconectar el sonido, cuando el zumbido le provoca un susto.

En la pantalla, un nombre: Ortuño.

¿Qué habrá pasado?

—¿Sí?

—¿Leire?

—¿Santi?

En la calle, Ortuño se abre paso a zancadas entre los turistas, que a lo mejor creen que el operativo policial ha sido organizado expresamente para hacerles una exhibición de la manera de trabajar de la policía española.

—¡No había nada, coño! —aúlla el policía—. ¡No había nada!

—¿Dónde no había nada?

—Detrás de los contadores de la luz. ¡No había nada!

Una periodista acerca a la boca de Ortuño la alcachofa de una televisión local y él la aparta de un manotazo.

—Ah... —gimotea Leire.

—¿Cómo que «ah»? ¿Cómo que «ah»? ¡Me habías dicho que allí era donde tenían los explosivos! ¡Detrás de los contadores de la luz!

—¿Los explosivos?

—¡Cago 'n la puta leche! ¡No había nada!

—¿Y ahora? —pregunta Leire con la voz agrietada—. ¿Qué va a pasar?

—¡Yo qué coño sé lo que va a pasar!

—¿Han detenido a Abduh? —La chica habla en voz tan baja que cuesta entender lo que dice.

—¡Pues claro que han detenido a Abduh! ¡Y a todos los demás!

—¿Y qué le harán? —Se hunde, se hunde.

—¡Yo qué sé lo que le harán!

—No quiero que le hagan daño, Santi. —«Santi», dice.

A Leire se le llenan los ojos de lágrimas. Joder, no, ahora no puede llorar. Nunca puede llorar, pero ahora menos que nunca. Músicos, Leonardo, amigos y conocidos, público en general, la están mirando. Ahora se ha vuelto de espaldas, pero ya han visto que está llorando como una idiota.

—No llores —dice Ortuño con su voz grave, poderosa, de doblador de cine—. No le van a hacer ningún daño, nena. No llores. Tranquila. Yo me ocupo de eso. Ni a ti ni a él, nadie os hará ningún daño. Tranquila, nena. No llores. Yo te protegeré. Te lo prometo.

Leire corta la comunicación. Se limpia una lágrima.

—¿Estás bien? —le pregunta Pep López.

—¿Todo bien, Leire? —Se le acerca Leonardo Leo con ese aire de enfadado, como si se estuviera cagando en esta llorona idiota.

—Sí, sí, todo bien, coño...

—Pero ¿qué pasa?

—¡Que no pasa nada, hombre! Va, venga, que el público espera.

Huye de la compasión y busca la protección de los focos y de los aplausos, vamos, vamos, vamos, y atacan directamente el tema principal del

concierto, «Go to hell!», música tribal, primitiva, de tambores y chillidos, alaridos de rabia y desesperación, frases inconexas inspiradas por la locura que provoca el dolor más intenso. La confusión terrorífica del infierno (*hell*) que niega toda ayuda (*help*).

*Hell yourself, With a little hell of my friends, Hell is in hello, Help is in nowhere, Can I hell you?, Hell me, please, hell me,* y el grito final, *Hell is not for Hellen, Hell is just for Amaia.* El último grito, el aullido desgarrador de la partera que muere mientras da vida. *Mamá.*

\* \* \*

La calma cotidiana vuelve de repente, por sorpresa.

El sábado por la mañana ya no queda rastro de la brusca invasión policial de la tarde de ayer. Los peatones circulan, indiferentes, como cada día, cada cual a la suya, en esta ciudad donde, según dicen quienes la miran de lejos, la gente, en lugar de decir «hola», dice «adiós».

Solo acercándose mucho se puede llegar a distinguir los precintos policiales y judiciales que cierran las puertas del locutorio y Reparaciones del Hogar.

Desde la ventana de la cocina, Leire contempla la calle y experimenta una especie de vacío vertiginoso, como si se encontrara ante un paisaje donde ayer hizo estragos el ojo del huracán y hoy todo el mundo quisiera fingir que no ha pasado nada. El ojo del huracán se llevó a Abduh y ya no volverá a verlo.

Fugazmente, cruzan la calle una mueca de angustia y unos ojos llorosos. Es Naima, la madre de Mahfoud y Omar Al-Amrani, que hoy lleva personalmente a la carnicería halal el pan y los *rghayef* que ha preparado a primera hora de la mañana. Muhammad *el Carnicero* y su mujer la han acogido solícitos. Está destrozada porque ayer la policía se llevó a sus hijos, y no sabe qué hacer, si tiene que ir a la comisaría del barrio o qué. Ella creía que, cuando detenían a alguien, le daban la oportunidad de hacer una llamada telefónica para hablar con la familia o con el abogado, pero Mahfoud no ha dado ninguna señal de vida. Muhammad quiere calmarla diciéndole que a lo mejor no la han telefoneado para no intranquilizarla. Naima le pide que la acompañe a la comisaría, porque no se atreve a ir sola. Muhammad es un buen hombre, capaz de abandonar su lugar detrás del mostrador de la tienda para apoyar a una

vecina. Por el camino, Naima no deja de preguntar si piensa que habrán torturado a sus hijos, si piensa que volverá a verlos, si piensa si hay peligro de que los retengan ahora, a ella y a Muhammad, y les apliquen la ley antiterrorista. ¿Puede ser que la policía española considere que esta visita es una impertinencia, un desafío, un desacato a la autoridad? Mientras se alejan por la calle arriba, Muhammad va repitiendo: «No, mujer, no. No tengas miedo».

Después de la catástrofe, a Leire le resulta incoherente volver a desayunar, ducharse y jugar a las muñecas con una muñeca gigante.

El maniquí está echado en el suelo, en medio de la sala comedor, entre la mesa y la ventana, con el gesto perezoso de alargar el brazo derecho hacia arriba, la mano izquierda olvidada al costado con la palma hacia arriba. La expresión del rostro fijada en una sonrisa que sería encantadora si estuviera viva y resulta idiota de tan inmutable y petrificada.

Leire la está vistiendo.

Se le ha escapado una sonrisa traviesa cuando, por un momento, ha sido tentada de ponerle ropa interior. ¿Un tanga rojo? ¿Sujetador? Pero se ha resistido. Con un pervertido que tenga fantasías con esta escultura basta.

Le ha puesto la falda corta, negra y plisada, y la blusa amarilla, ancha y de escote atrevido, y ahora pugna por vestirle la cazadora de cuero negro con cremalleras y botones metálicos. Un brazo, el otro brazo, con miedo de forzar demasiado el gesto y romperlo.

Cuando termina, le calza las botas Doc Martens.

Pone el maniquí en pie y lo contempla con delectación. Sí. Es la imagen que ella quería. Solo le falta un detalle.

De la bolsa del estilista que encontró por el camino, saca la peluca de color caoba. Roja, decía Abderramán. Se la coloca a su *alter ego*. Por suerte, el peinado de la figura es discreto y pegado al cráneo y queda disimulado bajo la cabellera nueva.

Leire retrocede un par de pasos y se estremece al verse ante la auténtica Sandunga Hard. Le gusta. Ella querría ser así.

Recurre al móvil y le hace una foto. Prende las luces de la sala, traslada la Sandunga Hard a otro lugar de la estancia donde le parece que queda más favorecida y fotografía de nuevo. Dos, tres veces, desde dos o tres puntos diferentes.

Le gusta, sí, le gusta.

Y todo este trasiego la ayuda a no pensar en lo que debe de estar pasando Abduh en estos momentos.

Envía la foto por WhatsApp al diseñador y al director del vídeo.

Para que aprendan. «Esto es lo que yo quería.»

\* \* \*

Ortuño tampoco se acaba de acostumbrar.

Al ajeteo electrizante de anoche, siguió una borrachera solitaria que hoy también lo hace todo inverosímil. Ha abierto los ojos a la perspectiva de un nuevo sábado de naufragio, elige la ropa, se ducha. Cuando sale del baño, Charo le pregunta adormilada desde la cama, como cada sábado: «¿Vas a pescar?». Él hace «Hmm», que quiere decir «sí». Desayuna solo en la cocina, saca todos los enseres del armario del recibidor, la caña, la caja donde van anzuelos, plomos y cebos, la cesta, el cubo de plástico.

Empezó a practicar el arte de la pesca los sábados porque se lo recomendó la psicóloga, con motivo de su depresión. Ortuño nunca aceptó que tuviera depresión, él decía que se aburría, una especie de aburrimiento extraño que le provocaba ganas de llorar. Todo el mundo le decía que era depresión (o sea, sus compañeros, jefes y subordinados, Charo, su hermana, su cuñado) e insistieron para que visitara a la psicóloga. Le decían que era natural: acababa de morir su madre, su padre hacía un año que había sido secuestrado por un alzhéimer que no lo iba a devolver nunca más y, por si fuera poco, se había presentado a una promoción para inspector jefe que había de ponerlo al nivel de sus compañeros, y lo habían suspendido. Él objetaba que perder a su madre no tenía que afectarle porque era ley de vida, que la desgracia de su padre era previsible y que siempre otorgaban las plazas vacantes de ascenso a policías de Madrid, que eran unos chupapollas, porque en la capital despreciaban y marginaban a los compañeros de la periferia.

Pero al final fue a visitar a la doctora y esta le descubrió que la posibilidad de huir cada sábado por la mañana y encararse al mar durante unas horas, sin Charo, sin familia, sin preocupaciones ni injusticias profesionales, era una bendición.

Los primeros sábados hizo un poco de trampa. Eligió un rincón en un

rompeolas de Badalona, cercano al polígono industrial donde se encuentra el hotel Berenice. Según testimonio de la encargada del local, lo frecuentó durante un tiempo, y se pasó más rato tomando whiskies y con las nenas que echando la caña. Pero enseguida tuvo que aceptar que aquel aburrimiento tan profundo tenía algo de patológico porque incluso las putas lo fastidiaban. Y, un día, sacó un sargo de más de dos kilos y comprendió que la pesca era la auténtica solución de sus males.

Ha aprendido a pescar con sardina salada, que ceba entera porque busca las piezas más gordas, se ha sacado la licencia, se ha comprado una caña de bambú refundido tan flexible y tan ligera que parece que tenga vida propia, y los hilos más invisibles del mercado y unos anzuelos de carbono afilados con láser que resultan irresistibles para los peces, y últimamente solo sabe hablar de sus capturas de sargos y herreras y lisas y dentones e incluso pulpos y sepias, aunque a nadie le interese en absoluto.

Pero hoy no consigue tener la mente en blanco.

Todo es Leire. La necesidad de verla, de tocarla, de llamarla, de oír su voz.

«No llores. Tranquila, nena. Nadie te va a hacer ningún daño. Yo te protegeré. Te lo prometo.»

Una llamada perturba la resaca solitaria en el espigón. En la pantalla, el apellido de Morrajo. Ortuño no responde. No está de humor aún para escuchar los gritos previsibles e impertinentes. «Pero ¿qué hiciste? ¿Qué nos dijiste? ¿Qué te inventaste?» «Fuisteis vosotros, que os precipitasteis.» Que es sábado, coño, que es que ya no respetan ni los sábados. No responde. A la mierda. Tiempo habrá, a partir del lunes.

Calcula que Antequera no lo llamará hasta más tarde, mucho más tarde, cuando haya tenido la escandalera con el juez. Tal vez se demore hasta el lunes, y entonces ya se habrán calmado los ánimos.

Puede suponer que los detenidos pasarán mañana, domingo, a disposición judicial y, como el magistrado que los recibirá no es el que dictó las órdenes de entrada y registro, ni será el que finalmente lleve la investigación, si no encontraron droga ni ningún otro indicio que corrobore el tráfico de estupefacientes, y si los detenidos no tienen antecedentes, seguro que los pondrá en libertad sin cargos. Puede ser que la magistrada De Villalonga, de la Audiencia Nacional, que lleva la investigación por terrorismo y la

investigación del imán, se haya levantado cabreada porque los Mossos le habrán chivado que la Policía Nacional anoche les alborotó el operativo, y puede ser que haya llamado a los juzgados de Barcelona exigiendo que el juez Portales, que ayer estaba de guardia y que firmó la orden de entrada y registro, se ponga en contacto con ella; pero la gente se escapa los fines de semana, y está ilocalizable, y no encontrarán al juez, ni al comisario jefe de la UDYCO en Barcelona, que se llama Lana y es el superior inmediato de Antequera. Si este se lo toma con suficiente interés, ni siquiera localizarán a Antequera.

Quien sí que lo tiene crudo es Abdullah. ¿Qué le dirá Ortuño a Leire cuando le pregunte por Abdullah? El iraquí no tiene papeles y, si quieren, Zuazo o Silvestre pueden iniciar el trámite de extradición y hacer la propuesta de ingreso en el CIE de la Zona Franca.

—Espero que no lo hagan —dice Ortuño, furioso y con la mandíbula rígida—. Espero que no lo hagan porque si lo hacen, sabrán quién soy yo.

Para entretener la quietud inmensa de la pesca, Ortuño recrea la imagen mil veces humillada del bestia de Antequera. Humillado por tener que responder ante el comisario Lana, uno de los nuevos jefes, joven, siempre elegante, de cabellos y barba prematuramente blancos, ingenioso y sarcástico, expeditivo, irreverente, inflexible. Hasta hace poco, el inspector Jesús Lana usaba unas gafas de culo de vaso que lo debilitaban y afeaban. Pero desde que lo nombraron comisario y lo destinaron a jefe de la UDYCO, gracias a una operación brillante para capturar a un violador en Gràcia, se operó de miopía y ahora va de protagonista de serie de televisión. Este novato abroncando a un veterano como Antequera, uy, difícil de soportar. Luego, la bronca del juez. Humillación sobre humillación, que se sumarán a la otra, menos hiriente, tal vez, pero no menos dolorosa, porque habrá exigido horas y horas, derivada del análisis de las pruebas obtenidas ayer en el lugar de los hechos. La nada, el cero absoluto, el vacío perfecto. El traductor diciendo que los sospechosos escritos en árabe eran absolutamente inocentes. Los planos que podrían revelar la intención de realizar un atentado criminal en un lugar preciso únicamente son plantas de los pisos donde hay que tirar un tabique para ampliar una habitación o donde hay que hacer una instalación eléctrica.

Fracaso total.

Si piensa en ello, Ortuño puede permitirse una sonrisa de satisfacción. Pero es efímera porque el resto es Leire. El aire es Leire, el olor del humo del

cigarrillo es Leire, el dolor de cabeza es Leire, la boca seca de la resaca es Leire, Leire y «¿qué hago?», Leire y «la llamo ¿y qué le digo?».

«Llama. No, que llame ella; llamas y ¿qué le dices? “Leire, no llores, tranquila, nena, nadie te va a hacer ningún daño, yo te protegeré, te lo prometo.” Te colgará el teléfono.»

Necesita a Leire. Ahora entiende qué significa que una mujer te vuelva loco. Está loco. Está como una cabra. Ahora sí que está como una cabra, y no cuando fue a visitar a la psicóloga por primera vez. Ahora no responde de sus pensamientos ni de sus actos.

En algún momento, se pregunta qué ha hecho él por Leire, en qué punto tenemos la solicitud del Número de Identificación de Extranjero de Abduh Fayad, y le angustia que la mañana del lunes esté tan lejos para poder preguntarle a Elisa cómo lo tenemos, y se responde que esta noche Leire actúa. Le dijo que actuaba con su conjunto en algún local de la ciudad.

Busca en el navegador del móvil. Sandunga y los Rottweilers. A las nueve, en el Mantra. Y a las once.

Y ahora, encarado al horizonte infinito de un mar gris, plantado como un poste junto a su caña, Ortuño se excita y se pone duro e incluso se masturbaría, si no fuera porque quiere reservarse para la noche. Porque esta noche tienen que repetir, eso lo tiene más que claro; esta noche tienen que repetir de la manera más salvaje posible.

\* \* \*

Cuando Leire sale a escena, el mundo se reduce bruscamente, queda limitado a un espacio minúsculo que no necesita de muchos geógrafos y atlas y *google maps* para medirlo, un mundo profundo e intenso que limita al norte con los focos y los altavoces, al sur con la penumbra del público, un mundo poblado de miradas expectantes y sonrisas generosas y estimulantes, y un, dos, un-dos-tres y...

... No hay nada más.

*What goes up must come down  
Spinnin' wheel got to go 'round*

El saxo.

*Talkin' 'bout your troubles  
it's a cryin' sin*

Sandunga es el centro de este mundo.

Han empezado con mucha caña, a toda velocidad, convirtiendo el tema sincopado de los Blood, Sweat and Tears en una carrera a tumba abierta que propicia un baile sexi y excitante para calentar el ambiente. «Ostras, ¿has visto cómo se mueve? ¡Es imposible!»

Dos años después de llegar a Barcelona, en 1991, el viejo Olegario Zardoy alquiló un local cerca de la plaza de Francesc Macià, en el que entonces se llamaba Barrio Chino Perfumado. Era un pub, el Scranton, donde actuaban inmigrantes argentinos que cantaban el «Sapo Cancionero», la «Zamba de mi esperanza», el «Comandante Che Guevara» y cosas parecidas.

Pasada la euforia de los Juegos Olímpicos, el negocio se fundió. Hacía más de veinte años que esa clase de locales había tenido éxito por la zona, pero la parroquia ya se había cansado de ellos y aquel llegaba demasiado tarde. Además, cualquier intento de renovación no soportó el descalabro económico que siguió a los éxitos del 92. Zardoy entró en una crisis superior a la del país y se separó de su mujer, Estela, y de su hijo Leonardo Leo, que entonces tenía doce años, para perderse no se sabe dónde, en algún rincón de un mundo oscuro y quizás lejano o quizás no, de donde volvió con el pelo blanco y atado en una coleta.

Se presentó en el 2006 por sorpresa en el piso donde vivían los Alfaro, acompañado de un Leonardo de veinticinco años y asegurando que había sentado la cabeza y quería recuperar la relación con su familia. El hijo lo había acogido con ilusión de huérfano traumatizado y la ex, Estela, lo había enviado al cuerno.

Leire fue testigo del fuerte abrazo y la descarga de emociones que representó el reencuentro de los dos amigos que habían abandonado México juntos para buscarse la vida. La chica tenía entonces quince años, estaba en plena rebeldía adolescente y Zardoy no le pareció una persona tan estupenda como describía su padre. En cambio, se quedó fascinada con Leo, moreno, atlético y de expresión torva y desafiante.

Olegario Zardoy volvía convertido en representante de artistas y prometiendo al viejo Alfaro que tenía que hacer de él el mago más famoso de toda Europa. Él fue quien resucitó la necesidad del Gran Espectáculo con el que el padre de Leire soñaba desde hacía dieciséis años.

—¡Venga! ¿A qué estás esperando? ¡Ya has cumplido los setenta! ¡Te queda poco tiempo! ¿A qué estás esperando?

Alfaro respondió que no podía actuar hasta que Leire madurara como contorsionista, porque había de ser la pieza clave en el número fuerte.

Zardoy lo convenció de que no disponían ni de un segundo más, que Leire ya se retorció bastante bien y no convenía que se hiciera mayor, y con los contactos, promesas y sueños que él aportaba y el dinero que Alfaro obtuvo de la venta de uno de los dos pisos, construyeron *Alfaro La Luz*, que fue una ruina entre el 2007 y el 2008, año en que se produjo la auténtica ruina de la economía mundial.

Curiosamente, a partir de aquel momento, mientras los Alfaro se hundían en la depresión, Zardoy y su hijo experimentaron una inesperada prosperidad. Leire siempre ha sospechado que, mientras su padre estaba entretenido haciendo movimientos ampulosos para distraer la atención del público, su amigo había hecho unos movimientos más discretos con la contabilidad del espectáculo. Eso explicaba que en el 2009 Leonardo Leo Zardoy, hijo del viejo socio de Alfaro, dispusiera de un capital para hacer revivir el Scranton en la dignísima calle Muntaner. El chico apolíneo allí se reveló como empresario sensacional, y en el 2011 abandonó la izquierda del Eixample para fundar el Mantra, que todavía hoy es éxito indiscutible en una calle no tan digna como Muntaner, pero donde ha sido capaz de reunir a mucha más parroquia.

El viejo Olegario Zardoy murió tres días antes de la inauguración.

El Mantra es un local oscuro y profundo, una especie de cueva excavada en las entrañas más recónditas y antiguas de la ciudad, y que explota, con mobiliario e iluminación de neones, la imagen claustrofóbica de los tradicionales antros de jazz donde solo son admitidas las gentes de mal vivir. ¡Qué placer, para los burgueses esnobs, ser considerados gente de mal vivir durante unas horas!

A Ortuño, veinte euros le parece un precio demasiado caro si puede ahorrárselos, y, más o menos disimuladamente, muestra al portero el carné y la

placa que lo acreditan como policía. Y pasa, como si nada, se adentra en la penumbra y en el estrépito del interior de la gruta. Le gustan las luces de neón que la decoran. Detrás de él, el portero ya ha hablado por el portátil: «Pasma, pureta, abrigo negro, traje gris, camisa verde». El segurata, situado en un rincón estratégico, hace una señal al camarero de la barra, que se inclina hacia Leonardo Leo y le dice algo que no oímos debido a la música ensordecedora. El dueño del local se pone serio, interrumpe la conversación que mantenía con alguien y echa un vistazo para asegurarse de que todo está controlado. Se pellizca el lóbulo de la oreja y el *Noi del Sucre* agacha la cabeza, se mete en los lavabos y desaparece. Ahora solo hay que controlar a los colgados más colgados para que no cometan ningún disparate.

La música y los gritos vienen del escenario y Ortuño descubre que Leire ya está actuando, con un vestido metálico donde se reflejan los focos para disparar rayos cegadores contra el público. Vestido muy corto para mostrar esas piernas tan bien modeladas, que se mueven arriba y abajo, adelante y atrás. Leire inflamada, agitando su cabellera caoba.

¿Qué canta?

*... Me ladrabas y me aullabas  
Para lograr mi querer  
Cuando al fin mi amor tuviste  
Y la presa te comiste  
Fuiste un hombre ruin y cruel...*

«Y la presa te comiste.» Él, Ortuño, se comió a Leire entera. ¿Está hablando de él? ¿Fue hombre malo y cruel?

*¡Que me perdone tu perro  
Por compararlo contigo!*

A Ortuño se le escapa la risa. Se da por aludido, sí, pero le hace gracia la canción. Tiene cojones la chica, qué valiente es, qué atrevida, qué descarada. Aplaude embelesado.

Leire ya era habitual del Scranton de Muntaner a los dieciocho años, donde iba para ver sobre todo a Leonardo Leo, que era su amor platónico, y donde quedó fascinada por la personalidad espléndida de la cantante, Niña

Carrión, que entonces era pareja de Leonardo Leo. Se acercó a ella porque le pareció la mejor manera de acercarse a su príncipe azul, y fue ella quien le dijo que tenía muy buena voz, y le enseñó a encontrar su tono, y la animó a ir a clases de canto y un día la llamó al escenario para que cantara con ella.

De vez en cuando, Ortuño mira a derecha e izquierda para comprobar si el resto del público es consciente de que aquella mujer es y será siempre suya.

Leire se ha fijado en él, aunque hace como si no. Resulta extraño ese individuo en este ambiente, con el traje gris de rayitas y el abrigo negro, un policía infiltrado, con pistola, placa y autoridad que, de un momento al otro, puede ponerse a disparar al techo y «todos al suelo». Un policía que la admira. La mira como si viera a la mujer más hermosa que jamás ha conocido y que se mueve de la manera más excitante. El policía libera un suspiro de emoción. Llena sus pulmones y exhala brillando de felicidad.

«Pasma, pureta, abrigo negro, traje», Leonardo Leo lo localiza enseguida. Boquiabierto, embobado por la Sandunga que canta y baila, más niño que nunca. Se ha apoyado en la barra y vocifera para pedir al camarero alguna bebida. O a lo mejor le está preguntando dónde puede encontrar al dueño del local.

Ahora, Leire canta un bolero clásico, este sí lo conoce Ortuño. «Tú me acostumbraste / a todas esas cosas...» Y, aunque Sandunga y los Rottweilers dan al tema un ritmo intenso e insistente, de apisonadora irritante, el policía continúa tomándose como un diálogo íntimo, como si Leire le estuviera hablando directamente a él, al oído. «Y tú me enseñaste / que son maravillosas.» «No, no», le diría encantado. «Tú me enseñaste a mí cosas maravillosas, cosas inolvidables que han despertado mi deseo hasta hacerme enloquecer.»

Al morir el Gran Alfarero, en el 2012, ya se había inaugurado el Mantra y Leire fue allí a pedir trabajo. Disponía de un pequeño capital en el banco, pero después de vivir con aquel personaje histriónico, bebedor, mujeriego y malgastador, había aprendido que el dinero se esfumaba sin que uno se diera cuenta y le entró una especie de desesperación. Cuando habló con Leonardo Leo, tal vez estaba pensando en ofrecerle sus dotes de cantante, pero él, de entrada, ni siquiera consideró aquella opción y le dio trabajo de camarera. Un sueldo mínimo que se complementaba con propinas, con la envidia de ver cantar a los otros y familiarizarse con el tráfico de farlopa y pastillas que

hacían porteros y seguratas supuestamente sin que Leonardo Leo lo supiera.

En aquellos tiempos, no tan lejanos, fue cuando Leonardo Leo se la llevó aparte y le dijo, con severidad y mirándola a los ojos: «No me persigas más, entre tú y yo no va a pasar nada, tú eres como una hermana para mí; a la próxima te echo», sin que Leire fuera consciente de haberse propasado de ninguna manera. Fue la época en que se sintió fea y despreciable.

Leonardo Leo se apoya en el mostrador, junto a Ortuño, y hace un gesto para atraer su atención. Le resulta difícil, porque el hombre no puede apartar los ojos de la cantante.

—Ah, hola. —El policía lo mira como a un intruso—. Me llamo Leo Zardoy, soy el gerente, me han dicho que es usted policía. ¿Puedo ayudarle?

—Ah, no, no. —Se lo quiere quitar de encima.

—¿Está de servicio o simplemente...?

—Ah, no, no. —Y levanta la mano como para decirle: «Déjeme en paz».

Leonardo Zardoy piensa que, si no está de servicio, debería haber pagado la entrada.

Aplausos, ovación enardecida, silbidos de admiración, el público está exaltado, entregado a la diosa incondicionalmente. Es el momento de atacar uno de los temas estrella:

*Orgasmo... Nadie te quiere mencionar  
y, sin embargo, todos te quieren disfrutar...*

Ortuño se queda boquiabierto, hipnotizado, incrédulo al oír aquel tema que no podía imaginar ni que existiera. Pero ¿qué está diciendo, la chica? Como si estuviera describiendo los momentos sublimes que vivieron juntos en el hotel de Vía Augusta. Nota su mirada intencionada clavada en él, hablándole a él, solo a él, con aquella naturalidad lasciva, recordándolo, reclamándolo, pidiéndole más y más.

*Orgasmo, ¡cómo quisiera describirte tal cual siento,  
cómo poder eternizar ese momento,  
cómo decir que es un placer y es un tormento!*

Cuando Leonardo Leo está a punto de alejarse del policía, en cuanto se da la vuelta, una mano de hierro lo agarra del codo. El contacto con la policía

siempre levanta ampollas en la piel del dueño del Mantra. Descarga eléctrica.

—Espera... —Ortuño lo mira con esa especie de amabilidad que parece una amenaza—. Me estaba preguntando... ¿Qué cobra esta chica por cada concierto?

Leonardo Leo desconfía. Puede ser una inspección, y toda inspección significa multa.

—Bueno... Hay unos precios estándar...

—¿Sí? ¿Qué precios?

—No sé... Esto lo lleva mi contable...

—No me toques los cojones, ¿quieres que te pida los libros de contabilidad? Si eres el gerente, tendrás que tener una idea... ¿Dos mil euros?

El chico moreno de expresión huraña desconfía. Pero no puede resistirse. Duda apenas el instante de decidir que la verdad no lo compromete.

—No, no tanto...

—Ah, me interesa. Es que me gustaría contratarla para la fiesta del Ángel Custodio, el 2 de octubre, que es el Día de la Policía. Haremos una fiesta en Montjuïc, y podríamos tenerla, para ambientar... Así, ¿cuánto son? ¿Mil euros?

—Por ahí va la cosa. Si es un acto oficial, a lo mejor mil quinientos.

—Ya. —Ortuño mira a Leire, que canta y baila, y frunce los ojos. Hace cálculos—. ¿Y los músicos también? ¿Mil quinientos cada uno?

—No, no. Los músicos van incluidos.

El policía lo mira con movimiento brusco. ¿Extrañado? ¿Gritará de repente: «¡Mientes! ¡No trates de engañarme!»?

—¿Todos? ¿Los seis?

—Sí.

—¿Por mil quinientos?

—Sí.

—¿Euros?

—Sí.

Santi Ortuño devuelve su atención al espectáculo y prescinde de la presencia de Leonardo Leo, como si nunca hubieran hablado. El dueño del Mantra espera inmóvil unos segundos y, cuando queda claro que ya no existe, da un paso atrás, dos, tres, y se esfuma.

Continúa el concierto con el tema estrella, «Go to hellp!», que a Ortuño le parece demasiado ruidoso y no lo entiende, pero le da igual porque ya está cautivado, poseído por el maravilloso espíritu de Sandunga y los Rottweilers, y ya acepta cualquier cosa que le quiera ofrecer, en castellano, catalán o inglés. Leire lo observa desde el escenario y se enternece tanto que le flaquean las piernas. Aquel hombre arrebatado despierta su compasión y empatía. Ve en él a un protector incondicional, y eso es exactamente lo que la cantante necesita. Es el guardián de sus secretos. Lo empieza a necesitar tanto como él la necesita a ella.

Leire fue encargada del bar y, enseguida, cuando Leonardo Leo rompió con la Niña Carrión y se quedaron sin cantante fija, fue la encargada del bar que cantaba. Pero de manera provisional. No parecía que Leonardo Leo la valorase demasiado. Siempre tenían preferencia otros grupos antes que ella y, hace poco, cuando un día por fin le dijo que podía llegar a ser una gran cantante y que él la proyectaría a la fama, en lugar de hacerse su representante, porque todavía se supone que es mánager de artistas, le soltó:

—Ahora es tu oportunidad: tengo un amigo superproductor musical con contactos internacionales que quiere conocerte.

Ella replicó:

—Yo creí que tú eras mi representante.

—Conmigo podrás contar siempre en todo el territorio español, pero este tiene contactos internacionales.

—Ah.

No obstante, cantando en el Mantra, conoció a músicos que sí la valoraron, le consiguieron actuaciones en otros locales o en fiestas mayores, le presentaron a gente y acabó formando el grupo de Sandunga y los Rottweilers.

Ahora, cuando actúa en el Mantra, ya tiene admiradores y seguidores incondicionales y le parece que Leonardo Leo la mira de otro modo.

Quien la está mirando de otro modo, sin ningún género de duda, es Santi Ortuño.

Finalmente, para que el público coree y aplauda y ría y salte en el colmo del entusiasmo, Leire y los Rottweilers atacan con furia el gran tema de Manuel Eduardo Toscano:

*Rata de dos patas,*

*rata inmunda,  
animal rastrero,  
escoria de la vida,  
adefesio mal hecho...*

Ortuño, apoyado en el mostrador, vibra, ríe, sacude la cabeza, se estremece. No lo puede creer. No pensaba que nunca nadie pudiera cantar cosas así desde un escenario y, aunque todo eso sea una retahíla de insultos, «infrahumano, espectro del infierno, maldita sabandija», lo asume como dirigido contra él, y en voz alta murmura: «Pero ¿qué te he hecho?, ¿por qué me llamas esas cosas?», pero lo hace entre risas, inmensamente complacido, como si «rata de dos patas, alimaña, culebra ponzoñosa, deshecho de la vida» fueran las jaculatorias rituales imprescindibles para solidificar la unión entre él y Leire.

Es como una boda y, al mismo tiempo, un divorcio. No podría continuar viviendo con Charo mientras sabe que existe una mujer así, un discurso así, una vida así, tan llena de entusiasmo, tan transgresora.

\* \* \*

Cuando ha terminado el concierto y Leire se ha sumergido en el océano de admiradores y admiradoras que querían hablarle, tocarla y hacerle notar que estaban allí, delante de ella, la mirada de Ortuño estaba mucho más presente, vista y no vista, entre cabezas, miradas, sonrisas que pasaban, iban y venían, con esa mirada expectante, distanciada pero comprometida.

—¡Muy bien, Sandunga!

—Gracias.

—Hacía tiempo que no asistía a un concierto tan sorprendente, tan innovador, tan inesperado como este.

—Gracias.

—Me ha gustado mucho, Sandunga.

—Gracias.

—Increíble.

—Gracias.

—¡Lo he flipado, Sandy!

—Soy de la revista *Euterpe*. ¿Puedo hacerte unas preguntas? Será un momento...

—Sí, sí, claro.

—Me ha gustado mucho, ¿eh?

—Gracias.

En medio de la multitud, a lo lejos, fuera de su alcance, Ortuño le ha mostrado un cigarrillo y ha indicado con el pulgar la puerta de salida porque iba a fumar a la calle.

—¿Quién es este policía que ha preguntado por ti? —Leonardo Leo, hablando como si no hablara con ella.

—¿Preguntaba por mí?

—Sí. Que quería contratarte para no sé qué fiesta de la policía.

—¿A mí? ¿Qué dices?

Fuera, Ortuño ha esperado fumando con serenidad, aparentando indiferencia, mientras Leire saludaba a los amigos más amigos, y soportaba a la histérica que lloraba, que todavía estaba llorando de emoción, «porque yo conozco tu trayectoria y tu historia, Sandunga, que yo sé lo que quieren decir el *help* y el *hell*». Y mientras, la cantante se excusaba porque no podía acompañar a la pandilla de admiradores a tomar una copa, «porque me están esperando».

Quien la estaba esperando era Ortuño, que cuando lo ha oído, ha experimentado la emoción más profunda, más exultante de todos sus tiempos. «Me están esperando», y quien estaba esperando era él. Han venido a su memoria momentos de su infancia en una aldea pobre, polvorienta y abrumada por un sol infernal, una adolescencia salvaje de matar conejos y asediar a muchachas asustadas, los meses de academia, los años de uniforme, su matrimonio con Charo, la catástrofe de no poder tener hijos, la carrera policial truncada por culpa de los Mossos usurpadores de funciones, que lo han relegado al despacho de los fracasados, y no recuerda ningún instante, ninguno, ni uno solo, tan maravilloso como este.

Leire ha avanzado hacia él, tan natural, tan relajada. Ha cambiado el vestido metálico y brillante por otro de lana gris muy ancho, largo hasta medio muslo y, encima, se ha puesto una chaqueta de punto beis con cremallera. Y un gorrito de punto a juego con la chaqueta que le da un perfil muy simpático con su cabellera caoba ensanchándose como una capa sobre la espalda. Le ha

sonreído, ha dicho «vamos» y se han puesto a caminar juntos.

Alguno de sus amigos ha comentado:

—Debe de ser su padre.

Han recorrido la calle Escudellers hasta las Ramblas. En el trayecto, Ortuño toma la palabra para elogiar el espectáculo. Nunca había visto nada parecido. Ni en los grandes escenarios del Paral·lel o de la Gran Vía de Madrid. Está impresionado por las canciones. Le ha resbalado el «Go to Hell» porque no entendía la letra y lo agobiaba la música, pero... ¿«Orgasmo»?

—... Cuando he oído esa canción, «Orgasmo», ¡no me lo podía creer! «Orgasmo», qué cojones, qué atrevimiento, y cómo lo cantabas, nena, ¡qué sexi! ¿Y aquella de los insultos? Rata asquerosa, adefesio, que solo faltaba que dijeras «¡hijo de puta!». Si casi me he dado por aludido. No lo decías por mí, ¿verdad?

—No, claro que no. —Qué risa tan guapa.

—Me mirabas de una manera...

—También la canto las otras noches, aunque tú no estés.

—Ostras, porque he flipado. ¿Y la del perro? ¡¿«Que me perdone tu perro»?!

Se ríe encantado, y a Leire le parece el hombre más feliz del mundo. Desenfrenado, como si estuviera borracho. Como si se hubiera tomado alguna droga estimulante. El policía también es consciente de que habla, habla y habla por no cederle la palabra a la chica que está aquí, a su lado, por Abduh, para proteger a Abduh, que es quien realmente los une.

Suben por las Ramblas, siempre populosas, abriéndose paso entre turistas, vendedores de latas y pequeños delincuentes, hasta la calle Sant Pau. Allí, inevitablemente, se produce la pausa, el instante de silencio temido que permite a Leire introducir el tema.

—¿Y Abduh?

Como si lo cogiera por sorpresa:

—¿Abduh?

—Abduh. Lo detuvieron ayer. ¿Qué pasó?

—Nada. No te preocupes, no pasa nada. No había nada de lo que esperábamos, pero no importa. Estas cosas suelen suceder. Recibes un

chivatazo y, a la hora de la verdad, vas al sitio y no encuentras nada. Los jueces ya lo saben.

—Pero ¿está detenido?

—Ningún problema.

—¿Qué le habrán hecho?

—¿A quién?

—A Abduh. En comisaría. ¿Qué le han hecho?

—¡Nada! ¿Qué te crees?

—¿Lo habrán interrogado?

—¡No, mujer!

—¿No lo han interrogado?

—Bueno, sí, pero es de los nuestros. Ellos saben que es de los nuestros. Ahora, a lo mejor, lo enviarán al juez, pero todo es comedia. Pura pantomima. No pienses ahora en Abduh. Nadie lo está maltratando. Relájate, Leire. Te estoy acompañando porque quiero que te relajes. Que confíes en mí. Nena: todo está controlado, créeme.

—Pero ahora ¿qué pasará? Si tiene antecedentes penales, no le van a dar ningún permiso...

La mano de Ortuño encuentra la mano de Leire para animarla, para convencerla, o la mano de Leire encuentra la de Ortuño para pedirle que la convenza, y las dos manos permanecen unidas y el tacto cálido y un poco sudoroso del policía da un poco más de veracidad a sus palabras. Leire necesitaba que la tomaran de la mano. Pero ¿qué hace ahora colgada de la manita de un poli que podría ser su padre? ¿Qué está permitiendo, al permitir esto? ¿Qué está esperando? Solo tiene una respuesta para estas preguntas: lo necesita. Necesita compañía y necesita palabras que la calmen. La noche pasada, sola en su piso con los poemas de Abduh, detenido, acaso torturado en comisaría por su culpa, había sido demasiado larga, llena de miedos y pesadillas. Por su culpa, por su culpa, por su culpa. ¿Y ahora qué significa esta mano en la suya? ¿Qué quiere pagar? ¿Qué quiere purgar? «Vamos», se dice, aprensiva e impaciente. «No importa. No quiero quedarme sola. Que no se vaya.»

—No, no, no. —El recurso continúa siendo el de hablar, hablar y hablar para que ella no pregunte y para que, paso a paso, la conversación los acerque

cada vez más a su destino, que es el Bloque Nuevo del final de la calle—. He llamado a un colega que está en Extranjería de Madrid y me ha dicho que ya está solucionado, ya lo tienen encarrilado...

Para llenar tiempo y trayecto, vuelve a hablar del NIE y de la TIE. «A Abduh ya lo han reseñado, le han tomado las huellas dactilares y le han hecho una foto, y eso es imprescindible para obtener el NIE. Y, una vez tienes el NIE, el resto es puro trámite, porque la TIE no es nada más que una tarjeta de plástico, un documento físico con los datos de identificación, foto y el número NIE. Si hemos detenido a Abduh ha sido para que no sospecharan de él. Si los hubiéramos detenido a todos y a él no, habría sido muy evidente que era el confidente. Pero no te preocupes, lo soltarán enseguida.»

Así es como llegan a la calle Sant Pau y es cuando Ortuño considera oportuno sacar el tema definitivo. Pasa su brazo por encima de los hombros de la chica para indicar que cambia de tema y la atrae bajo su axila para transmitirle la calidez de su corazón y su deseo. Ya son una pareja tradicional y bien avenida que camina por calles de aceras estrechas y demasiado pobladas incluso para estas horas de la noche:

—También he estado hablando con el gerente de tu tugurio. Uno que se llama Leo. —Los policías tienen buena memoria para los nombres—. Me ha dicho que cobras unos doscientos cincuenta euros por concierto. ¿Puede ser? —Leire tarda en responder, un poco desconcertada—. Me ha dicho que os paga unos mil quinientos por día. Dividido por seis músicos, tocáis a doscientos cincuenta por cabeza. ¿Es así? —Leire asiente, procurando aparentar indiferencia—. Es una miseria. —La chica lo mira de reojo, desde el interior del abrazo, avergonzada—. Y he pensado que yo podría ayudarte. Tengo contactos. Tú triunfarías en un programa como *La Voz* u *Operación Triunfo*. Ya lo sé, todos sabemos que esos concursos están amañados, pero yo tengo buen rollo con el director de Televisión Española en Barcelona. Puedo hablarle de ti y la próxima temporada podrías ser la gran figura. También están los festivales de verano, que organizan por todas partes: Pedralbes, Peralada, el Sónar, Cap Roig, el Grec, Canet Rock... Conozco a mucha gente que me debe favores...

Han llegado al portal del Bloque Nuevo.

Leire busca la llave en el bolso enorme donde también transporta el vestido metálico. Saca la llave.

Ortuño pone su mano contra el marco de la puerta, acorralándola, y acerca mucho su boca a la oreja de la chica. Mientras habla, le mira el cuello con necesidad de morderlo. Ella sabe qué clase de hombre es este. No representa ningún futuro. Ha conocido a unos cuantos como él. Pero ahora mismo es la salvación, el futuro, si solo hablamos de las próximas horas.

—Además —murmura el hombre—, todavía no lo hemos hablado todo — en un cuchicheo tentador—. ¿Sabes que puedes ganar mucho dinero con nosotros, con la policía?

—¿Sí? —Brillan esos ojos enormes e ingenuos.

—He estado pensando en ello. Tú puedes ser nuestra confidente.

—¿Yo?

—Ya estás introducida en el mundo de los moros. Saben que eres la pareja de Abduh. Saben que Abduh ha sido detenido. Puedes acercarte al mundo de los terroristas. Puedes preguntar, como si solo te preocuparas por tu chico. Sondar a las mujeres de los otros detenidos, a las madres, a los parientes. — La está mirando fijamente a los ojos, muy cerca, muy cerca—. Puedo garantizarte más de cien mil euros al mes.

—¿Más de cien mil euros?

—Como te lo digo.

—¿De verdad?

—Subamos a tu piso y te lo explico.

Entran en la portería.

Entran en el ascensor.

Ortuño ya no puede contenerse más: pone la mano en la nuca de Leire para inmovilizarla y la besa en la boca, le devora los labios, le mete la lengua. Ella tiene una primera reacción defensiva, pero es muy consciente de haber propiciado esta situación, y se rinde. Con Santi ya lo ha hecho una vez, y no fue tan desagradable.

Se le escapa una súplica:

—¿Podrás quedarte toda la noche?

Ortuño ha perdido el control de sus movimientos. Si Leire lo necesita, está claro que el anhelo es mutuo. Dice, con voz que le sale ronca del fondo del corazón: «Te necesito, nena, te necesito, no te puedes imaginar cómo te he echado de menos».

Las manos actúan por su cuenta buscando las nalgas bajo la falda de punto, levantando el vestido por encima de la cintura. Los labios besan y babean con ansia enfermiza.

—Nena, nena, nena...

—Espera, espera.

Ella pide una tregua y le da la espalda para abrir la puerta del piso. Ortuño la empuja hacia el interior mientras se quita el abrigo para ganar tiempo, cierra la puerta a su espalda y avanzan por el pasillo atropelladamente hacia la primera puerta, que es la del dormitorio grande. Leire se vuelve hacia él con sonrisa apaciguadora que pide calma, «Espera, espera». Pero él gruñe, juguetón, mientras se desprende de la chaqueta gris de su mejor traje, dejando al descubierto la obscenidad de una pistola asquerosa en una funda como la que lucía Alain Delon en no sé qué película. No puede esperar, no puede esperar, no puede esperar, engrescado y travieso pero demasiado impetuoso, demasiado exigente, demasiado armado, avasallador. Vuelve a levantarle la falda, le sube el vestido de lana hasta la cabeza, forzándola a quitárselo. La desazón impide que prescindiera de la repugnancia de la Star, que amenaza desde la axila. Tartamudea, como si tampoco controlara su habla: «Quiero verte las tetas, por favor, por favor, te las quiero chupar, te las quiero morder, tus tetas deliciosas, sabrosas, me las quiero comer». No sabe lo que dice. «Haremos cositas, haremos cositas.» La sonrisa de Leire, que ahora se encuentra sentada en la cama, es complaciente, pero está diluida por una cierta alarma. Liberada del vestido, se está desabrochando el sujetador cuando Ortuño, aún en camisa, pistolón y pantalones, se agarra a la goma de los pantis y tira de ellos con fuerza, junto con las bragas, hacia los pies. «Amor mío, amor mío, cositas, cositas», farfulla sin querer, ruidos con la boca que la locura convierte en palabras. Calla y se le corta el aliento cuando la expresión de los ojos de Leire varía, se dilata y se llena de espanto por algo que ve en la puerta del cuarto.

Ortuño se vuelve, mira por encima del hombro y tropieza con la presencia de Abduh, tan alto, con los ojos de rana desorbitados, puta mirada de loco brillando de dolor. Estaba en casa cuando han entrado, lo han soltado. Esperaba la llegada de Leire, probablemente con ilusión y enamorado, y debe de haberlos oído entrar cuando se encontraba en el comedor del fondo o en el cuarto de baño o en la cocina. Abduh, el moro, que murmura una sola palabra

sin entonación:

—Dorothy. —Y enseguida, mecánicamente—: Perdona, perdona, perdona.  
Desaparece.

—¡Abduh! —grita Leire.

Se oye el portazo en la entrada del piso.

Ahora sí, ya están solos.

Ortuño no había terminado de quitar panti y bragas y, después de la pausa, lo hace con un tirón definitivo. Procede a desabrocharse el cinturón, ignorando que Leire se está avergonzando de su desnudez y su postura y quiere abandonar la horizontalidad y la cama.

—Ah, no, no. —Él se lo impide—. ¿Qué haces? ¡No, no!

La cantante cae de espaldas y él encima. Ella le pone las manos en el pecho y quiere rechazarlo, alejarlo.

—No. Déjame.

Ortuño gruñe, enfurecido, echando fuego por los ojos. Se defiende con un brazo mientras con la otra mano se va desabrochando los pantalones.

—¿Déjame? ¿Qué dices?

Ella patatea, quiere golpearlo, puede que le haga daño pero no se lo quita de encima, el antebrazo del policía desvía los golpes y su mano izquierda sujeta una muñeca.

—Que no quiero. Que no puede ser.

Ya se baja los pantalones y los calzoncillos, a medio muslo, y, con un pronto, suelta las manos que lo atacan para agarrar las rodillas de la chica.

—¿Cómo que no puede ser? Me has traído hasta aquí, me pones caliente, me hago ilusiones, ¿y ahora no puede ser?

Ella gimotea, le suelta bofetadas, una y otra, sonoras.

—¡No puede ser! ¡Déjame!

Él le abre las piernas y se instala en medio de ellas, inmovilizando a la chica de cintura para abajo. Esto le permite dedicarse a las manitas que lo golpean...

—¡No puedes hacerme esto!

Y chocan brazos con brazos en esgrima animal, manos que sujetan manos, aquí y allá, la pistola colgando flácida bajo el brazo, hasta que las manazas del policía, expertas en el cuerpo a cuerpo, ciñen las muñecas delgadas y

frágiles, las unen e inmovilizan por encima de la despeinada cabellera caoba.

—¡Suéltame!

Son tan enormes y férreas las manazas que con una basta para sujetar ambas muñecas, ambas manos, ambos brazos.

—¡No te suelto! ¡Claro que no te suelto!

Y la otra mano sirve para terminar de bajarse los pantalones hasta la rodilla y para introducir el pene erecto en la chica.

—¡No! ¡No es no!

Atroz, animal y mecánico, el policía embiste, embiste y embiste, y la presencia negra y fría de la Star 30M 9 mm aterroriza a Leire como el tacto de una serpiente venenosa o un cadáver infectado, y a cada empujón de Ortuño la pistola va y viene y va y viene como un péndulo maldito, y no hacen falta muchas embestidas para conseguir la descarga.

—¡No puedes hacerme esto, coño! ¡Que íbamos de buen rollo! ¡No me hagas esto! ¡Que no llores, joder!

Ortuño enseña los dientes, centellean sus ojos de monstruo, su expresión de odio y de asco.

—¡No te pongas histérica! ¡No llores!

Se retira de golpe y se vuelve de espaldas a la víctima para no ver los estragos producidos por su ataque.

—Hostia puta.

Se sube pantalones y calzoncillos y se pone en pie. Nota que la mueca del llanto y la rabia le deforman el rostro y rehúye el espejo de la derecha porque no quiere verse. Mientras se abrocha, y mete los faldones de la camisa dentro de los pantalones, sale del cuarto y camina por el pasillo hasta el comedor sala de estar.

—Hostia puta. Hostia puta.

Todo tenía que ser de otro modo.

—Hostia puta. Hostia puta. Hostia puta.

Todo tenía que ser de otra puta manera.

Ella haciendo posturitas, ella contorsionándose, todo lo que hizo el primer día, los juegos de manos, el pañuelo rojo, no puede ser que tantas expectativas maravillosas hayan terminado de esta forma desgraciada y estúpida.

Ortuño está temblando enfurecido, le tiemblan la barbilla y los labios y no

controla el parpadeo, le tiemblan los brazos y las manos, y las piernas y las tripas, y su corazón no late como tendría que latir.

—Hostia puta, hostia puta.

Se encuentra en la cocina, ante el frigorífico, donde hay tres hojas con dibujos y letras infantiles pegados a la puerta con imanes. Necesita agua, o algo más fuerte, y abre, pero enseguida comprende qué son aquellos dibujos y aquellas letras, cierra la puerta otra vez y los contempla como si fueran mensajes del Más Allá. Un león malparido, una especie de robot gris, un muñeco de paja con sombrero. «El León Cobarde tiene miedo del miedo.» «El Espantapájaros es un esqueleto de mentira, de huesos de madera, restos de paja, tripas de nada.» «Hombre de Lata sin corazón, fuerte porque está muerto, muerto porque no tiene corazón...» Son los putos dibujos del puto moro de Leire. La chica le ha hablado de ellos. *El mago de Oz*, la película de Judy Garland. Abduh tiene la culpa de todo, él lo ha echado todo a rodar.

De un zarpazo, arranca las tres hojas del frigorífico. Los imanes salen disparados, suenan metálicos en diferentes rincones de la cocina y los papeles se convierten en un gurrúño en la manaza del policía. Está a punto de romperlos, pero no lo hace. Una repentina inspiración. Como si algo le dijera que ya ha roto bastantes cosas por hoy. No los rompe. Se los mete en el bolsillo.

Este gesto sirve para amansarlo un poco. Con el manotazo, ha hecho desaparecer los poemas y las mariconadas infantiles del moro de mierda. Respirando por la nariz, inspirando y espirando profundamente, casi consigue normalizar la respiración. Se llena los pulmones de aire purificador y pacificador, y lo expele un poco más aliviado.

Es la hora de la reparación.

Sale de la cocina, atraviesa el comedor, enfila el pasillo. La puerta del dormitorio grande está cerrada. Todavía tiembla. No tanto como antes, pero tiembla. Manos, brazos, piernas, tripas.

—Leire —dice, manso, a través de la puerta—. ¿Leire?

—¡Vete a la mierda, hijo de puta!

Ortuño tiene la boca seca. Se limpia las lágrimas que empañan sus ojos. No está llorando (se dice). Es la furia. Una reacción puramente física.

—Leire —con voz estrangulada.

—¡Vete a la mierda, hijo de puta! ¡Sal de mi casa! ¿Me has oído? ¡Sal de

mi casa, cabrón!

Ortuño relaja los músculos, humilla la cabeza como un guerrero vencido. Arrastra los pies hacia la puerta del piso que Abduh ha cerrado hace unos minutos. Recoge del suelo la chaqueta gris de su mejor traje, y el abrigo negro que ha tirado de cualquier manera, y que está enredado con la chaqueta de punto de Leire, como un símbolo. Las dos prendas de ropa abrazadas, y él las separa agarrando la suya y arrastrándola hacia la puerta.

Abre.

Sale al rellano.

Cierra la puerta sin hacer ruido.

Tal vez aún no fuera el momento de la reconciliación. Tiene que dejar pasar un tiempo para que Leire contemple las cosas con perspectiva. Ortuño se hace el propósito de hablar el lunes con Madrid, con quien sea, para conseguirle el NIE al moro.

Con Leire, dejará que pasen unos días.

Luego, podrán hablar con tranquilidad.

Tiene que hacerse perdonar.

Y la próxima vez que follen, lo harán bien, con todas las posturas que lo entusiasmaron la primera vez. Con juegos de manos. Lo del pañuelo rojo.

# VII

## MUCHO MIEDO

El 15 de marzo citamos a Leire Alfaro Otamendi por tercera vez en el Área Regional de Investigación de Les Corts.

—Según nos consta, el día 21 de diciembre pasado, usted denunció a Santiago Ortuño Carrero por violación e intento de asesinato. La violación habría sucedido el sábado 16 y usted no la habría denunciado hasta aquel jueves 21. Sin embargo, en las declaraciones anteriores usted no mencionó para nada esta denuncia.

—¿Quiere que le diga por qué no la mencioné? ¿Sí?

»Pues, en primer lugar, por vergüenza y por miedo. Por vergüenza porque me da vergüenza que me haya violado un asqueroso como Ortuño, me da vergüenza haberle abierto la puerta de mi casa y haberle dado la oportunidad. Por miedo, porque era un policía, un policía con una pistola así de grande, y porque ustedes también son policías, son colegas suyos; y porque, cuando lo detuvieron y me llevaron a declarar ante el juez, aún fui yo quien tuvo que dar explicaciones. Que explicara por qué, si me violó el sábado 16, yo no lo denunciaba hasta el jueves 21. Por qué no había corrido a buscar un médico que me hiciera un certificado conforme acababa de ser violada. Y, además, el día 21, el señor Ortuño no podía haber estado en mi casa y haber disparado cuatro tiros porque, en aquellos momentos, el señor Ortuño estaba en otra parte, cubriendo no sé qué operación secreta con sus compañeros policías. En la pared de mi piso todavía tengo los impactos de las cuatro balas, y ustedes, los Mossos, durante la inspección ocular, tomaron buena nota de ello, y deben de tenerlo en algún archivo, si no lo han borrado, pero no sirvió de nada. No pude demostrar que Ortuño hubiera estado en mi casa aquel día, no, señor, es

verdad, pero alguien entró y disparó. El juez dijo: «Podía ser cualquiera», sí, señor, así lo dijo. Que podía ser cualquiera. Antes había tenido que soportar un interrogatorio de los policías en el que me sentí más sospechosa que víctima. ¿Y sabe qué dijo, también, el señor juez? Que tal como está hoy en día la situación del país, no era conveniente acusar a ningún policía nacional si no disponíamos de una base muy sólida. Y el señor Ortuño salió en libertad.

»¿Y saben por qué otro motivo no mencioné mi violación las otras veces que he estado aquí? Pues porque creía que lo sabían. Porque si los Mossos fueron los primeros en llegar a mi piso, después del tiroteo, y los que hicieron toda la inspección ocular, y los que tomaron nota de mi declaración y denuncia, daba por supuesto que, antes de hablar conmigo, ya habrían mirado mi ficha y conocerían todos los detalles de lo que pasó. Aunque el caso lo hubiera asumido otro cuerpo policial, aunque el juez se entendiera con la Policía Nacional y no con ustedes, que, por lo que se ve, aquel día 21 tenían cosas más importantes que hacer que atenderme a mí.

»¿Y quieren más motivos? Pues anoten este otro. Si han asesinado a un hombre y yo declaro que ese hombre precisamente me violó y que sé que quedará impune, la policía interpretará que tengo motivos de sobra para haberlo matado. Y me convertiré en sospechosa. Y ya bastante sospechosa soy por el hecho de haber sido violada para, encima, convertirme en sospechosa de asesinato.

»¿Necesitan más motivos?

—No, señora. Lamento que no se haya sentido bien tratada después de lo que sufrió. Seguramente cometimos errores, que yo de momento no me explico, pero me disculpo en nombre del cuerpo.

—Esto ahora no me sirve de nada.

El juez Barabino Cuberes, que llevaba el caso, ya había recibido los informes de Recursos Humanos y Asuntos Internos referentes a Santiago Ortuño Carrero. En ellos no constaba ninguna denuncia por violación ni por intento de asesinato, ni del último mes de diciembre ni de nunca. Todo estaba limpio en los antecedentes de Santi Ortuño.

—¿Y qué me dice usted de Abdullah Fayad?

—¿Qué quieren saber?

—¿Cómo iba vestido la última vez que lo vio?

—No me acuerdo. La verdad es que no lo recuerdo. No me fijé.

—Usted, que lo conoció íntimamente, ¿diría que es una persona familiarizada con la violencia?

—Por lo que sé de su historia, ha sobrevivido a situaciones muy violentas. Pero nunca me pareció una persona violenta.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Diría que es una persona familiarizada con las armas de fuego?

—No lo sé. Si me pregunta si sabría utilizar un arma de fuego, supongo que sí.

—Por lo que sabemos, usted lo vio por última vez en el momento... en que se estaba consumando...

—Sí, Abduh nos vio desde el pasillo. A Ortuño y a mí, en la cama. Sí. Y se fue.

—¿Vio cómo la estaba violando y se fue sin intervenir?

—Yo no sabía que Abduh estaba allí. Creía que aún lo tenían retenido en comisaría. Digamos que, cuando nos sorprendió, Ortuño no me estaba violando. Fue luego, cuando vi la presencia de Abduh, que me sentí muy mal y quise resistirme. Fue entonces cuando Ortuño me violó. Pero da igual, no pienso volver a contarlo. Bastante ridícula me he sentido a lo largo de tantas y tantas declaraciones, teniendo que relatarlo una y otra vez con todo detalle. Sí, aquella fue la última vez que vi a Abduh.

—¿Le extrañó su reacción?

—¿Qué reacción?

—Que se fuera sin decir nada. Que no interviniera. Cualquier otro, en una circunstancia como aquella, no podría haber evitado montar un escándalo.

—Ah, no. Nunca me pareció posesivo ni irascible. Siempre pensé que vivía nuestra relación como un premio, me atrevería a decir que la vivía como un premio no merecido. Y con la conciencia de que un día tenía que terminar. Encontrarme con otro hombre solo era la confirmación de su temor. Lo abandonaba a él y elegía a otro, y basta. No le quedaba otro remedio que irse. Estaba muy derrotado, cuando lo conocí.

—¿Deprimido?

—Puede ser.

—¿Desesperado?

—No lo sé.

—Con fecha 20 de diciembre, usted comunicó a Omar Al-Amrani que sabía dónde se escondía Abduh Fayad, y los datos que le proporcionó fueron muy importantes para que pudiéramos culminar con éxito la Operación Diógenes.

—Ah, sí.

—¿Cómo fue eso?

\* \* \*

Leire, en la cama donde anoche fue violada.

Sale fatigada de una noche en que se han alternado el insomnio y las pesadillas.

Cuando se levanta y va a la cocina para comer cualquier cosa, al final del pasillo interminable la asusta la presencia del maniquí. Tendría que habérselo devuelto a Abderramán, pero no lo hará ahora, porque no se siente con fuerzas. El apartamento está insoportablemente vacío sin Abduh, sin nada más que un maniquí, como una demostración de que es incapaz de establecer ninguna relación con una persona de verdad. Se siente muy sola y muy triste.

En la puerta del frigorífico, no encuentra los poemas de Abduh.

Ha regresado a la cama y, cuando quería dormir, le ha sobrevenido un llanto espantoso, el gran llanto que todavía no había brotado, el más doloroso, el más ruidoso, el más culpable. ¿Por qué no denunció al malnacido? ¿Por qué no fue a hacerse una revisión médica y, luego, a comisaría, a poner una denuncia por violación?

Le cuesta mucho encontrar la respuesta, más allá de la mortificación, de la culpabilidad, de la denigración despiadada. Al final dice en voz alta, para que la oigan las paredes que fueron testigo de la indignidad:

—Porque Ortuño es policía. Porque la justicia no existe. Porque yo misma lo traje a casa y lo incité...

Pero le dijo que no, hostia, y no es no.

Llora y llora.

¿Por qué no denunció a Ortuño?

¿Por qué se enrolló con aquella bestia?

Piensa que está enferma. Piensa «Hijo de puta» y la furia corta su llanto.

La compasión sustituida por la rabia.

Hay momentos, en la vida, en que percibimos el peor aspecto de nuestra personalidad. El más vengativo, el más cruel, el más destructivo. Piensa cómo sería matar a Ortuño.

Lo recuerda sobre ella, profanándola, aquella pistola asquerosa pendulando bajo su brazo, y ve la cara roja, deformada por sus esfuerzos, monstruosa, la ve tan cerca que se le ocurre que podría haberle dado un cabezazo en la nariz, y ya le parece oír el crujido del septo nasal que se rompe, ya nota el chorro de sangre encima y el grito de dolor que no se produjo, y habla en voz alta:

—No seas imbécil, aún te vas a culpar por no haberle roto la nariz. Si lo llego a denunciar, serían capaces de condenarme a mí. «¿Cómo puede hablar de violación si no le rompió la nariz cuando podía hacerlo? ¡Ni siquiera intentó asesinarlo! No se defendió. ¡Estaba deseando que él la penetrara! ¡Disfrutó como una perra!»

Telefona a los músicos para decirles que está enferma, que tiene fiebre y le falla la voz. Que mañana probablemente no podrá ir al ensayo.

No puede quitarse de la cabeza la mirada redonda, dolida, decepcionada de Abduh en la puerta del dormitorio. La expresión herida de quien recibe el peor insulto de la persona de quien menos podía esperarlo.

El Espantapájaros en llamas, el Hombre de Lata abollado, el León domesticado y escarnecido. De repente, la fantasía y la ingenuidad de Abduh resulta que son cualidades sublimes de aquel hombre humilde y sincero que ha sabido llenar su vida de poesía. Sobre todo, comparado con el animal de Ortuño, el único hombre que ha conseguido hacerla sentir como deben de sentirse las putas más arrastradas. Se maldice mil veces por ser mujer, por haber caído en la trampa, por haber propiciado aquella situación espantosa.

El timbre de la puerta la devuelve bruscamente a la realidad. No sabe si es la primera vez que lo oye o si hace rato que están insistiendo.

Por un momento, quiere ignorar la visita. Enseguida se da cuenta de que necesita que alguien la salve de la nada y se dice que a lo mejor es su oportunidad de volver a la vida.

Se levanta del sofá y camina por el pasillo largo y oscuro hasta el recibidor. Tiene miedo de que sea Ortuño. Si es Ortuño, llamará a la policía.

A los Mossos. Acoso. Pero también existe la posibilidad de que sea Abduh. ¿Quién más puede ser, si no?

Llaman de nuevo. Y no lo hacen desde la calle, a través del videoportero. El intruso está aquí mismo, en el rellano, al otro lado de la puerta.

Temblando de miedo, la cantante espía por la mirilla.

La desconcierta ver a un muchacho con la cabeza vendada y un ojo cubierto por un apósito. Tarda un poco en reconocerlo. Es Omar, el chico que ayuda al carnicero de abajo.

—Soy Omar. El chico de la carnicería.

El joven parece ansioso y apresurado, como si tuviera que cumplir alguna misión trascendental. Pero ¿qué misión trascendental pueden haber encargado a este chiquillo?

—¿Qué quieres?

—¿Podemos hablar?

Leire querría preguntarle «¿Hablar de qué?» porque no tiene ganas de recibir a nadie, pero ya ha entendido que no podrá permanecer eternamente encerrada y lamiéndose las heridas.

Abre la puerta.

La impresiona el turbante quirúrgico que mantiene un parche voluminoso sobre el ojo derecho.

—¿Puedo pasar?

Le deja pasar y él entra y es evidente que espera que cierre la puerta antes de hablar.

—¿Qué tienes en ese ojo?

—Nada. Un accidente. ¿Puedo pasar?

—Claro.

—Con permiso.

La chica se siente invadida. Tiene ganas de librarse de aquella presencia. Omar se aleja por el pasillo hacia la sala de estar. Lo primero que ve, desde el mismo umbral, es el maniquí de espectacular cabellera caoba, cazadora de cuero cargada de metal brillante, blusa amarilla, minifalda y botas Doc Martens. Sandunga Hard.

Leire pasa por su lado, un poco avergonzada por aquella curiosa exhibición.

—Se parece mucho a usted —dice el chico.

—Soy yo.

Omar estuvo en observación todo el sábado, solo, aislado, sin un teléfono móvil para llamar a la Pilarín o a su madre, deprimido, con la sensación de haber sido olvidado por todo el mundo, y el domingo a primera hora le han dado el alta. No podía imaginar que, entretanto, importantes mandos de dos de las policías del país hablaban de él muy en serio, de su seguridad y de su eficacia. Lo han trasladado de nuevo a los calabozos de La Verneda y, enseguida, de prisa y corriendo, como se hacen las cosas los domingos, lo han conducido ante el juez. Silvestre, Zuazo y Antequera no perdonan ni perdonarán a Omar ni la autolesión ni que trabaje para los Mossos, pero es domingo y no están en La Verneda para retenerlo.

En el juzgado, se ha repetido la contrariedad producida con los otros detenidos. Omar Al-Amrani no tiene nada que ver con nada. Nunca participó en la tertulia del locutorio de Nassib, solo estaba allí porque quería comunicar a su hermano que su madre los necesitaba, y su hermano había querido echarlo y habían discutido. Además, colabora como confidente con los Mossos d'Esquadra y, cuando se lo dijo a los policías que lo interrogaban, no le dieron el trato que pensaba que se merecía. Las lesiones se las hizo accidentalmente al caer por una escalera. El magistrado ha manifestado con un gesto muy explícito que ya está harto de mentiras y medias verdades, y ha firmado el oficio que dispone la libertad del detenido sin cargos.

Veinte minutos después, a primera hora de la tarde, Omar ha salido del edificio por la puerta de la calle Joan Gris, donde lo esperaban su madre, Naima, y su hermano Mahfoud. Ella ha exclamado: «*Alhamdulillah!* ¡Sabía que te soltarían!», y se ha echado a llorar ante el escandaloso apósito que oculta el ojo derecho de su hijo.

—¿Qué te han hecho en el ojo? ¿Qué te han hecho en el ojo?

—Nada, mamá, un accidente, no pasa nada.

—¡Te han torturado!

—No me han torturado.

—Malditos infieles —ha rezongado Mahfoud, indignado.

Camino de casa, en el autobús, Naima ha continuado llorando, convencida de que la policía ha torturado a su hijo. Mahfoud, furioso, se ha sentado junto a su hermano y le ha hablado a la oreja.

—A ti no te ha torturado la policía.

Omar ha rehuído su mirada penetrante fingiendo que lo violentaba que pudiera oírlos alguno de los viajeros del autobús.

—No.

—Te habrían hecho más daño —susurraba Mahfoud—. Y no en la cabeza, tan visible.

—Ya te he dicho que no me han torturado.

—Pues ¿qué ha pasado? —El tono era acusador.

—Me lo hice yo mismo.

—¿Por qué?

Los ha interrumpido la madre. Han llegado al barrio y, al bajar del autobús, Omar se ha escabullido aduciendo que tenía que ir a la carnicería de Muhammad para dar no se sabe qué explicaciones. Naima lo ha despedido diciéndole que esta noche, para cenar, le preparará su plato preferido, cuscús con verduras y carne de ternera.

El chico ha salido corriendo, con la mirada acusadora de Mahfoud clavada en la espalda, y desde la tienda ha llamado a la Pilarín. Se lo ha contado todo, aunque ella le ha dicho que ya lo sabía; ha preguntado qué consecuencias tuvo la operación fallida del CNP para la Operación Diógenes y, cuando ella evitaba una respuesta directa, le ha anunciado:

—En la cárcel he tenido tiempo de pensar un poco, ¿sabes? Y creo que es urgente que hablemos con Abduh Fayad.

\* \* \*

—Estoy buscando a Abduh —dice ahora a la cantante.

—No está —dice Leire.

—Tengo que encontrarlo.

—No está.

—Puede ser que le cueste entenderlo, pero tiene que creerme. Trabajo para la policía.

Con el gesto lento y cauteloso que utilizaría para tratar con un loco imprevisible, Leire invita a Omar a sentarse en una de las cuatro sillas que hay alrededor de la mesa redonda. Ella se sienta delante. Cuesta creer que este

jovencito mal vestido, lesionado, vendado y alfeñique trabaje realmente para la policía. Él insiste.

—Trabajo para los Mossos d'Esquadra. Sé que me pongo en peligro al decirle esto, pero estoy actuando a la desesperada. No tendría que hacerlo, pero no me queda más remedio. Tengo que hablar con Abduh Fayad.

Parece muy sincero. Y muy desesperado.

—No sé dónde está.

La ansiedad del chico se le contagia y, de repente, comprende que cometió una imprudencia abominable al mezclarse alegremente en un juego de policías y terroristas.

—Escúcheme bien. Hace tiempo que buscamos a un hombre que sospechamos que se esconde en este barrio. Un hombre muy peligroso, reclamado internacionalmente. Yo sé que está en el barrio y que se relaciona con los hermanos Shaddad de Reparaciones del Hogar. Lo sé porque tengo la seguridad de que está adoctrinando a mi hermano Mahfoud, y no es una suposición, no es una fantasía. Vivo con él y lo noto. Como si un vampiro le estuviera chupando la sangre, no sé si me explico. Ya sé que esta intuición no es ninguna prueba, y por eso necesito algún dato concreto. Ahora la policía está a punto de desactivar el sistema de vigilancia que tienen sobre los Shaddad, y yo creo que se equivocan, y tengo que conseguir alguna pista, algún detalle, un indicio que nos permita convencer a la jueza de que no debemos retirar esos micrófonos. Solo disponemos de tres días. El miércoles 20 hay orden de desmantelarlo todo. Abduh Fayad trabaja con los iraquíes, y puede haber visto algo, tiene que haber notado algo raro.

—No sé dónde está Abduh —gime Leire.

—¿No vino aquí, cuando lo soltaron?

«¿Y ahora qué digo? ¿Que anoche estaba aquí, esperándome en el comedor, y me sorprendió con otro hombre?»

—No.

—¡Por favor! ¿Nunca le ha dicho nada a usted que pueda servirnos de..., de...?

Leire piensa en flores y agua y en rosas amarillas que aparecían de la nada. Tiene miedo y no quiere estar implicada en todo esto. No querría haberse metido nunca en este lío. Está a punto de gritar, histérica: «¡Ayer me violaron, coño!». Se le escapa una frase mezquina:

—Yo no sé nada.

—¿Cree usted, usted que ha estado viviendo con él, cree que puede estar colaborando con los terroristas?

—No —dice ella, porque tiene que decirlo, pero en absoluto convencida, para ser coherente con el «Yo no sé nada» que ha soltado y el «Yo no quiero saber nada» que piensa.

Abduh es un hombre destrozado, desengañado, traicionado, sin futuro, seguramente deprimido. Una presa idónea para los que buscan terroristas suicidas. Pero no puede decirlo, no puede decirlo.

—Leire, por favor, escúcheme. Es muy importante lo que le voy a decir. Tiene que ir a buscarlo.

—¿Yo?

—Sí. Tiene que ir a la tienda de los iraquíes y preguntar por él y tratar de averiguar todo lo que le sea posible.

—¿Yo? Pero ¿cómo? Yo no sabré...

—Usted es la persona ideal. De hecho, la única que lo puede hacer. Viven juntos, ¿no? Y lo detuvieron y desde entonces usted no sabe nada de él, ¿verdad? ¿Qué más natural que ir al lugar donde trabaja para preguntar si saben algo? Puede decir que la policía le ha dicho que ya lo han soltado y no ha vuelto a casa, y que está preocupada. Puede decir que alguien lo vio entrar en Reparaciones del Hogar. Es perfectamente natural que vaya allí para preguntar por él. Piénselo. Tarde o temprano lo habría hecho, aunque yo no hubiera venido a pedírselo. —Leire duda—. ¿No tiene ganas de encontrarlo?

—Sí, sí, claro que sí —reacciona la chica. Y es verdad.

—No le pido que se ponga en peligro. Solo que pregunte y observe. Luego nos contará qué ha visto, cómo han reaccionado los iraquíes. Con esto a lo mejor ya tendré bastante.

Sí, Leire quiere encontrar a Abduh Fayad. Quiere hablar con él. O, al menos, volver a mirarlo a los ojos.

—Está bien.

Sí, Leire está decidida a hacerlo.

Omar se pone en pie y suelta un suspiro que es como un bufido.

Muy tenso, se despide con gesto torpe de las manos. Parece que esté huyendo. Ya ha dicho lo que tenía que decir y no le apetece prolongar su

estancia como si fuera una visita de cortesía. Ha cumplido su misión y ahora ya se puede batir en retirada.

—¿Y qué hago con lo que averigüe? —dice la cantante—. ¿Te voy a encontrar en la carnicería? ¿Vendrás a verme aquí...?

—Estoy en el barrio. Solo tiene que hacerme una señal.

Omar retrocede, murmura «*salam aleikum*», da media vuelta y recorre el pasillo dando zancadas fugitivas.

Leire, todavía perpleja, oye el ruido de la puerta al abrirse y cerrarse.

Ya tiene algo que hacer. Una misión.

Ahora se da cuenta de que necesita encontrar a Abduh. Tan desesperadamente como el niño del ojo tapado.

\* \* \*

Leire lleva preparada la entrevista con los iraquíes.

«Hola, buenas tardes. ¿Está Abduh?» «No, no está, no sabemos nada.»  
«Ah, bueno, perdonen, díganle que lo estoy buscando.» «Ya se lo diremos.»  
«Adiós.» «*Salam aleikum*», y a casa.

No puede ser así. Tendrá que hacerlo de otro modo.

Cruza en diagonal hacia la otra acera, y tiene que detenerse para dejar pasar una furgoneta blanca que parece que tiene mucha prisa. En su lateral se puede leer «Suministros Balaguer».

De reojo ve a Abderramán en la puerta de su tienda. Lo saluda.

—¡Luego te bajo el maniquí!

Él levanta la mano. Dice:

—¡No hay prisa! —Y ahora no parece un pervertido de mente sucia, sino un amigo que solo quiere su bien. Es la manera como la mira. Como si supiera lo que le ha pasado y quisiera darle su apoyo incondicional.

O a lo mejor es la manera como Leire lo mira.

La furgoneta blanca se ha detenido ante Reparaciones del Hogar. Mientras Leire se acerca, los hermanos iraquíes salen a la calle. Del vehículo se apea el conductor, calvo, panzudo, con las mangas de la camisa arremangadas para mostrar antebrazos peludos y sin tatuajes. Habla con los Shaddad. De sus gestos, se puede deducir que discuten si es oportuno descargar ahora. La

furgoneta ocupa toda la calzada y cerrará el paso a otros coches que puedan venir. El conductor está indeciso y los propietarios de la tienda le exigen que lo haga inmediatamente y deprisa. «Ahora no molesta a nadie.»

Leire tiene miedo, su corazón late dolorosamente, pero no aminora el paso, más enamorada, más sola y más arrepentida que nunca. Arrepentida de haber pensado en algún momento que su relación con Abduh había terminado; arrepentida de haber ido a conocer a Ortuño para conseguir el premio de consolación de unos documentos; arrepentida de haber sucumbido a no se sabe qué clase de atractivos de andar por casa.

Pasa entre el viejo contenedor de escombros y la pared del edificio y llega finalmente a la tienda de Reparaciones del Hogar. El conductor de la furgoneta ya abre las puertas traseras y llama a alguien para que lo ayude, y los hermanos Shaddad, que ya se disponen a entrar en la tienda para hacerles sitio, se fijan en la mujer que llega.

Leire mira al fondo del establecimiento y hace como si viera a alguien conocido y muy querido, y lo celebra con una sonrisa y un gesto:

—¡Abduh!

Tal como había previsto, los dos Shaddad se vuelven rápidamente hacia donde ella dirige la vista, en un movimiento instintivo cargado de alarma. Imagina que, en la trastienda, Abduh oye la voz de Leire y tiene un sobresalto, que se queda pensativo y, embobado, permite que sus labios pronuncien en silencio: «¡Dorothy!».

Ella varía el tono para hablar con los propietarios de la tienda:

—Abduh, pregunto si está Abduh por aquí.

La miran confusos, abrumados, sin saber qué decir, quién tiene que hablar primero.

—Abduh no está aquí —la regaña Adnan.

—¿Por qué has dicho «Abduh», como si lo hubieras visto? —protesta Alí, tan obtuso como siempre.

—En todo caso, no está —refunfuña Adnan, y vuelve a dirigirse al conductor de la furgoneta para decirle: «Va, va, va», para que empiece a descargar de una vez. Le habla con un pronto de indignación—: ¿Quieres venir y ayudarnos a descargar? —Y a Leire, en el mismo tono indignado—: ¡Y ya te he dicho que Abduh no está aquí! Ahora lárgate, que hay que trabajar.

Leire sonríe, coqueta, y se vuelve hacia la furgoneta, donde el calvo

panzudo y peludo sujeta una caja de cartón y la mira con ojos como platos. Le parece que está demasiado pálido, pálido de un amarillento enfermizo, y que le tiemblan las manos. Después escribirá que parecía un hombre muerto de miedo. Y ella se esfuerza en sonreír un poco más, y dice:

—¿Qué estáis haciendo?

Alguien ha empezado a hacer sonar una bocina en la calle.

—¡Vamos, entra, tú! —dice Alí, entretanto, al hombre peludo, que se anima a caminar y pasa junto a Leire. En el cartón de la caja, con letras de diseño, se puede leer «Baldosas gres porcelánico 20 × 20» y una marca de fábrica. Parece que pesa mucho y su contenido debe de ser muy frágil porque Alí no deja de decir, muy nervioso: «Con cuidado, con cuidado, mucho cuidado», y el hombre peludo baja los escalones que lo conducen al interior de la tienda como si transportara una bandeja con un castillo de naipes.

—Déjala al fondo, a la derecha —ordena Adnan—. Con mucho cuidado. Contra la pared. Cuidado, no la golpees.

De repente, ataca a Leire.

La agarra del brazo y la zarandea, y la empuja, y arranca un berrido del fondo de su pecho, de manera que Leire suelta un chillido agudo, y le parece que el hombre de la caja experimenta un sobresalto exagerado para un individuo de su envergadura.

—¿Te quieres ir de una vez? ¿No ves que estorbas?

Leire aún se resiste, como una niña tonta. Levanta la voz de forma que pueda oírla cualquiera que esté en la trastienda:

—¡Decidle a Abduh que quiero verlo, que es muy urgente; que necesito verlo, que le debo una explicación!

—¡Fuera de aquí, joder! —ladra Adnan.

—¡Que lo quiero! —grita Leire para asegurarse.

El iraquí avanza impetuoso, arrastrando a Leire hacia el contenedor, más allá del contenedor, «¡Que te vayas!» y un galimatías árabe ensordecedor, mientras ella se resiste, escandalizada, «Pero ¿qué te pasa, qué tienes, qué te ha dado?, ¡suéltame!», con la indignación del ultraje de anoche todavía a flor de piel.

Adnan grita y la señala con el índice, en una amenaza nada disimulada.

—¡Que te vayas y nos dejes trabajar!

Leire no se resiste ni insiste. Si tenía miedo cuando se dirigía a la tienda, ahora el pánico la paraliza y hace que le tiemblen las vísceras como si tuvieran vida propia. La puerta de la furgoneta está abierta y, desde donde está, puede ver que todavía quedan cuatro o cinco cajas de baldosas por descargar. Hace un gesto que quiere ser una réplica digna y no lo es y se aleja de allí, tropieza con el contenedor, le parece que ha perdido el control de su cuerpo. ¿Por qué demonios se ha metido en este lío? ¿Por qué es tan imbécil?

Una vez en el ascensor, se echa a llorar y pierde las fuerzas hasta el punto de que, al llegar a su piso, está sentada en el suelo.

Por suerte, no la ha visto nadie. A lo mejor la han oído, pero no la han visto.

Llora y se suelta y tardará un rato en escribir el informe, a mano, en hojas cuadrículadas y de cualquier manera. Da por seguro que Abduh estaba en el interior de Reparaciones del Hogar y especula con la probabilidad de un escondrijo secreto, y dedica muchas palabras a preguntarse qué debían de contener aquellas cajas tan sumamente frágiles, generadoras de un miedo tan intenso. «Daban mucho miedo», pone, y escribe «mucho miedo» en mayúsculas y lo subraya tres veces.

### **MUCHO MIEDO**

Sin ninguna intención, hace constar el rótulo que se leía en el lateral de la furgoneta blanca, «Suministros Balaguer», y no sabría decir por qué también lo remarca con mayúsculas. Para ella solo es un dato irrelevante, un detalle para demostrar que se fijó en todo, un toque de verosimilitud para que la policía dé crédito al resto del informe, que para ella es la parte realmente importante.

\* \* \*

Entrega el mensaje a Omar esta tarde y la misma noche ya estaba, sin ningún retoque ni añadido, en manos de Pilarín.

Los de Información y la jueza De Villalonga de la Audiencia Nacional no lo interpretan como Leire quería. Para ellos, el dato esencial es ese «Suministros Balaguer» en mayúsculas. Todo debe ser comprobado y buscan

en Google la localización exacta de esta empresa incluso antes de terminar de leer el manuscrito de la cantante.

Poco puede imaginarse la chica que esas dos palabras añadidas casi al azar darán absoluta credibilidad al resto de su texto. Porque la sede central y el almacén de Suministros Balaguer está en la rambla del Cazador de Nou Barris, justo al lado de la portería donde se encuentran instaladas las oficinas del Núcleo Árabe Antirracista de Alí Zarhun. Precisamente, el objetivo hacia donde pensaban dirigir su atención si la apartaban de la Rama Raval.

Estalla la alegría en la base de la Operación Diógenes. De pronto, los dos focos de interés resulta que están relacionados. Los iraquíes Shaddad y el Núcleo Árabe Antirracista de Alí Zarhun alrededor del cual empezaban a construir una red de vigilancia. No puede ser casualidad.

La euforia de la noticia hará que den al resto del informe mucha más credibilidad de la que merece. Si Leire afirma que tiene la absoluta seguridad de que Abduh estaba dentro de la tienda de los iraquíes, y que eso significa que debe existir un escondite muy bien disimulado que hasta entonces se había pasado por alto, pues por algo debe de haberlo escrito. Y, sobre todo, atención a la entrega de baldosas en una atmósfera tan cargada de miedo que exige mayúsculas y subrayados. ¿Tanto miedo por entregar unas baldosas? ¿MUCHO MIEDO?

¿Por qué tendría que dar tanto miedo un cargamento de baldosas?

¿Y si no eran baldosas? ¿Qué podría ser que diera tanto miedo a quien las cargaba?

Alguien sugiere la palabra «explosivos» y algún otro aventura la posibilidad de que el enemigo haya pensado que Reparaciones del Hogar es el mejor lugar para esconder cualquier cosa porque no hace aún cuatro días que la policía registró el local de arriba abajo y no encontró nada sospechoso. Sería el último lugar donde irían a buscar armas o explosivos.

La intervención que realizó el viernes el Cuerpo Nacional de Policía en Reparaciones del Hogar, aquel despliegue y aquellas detenciones, pusieron los pelos de punta a los responsables de la Operación Diógenes y enfurecieron a la magistrada de Madrid lo bastante como para que se mostrara inclinada a reparar cualquier estrago que se hubiera producido. Los agentes de la Unidad de Información se vuelven a fijar en lo que denominan la Rama Raval y a alguien se le ocurre que, a lo mejor, en caso de que allí hubiera algo que se les

hubiera escapado, la visita inesperada de la policía podría precipitar algún movimiento delator posterior. Cuando hurgas en una colmena, las abejas se alborotan. Y es sabido que, una vez ha pasado la policía y no ha podido probar nada, es cuando los malos se sienten más seguros. Y cuando se sienten más seguros, es cuando suelen cometer más errores.

El jefe de Información de Mossos en persona, el intendente Miquel Monrovi, solicita permiso a la jueza de la Audiencia Nacional para instalar una cámara de vigilancia que controle la puerta de Reparaciones del Hogar y un equipo de seguimiento en la calle. Cuando lo hace, lunes 18, solo faltan dos días para que se cumpla el plazo establecido para retirar los micrófonos de aquel objetivo. Pasado ese tiempo, cortarían definitivamente la vigilancia en el Raval para dedicarse a las otras ramas del operativo, concretamente Nou Barris. La magistrada Ana de Villalonga está lo bastante contrariada por la intervención fallida del CNP y lo bastante impresionada por la relación que acaba de descubrir entre los Shaddad y Alí Zarhun y como para no conceder la autorización.

El mismo lunes por la mañana, unos operarios del ayuntamiento efectúan unas reparaciones en la farola que hay delante de Reparaciones del Hogar. Son agentes de Información instalando una pequeña cámara grabadora que, desde ese momento, no perderá de vista la tienda de los iraquíes.

Envía las imágenes a un ordenador habilitado en un piso que hay al otro lado de la calle. Ha sido fácil conseguir este punto de observación porque gran parte de los apartamentos del inmueble están vacíos y tapiados o bien invadidos por okupas. Dos agentes, Inma y José María, observan la calle rodeados por un ambiente abandonado, astroso, polvoriento y sin más muebles que los que ellos mismos han llevado, de campaña y plegables.

En la calle, un coche aparcado con dos individuos en su interior que parecen absortos exclusivamente en lo que leen en el móvil. Y una travesía más allá, dos jóvenes, un chico y una chica, flirtean junto a dos motos estacionadas sobre la acera.

Hay que decir que la Operación Diógenes será un éxito gracias a este nuevo despliegue, pero Leire, a lo largo de la entrevista del 15 de marzo, ni se ufana por ello ni le da ninguna importancia. Ella creyó que Abduh estaba dentro de la tienda, y pasó mucho miedo; lo puso por escrito y luego hizo un esfuerzo por olvidarlo.

—Otra cosa de la que queríamos hablar es de su gira por Italia. —Nos invita a continuar con un mínimo movimiento de cejas. «Ustedes dirán.»—. El día 6 de marzo, nos contó que esta gira fue entre el 5 y el 18 de febrero, y pasó por Turín, Milán, Venecia, Viareggio y Génova.

—Sí, señor.

—Lo que no nos dijo es que, en Viareggio, usted no actuó. Por lo que sabemos, tenía que actuar en la Sala Mambo Nero la noche del lunes, 12 de febrero, que era vigilia del Mardi Gras, y el día siguiente, el mismo Martes Graso, y usted no compareció. No dijo nada, no avisó, sus músicos estuvieron muy preocupados. Y, de repente, el miércoles 14 reapareció sin dar ninguna explicación.

—¿Y ahora qué figura, que le voy a dar a usted las explicaciones que no di a mis músicos?

—Estaría bien, sí.

—Pues tendrá que conformarse con lo que me parezca imprescindible. Forma parte de mi intimidad. Fue una locura, pero ya se supone que los artistas solemos hacer locuras, ¿no le parece? Sobre todo, cuando nos han violado y nos han demostrado que la justicia es una mierda. Había actuado en Viareggio en Fin de Año, y hubo un hombre al que le había gustado mucho. Cuando volví, en febrero, vino a verme al hotel. Era un hombre mayor, podía ser mi padre. Sí, ya sé que pensarán que Ortuño también era treinta años mayor que yo, y Abduh también me sacaba quince o veinte. Y ya les ahorro la investigación: Llätzer, el clarinete que tenía antes en el grupo y con quien estuve liada, también tenía canas y un montón de años más que yo. Debo de tener algún trauma infantil; a lo mejor soy un poco eléctrica, de Electra. Piensen lo que quieran. Estaba en pleno colapso psíquico, y sentimental, y anímico, y de todo tipo. En pleno colapso. Y aquel hombre pronunció las palabras exactas, sonrió como tenía que sonreír, y me llevó a un paraíso de dos días. Pensé que, si no lo seguía, nunca más podría reponerme del trauma. Si no reparaba el mecanismo sexual de mi cerebro, nunca más funcionaría de manera correcta. Así que me fui. Y volví como nueva. Solo sé que se llamaba Vittorio y que tenía un Alfa Romeo. Tampoco quise saber nada más.

\* \* \*

El 12 de marzo, recibimos en el Área Regional de Investigación de Les Corts a Leonardo Zardoy, de treinta y siete años, propietario del club Mantra y mánager del grupo llamado Sandunga y los Rottweilers.

Pelo rapado sobre las orejas y abundante en lo alto del cráneo, con un tupé elevado como una corona de emperador, patillas y una mirada que no se sabe si marca superioridad o deficiencia mental. Es delgado y larguirucho, pero le gusta ocupar mucho espacio. Se sienta despatarrado, con el tobillo derecho sobre la rodilla izquierda, y el brazo izquierdo desplegado sobre el respaldo de la silla y el derecho apartado del cuerpo para explicarse mejor con un movimiento pedante propio de alguien que ha conseguido que a menudo le digan, como apelativo cariñoso, Leonardo Leo Corasón. Se mueve como si estuviera demasiado elevado como para tratar cómodamente con los vulgares mortales. Sabe que tiene ojos bonitos, y los utiliza, y hace chascar la lengua antes de hablar para manifestar el enojo que le provoca tener que explicar cosas tan obvias a gente tan obtusa.

—¿De Leire? ¿Qué queréis que os diga de Leire? Que está mal. No vamos a sacar nada de esta chica. Es inconstante, caprichosa... Bueno, sí, como todas las artistas, pero no, no se dejen engañar. Como todas las artistas, no. Una artista tiene que ser una profesional. Y tiene que cumplir. Luego puede hacer de más y de menos, pero antes tiene que cumplir, y salir al escenario en perfecto estado de revista, puntual, sexi, con una sonrisa de oreja a oreja, y dejar al público satisfecho. Eso, lo primero. Si después quiere hacerse la diva y volverse loca, que haga lo que quiera. Pero el público, lo primero. El empresario que te va a pagar tu sueldo, lo primero. No puedes dejar plantado a un empresario. Ni al público, ni al público tampoco, pero el empresario es el que te va a pagar el sueldo. Tú no puedes hacer siempre lo que te da la gana. No vas a llegar nunca a ninguna parte. A ninguna parte. Que a mí me había costado mucho encontrarle la gira de Carnaval, que no cayó por casualidad, ¿eh? La vi tan jodida, a la pobre chica, que removí cielo y tierra, pero cielo y tierra, para encontrarle algo.

—¿Ella no tenía un representante con contactos internacionales? Nos habló de eso. Estaban preparando un videoclip...

—Ah, bueno, sí.

—Usted dijo que la representaría por el Estado español, pero para proyectarla al extranjero...

—Bueno, sí, pero aquel era un fantasma. Recurrí a él, pero me dio largas. No es tan fácil conseguir una gira por el extranjero, de la noche a la mañana.

—¿Cómo se llama ese representante?

—Casimiro. Casimiro Pavesa. Una empresa que está empezando. Nada. Se hacen llamar Kashmir. Pero no se puede confiar en ellos, eso ya lo comprobó Leire en su día.

—¿Sabe si tienen algún contacto en Italia? ¿Trabajan con Italia?

—No. No, no, que yo sepa... Cuando los necesité, me dieron a entender que no trabajaban con nadie. Así que me tuve que poner las pilas yo. Y no fue fácil, ¿eh? No fue nada fácil. Porque, además, Sandunga estaba trastornada. Me falló aquel día, la tercera semana de diciembre, la misma semana en que la habían..., en que le había pasado aquello. La siguiente semana ya era Navidad y vi que la cosa no funcionaba nada bien. De manera que le dije: «Mira, Sandunga, tú descansa, no vais a actuar en el Mantra por Navidad, y yo te consigo algo interesante para Fin de Año». Lejos, ¿sabéis lo que quiero decir? Muy lejos, que *disen* que la *distansia* es el olvido.

—¿Y cómo se hace eso? Si era tan difícil, ¿cómo es que usted se lo consiguió inmediatamente?

—No tan inmediatamente, no. No tan inmediatamente. Pero yo tengo contactos. Llamé a un amigo de la Toscana, un empresario...

—¿De nombre?

—Carlo Fenoglio. Tiene unos cuantos locales por todo el norte de Italia, la discoteca del Magno Hotel de Turín, la Disco Rimsky de Milán, la Sala Garbage de Venecia, el Mambo Nero de Viareggio... Pensé que tenía que existir la posibilidad de encontrar un hueco en alguno de esos locales... Y la contrataron por Fin de Año en el Mambo Nero. Y pensé: «Muy bien, a pasar el Fin de Año a Italia, que así paliará los efectos del trauma actuando, triunfando y alejándose de la Barcelona que puede traerle malos recuerdos».

—Actuó por Fin de Año y, luego, volvió por Carnaval.

—Sí, no fue fácil, no. De hecho, yo quería que en enero Leire no volviera a Barcelona y se quedara de gira, por Italia o por Europa, lejos de aquí, lejos de todo lo que le trajera recuerdos y demás. Pero no pudo ser. Para enero, el Fenoglio me dijo: «Ahora no», pero por Carnaval el norte de Italia es una fiesta y enseguida me encontró actuaciones posibles. La verdad es que por Fin de Año Sandunga triunfó, dejó muy buen sabor de boca y Fenoglio quedó

encantado con ella y fue mucho más fácil que le abriera las puertas para febrero.

—Y entonces, en febrero, Leire Alfaro hace la gira... ¿Todo bien, de momento?

—Sí, todo bien, de momento. Tenemos que hablar de un gran éxito. Piense que Turín y Milán celebran unos carnavales muy espectaculares, pero el de Venecia es conocido en todo el mundo. Venecia se transforma, todo el mundo sale a la calle, todo el mundo disfrazado, y todos los locales de música en vivo ofrecen espectáculos de primera línea. Fue un privilegio poder estar en la Sala Garbage del Lido. Y, en todas partes, Sandunga y los Rottweilers triunfaron.

—Hasta que llegaron a Viareggio.

—Sí, Viareggio, en la Toscana. A lo mejor a usted no le suena Viareggio en la Toscana, pero debe saber que es uno de los carnavales más vistosos del mundo, que compite perfectamente con el de Venecia y con el de Nueva Orleans. Un desfile de carrozas impresionante, impresionante, por la Passeggiata... Con lo que ellos llaman el Burlamacco, impresionante. Bueno, no es un desfile, no. Hay hasta cinco, espectaculares, desde finales de enero hasta mediados de febrero...

—Allí, Leire no actuó en febrero. Desapareció.

—Un desastre. Eso era lo que decía antes. Tú puedes haber sido violada, y sufrir un trauma de cojones, lo que tú quieras, pero si quieres triunfar no te puedes permitir dejar plantado a un empresario como Fenoglio. Porque él es el propietario de locales de Turín, de Milán y de Venecia, pero su local, la casa madre como si dijéramos, el lugar donde vive Carlo Fenoglio, es el Mambo Nero de Viareggio. Y la nena traumatizada es precisamente donde fue a fallar. Desaparece, se va, encuentra a un hombre encantador y se esfuma. Aquel día tuvieron que tocar los Rottweilers sin Sandunga. Lo hicieron bien, porque son buenos, pero no fue lo mismo, claro. Tuve que coger un avión y plantarme en Viareggio para hablar personalmente con Fenoglio y pedirle disculpas.

—¿Cuándo fue eso?

—¿Cuándo fue qué?

—Que voló usted a la Toscana.

—El Mardi Gras, recuerdo que era martes y 13, que pensé: «Tenía que

pasar un martes y 13 precisamente». De manera que estaba allí cuando ella reapareció. Que le canté las cuarenta. Por suerte, se había repuesto, eso también es verdad, que la escapada con aquel tío resultó muy tonificante para ella. Pero, en fin, un numerito de la hostia.

—¿Qué explicación le dio Leire?

—Nada: «Perdona, perdona, pero tenía que hacerlo». Tócate los cojones.

—¿Le habló del hombre con el que se había ido?

—No.

—¿No le dijo cómo se llamaba?

—No.

—¿Dónde habían ido?

—No.

—¿Vittorio...?

—¿Vittorio...?

—¿Le dijo si se llamaba Vittorio?

—No.

—¿Tiene usted muchos contactos en Italia, del estilo del señor Fenoglio?

—Algunos. Tengo contactos por todas partes.

—¿Y aquí, en Barcelona, ha ido alguna vez a una heladería que se llama Slalom, que está en la calle Pepe Rubianes?

—¿Slalom? No. No me gustan los helados y no sabía que existiera una calle Pepe Rubianes.

—¿No conoce a Valerio Belgrano?

—No.

—¿Conoce a alguien de apellido Torelli?

—¿Torelli? No.

—¿Luca Torelli?

—¿Luca Torelli? No. ¿No es el nombre de un personaje de cómic?

\* \* \*

La autopsia de Santiago Ortuño Carrero reveló que no hacía mucho que había sufrido severos daños en varias partes del cuerpo, concretamente la espalda,

las piernas y los brazos. Había tenido dos costillas rotas que acababan de soldarse recientemente.

Rosario Prelado, Charo, nos confirma que el domingo, día 17, su marido tuvo un comportamiento raro todo el día y al atardecer sufrió un extraño accidente. Después de desaparecer a mediodía y estar ausente toda la tarde, a altas horas de la noche regresó y dijo que había chocado con su coche.

\* \* \*

Esta mañana de domingo, cuando Charo se despierta, Ortuño ya está en la cama. Lo sorprende en su estudio, delante del ordenador, absorto en un videoclip de YouTube. Una cantante y un conjunto interpretan un tema que se titula «Rata de dos patas».

*... te estoy hablando a ti,  
porque un bicho rastrero,  
aun siendo el más maldito,  
comparado contigo,  
se queda muy chiquito...  
Escoria de la vida,  
adefesio mal hecho,  
infracumano,  
maldita sabandija,  
alimaña,  
desecho de la vida,  
sanguijuela,  
cucaracha,  
¿me estás oyendo, inútil?*

—¿Santi? —dice Charo.

Le provoca un susto electrizado.

—¡Sí, sí, estoy aquí! ¡Qué!

Ortuño apaga el ordenador instintivamente, como si lo hubieran pillado mirando porno.

—¿Por qué no me despertabas? Se nos ha hecho tarde.

—Hay tiempo, hay tiempo.

Siempre hay tiempo para ir a la residencia donde Ortuño tiene a su padre aislado dentro de la burbuja del Alzheimer. Cada domingo van Charo y Santi para pasar una hora y media o dos con el pobre viejo cada vez más ausente. Cuando lo reconoce, que no es siempre, el viejo Ortuño da consejos a su hijo como si este le hubiera pedido permiso para hacerse policía.

—Tú no puedes ser policía, Santi. Si eres policía, serás corrupto, porque en nuestra familia no tenemos principios y el policía corrupto es un mierda, un traidor, un falso. Para ser corrupto de verdad, tienes que hacerte político. Un político corrupto no engaña a nadie, no traiciona a nadie, porque la corrupción se le supone. Ser político es la única manera honrada de ser corrupto y chorizo...

—Sí, papá.

—Prométeme que nunca serás policía.

—Te lo prometo, papá.

—Piensa que los policías siempre están con los chorizos y, al final, después de comer tanto chorizo, la boca te termina oliendo a chorizo...

—Sí, papá.

Después de la visita, la Charo y Santi siempre van a comer al mismo restaurante. Tal vez sea el único día de la semana que hablan un poco. Con un poco de suerte, por la tarde irán al cine para ver cualquier cosa. Pero, según de qué humor están, discuten con fuertes cuchicheos creyendo que los de la mesa de al lado no se enteran de nada. A veces por culpa de Charo, a veces por culpa de Santi, la rutina dominical naufraga y salen del restaurante por separado y paga el que se queda.

Hoy, el enfurecido es Ortuño. No puede soportar no se sabe qué cosa que ha dicho o hecho su mujer, cualquier cosa, y se levanta y se va diciendo que no está dispuesto a perder con ella ni un minuto más.

Al anochecer, vuelve a casa derrotado.

Entra en el aparcamiento con su Volkswagen Arteon, busca su plaza en la penumbra, fácil de distinguir por la montaña de trastos que se les va acumulando y que ocultan pudorosamente bajo un gran plástico polvoriento. Aparca con cuidado de no chocar con las columnas. Sale del vehículo, lo bloquea con el mando a distancia, rodea la columna para dirigirse a la puerta que comunica con la escalera y alguien le golpea la espalda con algo muy

doloroso que lo proyecta al suelo de bruces.

\* \* \*

En el registro del domicilio de Santiago Ortuño, dentro de un cajón de su estudio, encontramos unos informes del Hospital Vall d'Hebron que certifican que la noche del domingo 17 de diciembre del 2017, o sea, al día siguiente de la violación de Leire Alfaro, Santiago Ortuño se presentó en el servicio de Urgencias con señales de haber recibido una seria paliza.

El doctor Cussó es uno de esos médicos que creen que, para hacer bien su trabajo, tiene que evitar cualquier tipo de implicación emocional con el paciente. Pertenece a la escuela que defiende que el traumatólogo profesional debe recibir al ciudadano lesionado como el mecánico contempla un motor averiado, reduciéndolo todo a una cuestión de palancas y bisagras si no quiere verse abducido por la tragedia y terminar llorando sobre el hombro del damnificado. Para conseguirlo, hace gala de un espléndido sentido del humor. Es un hombre perpetuamente risueño, de ojos tristes y lacrimosos, que mueve la cabeza asintiendo como un perro de coche, bien para reafirmarse en cada una de sus palabras anteriores, ya sea para preparar a sus interlocutores para su próxima ocurrencia. Habla de fracturas y luxaciones con el discurso agudizado por la risa inminente, como quien explica un chiste haciendo equilibrios sobre una reprimida explosión de hilaridad.

—Hosti, sí que me acuerdo; venía hecho un cristo, hosti, sí, menuda tunda le metieron, pero no era nada, ¿eh?, no tenía importancia. Quiero decir que podría haber sido mucho peor. Le pegaron por detrás con un bate de béisbol, cayó de bruces y continuaron golpeándolo, le cubrieron la espalda de moratones. —De vez en cuando, emite una risa breve, gruesa y cruel, como de Papá Noel, jo-jo-jo, sin el menor rastro de empatía—. Pero podría haber sido mucho peor, porque fíjense que no le pegaron en la cabeza ni en la nuca, quiero decir que tuvieron cuidado de no hacerle daño de verdad, lo que se llama daño de verdad. Él se volvió, poniéndose panza arriba, y levantó brazos y piernas para protegerse. Fue entonces cuando recibió los golpes en las espinillas, antebrazos y rodillas, sobre todo la rodilla izquierda, que fue la que más sufrió. Tenía roto el metacarpiano de la izquierda, y las radiografías y resonancias magnéticas revelaron, además, una lesión del ligamento cruzado

posterior izquierdo. O sea, la rodilla. Que quiere decir una férula en el dedo pequeño de la mano izquierda, y una órtesis, o sea, una rodillera muy aparatosa ajustada alrededor de la rodilla, y salió de aquí con una muleta. Aparte de eso, hematomas múltiples, excoriaciones en los antebrazos, en la espinilla y en la rodilla y un par de costillas rotas. Total, nada, nada de nada. Ah, y un poco de hematuria, quiero decir que expulsaba sangre con la orina, ninguna importancia, tenía los riñones afectados, cosa del todo natural con el vapuleo que le habían dado. Reposo, antiinflamatorios, analgésicos y unos días de baja. —Y ahora, lo más gracioso, jo-jo-jo—. No le hicieron tanto daño como el daño que hizo él a sus agresores.

—¿Le dijo que había hecho daño a sus agresores?

—Llevaba pistola. Me la enseñó. Y me dijo que, en cuanto la tuvo en las manos, los pudo dominar. A los dos.

En el registro del estudio de Ortuño, dentro del mismo cajón en que hemos encontrado los informes médicos, hay dos carnés de identidad. Charo no conoce de nada a esas personas, de manera que les seguimos el rastro hasta que podemos perfilar el otro punto de vista de la trifulca.

Bruno Larén y Gonzalo Brieba son dos jóvenes de veintitrés y veintiséis años que pertenecen a una banda de moteros de extrema derecha, los Road Vampires, que no hace mucho que se ha visto implicada en un caso de tráfico de cocaína, además de acumular condenas por agresión, violación, vandalismo y exhibición de banderas y símbolos anticonstitucionales. Tanto el uno como el otro tienen antecedentes penales e incluso llegamos a preguntarnos cómo es que están fuera de la cárcel.

Bruno Larén todavía está en la cama convaleciente, gimoteando angustiado por su futuro como macho reproductor. Reconoce sin rubor que estaban aplicando un correctivo a Ortuño porque le parece que la réplica del policía veterano fue mucho peor que su agresión. Cuando lo tenían en el suelo y Gonzalo Brieba estaba usando el bate de béisbol, y Bruno Larén se mantenía al margen para no recibir alguno de los golpes que descargaba su amigo, Ortuño —aullando como si se hubiera vuelto loco— se había lanzado sobre sus genitales, los agarró a través de los pantalones tan fuerte como si los hubiera mordido y los retorció con ansia criminal. Le provocó una torsión testicular, que lo dejó fuera de combate automáticamente, vomitando todo lo que había mamado desde que nació. Después tuvieron que operarlo y le

salvaron el testículo, pero dice el médico que probablemente tendrá una producción de espermatozoides reducida de forma permanente.

Gonzalo Brieba, cuando quiso reaccionar, se encontró ante la pistola del policía. Una Star 30M 9 mm que el inspector llevaba encima en el momento de ser asesinado, metida en una sobaquera muy extraña. Dice que tuvo la seguridad de que Ortuño estaba a punto de disparar. Un Vampiro de la Carretera amansado y humillado, casi lloroso, reconoce que se vio a las puertas de la muerte y se arrepintió de golpe de sus innumerables pecados. Ortuño no disparó: le pegó dos golpes en la sien, uno y dos, perfectamente calculados, con mucha fuerza y mala leche, con premeditación y alevosía, dos golpes que le provocaron traumatismo craneal y una brecha de cuatro centímetros que necesitó siete puntos de sutura.

Cuando se lo explicamos, a Charo esta descripción le parece muy verosímil. Con media sonrisa de orgullo y satisfacción, dice que, hace unos años, cuando Ortuño todavía aspiraba a ser policía de élite, hizo unos cursillos de *krav magá*, un arte marcial que impartían los agentes del Mossad que vinieron a Barcelona para enseñarles técnicas policiales avanzadas.

A pesar de la lesión de la rodilla, a la pata coja e impulsado por la mala baba, les quitó los DNI y los móviles, les hizo subir a su Volkswagen e hizo que uno de los dos condujera hasta el pie del Tibidabo, más allá de la estación del funicular, el Merbeyé y La Venta, en medio del bosque —que los dos chicos estaban seguros de que llevaba la intención de ejecutarlos—, y allí los abandonó. Puede que lo pensara mejor. Pudo volver conduciendo su vehículo porque tiene el cambio de marchas automático, que dice Charo que, cuando se lo compró, ella le decía que era un caprichoso y un pijo. En aquellos momentos, debía de estar muy orgulloso de ser caprichoso y pijo, porque no habría podido controlar un cambio de marchas manual con la lesión de la rodilla.

Ortuño hizo todo lo posible para que no lo retuvieran en el Hospital Vall d'Hebron. Mostrando la placa, dijo que estaba en una misión secreta y que tenía que reincorporarse a filas. Una cuestión de vida o muerte. También era conveniente mantener su lesión en secreto, ningún juzgado tenía que saber lo que le había pasado.

—Ahora no está usted para perseguir ladrones —le dijo el doctor, en serio.

Al llegar a casa, Charo dice que lo recibió con la actitud más solícita y tragándose cualquier pregunta indiscreta. De reojo, observó los esfuerzos de Ortuño por reprimir cualquier manifestación de dolor.

—¿Quieres que te prepare algo?

—No, gracias. Tengo que hacer cuatro cosas en mi estudio —respondió él, buscando un tono de voz normal, incluso festivo.

No tenía nada que hacer en su estudio. Solo arrastrar los pies hasta la butaca —Charo lo oyó— y liberar fatiga y dolor, echado, con los ojos cerrados, convertido en *ecce homo*.

\* \* \*

Cuando citamos a Silvestre, Morrajo y Zuazo por segunda vez, en el ARI de Les Corts, para hablar de la fallida Operación Santiago y cierra, España, los dos primeros no comparecieron. Dijeron que ya declararían ante el juez «si hacía falta». No insistimos mucho porque sabíamos que Zuazo sería más dócil.

El segundo apellido de Bruno Larén es Zuazo.

Zuazo no es un apellido muy común. Y en la agenda del móvil del muchacho no constaba ningún Zuazo, ni ningún Sebastián, pero sí un «Sebas (tío)» muy revelador. Cuando le dijimos que sabíamos que tenía un sobrino que lo llamaba Sebas y que había pegado una paliza a Santi Ortuño, el inspector obeso se puso muy nervioso y vino a vernos con ánimo conciliador y negociador. No lo mencionó en ningún momento, pero se suponía que, si él hablaba, nosotros callábamos.

—Yo no le pedí que hiciera nada, ¿eh? —fue lo primero que dijo Zuazo, atropelladamente, proyectando salivilla, cuando se sentó en la silla, al otro lado de la mesa—. Comenté en familia el desastre de la operación del Raval y la cagada de Ortuño, que pactaba con moros, y puede ser que a Bruno le vinieran ansias de venganza. Pero fue iniciativa suya.

—¿Habló del tema con Ortuño?

—Sí —confesó el inspector de Información del CNP—. Me llamó al día siguiente, para hablar de no sé qué. Del fracaso del operativo del Raval. Que qué había pasado, al final. Bueno, me lo quité de encima. No había pasado nada, ¿qué iba a pasar? El juez se había enfadado y la jueza de la Audiencia lo había llamado al orden, y enseguida citó a Antequera con el jefe de la

UDYCO, ese jovenzuelo que se llama Lana, y les montó un sacramental de aquí te espero. Y luego vino vuestro jefe de Información para hablar con el nuestro y estuvieron hablando toda la mañana y aquí paz y después gloria. Al final, total, nada, como podéis imaginar. Cuatro gritos, pero al final nadie salió sancionado y los jefes, como siempre, acabaron quejándose de los subordinados que, cada vez que piensan por su cuenta y toman iniciativas, la cagan.

—O sea, llamó Ortuño y hablaron del operativo del Raval. ¿Y de la agresión?

—Ah, bueno, sí. También.

—¿Qué le dijo?

—Me preguntó si yo tenía un sobrino motero, uno que tuvo problemas con drogas, que yo le tuve que echar una mano cuando lo detuvieron por actos violentos con una banda de ultraderecha. Y yo le dije que sí, y que se llamaba Bruno Larén. Y Ortuño me dijo: «Me lo encontré anoche y me dio recuerdos de tu parte. Yo también le di recuerdos para ti». Entonces supe que había pasado algo gordo. «Lástima de sobrino, ¿eh?», dijo Ortuño con voz firme, como si estuviera de maravilla. «Lástima de Bruno y su amigo. Se lo montan fatal. Un día de estos van a tener un disgusto. Deberías vigilarlos de cerca, Zuazo. No vaya a ser que se hagan daño. Bueno, ahora tengo que dejarte, que tengo trabajo. Cuídate, Zuazo. Cuídate mucho.» Era una amenaza. Y parecía que estaba bien. Llamé a Bruno y me enteré de que estaba en el hospital. Y su amigo también.

Zuazo mira al suelo y mueve la cabeza en sentido negativo.

Hace un resumen de su declaración:

—Un desastre.

# VIII

## LA EXPLOSIÓN

En la prisión de Estremera. Durante su larga declaración, el iraquí Alí Shaddad explica a nuestros compañeros de Investigación que, después de que lo liberara el juez, Abduh Fayad volvió a Reparaciones del Hogar el lunes 18 por la tarde, y su afirmación viene confirmada por la grabación obtenida por la microcámara instalada en la farola instalada delante de la tienda.

Eso contradice el informe donde Leire aseguraba que Fayad estaba en el negocio de los iraquíes el domingo por la tarde, y debilita aquella firmeza entusiasta que convenció a la jueza De Villalonga, pero a estas alturas, cuando todo ha terminado felizmente, nadie lo lamenta.

Alí asegura que, cuando Abduh Fayad entró en Reparaciones del Hogar, le había cambiado la mirada. Continuaba siendo una mirada ausente, distraída, pero ya no estaba perdida en un horizonte sin interés, sino fijada en un objetivo muy preciso.

Desde algún locutorio del centro de la ciudad había escrito un email que decía:

Solicitamos presupuesto de jardinería de fecha 10/08/2017 e información de disposición de agua para la acometida.

Que significaba, poco más o menos, que quería hablar con el imán Al-Taweel del atentado tan pronto como fuera posible en caso de que todo estuviese a punto.

La respuesta:

La tienda está abierta y puede venir cuando quiera. No ha habido variaciones en lo que acordamos y las obras empezarán a partir del próximo 6 de enero.

O sea, que todo estaba a punto y que el imán lo recibiría a las seis de la tarde.

Abduh no es confidente de la policía, ni lo ha sido nunca. Si Morrajo, Zuazo y Antequera no se hubieran precipitado, habrían podido configurar el móvil del iraquí para que sirviera de micrófono y grabadora y para interceptar los mensajes entrantes y salientes. Pero no lo hicieron, y no tuvieron acceso a este pequeño diálogo en clave.

\* \* \*

Adnan y Alí Shaddad se incorporaron al barrio ayer domingo, liberados por el juez. Cuando levantaron la persiana metálica, del marco de la puerta todavía colgaban pedazos del cristal roto por la irrupción policial. Los iraquíes barrieron los restos del suelo y charlaron un buen rato con su vecino, Nassib *el Moro*, encerrados en su locutorio.

Esta mañana de lunes, a primera hora, una furgoneta de Suministros Balaguer les ha entregado el cristal nuevo y se han pasado la mañana fijándolo al marco de la puerta de madera.

Nada de particular.

A las seis de la tarde, los iraquíes reciben una visita. Un hombre alto, moreno, de pelo rizado, que viste un abrigo tres cuartos verde oscuro. Los mossos vigilantes lo identifican después de una rápida comprobación: es Abdullah Fayad, pasaporte iraquí, trabaja en Reparaciones del Hogar como fontanero. Fue uno de los detenidos el viernes por el CNP.

Inma y José María son los primeros en sorprenderse al comprobar que no estaba dentro, como decía el informe de Leire. Les inquieta la posibilidad de que el resto de suposiciones y expectativas sea tan falso como esta.

Abduh entra en el establecimiento, y Alí y Adnan le dedican una lacónica bienvenida. Se le ve taciturno, como siempre, pero más tarde Alí dirá que su mirada era diferente.

—*Salam aleikum.*

—*Aleikum salam.*

—Te está esperando.

Una de las camas del fondo se desplaza sobre las guías y abre el acceso a las escaleras descendentes.

Abajo, se encuentra con el imán El-Taweel, que exclama, con mucho sentimiento:

—¡Hermano Abduh! ¡Ah, no te imaginas cuánto me alegro de verte!

—Ha llegado mi hora —dice Abduh, con su mirada perdida.

El-Taweel lo abraza. Le da un beso en la mejilla. Le acaricia sus cabellos rizados.

—Tú lo has dicho. Esta es tu hora. Y todos la estábamos esperando.

Sobre una mesita, humea un té muy caliente y una bandeja con *sfenj*, esa especie de churros con forma de rosquillas que desprenden un olor apetitoso.

—*Bismillah.* Bebe. Bebe y come, Abduh. Sé bienvenido. Con todo mi respeto y mi admiración.

Abduh se sienta y, aceptando los honores, toma un churro que mordisqueea con los incisivos. Sí, le gusta.

—Los ha hecho la madre de Mahfoud.

—Son muy buenos. Tengo que irme de este mundo.

—Te lo mereces.

—No hay nada que me retenga aquí.

—Solo el sufrimiento y las humillaciones.

—Malditos policías que me han denigrado, que me han robado la dignidad.

—La recompensa te está esperando.

—Representantes del sistema que hacen de la ignominia su poder.

El-Taweel lo mira a los ojos con actitud reverencial.

—Tu acción será la gran despedida.

—Solo la muerte me puede volver la dignidad.

—Tu muerte gloriosa y la muerte de tus enemigos.

—La muerte de la perra que me ha traicionado.

—¿La perra te ha traicionado?

—Fornicando con otro hombre.

—Lo sabía.

—Los sorprendí.

—Te lo dije.

—Quiero que me recuerde como una gran potencia destructora.

—Todo el mundo te recordará, *inchaallah*.

—Quiero que el terror la paralice cada vez que piense en mí.

—Todos te recordarán. Nuestros hermanos porque serás el triunfador en el combate más heroico.

—Perra asquerosa.

—Y el enemigo no podrá olvidarte porque le habrás infligido la más cruel de las derrotas. He pospuesto las oraciones de Al-Maghrib y Al-Ishaa de hoy porque quiero que, después, recemos juntos.

—Lo haré pasado mañana, por la noche. La noche del 20 al 21. —El imán se muestra sorprendido, arqueando una ceja. Abduh se explica—: El 21 es día de elecciones. Una ceremonia política de gran trascendencia que multiplicará la importancia de nuestra gesta. No me conformaría únicamente matando a infieles sabiendo que, además, tenemos la oportunidad de dinamitar las mismas bases del sistema. Este país, Cataluña, está al borde del abismo, heridos todavía por la acción que nuestros hermanos llevaron a cabo el agosto pasado. Solo hace falta un empujón, el día adecuado en el momento adecuado, para que se vayan al infierno.

La expresión del imán denota de manera diáfana que no tiene ni la más remota idea de los acontecimientos políticos de este país. Admira los conocimientos de Abduh y se deja convencer sin resistencia.

—Grabaremos un vídeo —decide repentinamente—. Quiero difundir estas palabras tuyas por todo el islam. Por todo el mundo, porque quiero que los infieles también las oigan. Quiero que las escribas y las aprendas de memoria.

—No hace falta —dice Abduh mientras come el segundo churro, siempre firme, siempre convencido—. No tengo que escribirlas. No estoy hablando solo con mis labios. Estoy hablando con mi corazón.

El imán El-Taweel está francamente impresionado. No esperaba de Abduh una disposición tan resuelta. Un observador que asistiera a la escena aseguraría que hay mucha más grandeza de alma en el héroe piadoso que en el imán que debería confortarlo.

—Te mostraré vídeos de otros héroes que han dejado su testimonio para que sirva de ejemplo a otros fieles. Sabes que los chicos de Ripoll que hicieron lo de las Ramblas grabaron un vídeo, ¿verdad? Se los puede ver mientras fabricaban los explosivos. Los miraremos juntos. Y esta misma noche grabaremos uno parecido. Lo haremos después de las oraciones de Al-Maghrib y Al-Ishaa. Hacia la madrugada, durante la oración de Al-Fajr. En el momento en que las puertas del cielo estén abiertas y nos encontremos más cerca de Alá, más inspirados por su presencia. Me ha gustado eso que has dicho de dinamitar el sistema cuando más débiles son. Quiero volverte a oír. La manera como lo dices. Tu convicción. Tanto fervor. Te quedarás a dormir aquí.

Abduh no opone ninguna objeción.

\* \* \*

Alí Shaddad menciona, de paso, que Mahfoud Al-Amrani encajó muy mal que el imán El-Taweel lo privara del privilegio de ser protagonista principal y mártir de la acción que se estaba organizando. Tenía que resultar muy duro para aquel chico, que se había estado preparando para la muerte durante días y días, rompiendo vínculos con su vida cotidiana, ingiriendo un cóctel de miedo y esperanza, exagerando hasta el límite sus ilusiones y su fe; verse obligado de repente a aceptar una realidad que odiaba y que le repugnaba.

\* \* \*

Hace dos días que Mahfoud no sale de la oscuridad de su cuarto si no es para ir al baño o para hacerse con algo de comer en la cocina, y eso de manera casi furtiva, procurando no encontrarse con nadie. En algún momento, Naima, su madre, ha abierto la puerta de su clausura y se ha dirigido a la oscuridad interior:

—Mahfoud...

Él la ha interrumpido con un ladrido:

—¡Déjame!

Más tarde, cuando el chico salía del baño y se han encontrado en el

pasillo, su madre ha vuelto a caer en el error:

—¿Te pasa algo?

—¡Déjame!

La noche pasada no salió de juerga y esta mañana tampoco han tenido noticias del chico. Naima y Omar han intercambiado miradas compasivas, pero no hacen ningún comentario porque con madre no se habla nunca del alcohol ni de sus efectos. Madre piensa que el comportamiento de su hijo mayor se debe a una resaca dolorosa y agobiante. Omar, en cambio, atribuye la clausura a la experiencia de haber sido detenido e interrogado y de haber tenido que pasar una noche en el calabozo. La constatación de que Mahfoud no es tan duro ni valiente como pretende aparentar.

Al atardecer, después de rezar el Al-Ishaa, Omar toma la determinación de hablarle. Mientras rezaba, ha tenido muy presentes a los que creen que hay que reivindicar el islam a sangre y fuego, con pistolas y bombas, con violencia y crueldad. ¿Cómo pueden defender algo parecido mientras rezan a Dios Compasivo y Muy Misericordioso, y le piden que los dirija por la vía recta, la vía de los que no incurren en la ira? ¿Cómo pueden los terroristas arrodillarse y pedir la bondad, la bendición y la paz añadiendo que quieren alejarse del sacrificio del fuego? ¿O es que no rezan, quienes dicen ser tan buenos musulmanes con la espada en la mano? ¿O es que rezan sin darse cuenta de lo que dicen?

Después de pensarlo mucho, Omar abre la puerta del cuarto y, sin atravesar el umbral, habla a la penumbra y al bulto inmóvil que se distingue entre las sábanas.

—¿Mahfoud?

—¡Déjame en paz!

A pesar de que lo esperaba, el exabrupto hace que Omar se tambalee.

—Quiero hablar contigo.

—Déjame en paz.

—Mahfoud, escúchame... —Está agotando la paciencia de la fiera, y lo sabe, pero tiene que continuar hablando—. No vayas a la tertulia del viernes...

Mahfoud se mueve en la cama.

—¿Por qué no voy a ir?

—Porque te lo digo yo.

—Tú tienes que quedarte en casa, cuidando de madre.

—Tú tienes que alejarte de los iraquíes. La policía ya te ha detenido...

Iba a decir «Ya te ha detenido una vez», pero calla en seco porque su hermano pega un brinco y queda sentado en la cama. Es una sombra furibunda con los músculos en tensión. Una bestia rabiosa a punto de saltar sobre su presa.

—¿Y qué sabes tú de la policía?

—Ya te han detenido una vez, Mahfoud, y esa gente...

—¿Qué sabes tú de esa gente? ¡Di!

—¡Tanto como tú!

—¡Me denunciaste!

—No te denuncié, pero te denunciaré, si no te apartas. Prefiero que estés en la cárcel antes que muerto.

De repente, Mahfoud bracea y patalea con espectacular revuelo de la ropa de la cama, y sale catapultado hacia él. Es un felino al ataque, con garras y colmillos prestos para destrozar.

—¿Qué has dicho? ¿Qué has dicho, malnacido?

Omar da un salto atrás, al tiempo que cierra la puerta para que le sirva de escudo y oye estremecido el terrible golpe del atacante. Enseguida, una fuerza monstruosa tira de la puerta para abrirla, mientras que Omar, asustado, tiene que impedirselo con todas sus fuerzas, con ambas manos.

Mahfoud está gritando:

—¡Tú tienes que andarte con cuidado! ¡Tú! ¡Tú tienes que tener cuidado! ¿Crees que no me he dado cuenta? ¡El otro día fuiste tú quien trajo la policía al locutorio! Llegaste tú y «Sal de aquí, sal de aquí», y enseguida llegó la pasma. ¿Crees que no me he dado cuenta? ¡Y cómo preguntas, cómo miras y cómo registras mis cosas...!

Los gritos y los tirones de Mahfoud multiplican el pánico de Omar, que pierde el mundo de vista hasta que Naima los interrumpe y, con autoridad, pone las cosas en su sitio.

—¡Basta! ¿Qué hacéis? ¿Qué estáis diciendo? ¿Qué es esto?

Se congela la situación. La puerta ya no tiene vida propia, Mahfoud ya no aúlla en el interior y, en el instante siguiente, dentro del cuarto se diría que ya

no hay nadie.

Omar está llorando. Últimamente, llora mucho.

—¿Qué te pasa? —le pregunta su madre.

—Nada.

—¿Qué te pasa? ¿Qué te ha hecho?

—Nada.

No puede decirle que Mahfoud lo ha descubierto. Que su hermano sabe que trabaja como confidente para la policía.

Y que eso significa que su vida corre peligro.

Porque significa que es un chivato.

Un *mutasaleel*.

\* \* \*

El iraquí Alí Shaddad, a quien deberían cambiar el mote de *el Idiota* por el otro, más benévolo, de *el Charlatán*, hace una descripción minuciosa de la última vez que vio a Abduh Fayad, en el subterráneo de Reparaciones del Hogar, el miércoles, 20 de diciembre, por la noche.

Los compañeros de Información completan el relato elaborado a base de deducciones y suposiciones posteriores.

\* \* \*

—Reza, Abduh.

El subterráneo de la tienda de los iraquíes ha sufrido una transformación. Cualquiera que entrase imaginaría que aquí dentro se prepara algún tipo de espectáculo. Reina una atmósfera más obsesiva que hipnótica. Sonidos e imágenes para no pensar o, en todo caso, para pensar solo en una dirección.

—*Allahu Akbar. Bismillah-ir-Rahman-ir-raheem. Al 'hamdulilahi Rabbi al 'alamin...*

En las pantallas del televisor y del ordenador, imágenes de yihadistas en acción, o animando a la acción. Yihadistas pidiendo rescate por el infiel, o yihadistas decapitando al infiel que no pagó, o un yihadista predicando antes de inmolarse, hablando de la destrucción del infiel y del viaje beatífico para

encontrar la recompensa con forma de hurís en el Paraíso; o un yihadista avanzando hacia la destrucción, alejándose de la cámara en dirección al objetivo, que acaba saltando por los aires en una explosión devastadora. O el mismo Abduh («¡Mira, Abduh, ahora sales tú!») hablando a cámara con aterradora serenidad: «No me conformo únicamente con matar infieles si sé, como sé, que, además, puedo dinamitar las mismas bases del sistema. Este país, Cataluña, está al borde del abismo, malheridos todavía por la acción que nuestros hermanos llevaron a cabo el agosto pasado...».

Como fondo, creando una especie de almohada confortable para los sentidos, una música insistente y repetitiva, casi imperceptible detrás de las voces de los héroes que difunden sus proezas estimulando a Abduh para que los imite. Una música pegajosa que, potenciada por el medio miligramo de benzodiazepina que acaba de tomarse, penetra en el núcleo del cerebro, satura los nervios y bloquea todo pensamiento. El medicamento lo calmará, le quitará la angustia, evitará cualquier posibilidad de ataque de pánico.

—Reza, Abduh, reza.

—*Rahman-ir-raheem. Maliki iaum iddin. Iaca na'budu ua iaca nasta 'in. Ihdina sirata almustaqim...*

En medio de este escenario aturdidor, manteniendo perfectamente intactas sus facultades mentales, organizándolo todo como perfecto director de escena, está el imán Ihab El-Taweel concentrado en dominar, controlar y condicionar a su criatura. Va recordando a Abduh todos los fracasos y desengaños que le ha deparado la vida. La traumática separación de su familia cuando su padre lo denunció a los norteamericanos y él tuvo que huir para siempre de su país; su odisea interminable como apátrida, como mercancía de los traficantes de hombres y mujeres, como desecho humano; y por fin, cornudo y humillado por una mujer que lo denigraba en el barrio, que en el mejor de los casos lo hacía pasar por alcahuete despreciable y, la mayoría de las veces, por un mantenido incapaz de ganarse la vida por sí mismo.

—... El mundo ha sido tu enemigo: Alá te ha puesto a prueba muchas veces y en todas ellas has salido airoso. Ahora ha llegado el momento del descanso. El momento de demostrar toda tu fuerza, castigar a los que te han mortificado y conseguir tu recompensa. Tú serás el jardinero que hará florecer las rosas.

Nunca hubo persona más feliz que El-Taweel en estos momentos. Es Alá

en el trance de la creación del hombre. Él está poniendo a este títere en movimiento y dirigiéndolo hacia el gran acontecimiento.

Le entrega una vaina de cuero que contiene un cuchillo de treinta y tres centímetros de largo, hoja tipo *bowie* de lomo serrado con la inscripción «Montañés» y el dibujo de una montaña, y mango anatómico de plástico.

—El cuchillo es por si algo sale mal. Si algo impide la gran explosión, primero, úsalo contra los enemigos, mata a tantos como puedas y, si hay suerte, ellos se encargarán de enviarte al Paraíso. Si no son capaces de hacerlo, utilízalo tú para que no te cojan vivo.

Abduh se cuelga vaina y cuchillo del cinturón.

—Reza, Abduh, reza.

—*Asirata al-alladina an 'amta 'alaihim Ghairi almagddubi 'alaihim uala 'ddalin.*

Un respiro. Aquí acaba la primera sura. Abduh reza la oración Isha, porque es la última del día, pero también y sobre todo porque tiene que ser la última de su vida en la Tierra.

A las 22.00 horas, el imán abre el armario de los contadores de la luz.

—El mejor escondite —dice muy ufano—. Ningún policía vendrá a registrar aquí, sencillamente porque ya lo han hecho, y ya comprobaron que no había nada que encontrar. Cuando se produzca el gran acontecimiento, la eclosión de todas las flores, nunca se les ocurrirá buscar en este rincón de la ciudad.

Saca uno de los tres chalecos que el otro día trajeron con las baldosas. Pesa un poco porque el imán ha llenado los cuatro bolsillos con cuatro táperes llenos de cristales de una especie de sal gruesa.

—Teatepé —continúa El-Taweel. TATP—. Ve con mucho cuidado. Ni golpes ni fuego antes de la hora Hache. A los hermanos de Ripoll les estalló en las narices antes de tiempo. No tenemos que cometer el mismo error.

Uno de los vídeos que, cíclicamente, se ve en la pantalla del televisor o en el ordenador es el que grabaron los yihadistas de Ripoll rodeados de bombonas de butano, fabricando el explosivo que nunca llegaría a su objetivo.

Abduh recibe el chaleco como si fuera un objeto sagrado y, con naturalidad, lo sopesa y se lo pone.

—*Bismillah-ir-Rahman-ir-raheem. Qul hua Allahu ahad Allahu 'Samad.*

*La mialid ua la miulad ua la miakun lahu cufuan a 'had...*

Del táper que hay en el bolsillo superior derecho del chaleco, sale un cable eléctrico que tiene en su extremo un interruptor con forma de pera de aquellos que había antiguamente en la cabecera de los dormitorios.

—Ve con mucho cuidado —va diciendo el imán—. A la hora prevista, a la hora prevista en punto, ni un minuto antes ni un minuto después, a las doce en punto de la noche, solo tendrás que apretar este interruptor. Clic-clac, y será un visto y no visto. Con un parpadeo estarás en el Paraíso. Reza, Abduh, reza.

Abduh sujeta la pera con auténtica reverencia mientras introduce la mano derecha por la manga de un abrigo tres cuartos que le va un poco grande porque tiene que ocultar el chaleco y el cuchillo. No se le escapa la mirada de comprobación que El-Taweel deja caer hacia su móvil, mirada de augur que se asegura de que el poso de café dice exactamente lo que le ha parecido que decía. A lo mejor se ha limitado a consultar la hora del móvil, pero al aspirante a mártir, mientras reza, le ha parecido distinguir otra significación.

A lo mejor es ahora cuando piensa en las flores y el agua. A lo mejor piensa: «¿Y si aprieto ahora el botón?».

Cuando Abduh entra en el baño por última vez en su vida, El-Taweel se lleva a Adnan aparte y le muestra su teléfono móvil, que sujeta como si fuera un amuleto.

—De aquí depende todo —comenta, porque no puede evitar la ostentación de su astucia y responsabilidad.

—¿Tú harás detonar el explosivo? —pregunta el iraquí.

—A medianoche en punto.

—¿No te fías de tu hombre?

—Me aseguro de que las cosas salgan bien.

Una gorra de lana protegerá a Abduh del frío. Y lleva una mochila Nike para que pueda transportar en ella el último elemento imprescindible para su misión.

Un paquete de papel de estraza que contiene mil billetes de cincuenta euros.

—En el punto Pe, a la hora Hache, encontrarás a un amigo. Exactamente en el punto Pe y a la hora Hache. Ni un segundo después. Piensa que el tiempo corre y que, a las doce y un minuto, las rosas tienen que florecer y tienes que

estar en el lugar exacto para que todo salga como queremos. —Se corrige—: Como quieres.

Él mismo mete el paquete paralelepípedo en la mochila.

—*Allahu Akbar. Subhana Rabb'y-y-al-Adhiym Uabi Hamdihi. Subhana Rabb'y-y-al-Adhiym Uabi Hamdihi. Subhana Rabb'y-y-al-Adhiym Uabi Hamdihi...*

Saldrán juntos de la tienda, porque el imán debe ir a seguir el curso de la misión desde el Núcleo, donde se encuentra Alí Zarhun y quienes han financiado y hecho posible el proyecto. Fue El-Taweel quien los convenció de que podían destruir su objetivo si seguían el plan que había trazado. Nadie sospecharía que volverían a atacar cuatro meses después de la acción de las Ramblas. Cogerían desprevenido al enemigo. La policía que había tratado de neutralizarlos, ahora, estaba intervenida por el Gobierno central, más preocupada por capturar independentistas que por tomar medidas contra la yihad. Lo decían cada día los telediarios con escandalosa falta de prudencia. Era evidente que las fuerzas del orden españolas no estaban esperando otra acción.

Adnan ha pedido un taxi. Para las 22.30.

El-Taweel se ha puesto un abrigo sobre la chilaba y, disimulando su nerviosismo, sube la escalera que los lleva a la trastienda. Abduh lo sigue.

Dentro de la mano derecha sudada, el interruptor de donde sale el cable que termina clavado en el explosivo.

Alí los espera junto a la puerta de la calle.

—Ya ha llegado el taxi.

Son las 22.30. Puntualidad absoluta.

Ha empezado la cuenta atrás.

—Montemos de prisa —dice el imán—. Nadie sabe que estamos aquí, ni tú ni yo.

Para acelerar el trámite, Alí sale a la calle y les abre la puerta del taxi. El-Taweel y Abduh salen rápidamente, Abduh sube el primero a la parte trasera del vehículo, el imán a continuación. Alí cierra la puerta y corre de nuevo hacia el interior de la tienda.

El taxista es de esos charlatanes y muy animados, predispuesto a sobrevivir a una noche urbana llena de peligros. De esos que te reciben con un

«¡buenas noches, caballeros!» y que cuando les has dicho dónde quieres ir, exclaman: «¡Como las balas!». Y luego dan conversación.

—*Sami Allahu le-man hamidah. Allahu Akbar. Astaghfurlah rabbi ua atubu ilaihi...*

Desde la farola de enfrente, la cámara que envía imágenes al ordenador de Inma y José María ha captado este movimiento con absoluta nitidez.

Alerta.

—Espera. Mira esto.

Son errores que acaba cometiendo el delincuente más astuto. Hace mucho tiempo que El-Taweel sale y entra subrepticamente de la tienda y nadie le ha dicho nunca nada, y ahora, además, después de la redada y de las detenciones fallidas del pasado viernes, está convencido de que la policía los ha borrado de la lista de sospechosos. Pero no es solo eso: es el estado de trastorno y de exultación en que se encuentra el imán al acompañar a su criatura destructora hacia el destino fatal. En estos momentos, El-Taweel ni siquiera piensa en la policía.

Los agentes del piso del otro lado de la calle tampoco piensan en El-Taweel a primera vista.

Tienen que hacer las comprobaciones correspondientes.

El hombre que ha salido a abrir la puerta del taxi es Alí Shaddad, y uno de los que ha subido al taxi es Abduh Fayad. Pero el tercero... No es Adnan Shaddad. Es alguien que se parece mucho a Alí. Se parece lo bastante como para haberse hecho pasar por él en muchas ocasiones.

De momento, se da la orden de seguir al taxi que ahora se aleja hacia la calle Sant Pau. Un vehículo gris y sucio que estaba aparcado cerca arranca y va tras él. Los dos motoristas, chico y chica, que flirteaban un par de esquinas más allá, se ponen los cascos y montan en las motos.

—*Subhana Rabb 'y-y-al-Adhiym Uabi Hamdihi...*

Cuando la calle Sant Pau se encuentra con la ronda de Sant Pau, en la confluencia con el Paral·lel, el taxi encuentra un atasco. Son las 22.40. El vehículo gris y sucio que lo sigue va tres automóviles más atrás, hay muchos peatones que cruzan entre los vehículos, todo se ha detenido porque una ambulancia escandalosa con sirena y luces ha querido abrirse paso y un coche maniobrando se le ha interpuesto y el conductor de una furgoneta de reparto contribuye a la confusión gritando como si se hubiera vuelto loco.

El imán da instrucciones al mártir. En árabe, para que el taxista no los entienda:

—El hombre que te vas a encontrar en el punto Pe y a la hora Hache verás que lleva una cruz al cuello. No hagas caso: es seguidor de Alá y el profeta como tú y como yo. Es un soldado amigo infiltrado en las líneas enemigas. Le darás la recompensa y él te proporcionará el vehículo. Ahora bajarás del taxi e irás a coger el metro.

—... *Subhana Rabb 'y-y-al-Adhiym Uabi Hamdihi...*

En el maremágnum de ambulancia, furgoneta de reparto, automóviles y bicicletas y motos y carritos de minusválidos y transeúntes niños y transeúntes viejos y transeúntes hombres o mujeres obsesionados por los mensajes de sus móviles, destaca un vehículo del servicio de limpieza del ayuntamiento, pequeño, estrecho y lento, sobre todo lento.

El taxista rezonga por todo, pero especialmente por el estorbo que significan las bicicletas y ese vehículo inoportuno que, según su opinión, no tendría que estar limpiando la ciudad en estos momentos.

—¿Saben cómo llamamos los taxistas a esos cacharros? El carro de los payasos, los llamamos. ¿Saben esa clase de coches que sacan los payasos en el circo, para que se rían los niños? No me digan que no se lo recuerda.

—... *Subhana Rabb 'y-y-al-Adhiym Uabi Hamdihi.*

Abduh acaba el primer ciclo de la oración Isha.

—Reza, Abduh, reza. El siguiente ciclo. El siguiente *rakat*, como si estuviéramos en el Ramadán, rezando el Tarâwîh, que los ruegos del Tarâwîh te traerán el perdón de los pecados que hayas cometido a lo largo de tu vida.

Abduh abandona el taxi bruscamente y camina hacia la izquierda, hacia el Paral·lel. Los ocupantes del vehículo gris y sucio que los sigue, agobiados por el ir y venir de gente y vehículos, no captan ningún movimiento extraño. Será más adelante, mientras corren en dirección al puerto, cuando las motos localizarán el taxi y, al ponerse tras él, les notificarán que en aquel vehículo solo viaja un pasajero.

—No. Tiene que haber dos.

—Solo hay uno.

—Fijaos bien.

—Uno.

—¡Cago 'n la puta!

Lo notifican a la base en el mismo momento en que los directores del operativo, después de ampliar las imágenes tomadas en la puerta de la tienda de los iraquíes y compararlas con otras que recibieron de Francia y Alemania, están razonablemente seguros de que uno de los dos hombres es el imán Ihab El-Taweel.

Se parece un poco a Alí Shaddad, y en otras ocasiones tal vez los haya engañado, pero es el imán.

Gritos de victoria. Risas. *Give me five!*

Alerta máxima. Ya lo tienen. Gran excitación y sensación de triunfo.

Hasta el punto de que no dan la importancia que deberían dar a la presencia y ausencia de Abduh.

Los que persiguen al imán preguntan si tienen que detenerlo.

Tardan unos instantes en responderles.

—No, no lo detengáis. Esperaremos. Hay que saber dónde va.

Alguien apuesta a que irá a encontrarse con Alí Zarhun, el creador del Núcleo Árabe Antirracista de Nou Barris, que está junto al establecimiento comercial conocido como Suministros Balaguer.

En la rambla del Cazador.

\* \* \*

Abduh ha dejado de rezar en cuanto ha abandonado el taxi y, mezclado con el hormiguero de peatones, ha ido a buscar la estación del metro de Paral·lel y se ha introducido en ella apresuradamente.

Lleva el tique T-10 en la mano. Por los túneles laberínticos del subsuelo busca la línea verde. Es una figura cabizbaja que avanza con zancadas decididas, esquivando a los que vienen en sentido contrario.

A las 22.45, tiene que correr un poco para acceder al vagón antes de que cierre sus puertas y se lo trague, túnel allá, en dirección a Trinitat Nova.

Al dejar de rezar, puede pensar con más facilidad.

Mientras viaja agarrado a una de las barras del vagón, se siente liberado de la presión del imán y se pregunta: ¿permitirán que el gran acto de destrucción dependa de su voluntad, de su coraje, de su decisión libre?

No, el atentado no puede depender únicamente del interruptor que lleva en la manga: si a las doce en punto el objetivo no ha saltado por los aires, El-Taweel hará una llamada de móvil que activará a distancia un receptor escondido dentro de uno de los táperes de explosivos y así podrá corregir una eventual cobardía de Abduh o un fallo técnico.

Una llamada a distancia, a la hora exacta, medianoche en punto.

O antes.

Piensa: «O antes». Piensa: «Puede ser en cualquier momento. Ahora mismo».

Piensa: «No: tiene que asegurarse de que haya llegado al objetivo».

Deja el metro en la estación de Lesseps y acelera el paso por el andén.

El Punt es un callejón de Gràcia sin salida y sin tiendas, muy poco transitado. Abduh llega un minuto después de la hora Hache, a las 23.16, no era tan fácil encontrar esta calle. Casas bajas de dos o tres pisos, con una de las aceras bloqueada por los coches aparcados que no pueden maniobrar para salir de allí. Si han entrado de cara, solo podrán salir marcha atrás.

Una vez ha empezado a pensar, Abduh se siente autorizado para desconfiar un poco más. El-Taweel no le ha dicho toda la verdad. ¿En qué más puede haberle mentado?

Se le ocurre que el chaleco de los explosivos pesa poco. Con los cuatro táperes de TATP que carga, ¿bastará para provocar un cataclismo tan colosal como pretende el imán?

No. La carga que lleva encima puede hacer mucho ruido, pero no tanto daño como para satisfacer las expectativas de los terroristas. Hace falta mucho más.

Al fondo del callejón, en el rincón más oscuro, bajo dos farolas que no dan luz, espera un hombre junto a un Piaggio Porter, uno de esos vehículos eléctricos que utilizan los Servicios de Limpieza del ayuntamiento. Blanco, con el logo de la gran B azul y el letrero «BARCELONA POR EL MEDIO AMBIENTE. LIMPIEZA». De un metro y treinta y nueve centímetros de ancho, puede colarse por cualquier lugar de la ciudad, puede subir a las aceras sin molestar a los peatones y puede estacionar en doble fila sin estorbar el tránsito.

Desde el atentado de las Ramblas con una furgoneta asesina, los principales lugares monumentales y más transitados de la ciudad se han visto

protegidos por jardineras enormes o bloques muy sólidos que pretenden impedir que se repitan los hechos. El Piaggio Porter puede pasar sin dificultades entre esos obstáculos, porque hay que efectuar la limpieza tanto a un lado como al otro de la barricada. Todo está calculado. Abduh no va a encontrar ningún impedimento para llegar adonde quiera con este medio de transporte.

Al ver el vehículo, lo entiende todo. ¿Para qué necesitaría un vehículo si llevara todo el explosivo en el chaleco? Siempre sería mucho más cómodo ir a pie hasta el objetivo. Podría incluso saltar paredes e introducirse por agujeros estrechos, cosa que no podría hacer con este cochecito.

¿Qué ventaja le aportaba el trasto?

Solo podía ser una.

El hombre que lo espera, gordo y achaparrado, con camisa de cuadros abierta para mostrar la cruz de oro sobre el pecho velludo, y pantalón vaquero, tiene en la mano el mono verde de los empleados del servicio de limpieza municipal.

Abduh ya lleva el cuchillo oculto en la mano derecha. El cuchillo de treinta y tres centímetros que tiene sierra en el lomo y grabada la palabra «Montañés» en la hoja. Alarga la mano izquierda para agarrar el uniforme verde y, cuando la atención del hombre de la cruz se desvía hacia ese lado, dispara la mano derecha directa al centro del pecho, donde debe de estar el corazón.

Se estremece al notar cómo la hoja se abre paso entre las costillas, roza el esternón, y a través del arma blanca percibe la vibración del último sollozo de sorpresa, un sobresalto de muerte instantánea.

El hombre gordo y achaparrado cae de espaldas y ya no se duele del golpe en la cabeza que se da contra la pared. Le fallan las piernas, le falla todo, y queda con forma de ele, sobre el costado izquierdo, con la frente contra el pavimento, como si se arrepintiera de haber vivido.

Abduh mira dentro de la caja del vehículo de limpieza.

No hay basura, sino cinco cajas de cartón donde hay escrito «Baldosas Gres Porcelánico 20 × 20 cm» y una conocida marca de fábrica. No tiene que mirar en su interior. Sabe que encontraría la fatídica arena blanca. Si calcula que cada caja debe de pesar unos veinte kilos, aquello representaría unos cien kilos de explosivos. Ahora sí que hay la cantidad necesaria para hundir más de

un edificio monumental. La explosión de la carga del chaleco hará que exploten las cinco cajas, y eso sí que será una catástrofe para la ciudad de Barcelona y para la civilización occidental. Ríete tú de los muertos de las Ramblas en agosto pasado.

Se descuelga la mochila. Con mucha precaución, se quita el abrigo tres cuartos, controlando el interruptor dentro de la palma de su mano sudada y se desprende del chaleco de los táperes de TATP. Lo deja en el suelo como si fuera de cristal de gran valor.

Agarra el cadáver por los brazos, lo levanta y, con gran dificultad, lo arrastra hacia el Piaggio Porter, lo mete dentro y lo acomoda en el asiento del acompañante.

Pierde mucho tiempo, en esta peripecia.

Se le hacen las 23.25 y las 23.30 y no puede olvidar que dentro de media hora tiene que celebrarse la inmensa inauguración del jardín. Florecerán todas las flores y llegará el fin del mundo. Y si no lo hace Abduh, lo hará el imán.

Sube al Piaggio, junto al muerto, que cae sobre él, y le apoya la cabeza en el hombro porque el espacio es muy estrecho. Se pone a los pies la mochila cargada con un paquete de cincuenta mil euros. Decide que no se vestirá con el mono verde porque no tiene tiempo de hacerlo. De hecho, casi no le queda tiempo para hacer nada.

Las 23.35 y las 23.40.

Pone en marcha el vehículo, que avanza con exasperante lentitud.

Pasan por la zona iluminada del callejón, salen a la calle más ancha que hay al final. Por aquí ya circulan peatones. No muchos, pero alguno de vez en cuando. Y algún coche que los adelanta.

Abduh se siente ridículo al volante de esta cosa eléctrica.

El carro de los payasos.

\* \* \*

A las 00.01, cuando pasa un minuto de la medianoche, se produce una explosión formidable en un solar de la carretera del Carmel que sirve de aparcamiento de autobuses ante el Park Güell.

Durante el día, esto es un hormiguero de turistas que entran y salen del

fabuloso parque que Gaudí construyó entre 1900 y 1914, pero a estas horas es una zona sin edificios donde reina la noche y esa especie de silencio urbano compuesto por sirenas y motores lejanos. De repente, la penumbra de farolas insuficientes es borrada por un relámpago de luz cegadora, un estruendo tan inmenso como breve paraliza el barrio, la atmósfera acusa una violenta contracción, como si el puño de Dios hubiera golpeado el vientre de la Tierra, los plátanos cabecean aterrorizados mientras la ola expansiva arrastra los vehículos aparcados alejándolos del centro del descampado, y una niebla espesa y sucia como el lodo borra el mundo y oculta una intensa lluvia de grava y chatarra en medio del griterío histérico y ensordecedor de los sistemas de alarma de los coches heridos o espantados por la catástrofe. Acaso la única construcción que sufre la rotura de los cristales de las ventanas sea el Cottolengo del Padre Alegre, el edificio habitado más cercano al lugar de la deflagración.

Muchos vecinos saltan de la cama y corren a ventanas y balcones para ver qué ha pasado, pero los auténticos damnificados son los enfermos, los indigentes y las monjas hermanitas servidoras de Jesús que pernoctan en el asilo.

Los primeros mirones que han llegado se han estremecido al ver el cráter que se ha creado en medio del solar, rodeado de un montón de vehículos destrozados que forman un círculo caótico alrededor. Un montón de chatarra retorcida en medio de la cual hay un par que arden con llamaradas furibundas.

En la base del 112 se han recibido más de una treintena de llamadas. Enseguida llegan dos vehículos de la Guardia Urbana y dos de los Mossos d'Esquadra. Enseguida se oyen las sirenas de los bomberos.

Los policías delimitan con cintas un perímetro muy amplio, temerosos de nuevas explosiones.

Llegan más vehículos policiales, y ambulancias, pero nadie pisa el terreno aislado hasta que, a las 00.25, hace su aparición la furgoneta sin distintivos de los Tedax, los Técnicos Especialistas en Desactivación de Artefactos Explosivos. Se despliegan trípodes con focos para que la zona quede bien iluminada, se levantan unos altos paneles negros para ocultar sus actividades a los curiosos.

Un agente pasea con un perro alrededor del cráter.

Hacen su aparición triunfal los bomberos, con urgencias precisas y

eficaces. En cuanto saltan de los camiones, se ve clarísimo que cada cual sabe lo que tiene que hacer. Con permiso de los artificieros y del perro, que descartan la existencia de más explosivos, se ponen manos a la obra.

También se hacen notar los periodistas, las cámaras, los micros, los gritos para atraer la atención de algún responsable que haga las primeras declaraciones.

En el piso de la rambla del Cazador, debe de reinar una tensa expectación. ¿Han oído una explosión o solo se lo ha parecido porque querían oírla? En todo caso, no ha sido un estallido tan fuerte como esperaban. «¿Y esto es todo?» Las sirenas que se oyen, ¿son provocadas por el atentado o forman parte del alboroto habitual de una gran ciudad?

La atención de Alí Zarhuny y los yihadistas se vuelve inevitablemente hacia El-Taweel, que no sabe dónde mirar. «Esperad, esperad», dice. «Paciencia.» Él ya ha activado los explosivos a través del móvil. No puede hacer nada más.

Inmediatamente después de lo que él consideró el atentado frustrado de las Ramblas y Cambrils, en sus visitas al Núcleo de Nou Barris, se empeñó en convencer a Alí Zarhuny, el venerable anciano, de que tenían que cometer una nueva acción, de réplica y venganza, para reparar la vergüenza del fracaso. Los del Núcleo se resistieron. Le dijeron mil veces que el Estado Islámico los había colocado en Barcelona para que formaran la célula durmiente más importante de al-Ándalus. No estaban fichados, nunca nadie los había relacionado con ningún proceso judicial sobre terrorismo, nadie sabía nada de ellos, ni su nombre, ni sus antecedentes, ni su perfil genético; y debían permanecer así, dormidos, hasta nueva orden. Estaba previsto que la programación y el diseño de las acciones vinieran de fuera, en el momento oportuno y con un objetivo fijado desde el exterior. Pero El-Taweel insistió e insistió, hasta el punto de ridiculizarlos por pusilánimes. Los tildó de traidores y cobardes, colaboradores del sistema occidental corrupto. Dijo que, después del fracasado atentado de agosto, si no reaccionaban, siempre jamás serían considerados torpes e ineptos. Se propugnó como el agente idóneo para sacar adelante el ataque definitivo que los desgraciados de Ripoll no habían sido capaces de realizar. El mejor estratega de todos los tiempos, el que sabía más que cualquier imán de Ripoll, vendido a la policía, perro chapucero que se merecía mil veces lo que le había pasado. Prometió un desastre definitivo, de

alcance mundial, un terremoto, la destrucción total y absoluta. Y al final los había convencido, y Alí Zarhuný decidió confiar en él.

¿Y ahora?

A la 1.35, llegan coches del CNP y de la Guardia Civil. Abordan a los mandos de Mossos y, a continuación, llaman a sus jefes.

La respuesta que obtienen es unánime. Un atentado, no. Otro, no. Todo el mundo es consciente de que se ha descuidado la alerta terrorista en los últimos tiempos, como si hubieran olvidado que el país está en alerta cuatro sobre cinco desde mucho antes del atentado de agosto.

—Hay que desmentirlo. Decid que es una explosión de gas. O una bomba de la guerra civil. Que ninguno de los agentes que están ahí hable para nada de atentado.

Hacia la 1.30, ya han llegado al lugar de los hechos los agentes de Mossos de policía científica y los del Área Regional de Investigación, todos quietos, esperando la comparecencia de la comitiva judicial.

El jefe de Información del CNP se ha llevado aparte al jefe de Información de Mossos, Miquel Monrovi. Le transmite consignas que han llegado de las alturas.

—Es día de elecciones, todo está muy liado y hay que ser muy prudentes. Los de arriba piensan que no conviene que se hable de yihadismo antes de tiempo.

A las 2.00, el delegado del Gobierno ya está en su despacho, telefoneando a Madrid. Se moviliza al secretario de Estado de Seguridad. Irá a Barcelona en el primer avión. Se cabrea cuando alguien le pregunta si el ministro también va a ir. Responde:

—Si no es un atentado y no hay víctimas, el ministro no pinta nada allí. ¡Y no es un atentado! ¡No hay víctimas!

A las 2.10, advertidos por uno de los curiosos que llenan la calle, los Mossos sacan a pasear el robot, una máquina de ciencia ficción que dispone de un brazo largo acabado en una pinza y se acompaña de dos cañones para rociar con agua los paquetes sospechosos y un fusil de cartuchos para explosionar de manera controlada lo que sea demasiado peligroso. Lo dirigen por mando a distancia hacia unos contenedores que hay cincuenta metros más allá del perímetro y donde se ha detectado algo sospechoso.

Encuentran cinco cajas de cartón en el bordillo de la acera.

Están rotuladas como «Baldosas Gres Porcelánico 20 × 20 cm».

Una está abierta y muestra en su interior una bolsa de plástico llena de una especie de sal gruesa muy blanca a la luz de la farola. Si alguien la ha removido, es un milagro que no haya explotado.

—Teatepé. —TATP. Que significa triperóxido de triacetona, el explosivo preferido del Estado Islámico, el más sencillo de fabricar y el que más fácilmente estalla. Esto es una alerta roja.

La comitiva judicial llega a las 4.00. El juez de instrucción en funciones de guardia enseguida ha recibido la llamada del fiscal. Antes de que le diera tiempo de vestirse, ya tenía las consignas directas llegadas del ministerio. La situación delicada que vive el país, que está en juego la unidad de España, que tienen que saber conducir este incidente con mucha delicadeza. Ahora vienen los dos, magistrado y fiscal, muy cerca el uno del otro, acompañados del secretario y del forense, con la solemnidad que los caracteriza. Hablan con los técnicos policiales.

Dudan que sea terrorismo. Parece un accidente, en un lugar tan alejado de cualquier objetivo. Un accidente como el de Alcanar, donde providencialmente a los terroristas les estallaron en las manos los explosivos y las bombonas de butano que preparaban.

Se aseguran de que alguien ha llamado a la jueza Ana de Villalonga de la Audiencia Nacional. Dicen que ya está en camino.

Cuando ya no se lo esperaban, encuentran restos humanos. Muy troceados. Probablemente, la víctima estaba en el mismo núcleo de la explosión. Muestran al médico forense un pedazo de carne sanguinolenta enredada con un trozo de hierro retorcido.

A las 6.30, comparecen en el lugar de los hechos un par de camiones de la compañía del gas y un grupo de técnicos. Solo por figurar. Para que nadie se extrañe de que, hablando de una explosión de gas, no haya representantes de la compañía.

Continúan recogiendo restos humanos, que ponen aparte. Hay tantos que parece mentira que no los hayan visto desde el principio. Uno de los fragmentos más grandes está formado por una parte de la espalda, de la nalga derecha, un trozo de pelvis, el fémur y unas cuantas vértebras. A la nalga iba pegada la parte posterior de unos vaqueros y, en el bolsillo, se ha conservado milagrosamente un pasaporte iraquí.

Corresponde al ciudadano Abdullah Fayad.

Queda claro que el vehículo donde se transportaban los explosivos era un Piaggio Porter del servicio de limpieza del ayuntamiento.

A las 8.30, media hora después de que hayan abierto los colegios electorales, el secretario de Estado de Seguridad llega a la Delegación del Gobierno.

Celebrarán una reunión sin la presencia de los Mossos, donde se hablará claro, como no volverán a permitírsele en el resto del día. No hace falta ni mencionar que el cuerpo policial de los Mossos está intervenido y su jefe ha sido depuesto en virtud del artículo 155 con que el Gobierno central ha castigado las veleidades independentistas de la Generalitat.

—La principal consigna para afrontar esta crisis es la prudencia. Tenemos que ser conscientes de que está en juego la unidad de España y que, con un poco de suerte, las elecciones del día de hoy tienen que corregir las chapuzas cometidas hasta ahora y han de poner las cosas en su sitio. No podemos permitir que un atentado trastorne el resultado de estas elecciones. —Todos tienen presentes aquellos comicios del 2004, que el partido en el poder perdió porque se emperró en atribuir el atentado de Atocha del 11 de marzo a ETA en lugar de al terrorismo yihadista. No tienen que complicarse la vida sugiriendo la posibilidad de terrorismo separatista, ni Terra Lliure ni CDR. No hay que repetir errores.

—Y no podemos permitir que los Mossos se vuelvan a colgar una medalla en un caso como este.

En el avión, el secretario de Estado ha coincidido con la magistrada Ana de Villalonga, pero ella ha declinado asistir a la reunión de políticos para trasladarse directamente al lugar de los hechos.

Allí, el jefe de Información de Mossos Monrovi la informa de que ya pueden asegurar que la explosión está relacionada con la Operación Diógenes. En los restos mortales de la única víctima, han encontrado el pasaporte a nombre de uno de los iraquíes implicados.

Tienen localizado al imán El-Taweel. Dos unidades de intervención y una veintena de agentes rodean los dos domicilios, la Rama Nou Barris y la Rama Raval. Todo a punto para el ataque. Solo esperan las órdenes judiciales.

—Pues tendrán que esperar. —Será la consigna que se repetirá incansablemente a lo largo del día—. Como mínimo, hasta que cierren los

colegios electorales, esta tarde a las ocho.

A las 10.00, se celebra la cumbre en que participan el delegado del Gobierno, el secretario de Estado de Seguridad y representantes de todos los cuerpos de seguridad del Estado, ahora sí incluyendo a un representante de los Mossos.

Después de una exposición impecable del estado de las cosas a cargo de Monrovi, lo único que obtiene es una respuesta automática y ajena a toda la disertación:

—Si lo tienen todo a punto y tan controlado como dice, estoy seguro de que podrán esperar a las ocho de la noche antes de iniciar cualquier operativo. Y entonces lo harán con la máxima discreción. Y con la supervisión de mandos del Cuerpo Nacional de Policía y de la Guardia Civil. Nunca antes de las veinte horas y cinco minutos, cuando cierren los colegios electorales.

Cuando Monrovi se incorpora de nuevo a su despacho de la Central Egara, lo informan de que las cosas han variado un poco.

Empiezan a surgir dudas respecto a que el muerto sea quien creían.

La víctima no traía ceñido el chaleco o el cinturón de explosivos porque, de haber sido así, no se habría salvado el bolsillo trasero de los vaqueros donde han encontrado el pasaporte. Más bien parecería que el conductor del Piaggio llevaba la carga en el regazo, entre su cuerpo y el volante, y con las manos puestas encima, como si alguien hubiera procurado que no quedara ni rastro del rostro ni de las manos ni de sus huellas dactilares. El mismo cuerpo de la víctima hizo de pantalla y permitió que el pasaporte se mantuviera intacto. Como si alguien tratara de convencerlos de que el muerto es Abdullah Fayad pero no lo fuera.

Puede tratarse del empleado del servicio de limpieza Valentín Prados, a quien el día antes habían adjudicado el Piaggio Porter que falta del almacén municipal de la calle Santa Perpètua. Este hombre anoche no fue a dormir a su casa, y esta mañana no ha ido a trabajar, pero no es musulmán, ni yihadista, ni se le conoce ningún antecedente delictivo. Eso haría dudar de que se encuentran ante un hecho de terrorismo si no fuera porque el explosivo encontrado en el lugar de los hechos era TATP, y eso apunta directamente al Estado Islámico, y significa que, al menos, había la intención y la voluntad de atentar.

Tendrán la respuesta a todas las cuestiones cuando detengan a El-Taweel y a

Alí Zarhuny. Entretanto, la Operación Diógenes debe permanecer paralizada hasta que cierren los colegios electorales, a las 20.00.

# IX

## MENSAJES

Desde que Ortuño recibió la paliza, tiene un comportamiento extraño. No es que hasta ese momento fuera muy comunicativo, pero ahora, además, parece que esté obsesionado con algunos pensamientos tenebrosos que lo alejan del mundo y que lo atormentan. Habla solo y mira a los rincones de las habitaciones como si esperara ver alguna rata muerta.

Charo lo espía porque está preocupada; porque, aunque no le gusta nada la vida que llevan, le da muchísimo miedo cualquier cosa que pueda cambiarla. Le angustia la posibilidad de que su marido se haya metido en algún lío sucio y peligroso.

Esta mañana, el teléfono los despierta a las 8.30, demasiado temprano para un convaleciente que apenas puede andar. Suena y suena en el estudio, lejos del dormitorio. Quienes saben aseguran que es muy malo cargar el móvil cerca de donde duermes. Provoca cáncer o algo así.

Ortuño ha ido a responder, cojeando por el corredor, lentamente y dolorido, pero no tan lentamente y dolorido como ayer. Ayer, Charo lo vio desnudo y los colores de la piel de su espalda le hicieron pensar en un reptil que estuviera mutando en humano, o en una persona que estuviera transformándose en reptil.

La esposa escucha la conversación, consciente de que no lo va a entender todo, pero confiando en que obtendrá algún dato que le aclare cuál es el follón que trastorna a su hombre.

—¿Sí? —Deben de preguntarle si lo han despertado porque gruñe la respuesta que siempre tiene preparada para estos casos—: No te importa. —

Le preguntan si sabe lo que ha pasado—. ¿Qué ha pasado? —Se lo dicen. Y él replica—: ¿Mi moro? ¿Qué coño le pasa a mi moro? —Le dicen lo que le pasa y se despierta del todo—. ¿Atentado terrorista? Pero ¿qué dices? —Va repitiendo las palabras del otro—. ¿En el Park Güell? ¿Una explosión de la hostia? ¿Y el tío? ¿Cómo que ha volado? ¿Volado? ¿Abduh? ¿Se ha inmolido? ¿Con las vírgenes del Paraíso? Pero ¿qué estás diciendo? ¿Que Abduh Fayad se ha suicidado? ¿Que ha cometido un atentado terrorista?

Después, el interlocutor le dice cosas desagradables, cosas que hacen que Ortuño enmudezca y se tambalee y busque la seguridad del sillón giratorio. Y cierre los ojos.

—Espera, espera...

—No, no —le dice Morrajo—. Espera tú, sentado tienes que esperar, porque seguro que te cita el juez, a ti y a tu contraformista, porque muy probablemente le hicisteis el juego, ¿entiendes lo que te digo? Al moro, quiero decir. Seguro que os enredó y fuisteis cómplices necesarios en este atentado. Solo quería avisarte para que estés prevenido...

—Pero, Morrajo, espera... —casi gimotea Ortuño.

—Ah, y otra cosa. Un consejo. Deja ya ese juego de confidentes y de terrorismo y todas estas cosas, que te van grandes. Déjasele a los polis de verdad, ¿estamos? Que cuando das de ti, pierde dinero la empresa, ¿te enteras?

—¿Qué coño estás diciendo?...

Morrajo ya ha colgado. Ortuño deja caer la mano del móvil a lo largo del cuerpo, como si el aparato de pronto pesara demasiado, y cierra los ojos y se frota la cara con la izquierda escayolada.

Dice en voz alta «no», y niega con la cabeza mientras se traslada al lavabo diciendo que no, que no, que no, que no puede ser.

No quiere creer que Abduh Fayad sea un terrorista y haya muerto; no quiere creerlo y no lo va a creer mientras mea sangre con un escalofrío de grima. No lo va a creer, y no por ninguna clase de intuición prodigiosa, ni por su veteranía policial. No lo va a creer porque no le da la gana, porque Abduh es el único vínculo que lo mantiene unido a Leire. Sin Abduh, ya no tendrá ninguna oportunidad de volver a ver a la cantante. Si lo que le ha dicho Morrajo es verdad, nunca más podrá recuperar su relación con Leire.

—No —va diciendo—. No, no, no. No puede ser.

Y, para que no pueda ser, para reforzar el vínculo e impedir que se rompa, la llama inmediatamente.

El teléfono zumba como una serpiente irritada sobre la mesilla de noche.

Leire no contesta.

Alarga la mano, lo busca a tientas, lo coge y mira la pantalla con ojos pequeños de sueño y disgusto.

Es Ortuño.

Aprieta el icono rojo para rechazar la llamada, hace una mueca que significa «hijoputa», y se deja caer en la cama de sábanas arrugadas, panza arriba. La buena noticia es la hora. Cerca de las nueve de la mañana. Por fin, ha dormido toda la noche de un tirón, sin pesadillas ni llantos.

Quiere creer que esto significa que ha superado el trauma. Se dice que hoy a lo mejor ya podrá llamar a los músicos y notificarles que ya no tiene fiebre y que pueden ensayar.

Le da pereza y gandulea. Lo que pasa realmente es que siente vergüenza. Aunque no sepan nada, aunque no piense explicarles nada, le avergüenza relacionarse con la gente, como si nada hubiera ocurrido, después de haber sufrido un ataque como el que sufrió.

Vuelve a repetir «hijo de puta», ahora con todas las sílabas, y murmura: «Tengo que levantarme, que ya es tarde». Salta de la cama, se mete en el cuarto de baño, mira a los ojos a la mujer del espejo para transmitirle confianza, para que olvide el pasado, como si la perdonara, y se ducha, muy limpia, muy limpia, frotando con fuerza para borrar el pasado.

Las tertulias de radio y televisión hablan de las elecciones que se celebran hoy.

Se observa una grieta en la unidad de los partidos independentistas y eso da esperanzas a sus rivales. El hecho de que unos líderes independentistas estén en la cárcel y otros se hayan exiliado en Bélgica, hace que unos empiecen a aflojar en sus exigencias y los otros continúen envalentonados pero aislados. Los partidos llamados *unionistas*, en cambio, están más fuertes y agresivos que nunca y ven la victoria al alcance de la mano. Ha sido una campaña exaltada y polémica, irregular, llena de amenazas de represalias por parte del Gobierno central y de silencios despavoridos por parte de los secesionistas. Hoy, la expectación y el suspense vibran en el aire. No queda espacio para hablar de una explosión de gas sin víctimas.

Únicamente en la tertulia de un canal de los que retransmiten para toda España, un periodista ha hecho un inciso «para referirnos a otras cosas que también suceden en este país, que no todo son elecciones catalanas», y ha mencionado una «extraña explosión de gas en el barrio del Carmel de Barcelona», que «podría no ser de gas» y que «igual nos va a dar tema de conversación en los próximos días...».

No se lo han tomado en serio. Alguien se ha reído ruidosamente y ha comentado: «Solo faltaría ahora otro numerito de yihadistas», y el primero, un poco ofendido, ha puntualizado que tal vez los yihadistas no, pero sí un movimiento separatista terrorista, y el conductor de la tertulia, paralizado, le ha tomado la palabra para aceptar que, efectivamente, tenían constancia de una explosión, pero que había sido un incidente sin importancia, una bolsa de gas debajo de un parking que no había producido ninguna víctima. La noticia ha quedado ilustrada con la imagen fija de un paisaje nocturno con una multitud en medio de la cual destacaba con nitidez un camión de la compañía del gas. Enseguida habían pasado al tema que realmente interesaba a los telespectadores, y que eran las elecciones catalanas. La voz del tertuliano inoportuno queda ahogada por las expectativas que desvela el espectáculo de la política.

En su casa, Leire no ha dado ninguna importancia al comentario de la explosión. Ella es una telespectadora distraída, que mira la pantalla de reojo y escucha o no escucha mientras se viste, y pone una lavadora, y limpia platos y ollas, y ordena la cocina y la sala de estar, que durante estos días funestos se han visto revueltas por el caos.

En el maniquí, se ve a sí misma, indolente, sexi, risueña, y se pregunta de qué coño se estará riendo, como si le hubiera salido una hermana gemela frívola y estúpida, y se le hace un nudo en la garganta porque no se concede ningún derecho a la broma y a la diversión. Para castigarse, arranca de un manotazo la peluca caoba; y de buena gana le hubiera soltado un buen tortazo a su doble. Ha vuelto la imagen de un Ortuño feroz penetrándola, se le han llenado los ojos de lágrimas, y el día se ha ido a la mierda.

Se acaban de abrir los colegios electorales y todo el mundo está pendiente de la asistencia de los ciudadanos a las urnas. Estas elecciones han sido impuestas por el Gobierno central a la sombra de esa especie de estado de excepción del artículo 155 y algunos independentistas han dicho que no había

que ir a votar. La abstención podría dar la victoria a la derecha unionista y cambiar radicalmente la situación política del país. ¿Qué han dicho, de una explosión?

A media mañana, Ortuño ha salido de rehabilitación y se ha forzado a volver a casa caminando. El Centro de Atención Primaria no está lejos de su domicilio. Es un paseo.

A pesar de que aún le falla la rodilla y tiene que apoyarse en la muleta, procura andar deprisa y con la espalda erguida, como si no la necesitara.

Sus pensamientos están ocupados por la necesidad imperiosa de hablar con Leire, y la necesidad se confunde con urgencia y la urgencia, para un policía, normalmente significa peligro. A estas horas del mediodía, mientras Ortuño cojea hacia su casa, congestionado y furioso, es cuando se le ocurre por primera vez la idea de salvar a Leire. Todavía no sabe de qué ni cómo, pero le entra prisa por llegar a casa y buscar la Star 30M 9 mm en el cajón donde reposa, y la sobaquera que le copió a Alain Delon.

Es lo primero que hará después del esfuerzo de abrir y cerrar las puertas del ascensor, que es de esos antiguos, con la maquinaria y sistemas de seguridad puestos al día pero de estructura y puertas de madera y cristal. Y ahora abre los batientes exteriores, con el estorbo de la muleta y de la férula que le entorpece la mano izquierda, y ahora abre las puertas de dentro, y entra, y las cierra todas, la de fuera, las de dentro, cambiándose la muleta de mano con la férula a la izquierda, y cagándose en todo. Luego busca las llaves de casa y abre la puerta. Se deja sorprender por el grito cariñoso de Charo, porque no está acostumbrado: «Hola, ¿cómo te ha ido?». «¡Bien!», y corre a su estudio para abrir el cajón y empuñar la pistola.

Una vez se ha sentado en la butaca y se ha tranquilizado un poco, se dedica con ansia a la otra idea que se le ha ocurrido.

Los poemas del moro.

Lo reclaman como si tuvieran voz propia.

Deja pistola y funda sobre el escritorio y hace el esfuerzo de levantarse para ir a buscarlos.

Recuerda que los cogió intuitivamente, los arrugó y se los metió en el bolsillo sin propósito alguno, pero ahora cree que deben de tener un significado. Son la voz de Abduh Fayad, son sus pensamientos, es el mensaje que dejó tras él.

Se los metió en el bolsillo del pantalón del traje gris de rayitas, el de la boda de su sobrino, y mientras lo busca en el armario, Charo le pregunta: «¿Qué buscas?», pero él no responde, solo piensa que, si lo puso a lavar y la lavadora le ha destrozado los dibujos, ahora mismo le va a partir la cara. Pero Charo no puso a lavar el pantalón y ahí están los papeles arrugados en el bolsillo. Los toma como un tesoro secreto y, ocultándolos en el puño derecho, se traslada al estudio.

Ocupa el sillón, aparta el teclado del ordenador y, en su lugar, pone los tres papeles.

Los alisa.

Dibujos infantiles de colorines. En una hoja cuadriculada, un muñeco de cabellos amarillos y erizados, ojos de loco y risa excesiva con hilera de dientes donde falta uno que es como una tecla negra.

Debajo, con letra de palo:

*El Espantapájaros es un esqueleto de mentira,  
de huesos de madera,  
que da miedo en broma,  
como el caracol que se esconde en casa  
y se convierte en piedra muerta,  
muerto de ida y vuelta,  
la seguridad que confiere  
negarte a ti mismo.*

En otra hoja, una especie de robot descoyuntado con un embudo por sombrero, cuerpo de barril; brazos y piernas como tuberías de chimenea.

*Hombre de Lata sin corazón,  
resistente, invulnerable,  
fuerte porque está muerto,  
muerto porque no tiene corazón...*

Un león amarillo que, más que cobarde, parece una gata desconsolada y llorona que araña el aire como si quisiera huir en dirección al cielo.

*La vida es un acto de cobardía.*

*El León Cobarde  
tiene miedo del miedo,  
y para huir,  
se pone bajo las faldas  
de la Muerte.  
La Muerte lo protege  
y lo conserva vivo.*

El primer diagnóstico que se le ocurre a Ortuño es la locura absoluta. ¿Es posible que el hombre que ha escrito esto sea un terrorista? ¡Claro que sí, sin duda! ¿Un terrorista suicida? Sin ninguna clase de duda: todo el rato habla de la muerte, de convertirse en piedra muerta, de negarse a sí mismo, de ser fuerte cuando se está muerto, de ponerse bajo las faldas y bajo la protección de la Muerte.

Es el canto al suicidio de un muerto viviente.

\* \* \*

Omar está en la tienda, ayudando a Muhammad a trasladar unas cajas de un lado para otro, cuando suena su móvil.

—Un momento —dice. Se vuelve de espaldas y habla mientras el dueño de la carnicería continúa trabajando solo—. ¿Sí?

—¿Omar?

—¿Sí?

—Pilarín.

Lo desconcierta oír aquella voz. Es la primera vez que Pilarín lo llama. Dedicar una señal y una sonrisa a Muhammad y sale a la calle para hablar con tranquilidad.

—¿Sí? —con todas sus antenas alerta.

—Antes de las diecinueve horas tienes que estar en el piso. No quiero que andes por la calle.

Los confidentes y sus controladores terminan hablando un idioma propio que necesita pocas palabras. Omar entiende que hay una emergencia. Si fuera una amenaza por parte de los yihadistas, le habrían dicho que no se moviera de sitio y que se mantuviera a la defensiva mientras iban a buscarlo. Muy

probablemente, ni siquiera lo habrían llamado y habrían ido a protegerlo inmediatamente. Cabe deducir, pues, que se trata de una movida policial, un despliegue que sucederá después de las diecinueve horas. Piensa en la gran redada y supone que Pilarín quiere ahorrarse el trago de ser detenido por segunda vez en pocos días.

Es una gran noticia. Casi una prueba de amor. Pilarín lo salva. Ayer, antes de dormir, Omar decidió que, el Día de los Enamorados, le regalaría a Pilarín una pequeña joya que ha visto en el barrio, un collar, nada, una cadenita y un colgante asequible para sus posibilidades. Pero tan poca cosa que tiene que añadirle un toque más personal. Y en las vueltas y vueltas del insomnio, se le ocurrió adjuntar un poema, escrito en árabe para que Pilarín tenga que descifrarlo. Una sura del Corán, de las que hablan de paz y amor.

La llamada de Pilarín, no obstante, también contiene una pésima noticia.

Y es que, si hoy es la gran redada, la batalla final de la Operación Diógenes, mañana se dará por terminada su relación con Pilarín. Y todavía faltan muchos días para San Valentín.

—¿Significa que hemos llegado al final?

—Sí.

—¿Diógenes ha encontrado al hombre?

—Sí.

—¿Y está a punto de caer mucha gente?

—Sí.

—¿Mi hermano?

Son muy malas noticias.

Pilarín tarda en responder y, dentro de la tienda, Muhammad protesta con gesto de impaciencia:

—¡Vamos, que es para hoy!

Finalmente, Pilarín responde.

—Ya hablaremos de tu hermano.

—¿Y mi madre?

—No, por tu madre no tienes que preocuparte.

«Por tu madre no tienes que preocuparte» significa que por su hermano sí tiene que preocuparse.

Se termina la conversación. Muhammad reclama su presencia y Omar

corre a su lado.

Tienen trabajo al menos para un par de horas más, al final de las cuales Omar pretexta que tiene que ir a votar.

El carnicero lo mira a punto de recriminárselo, como si pensara que es un absurdo que su empleado se meta en temas políticos que no son de su incumbencia, pero su mujer y sus hijos también han ido a votar y la discusión ya la ha tenido a mediodía. Reprimiendo la protesta, dice a Omar que puede ir a votar y que hoy ya no hace falta que vuelva, hasta mañana.

El caso es que Omar va a votar de verdad. Y cuando sale del colegio electoral, busca en la agenda del móvil, presiona la pantalla y espera.

—¿Mamá? Soy Omar.

—¿Qué hay?

—¿Mahfoud está en casa?

—Sí.

—No le digas nada de esta llamada.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—No levantes la voz. Haz como si nada. Que no te oiga.

—Me estás asustando. —La madre ha bajado la voz.

—No te asustes. Todo está controlado. Pero tendrías que ir a la comisaría de policía...

—¿Qué?

—Escucha. Comisaría de policía del carrer Nou. Te estaré esperando allí. Pregunta por mí a los policías de la puerta. ¿De acuerdo?

Es una mentira necesaria para mantenerla alejada de casa. No conviene que asista al encuentro de sus dos hijos.

—Pero ¿por qué? ¿Qué haces en una comisaría?

—Tú haz lo que te digo. No te asustes. Todo está controlado. Todo es normal.

—Pero no puedes dejarme así. Tienes que decirme...

—No hagas más preguntas y no grites. Haz lo que te he dicho. ¿Lo tienes claro?

—No me gusta, Omar...

—Te he preguntado: ¿lo tienes claro, mamá?

—Sí.

—Pues hazlo.

\* \* \*

Ortuño abre los ojos para salir de una siesta en que no sabe si ha soñado o si las imágenes que lo agobian son resultado de haber continuado dando vueltas a los poemas de Abdullah Fayad.

Se levanta de la cama y se mueve por la casa, del dormitorio al lavabo, del lavabo a la cocina para hacerse un café, de la cocina al estudio donde lo esperan los dibujitos infantiles del moro, con la sensación de que está solo en el piso.

Se sienta en la butaca giratoria, ante los garabatos de colores, y frunce el ceño como Champollion ante la piedra Rosetta.

¿«Muerto de ida y vuelta»? ¿Qué significa «muerto de ida y vuelta»? De la muerte no se vuelve. ¿O sí? En todo caso, el que vuelve de la muerte no está muerto.

No está muerto, como el Espantapájaros, «esqueleto de mentira, que da miedo en broma», que no es un esqueleto, no da miedo de verdad, no es la Muerte. O el Hombre de Lata, «fuerte porque está muerto»; ¿fuerte porque está muerto? O como el León Cobarde, que «se pone bajo las faldas de la Muerte», o sea, que la Muerte lo protege y así se «conserva vivo». Se «conserva vivo» quiere decir que no está muerto. «Como el caracol que se esconde en su casa y se convierte en piedra muerta», pero solo parece que sea una «piedra muerta». No es ni piedra ni muerta. Es el caracol que se esconde y se siente «fuerte porque está muerto», con «la seguridad que confiere la negación de ti mismo».

¿La seguridad de fingir que estás muerto? Si estás muerto, nadie te busca.

No puede ser.

Ortuño no se lo puede creer.

¿Es tan evidente como le parece o solo está viendo lo que quiere ver?

Confuso como un espantapájaros que no da miedo, entumecido por el dolor como un hombre de lata e inquieto como un león feroz que tiene que huir del cazador, Ortuño permanece un buen rato ante los tres poemas garabateados, tratando de encontrarles otros significados imposibles.

Después de un rato de preguntarse a quién puede llamar, a quién puede

llamar, a quién puede llamar, se decide a pulsar un nombre en el móvil.

Morrajo tarda en contestar, como si hubiera estado mirando la pantalla, indeciso, y al final le hiciera un favor. Con voz de inmensa condescendencia:

—¿Qué pasa, Ortuño?

—¿Hay novedades, de eso de la explosión?

—No sé. ¿Qué quieres? —Tono de no me toques los cojones.

—¿Estáis seguros de que el terrorista era mi moro?

Pausa. Recelo.

—¿Por qué lo preguntas?

El recelo es mutuo.

—Porque me parece que no. Me parece que nos lo quiere hacer creer, pero no es él.

Más pausa. Como si no lo pillara por sorpresa. Pero Morrajo no contesta. Circunloquios. No te va a decir nada si no obtiene nada a cambio.

—¿Y por qué te lo parece? ¿De dónde lo sacas?

Ortuño suspira. No piensa decirle de dónde lo ha sacado. No piensa hablarle de poemas infantiles.

—Porque lo conozco —asegura, muy profesional—. Es mi confidente. Es muy capaz de montar algo así.

—Pero ¿has sabido algo? —Quiere decir: «No me vengas con hostias»—. ¿Tienes nuevas informaciones?

—No. Solo le he estado dando vueltas y no puedo creer que se haya inmolado, solo eso.

Morrajo continúa buscando explicaciones escondidas.

—¿Has hablado con él, a lo largo del día de hoy?

—No he hablado con él, no. Llámalo «intuición policial».

—Tú no has tenido intuición policial en tu vida.

—Y tú eres un hijo de puta. ¿Quieres contestar de una vez a mi pregunta? ¿Estáis seguros de que era Abduh Fayad al cien por cien?, ¿sí o no? ¿O tengo que llamar a alguien que esté mejor informado que tú?

La impaciencia y el tono de voz equivalen a un enérgico empujón. Morrajo afloja:

—Bueno, el hombre ha quedado hecho trizas. El pedazo más grande es la punta de su nariz.

Eso está mejor. Sumisión explícita. Respuestas concretas.

—¿Las manos? ¿Huellas dactilares?

—No. Ni hablar.

—¿La cabeza?

—Ni un pelo.

—¿Le tomasteis una muestra de ADN, a Fayad, cuando lo detuvisteis?

—Supongo que sí. Pero, en todo caso, no somos nosotros quienes llevamos el tema de la explosión. Son los Mossos.

—No es Abduh.

—Muy bien. Pues los Mossos, que son tan listos, lo averiguarán enseguida.

Antes de cortar la comunicación, Ortuño habla más para sí mismo que para el compañero:

—Ha fingido su muerte.

Se queda hundido en el sillón, con respiración intensa y visible, tan nervioso como para hacer el esfuerzo de levantarse e ir apoyándose de mueble en mueble hasta el armario donde guarda el coñac, y servirse una copa y regresar al asiento, despacio, abstraído, consciente de que está a punto de llegar a una conclusión trascendental.

—Abduh ha fingido su muerte. Ha querido hacer creer que está muerto. ¿Por qué habría hecho algo semejante?

Ortuño, obsesionado por los poemas de Abduh:

No está muerto. Lo finge. Pero ¿por qué lo habría hecho?

Solo es capaz de encontrar un motivo plausible. Es un moro y los sorprendió follando, a Leire y a él. Tiene que sentirse frustrado, humillado, dependiente de una mujer brillante, increíble, magnífica, que canta y baila y se exhibe y coquetea, una mujer muy superior a él, que se lo paga todo, que se encarga de conseguirle los papeles... y le pone los cuernos. Abduh debe de tener la moral por los suelos, tiene que estar desesperado. Si ha hecho lo que ha hecho —sea lo que sea— solo puede ser para vengarse de la cantante. Es un ataque de cuernos.

Para Ortuño no hay otra respuesta posible. Pero le angustia tanto que la descarta y vuelve a formular la pregunta buscando nuevas posibilidades. Y desemboca sistemáticamente en la única explicación que lo convence.

—Abduh ha fingido su muerte para matar a Leire sin que nadie sospeche

de él.

Para matar a Leire sin que nadie sospeche de él.

¿Qué otro motivo iba a tener, si no?

Leire ya no lo quería, Abduh la sorprendió follando con otro. Es un iraquí violento. Quiere matarla. No cabe ninguna otra explicación.

Y si Abduh quiere matar a Leire, el destino está dando a Ortuño la maravillosa, milagrosa, formidable oportunidad de salvarla.

Llama a Leire.

El sonido del móvil parece que la devuelve a la vida.

Suspira con un sollozo tembloroso, sorbe por la nariz, se limpia las lágrimas con el índice y el pulgar haciendo pinza. En el televisor todavía no dan los resultados provisionales de las elecciones y ella ha vuelto a naufragar en un mar de rabia y desaliento.

En la pantalla del móvil, el nombre de Ortuño.

«Hijo de puta.»

Ortuño habla con el contestador.

—Soy Santi, Santi Ortuño. No cuelgues. Escúchame. Es cosa de vida o muerte. Abduh está vivo. No hagas caso de lo que te digan. Está vivo y estoy seguro de que te quiere matar. ¿Lo entiendes? Te quiere matar. Estoy seguro.

En cuanto interrumpe la comunicación, entiende que Leire nunca va a escuchar este mensaje. No quiere saber nada de él. Iluminado por una inspiración divina, opta por el WhatsApp. Se le ocurre que nadie puede resistirse a un *whatsapp*.

Escribe: «Lee esto. Solo quiero ayudarte. Estás en peligro. No abras la puerta a Abduh. Te quiere matar».

Pulsa el triángulo inscrito en el círculo verde y, en el instante siguiente, sabe que con esto tampoco bastará.

Leire se está preparando un té en la cocina cuando entra un *whatsapp*.

De Ortuño.

El inicio del mensaje, único fragmento que se puede ver en la pantalla, dice: «Lee esto. Solo quiero ayudarte».

Leire no piensa leer nada. No acepta ninguna ayuda del hijo de puta.

No hace caso.

A la mierda.

Como si no se estuviera muriendo de ganas, como si tuviera que someterse a un sacrificio insoportable, Ortuño acepta a regañadientes que tendrá que ir a encontrarse con Leire en persona. A su casa. Cara a cara. Solo de esta manera podrá salvar su vida.

Sobre el escritorio lo están esperando la Star 30M 9 mm y la sobaquera.

Mientras se cuelga la funda bajo el brazo, con cuidado de no hacerse daño en el dedo de la férula, se abre la puerta del estudio y entra Charo.

Párpados a media asta, la boca torcida, ha empezado con el vino durante la comida y el anís del carajillo y copichuelas irresistibles de una sobremesa contemplativa de programas de tele sin argumento ni sentido, y ahora ya viene borracha del todo. Lo primero que ve al entrar es la pistola, pero hace un esfuerzo por ignorarla porque su ebriedad tiene otras prioridades.

—No —farfulla—, de verdad, Santi, perdona, de verdad, quiero hablar contigo un poco...

—Ahora no puedo —murmura Ortuño con su atención concentrada en incrustar el cargador en la culata y montar el arma para asegurarse de que haya una bala en la recámara.

—Santi, una cosa que quiero decirte, no, de verdad, ahora sí...

—Perdona, Charo, pero tengo que irme.

—Si hubiera hecho aquello de los tríos que me pedías, ¿me habrías encontrado más atractiva? ¿Más sexi?

Ortuño no se toma la molestia ni de entender la cuestión.

—... Aquello de follarme al comisario para que te trasladaran a la UDYCO. ¿Me habrías querido más?

Empuja a su mujer para que lo deje pasar y sale de su estudio y del apartamento huyendo para cumplir la misión más importante de su vida.

Sale a la calle cojeando de manera grotesca, saltando como un mono animado, apoyando su humanidad en la muleta y pataleando en el aire como un payaso sin recursos. Avanza hasta el paseo de Sant Joan, buscando un taxi, porque por su calle no pasa nunca ninguno. Y se desespera cuando comprueba que no pasan taxis, y no pasan taxis, y no pasan taxis.

Una luz verde de taxi libre se abre paso entre los faros deslumbrantes del río de vehículos que bajan desde la plaza de Joanic.

Ortuño levanta la muleta, la mueve en el aire de manera quizás

amenazante, como queriendo decir que, si el conductor no se detiene, le va a destrozar a golpes los cristales del coche.

Monta en él apresuradamente, con miedo de hacerse daño en el dedo de la férula, y anuncia la dirección del Bloque Nuevo del Raval donde vive la cantante que se hace llamar Sandunga.

—Deprisa —añade—. Deprisa, deprisa. Es una emergencia.

Cuidará que el conductor lo lleve por el camino más corto y más rápido.

\* \* \*

Omar vigila de lejos, disimulado detrás de un árbol de la plaza, y ve que Naima, su madre, sale a la calle, acelerada y visiblemente angustiada. Cuando desaparece detrás de la primera esquina, camino de la calle Sant Pau, el muchacho se pone en movimiento.

Antes, su madre le ha dicho que Mahfoud estaba en casa.

Entra en la portería destartalada que hay junto al bar de Juanito Maderas y sube a pie, porque hace años que el ascensor no funciona. Se encarama por la escalera saltando los peldaños de dos en dos y toma aliento antes de abrir la puerta del piso.

Contaba con que Mahfoud estaría encerrado en la demencial oscuridad de su cuarto y lo sorprende oír que se mueve por la cocina con la luz encendida. Ha aprovechado que su madre salía de casa para abandonar la mazmorra y aprovisionarse —y, probablemente, para usar el baño—. Ahora aparece en el pasillo cargado con un plato de *fatayirde* la cena de ayer y una botella de agua. Se lleva un susto al encontrarse con la presencia del hermano.

—¿Qué coño haces aquí?

—He venido para hablar contigo.

—Déjame en paz.

Mahfoud se mete en su habitación y cierra la puerta.

Omar inspira hondo para regularizar su respiración y los latidos de su corazón. Toma una determinación.

Entra en la cocina, abre un cajón y elige el cuchillo más grande que tienen. Uno con la hoja de quince centímetros y puntiagudo. Muhammad usa uno parecido para cortar la carne en su tienda.

Tiene que tragar saliva. Sabe que se la juega, y que es una apuesta muy arriesgada.

Se dirige a la puerta cerrada.

La abre.

La bombilla que cuelga del techo está encendida y Mahfoud, sentado en la cama con la boca llena de empanada. Levanta la vista como si no pudiera creer que su hermano pequeño tenga la osadía de importunarlo.

—¿Qué quieres?

Omar mantiene el cuchillo escondido detrás de la nalga derecha.

—Tienes que venir conmigo.

—¿Qué?

—Que tienes que venir conmigo. Ahora mismo.

—¿Dónde?

—Ya te lo diré.

—Vete a la mierda.

—Vete a la mierda, no. Levántate ahora mismo y ven conmigo. Ahora mismo.

Mahfoud no se lo puede creer.

—Cuida que no te parta la cara. Lárgate de aquí.

—No, Mahfoud. Vindrás conmigo, tanto si te gusta como si no. Y más vale que vengas por las buenas.

Mahfoud está petrificado. Se le están fundiendo los plomos.

Puede ser que, en este instante de reflexión, planea saltar adelante y agarrarlo del cuello, como ha hecho tantas veces. Omar conoce bastante bien la vertiente felina y bárbara de quien tiene delante. Por eso le muestra el cuchillo. Quince centímetros de hoja brillante, afilada y puntiaguda.

Mahfoud se sobresalta.

—Pero ¿qué haces?

—Vindrás conmigo, Mahfoud. De una manera u otra. Y si no quieres venir, te haré daño. No te voy a matar, pero te haré tanto daño que tendremos que llamar a una ambulancia y nos iremos juntos al hospital.

Inmóvil y rabioso, el primogénito se pone muy colorado y se le hincha una vena del cuello.

—Pero ¿qué estás haciendo? ¿Qué coño haces? ¿De qué vas? —Y sin

pararse ni a respirar—: ¡Ya sé de qué vas, hijo de perra!

—¡No insultes a madre! —Omar se impone con un grito más fuerte aún—. Y levántate de la cama de una vez o te juro que te corto un dedo, te lo juro por mi vida. ¡Levántate de la cama!

Mahfoud se levanta lentamente, amenazante, como el tigre antes de saltar.

Omar da un paso atrás para dejar libre la puerta. Ahora están los dos hermanos en pie, cara a cara, tensos los músculos. Entre los dos, el enorme cuchillo.

—Sal.

Mahfoud todavía está pensando en arrebatarse el arma, pero un cuchillo hiere con mucha facilidad.

—Ya sé lo que estás haciendo, Omar.

\* \* \*

El taxi recorre Barcelona de arriba abajo. Cruzan una Diagonal muy congestionada. El taxista dice: «¡No puedo ir más deprisa!», sin que Ortuño haya manifestado ninguna clase de exigencia; giran hacia el centro, paseo de Gràcia, rambla de Catalunya, plaza de Catalunya, a rebotar de automóviles que no pueden ir a la velocidad que quieren.

Tienen que dar esa vuelta absurda por la calle Vergara hacia Universitat y luego Balmes para volver atrás e ir a buscar el inicio de las Ramblas. Hay coches de policía con las luces azules centelleando. Acaso un control. Sería espantoso. Le pedirían la documentación. Le harían perder tiempo. Abduh puede haberse colado ya en el piso de Leire. Ortuño se promete que, si se trata de un control policial, saltará fuera del coche y hará el resto del trayecto corriendo. O cojeando, o saltando como un payaso. Ramblas abajo. Pero no hace falta. Superan la furgoneta de luces azules intermitentes, adelantan a un autobús que casi bloquea el estrecho carril de las Ramblas, bajan hasta Sant Pau.

Ya llegan.

\* \* \*

Dicen que se ha dado una participación enorme en las elecciones de hoy, a pesar de que a lo largo del día no han cesado de circular noticias intimidatorias. Han llegado a decir que las manifestaciones de la Diada Nacional de Cataluña, tradicionales cada 11 de septiembre, forman parte del delito de rebeldía contra el Estado. Resulta sorprendente porque cada año se comenta que al final de esas manifestaciones, que son de participación millonaria, las calles quedan absolutamente limpias, como si no hubiera pasado nadie.

Leire está viendo la tele cuando le entra un nuevo *whatsapp*. Oye el tono de aviso y no puede evitar una mirada instintiva al móvil. Se está aburriendo y le gustaría poder hablar con algún amigo. Ni siquiera se le ocurre pensar que podría tratarse de Ortuño.

No es Ortuño. Son buenas noticias. El diseñador le envía el nuevo dibujo base para el vídeo.

Lo abre.

Le gusta. Sandunga Hard, más que volar, salta ágilmente por encima de los rottweilers, que ahora son rottweilers y no lobos, vestida de negro y amarillo. Es agresiva e insolente, y a Leire le gusta identificarse con ella. ¿Cómo es que esos pijos no supieron entenderlo a la primera?

Inevitablemente, se le van los ojos hacia el *whatsapp* que le ha enviado Ortuño hace un rato y ahora se siente más condescendiente. «Lee esto. Solo quiero ayudarte.»

Está segura de que será una tontería, pero lo abre:

«Lee esto. Solo quiero ayudarte. Estás en peligro. No abras la puerta a Abduh. Te quiere matar.»

Se lleva un susto y el corazón empieza a latir fuerte en su cuello. La ahoga. Como si de repente hubiera entendido que el mensaje no es ninguna tontería.

¿Abduh?

Tiene que sentarse y lo hace en el brazo del sofá. Aturdida. Quiere pensar que la advertencia no tiene el menor sentido. Ella conoce a Abduh, y sabe que es dulce y pacífico. Pero también sabe que tiene un pasado de violencia y de experiencias extremas. Conoce la fuerza de sus manos y, a veces, algún arrebatado apenas contenido.

Abduh la sorprendió en la cama con Ortuño.

Leire todavía recuerda con terror sus ojos redondos mirándola,

desorbitados y muy ofendidos. Y los iraquíes, los árabes en general, tienen la fama que tienen.

«No abras la puerta a Abduh. Te quiere matar.»

Ahora debería llamar a Ortuño para preguntarle qué mierda de mensaje es ese. Pero no lo va a llamar, claro que no lo va a llamar. Y recuerda que, antes, Ortuño ha intentado hablar con ella. Su llamada la ha sacado de la cama, donde estaba eternizándose a media tarde.

Se le ocurre la posibilidad de que le haya dejado un mensaje de voz.

Lo busca.

Escucha.

—Tiene un mensaje de voz. Recibido a las diecisiete treinta.

Y la voz de Ortuño:

—Leire, soy Santi, Santi Ortuño. No cuelgues. —Voz deformada por la urgencia y la angustia, cargada de sinceridad—. Escúchame. Es cosa de vida o muerte. Abduh está vivo. No hagas caso de lo que te digan. Está vivo y estoy seguro de que te quiere matar. ¿Lo entiendes? Te quiere matar. Estoy seguro.

¿«Abduh está vivo»?

¿Qué significa eso?

¿«No hagas caso de lo que te digan»?

¿Alguien habría tenido que decirle que Abduh estaba muerto? ¿Qué está pasando?

¿«Está vivo y estoy seguro de que te quiere matar»?

La agitación que hacía vibrar la voz de Ortuño se le contagia. Sentada en el brazo del sofá, ahora tiene la convicción de que realmente corre peligro, que sucede algo que ella ignora pero que representa una amenaza letal.

Cuando suena el polítono, suelta un grito y mira a su alrededor. De momento, no entiende de qué se trata. No sabe si es el timbre de la puerta, o el videoportero, o el móvil, o qué.

Pero está convencida de que es Abduh que quiere verla.

\* \* \*

Ortuño paga antes de llegar: «Quédese con el cambio»; no sabe ni cuánto da de más.

El resto del camino lo hace solo, abriéndose paso entre vecinos ajetreados y turistas despistados.

No observa nada de particular en el barrio porque no presta ninguna atención a los lugares por donde pasa. Solo mira adelante buscando la figura del moro, de su moro, Abduh Fayad. No se fija en Reparaciones del Hogar, que está abierta y dentro hay luz; y cuando cruza la calle no sabría decir si el locutorio de Nassib *el Moro* estaba abierto o cerrado.

Se detiene de golpe en mitad de la acera. Lo ha visto y la sangre se le ha alterado. Pasan coches entre él y el hombre que está abriendo el portal del edificio de cristal y cemento, tan moderno y limpio en medio de tanta decrepitud.

Es él. Alto y ancho de hombros, con una gorra de cuadros que oculta sus cabellos ondulados; y como está de espaldas no puede mirarlo con aquellos ojos grandes, redondos y sorprendidos que Ortuño conoce de la foto del pasaporte, pero el inspector sabe que es él, no puede ser nadie más que él.

Ortuño no cruza la calle porque pasan dos coches. No lo llama, no le da el alto, no saca la Star de la funda. Aquí no. Tiene que hacerlo arriba, en el piso, en presencia de Leire.

El hombre alto, del abrigo azul y la gorra de cuadros, entra en el vestíbulo.

Ortuño atraviesa la calzada y ya está delante del Bloque Nuevo. A través de la puerta de cristal ve que el ascensor está ocupado y al hombre de la gorra de cuadros le falta paciencia y le sobra energía para subir por las escaleras. Lo ve desaparecer hacia arriba.

No se atreve a llamar por el videoportero. Leire no le abriría.

Mira a su alrededor y no sabe qué hacer.

Sin darse cuenta, la angustia, la urgencia y la desesperación traen a su pensamiento una especie de oración y mueve los labios recitándola antes de darse cuenta de su significado.

—Leire, bonita, amor mío, ¿te han dicho alguna vez que eres irresistible?  
—Cualquiera vería en él un hombre desquiciado—. Es tu boca, o tus ojos, la manera de mirar, no sé...

\* \* \*

El ascensor está ocupado por Omar y Mahfoud.

El hermano mayor va cabizbajo, la barbilla en el pecho y una mirada asesina clavada en el ojo que el pequeño no tiene cubierto por el apósito y que mantiene el desafío sin desviarse.

Han salido del piso unidos por una sensación de peligro extremo, las manos del loco furioso cerca de la mano armada, la intuición de un ataque, una defensa, un forcejeo, un estallido de dolor y sangre que pasa, fugaz, y el instante siguiente ya es demasiado tarde.

Han bajado las escaleras, el mayor delante expuesto a la puñalada por la espalda, y han salido a la calle dejando a la izquierda el bar de Juanito Maderas y a la derecha, el bazar de tejidos de Abderramán.

Todo el rato con el discurso incontenible de resentimiento e inquina, estrangulado por la amenaza del llanto del vencido avergonzado.

—Sé que estás conchabado con la policía. ¿Te crees que no me he dado cuenta? Preguntas y preguntas, y miras y miras. Y el viernes trajiste a la policía a la puerta del locutorio de Nassib. ¿Te crees que no me di cuenta? Querías sacarme de allí, ¿por qué? ¿Para que la policía no me detuviera? Mira al hermanito pequeño, qué importancia se da... Omar el policía, Omar el chivato, el *mutasaleel*, que está por encima de Mahfoud el borracho; esa es la cuestión, ¿verdad?

—Cruza la calle. Vamos ahí enfrente, al Bloque Nuevo.

—¿Al Bloque Nuevo? ¿Qué hay en el Bloque Nuevo?

—¡Camina!

—Omar el puro, Omar el bueno, el defensor del sistema contra el hermano borracho y criminal, impuro, terrorista asesino; es eso, ¿no?

Omar lo percibe inofensivo y tierno, asustado por sus propios fantasmas, y entiende esos días de encierro obcecado en la oscuridad de su cuarto. Ve en él toda la dimensión del miedo, de la angustia que le provoca el contraste entre todo lo que se exige a sí mismo y todo lo que sus limitaciones pueden dar. Él es el primero que se desprecia por no ser capaz de hacer lo que cree que tendría que hacer.

—Pues no eres tú, el puro. Soy yo quien se sacrifica por ti, y por todo el islam. Tú estás condenado a lamer los pies de los colonialistas del sistema capitalista, de los esclavistas infieles, blasfemos y corruptos.

Han llamado al sexto piso.

—¿Pilarín? Soy Omar.

—Ah. Pasa.

—¿Pilarín? ¿Quién es Pilarín? No eres tú, el puro. Tú eres el corrupto degradado, condenado a cuidar de madre como una mujer, y agachar la cabeza, humillado como un desgraciado. —Y ahora suben en el ascensor, hacia el sexto—. Tú no me estás salvando a mí, gusano asqueroso. ¡Yo te salvé a ti! ¿Lo sabes? Yo te salvé a ti...

Se encuentran los ojos de los dos hermanos. Y dice Omar:

—Lo estoy haciendo por tu bien, Mahfoud.

Llegan al sexto. Se detiene el ascensor.

—De no ser por mí, tú ahora estarías muerto —insiste Mahfoud—. Pero no, no puedes morir porque madre te necesita...

Salen de la cabina al rellano. Pilarín los espera en la puerta del piso, con la sorpresa pintada en el rostro.

—¿Quién es? —dice Mahfoud—. ¿Esta es Pilarín? ¿Es una puta?

Omar habla con la policía.

—Es mi hermano. Tenía que traerlo. No quiero que lo detengan otra vez. No ha hecho nada. Todo lo que he hecho yo ha sido por él.

—¿Lo ves? —grita Mahfoud, hundido y a punto de llorar—. ¡Estás con la pasma! ¡Eres un puto traidor, Omar!

Querría retroceder, pero Omar lo agarra del brazo y le pincha en la espalda un poco, solo un poco, sin sangre.

—¡Vamos! ¡Entra!

Su hermano tiene una leve convulsión y cede, avanza con las piernas blandas. Pilarín se muestra desconcertada, confusa. Ante la resistencia pánica de Mahfoud, reacciona dando un paso adelante y agarrándolo del brazo libre. Su fuerza y energía y la expresión invencible arrastran al magrebí hacia el interior.

—¡No, esperad, esperad! —suplica él. Y cuando desembocan en la estancia sin decoración y amueblada como una celda, al ver a un policía uniformado, experimenta una especie de sacudida eléctrica—: *A wili*, Omar, ¿qué has hecho? ¡Qué putada me has hecho, Omar!

El mosso de uniforme suma sus fuerzas a las de la inspectora arrastrando a Mahfoud hasta el sofá, donde el chico se deja caer y se queda mirando al suelo

y retorciéndose las manos.

Pilarín desvía la vista para encontrar la mirada resuelta de Omar, que continúa hablando apresuradamente, consciente de que ha hecho algo indebido.

—Todo lo he hecho por él. Es mi hermano. Si os ayudé, fue pensando en él, para vigilar que no hiciera nada malo. Por él yo sabía que el imán estaba muy cerca, porque sentía que lo estaban pudriendo poco a poco, y teníamos que detener al imán antes de que acabaran de comérselo del todo. Y hemos llegado a tiempo. Yo respondo por él. No ha hecho nada ilegal. No es un terrorista, aunque diga cosas impropias, aunque lo parezca. No es un terrorista y no quiero que hoy vuelvan a detenerlo. Él procura por mi madre y por mí. Yo procuro por él.

Si Pilarín supiera leer en la mirada de la gente, ahora podría leer una sura de paz y amor en los ojos suplicantes de Omar.

—Dame el cuchillo —dice ella, en guardia, como si tuviera miedo de ser agredida por el fanatismo del chico—. Que me des el cuchillo.

El mosso uniformado mira a la mujer con insistencia acusadora.

—¿Qué coño significa todo esto?

Suena el zumbido del videoportero.

Nerviosa y tensa, furiosa consigo misma, Pilarín aparta la mirada, deja el cuchillo sobre la mesa y va al recibidor para abrir.

\* \* \*

—¿Leire?

En el piso, Leire se contempla, fascinada, en los ojos redondos de mirada ingenua y el corazón late muy fuerte en su garganta, como un sollozo de emoción. No quiere perder a este hombre. Sería una locura dejarlo perder.

—¡Abduh!

—Dorothy.

—¿Qué es eso de que estás vivo? ¿Por qué me dicen que estás vivo?

—No hagas caso, Dorothy, querida.

—¿Que no haga caso?

—De hecho, es como si estuviera muerto.

—Espera un momento, Abduh. Tenemos que hablar.

—Sobre todo, quiero pedirte perdón. Porque cuando El-Taweel te insultaba, yo no te defendía ni le partía la cara. Solo mantenía la mirada baja, manso y resignado, en lugar de decirle que eres la persona más maravillosa, generosa, ingeniosa, inteligente y tierna que he conocido jamás. Tengo que pedirte perdón porque, cuando me detuvo la policía, para evitar que me acusaran de terrorista, les dije que todo lo que les habíamos contado eran fantasías tuyas. Me dijeron que saldrías perjudicada, tanto si yo era terrorista como si no lo era. En el peor de los casos, serías cómplice y, si no, te acusarían de haber querido engañarles. Pero les dije que me daba igual lo que pudiera pasarte a ti...

—No te preocupes, no tienes que pedirme perdón...

—Sí, Dorothy, sí que tengo que pedirte perdón. Por eso me he puesto en contacto contigo. Renegué de ti, te abandoné en sus manos. ¿Te han molestado? ¿Te han hecho algo?

—No, no me han hecho nada. ¿Tú cómo estás?

—Estoy lejos. Esto es un adiós, Dorothy.

—¿Un adiós?

—Una despedida. La última vez que nos veremos.

—No, Abduh, quiero estar contigo. Tenemos que hablar. Soy yo quien tiene que pedirte perdón...

—No me voy por nada que tú hayas hecho...

—Sí, claro que...

—No, Dorothy. Simplemente se acabó. En la vida, hay ciclos, que empiezan y terminan. Empiezan felizmente y terminan inevitablemente...

—Abduh, pero ¿por qué...?

—Porque me voy. Nuestra historia se acabó y tengo que buscarme la vida por otro lado.

—Pero ¿qué dices? Pero ¿por qué?

—Aquel mierda de policía no me va a arreglar los papeles. Y yo ahora he conseguido dinero. Mucho dinero. Cincuenta mil euros.

—¿Cincuenta mil euros? ¿De dónde los has sacado?

—Ya te lo puedes imaginar. De donde sacamos el dinero los desgraciados como yo.

—¡Pero, Abduh! ¡No puede ser! ¡Te encontrarán! ¡Te detendrán!

—No me detendrán porque creen que estoy muerto.

—¿Que creen que...?

—No preguntes. No tenemos tiempo. Esto lo arreglará todo. Estabas amenazada, Leire. Cada vez que recibías una rosa amarilla era para mí un recordatorio de que te conocían y que estabas a su alcance. Si yo los traicionaba, te matarían. Si no hacía lo que querían, en lugar de una rosa amarilla te encontrarías con un balazo o con un cuchillo. Tú y mi familia de Bagdad. Ellos también recibían rosas amarillas. Pero ahora ya no. Ahora ya está todo solucionado. Ahora estoy muerto y no tendrán que vengarse de mí matándoos a vosotros. Y tengo dinero suficiente y un poco de margen de tiempo para desaparecer por el mundo.

—No, pero, espera, Abduh. Seguro que podemos hacerlo de otra manera...

—No hay ninguna otra manera.

—¡Espera! ¡He estado pensando!

—Hace tiempo que quieres separarte de mí, Leire.

—No, no, no. No digas eso. Muy al contrario.

—Tengo que cortar la comunicación, Leire.

—¡No!

—Solo quería darte las gracias por todo lo que has hecho por mí...

—¡No, no, no, Abduh! ¡Espera!

\* \* \*

Ortuño ha entrado en el edificio. Un vecino que volvía de pasear al perro le ha franqueado el paso sin hacer preguntas. Seguramente, se ha sorprendido al ver que este hombre atribulado de mirada huidiza movía los labios como si fuera hablando solo.

Primero ha salido del ascensor el hombre del perro.

—... pero me has hecho volver a mi adolescencia —va murmurando Ortuño. Su fórmula mágica para ligar. La oración más eficaz—. Paf. Un flechazo. ¿Te molesto? ¿Eres liberal o más bien reprimida? ¿Tienes novio? Es que me han entrado unas prisas que no es normal, una necesidad. Una descarga de feromonas. Yo es que soy de sexo fácil, ¿y tú?

Llega al rellano y aproxima la oreja a la puerta. ¿Llama o no llama? A través de la hoja de madera, oye la voz de Leire:

—¡No, Abduh! ¡No! ¡Escucha!

Abduh está en el interior.

Y la voz de Abduh:

—Basta, Leire...

Y Leire, suplicando:

—¡Abduh! ¡Por favor!

Ortuño pasa la muleta a la mano izquierda y, en precario equilibrio, extrae la pistola de la funda, le quita el seguro y dispara contra el cerrojo.

La primera explosión llena el vacío de la escalera con mil ecos, rompe el diálogo del interior del piso y es el pistoletazo de salida de una carrera que ya no se puede parar.

Ortuño carga de hombro, cede la puerta con estrépito de piezas metálicas rebotando por el suelo, y el inspector se encuentra en un largo pasillo en penumbra con el arma caliente y dispuesta a continuar disparando. Al fondo hay luz.

—¡Aguanta, Leire! ¡Ya voy!

Tira la muleta, y si le duele la rodilla, que duela. Corre por el pasillo adelante, sintiendo que se está destrozando las piernas.

La pantalla del ordenador está encendida, pero Ortuño no se fija en lo que se representa en ella. Tampoco se fija en que Leire es una silueta negra sentada en primer término. Solo tiene ojos para la figura humana que hay al fondo de la sala de estar, perfilándose contra la luz crepuscular de la ventana, una persona de cráneo rapado y cazadora de cuero paralizada en un gesto agresivo. Paralizada probablemente por la irrupción providencial del policía.

Que dispara.

Es Abduh, el terrorista, el asesino, y Ortuño ha llegado a tiempo de salvar a Leire.

Ortuño dispara, sin pensar dispara, sin dudar dispara, y estalla el cristal de la ventana y se deforma el marco de la ventana, y se tambalea el estante de los libros entre una nube de confeti, y se hace añicos una cerámica de Granada, y por fin le revienta la cabeza al maniquí vestido de Sandunga Hard.

Leire está chillando. Las detonaciones llenan el piso como la ola

expansiva de una carga de dinamita. Seis disparos y después silencio y una especie de silbido en los oídos junto con el aullido desgarrador de Leire, que se prolonga lo bastante como para dejar claro que no ha sido herida.

El recuerdo de las detonaciones continúa ensordeciéndolos cuando ya solo reina el grito mezclado con respiraciones agitadas.

Basta un parpadeo para que ante Ortuño se abra otro mundo. Los ojos redondos e ingenuos de Abduh están en la pantalla del ordenador, porque Leire y el moro estaban hablando por Skype.

Estaban hablando por Skype.

Se encienden las luces y ahora puede verse que el fantasma negro de la ventana era el maniquí vestido de Sandunga Hard, ahora decapitado, y Leire, la Leire de verdad, corta en seco el chillido y toma aire con un sollozo sonoro y tartamudeando para volver a gritar, ahora midiendo mucho sus palabras:

—¡Eres un asesino! ¡Un malnacido! ¡Un hijo de puta!

Ortuño se sorprende encañonándola con la Star 30M 9 mm, a punto de apretar el gatillo, a punto de reventarle la cabeza como ha hecho con el muñeco.

Y le invade una pena inmensa, como si le acabaran de notificar el fin del mundo, como si acabara de enterarse de que, de ahora en adelante, no se va a realizar ninguna de las ilusiones que se haya podido hacer en su existencia, ninguna de las esperanzas que haya podido depositar en esta relación. Nunca habría imaginado que Leire llegaría a ser tan importante para él. Charo nunca ha sido tan importante para él. Charo borracha y estúpida. Qué gran pérdida de tiempo.

El suelo se hunde bajo sus pies y se le ablanda la expresión del rostro de hombre intransigente.

Pierde el mundo de vista.

—¡Eres un asesino! ¡Un malnacido! ¡Un hijo de puta!

No sabe qué decir.

—Leire, bonita, amor mío, me tienes deslumbrado. ¿Te han dicho alguna vez que eres irresistible?

Ortuño baja la pistola, que queda flácida, apuntando al suelo. Las piernas ya no le aguantan. Le duele la rodilla.

—¡Has entrado disparando como un loco asesino!

—Es tu boca, o son tus ojos, tu manera de mirar, no sé...

—¡Podrías haberme matado!

—... pero me has hecho volver a mi adolescencia. Paf. Un flechazo.

Derrotado, acaricia la pistola como si fuera el talismán que tiene que concederle el deseo de cambiarlo todo de repente. Que nada sea como es.

—¿Quién coño te has creído que eres?

—¿... Te molesto? ¿Eres liberal o más bien reprimida? ¿Tienes novio? Es que me han entrado unas prisas que no es normal.

—¡Asesino! ¡Violador de mierda!

Él está murmurando la plegaria del seductor sin entonación y sin sentido, hasta que lo gana la furia. ¿Violador? No. De ninguna de las maneras. Eso sí que no lo va a permitir. Basta.

—¡No soy un violador! ¡Tú te dejaste, me provocaste! ¡Me trajiste a tu casa y me incitaste!

—¡Violador!

—¡Tú querías hacerlo! ¡Y el moro vio que te lo pasabas de maravilla conmigo! ¡Por eso te ha querido matar!

Cuando se enfurece, la pistola vuelve a ser peligrosa.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—¡Ha echado la puerta abajo!

—¡Tú has echado la puerta abajo!

—¡Sí! Cuando he llegado, he visto la puerta reventada...

—¡Estás loco!

—... Y he visto esta cosa y me ha parecido que te estaba amenazando.

La Star 30M 9 mm ahora es un talismán cargado con una maldición letal.

De la escalera llega un ruido que interrumpe a Ortuño y lo paraliza. Viene alguien, o alguien puede venir, y lo va a encontrar amenazando a Leire, su amor, su contraformista.

Lo atenaza una vergüenza inmensa, arrasadora, que lo abocará al llanto de un momento a otro. Y, para ahorrarse el trago, el inspector Ortuño da media vuelta y huye tan deprisa como le permite su rodilla lisiada. Recoge la muleta en el pasillo y sale al rellano, donde no encuentra a ningún mirón y en cambio lo está esperando el ascensor.

En la calle, un taxi providencial lo llevará a su casa, y allí se sentará a

esperar que sus compañeros vengan a buscarlo. No los Mossos. La denuncia es contra un inspector del Cuerpo Nacional de Policía y al juez de guardia le parece mejor que sean sus colegas los que se encarguen de su caso.

¿Denuncia por violación e intento de asesinato?

La violación sucedió hace días, y la víctima no puso denuncia alguna en su momento, ni fue a hacerse una revisión médica, ni puede aportar ningún documento ni testigo ni prueba de su acusación. ¿E intento de asesinato? La persona que entró en el apartamento se encontró a menos de dos metros de Leire Alfaro. Es verdad que disparó seis balas, pero hacia el otro extremo de la estancia, contra un maniquí. A eso no se le puede llamar intento de asesinato. Y aún habría que demostrar que era Santiago Ortuño quien irrumpió en el piso a tiros.

El abogado defensor del inspector Ortuño alega algo así como que el acusado en ningún momento disparó contra Leire Alfaro, sino hacia el otro extremo de la habitación, que estaba ofuscado por un trastorno mental transitorio y que, además, no podía encontrarse en el apartamento de Leire Alfaro porque en aquel momento estaba al otro lado de la ciudad en compañía de tres compañeros del cuerpo, formando parte del operativo antiterrorista que conmovió a la ciudad.

El juez lo acepta y lo suelta por falta de pruebas.

Es verdad que los proyectiles que encontraron los mossos incrustados en la pared del piso correspondían a la pistola Star 30M 9 mm que consta como arma reglamentaria propiedad de Santiago Ortuño, pero lamentablemente el inspector Ortuño hace tiempo que no usa esa pistola y se extraña de que no esté en el cajón de su estudio, y, además, se han detectado unas irregularidades en la cadena de custodia del arma que invalidan proyectiles y cartuchos como prueba fehaciente.

\* \* \*

El que ha llamado abajo es el hombre de la gorra de cuadros y abrigo azul que Ortuño ha visto entrar y ha confundido con Abduh.

Otro policía que acude al piso de Pilarín, que tiene que ser uno de los puntos de control de la Operación Diógenes en la Rama Raval.

Entra en el apartamento y se extraña de la presencia de Mahfoud

encorvado y vencido en el sofá y del joven Omar con la cabeza vendada y un ojo tapado. No los conoce, no los esperaba, no tendrían que estar aquí. Su mirada severa hace responsable de ello a Pilarín, que le debe explicaciones. Se van a hablar aparte.

El mosso de uniforme está más interesado por su reloj y por lo que se ve desde la ventana que por los dos magrebíes, que ahora parece que tienen cosas que decirse. Omar se ha agachado para hablar con su hermano mayor, que se mantiene inmóvil, cabizbajo, con los ojos cerrados, la viva imagen del hombre que se abandona a la muerte.

—Mahfoud: te he traído aquí para apartarte...

La voz del hermano pequeño tiene el efecto de un rayo en el cuerpo sin vida de Mahfoud. Al oír las primeras sílabas, abre los ojos como el monstruo que cobra vida galvanizado por la rabia, la frustración, la humillación, la vergüenza, y salta adelante como la fiera que ve un único resquicio por donde huir de la muerte. Pega un manotazo al rostro de Omar, que cae de espaldas al suelo. El único resquicio para huir de aquí es el cuchillo que Pilarín ha dejado sobre la mesa.

Mahfoud lo agarra.

El policía de uniforme ya reacciona desenfundando la pistola. El piso se llena de gritos.

—¡Alto, alto, quieto!

El mayor de los Al-Amrani, el hijo de Naima y hermano de Omar, gira enloquecido como una peonza, buscando la salida, y cuando arranca su carrera, se encuentra con Pilarín y el recién llegado de la gorra de cuadros.

—¡Alto! ¡Quieto! ¡Suelta el cuchillo!

La hoja de quince centímetros desaparece en el cuerpo de Pilarín, que, antes de darse cuenta, envía los nudillos de su mano derecha a la frente del atacante, en un puñetazo que lo fulmina.

Mahfoud cae de espaldas, aturdido. Y los dos policías dedican su atención antes a él que a la mujer que se tambalea. El de uniforme y el de la gorra de cuadros lo inmovilizan, le ponen las esposas, se aseguran de que el peligro está neutralizado antes de volverse hacia su compañera, preguntarle si se encuentra bien y comprobar que ya no se aguanta en pie, que se tiene que apoyar en el marco de la puerta por donde quería huir el magrebí, que trata inútilmente de taparse la herida con la mano izquierda para impedir que la

sangre brote con aquella espantosa profusión.

—¡Pilarín!

Omar, todavía en el suelo, la mira con su ojo desorbitado y de pronto empañado por una lágrima que borra el mundo, una lágrima donde se disuelve la sura de paz y amor escrita en árabe para que Pilarín la descifrara. Es la evidencia de que nunca más tendrá la oportunidad de decirle que la ama, la constancia de que hoy es el día del fin del mundo. No habrá mañana, no habrá Día de los Enamorados ni tendrá que comprar el collar, la cadenita y el colgante, bah, total, un detalle sin importancia.

Pilarín ha caído al suelo, el hombre de la gorra de cuadros llama pidiendo asistencia médica urgente mientras el uniformado practica a su compañera los primeros auxilios; ella trata de mantener la serenidad, pero parece adormilarse; Omar llora bajo la mirada rabiosa de su hermano mayor, que lo hace culpable de todo.

Se producen una serie de detonaciones en algún lugar del inmueble, sí, tal vez sí, muchos disparos, pero estos policías del sexto piso no los oyen, o no se dan cuenta de que son disparos de pistola, o, en todo caso, reaccionarán tarde.

Y cuando alguno de ellos llegue a encontrar el piso donde se han producido, encontrará a Leire sola, pálida y desconsolada, otro final de historia, en el mismo tiempo y en la misma escalera, de esos finales que dejan huella para el resto de la vida.

# X

## BIS

A las veinte horas en punto, las dos unidades de Grupos Especiales de Intervención que rodean la manzana donde se encuentran la tienda de Suministros Balaguer y la sede central del Núcleo Árabe Antirracista, y los agentes desplegados en la Rama Raval reciben por radio un primer toque de alerta y se ponen en guardia.

—Un cuarto, compañeros.

En quince minutos se pondrán en acción.

En el Raval, la actuación de los Mossos ha sido muy diferente de la que el viernes conmocionó la calle.

A lo largo del día, un equipo de vigilancia de catorce mossos se las ha ingeniado para mantener perfectamente controladas a las personas a neutralizar. A través de la cámara de la farola, desde el piso de Pilarín con prismáticos, desde una mesa del bar de Juanito Maderas. Eran el hombre taciturno y mal vestido que contemplaba de lejos a las prostitutas con ojos de qué más quisiera; y la mujer que empujaba el cochecito de niño; y la pareja de turistas despistados que todo les hacía gracia y todo lo fotografiaban; y la chica de la bicicleta; y la mujer del carro de la compra; y los dos amigos que hacía tiempo que no se veían e iban a celebrar su reencuentro en este barrio, en esta calle, donde se estrenaron cuando eran adolescentes. Todos agentes de paisano que observaban e informaban, proporcionando datos para poder construir la estrategia más adecuada.

Tres objetivos perfectamente controlados. Alí y Adnan Shaddad de Reparaciones del Hogar y Nassib *el Moro* del locutorio.

En el locutorio se han ido alternando agentes como clientes de esos que se eternizan ante una pantalla. Han podido certificar que Nassib estaba distraído, como ausente, nada alerta como debería estar un experimentado terrorista en el momento más importante de su misión. A primera hora de la tarde, ha recibido la visita de un argentino borracho obsesionado por la explosión del Park Güell. Era el típico generador de teorías de la conspiración, y hablaba de un atentado terrorista abortado por la policía y silenciado para no interferir en el resultado de las elecciones, como sucedió en el 2004 y las elecciones generales que perdió Aznar. Nassib *el Moro* lo ha escuchado con la indiferencia de alguien profundamente aburrido por el tema. «No me interesan ni los atentados ni las votaciones», ha dicho, después de un rato de escuchar.

Los Shaddad, en la tienda de enfrente, también parecía que tenían la cabeza en otro lado. Según una pareja de mossos que han entrado durante el día haciéndose pasar por clientes que pedían presupuesto para remodelar una cocina, tanto ellos como el Moro del locutorio hacían pensar en el que ha tirado un petardo de gran potencia en medio de una boda de alta sociedad y disimulan mientras el petardo no explota, y continúan haciendo como si nada y el petardo continúa sin estallar, y no se sabe cuándo tienen que resignarse y no saben cómo se deja de hacer eso de hacer como si nada si no es no haciendo nada.

En cualquier momento, a lo largo de la jornada, se los podría haber detenido sin darles la oportunidad de acercarse a nada que se pareciera a un arma o a un paquete explosivo. Se podría decir que estaban absolutamente confiados. Ningún comportamiento sospechoso ni extraño.

Es un estado de enervamiento en el sentido auténtico de la palabra, que significa la pérdida del vigor y el nervio.

Es el estado de parálisis expectante de quienes oyen el silbido penetrante de la bomba que cae cortando el aire y saben que va a estallar de un momento al otro.

El cataclismo esperado llega de la manera más inesperada. No hay un *déjà-vu* de furgonetas cortando la calle y *robocops* de negro reventando puertas.

A las veinte horas y quince, hay gente normal que entra en el locutorio con gesto relajado como si se dispusieran a visitar alguna página de Internet o de enviar un email; gente normal que abre la puerta de Reparaciones del Hogar y

baja los tres escalones con cuidado de no caerse, y de repente ponen cara de policías, muestran acreditaciones de policías y esposan a los tres sospechosos como lo hacen los policías.

Tanto en un lugar como en el otro, uno de los que aparentaban ser clientes era, en realidad, letrado de juzgados para levantar acta de la correcta actuación policial.

Sin llamar, sin crispaciones, que no son necesarias porque ni Nassib *el Moro*, ni Adnan ni Alí Shaddad ofrecen ningún tipo de resistencia.

Después de esto, sí: vehículos de la científica y de los Tedax y legiones de agentes para registrar a fondo los dos establecimientos. En el locutorio de Nassib no encontrarán nada. En Reparaciones del Hogar, únicamente indicios de que en el armario escondido detrás de los contadores de la luz, en algún momento ha habido peróxido de acetona, también conocido como triperóxido de triacetona, peroxiacetona o TATP.

\* \* \*

Los GEI que intervendrán en la rambla del Cazador de Nou Barris están metidos con sus furgonetas en el último rincón del último piso subterráneo de un aparcamiento público que se encuentra en una calle adyacente. Dos agentes con monos que los identifican como trabajadores del parking están desde primera hora de la mañana en la cabina de la entrada controlando los vehículos que entran y salen, conscientes de que la rampa que sube a pisos superiores comunica a través de unas aperturas con la parte posterior del almacén de Suministros Balaguer.

Los técnicos consideran probable que el TATP utilizado esta mañana en el Park Güell haya sido fabricado aquí porque del almacén posterior llega un fuerte olor de ácido sulfúrico.

Con la primera llamada, se movilizan los veinticuatro agentes del GEI equipados con subfusiles HK MP5 de 9 × 19 mm Parabellum, pistolas HK P30 L del mismo calibre, cascos, gafas de protección y visión nocturna, chalecos antibalas, arietes para reventar puertas y escudos blindados. Seis se dirigen a las ventanas que se abren al almacén de los Balaguer. El resto van hacia la puerta que da a la calle.

En los edificios de los alrededores, un montón de agentes transmiten

novedades con los ojos fijos en pantallas que reciben imágenes de siete cámaras distribuidas en diferentes puntos de la calle y en dos drones disfrazados de palomas que hace rato que sobrevuelan la zona.

Tienen constancia de que en las dependencias del Núcleo Árabe Antirracista están reunidos desde la medianoche pasada el viejo Alí Zarhun, el imán Ihab El-Taweel, los hermanos Balaguer —dos hombres y una mujer captados por el Estado Islámico—, una mujer mayor que acompaña a Zarhun y dos individuos identificados como terroristas buscados por las policías de unos cuantos países europeos. Ocho personas que en toda la jornada no se han movido de este piso, que sin duda deben de estar alerta al constatar que el gran atentado que tenía que producirse no se ha producido, que pueden estar en posesión de una cantidad indeterminada de explosivos y tal vez armas de fuego, y que son potencialmente muy peligrosas.

Durante el día, con absoluta discreción, los Mossos se han dedicado a conectar con los demás vecinos de la finca para comunicarles que, a partir del mediodía, debían abandonar los pisos para ir a pernoctar a casa de amigos o parientes o a segundas residencias. No se lo dicen, pero hay peligro de que las personas objetivo de esta acción dispongan de explosivos y la policía debe procurar que, si los detonan, no haya más víctimas que aquellas que hayan elegido serlo.

A las veintiuna horas y quince minutos, cuando ya existe la seguridad absoluta de que han cerrado todos los colegios electorales, el intendente Monrovi, jefe de la Unidad de Información de Mossos, desde una sala llena de pantallas que reflejan sus objetivos desde diez perspectivas diferentes, da la orden de inicio del operativo:

—Atención a todas las unidades. ¿Me copian?

Recibe mensajes de los jefes de unidades que actuarán en la Rama Nou Barris y en la Rama Raval.

Todos lo copian.

Finalmente:

—Jaque mate.

Y, antes de que Monrovi pronuncie la sílaba «te» de «jaque mate», se conectan tres inhibidores de frecuencia que desactivan todas las terminales de telefonía móvil de la zona.

Si alguno de los yihadistas encerrados en el primer piso del edificio

pensaba accionar su móvil para hacer que todo saltara por los aires, y lo ha hecho, no le ha servido para nada.

Al mismo tiempo, el dedo índice de un tirador acciona el gatillo de un lanzador de 40 mm que dispara una granada de gas OC.

La granada rompe el cristal de la ventana más grande de la sede del Núcleo y estalla con un fogonazo que coincide con la oscuridad absoluta del edificio, como si fuera la causa.

Los veinticuatro miembros de los Grupos Especiales de Intervención se despliegan por la calle, a una distancia prudencial de la sede de los terroristas.

El tirador ha cargado de nuevo el arma y dispara una segunda granada de gas OC contra la segunda ventana, correspondiente al despacho principal. Se produce otra rotura de cristales, un relámpago estridente y la consiguiente humareda que llena el aposento.

Pasan segundos cargados de amenaza.

Es ahora cuando se puede producir la gran explosión.

Los inhibidores impiden que se provoque una deflagración a través de los móviles, pero alguien puede todavía agarrar un paquete de explosivo y tirarlo al suelo. Tratándose de TATP, con un impacto bastaría para hacer que el edificio saltara por los aires.

—Allí —dice alguien.

Se refiere a una de las pantallas. Muestra la ventana del despacho principal. Alguien rompe el cristal proyectando hacia el exterior un sillón giratorio que cae sobre el techo de un vehículo aparcado en la acera y, a continuación, sale volando un hombre con revuelo de chilaba y grito de suicida. Cae mal sobre el mismo coche que la butaca, rueda sobre sí mismo y va a parar violentamente a la calzada.

Cuando empieza a levantarse, con dificultad porque el golpe lo ha lesionado, tres policías se dedican a él desde la distancia de la otra acera. Le hablan con un megáfono y lo encañonan con los HK G36C, que ponen tres puntos de luz roja sobre su chilaba:

—¡Muestre las manos! ¡Las manos! ¡Levante las manos y muestre las palmas! —Lo dicen en castellano y uno de ellos lo repite en árabe.

Tienen que asegurarse de que no lleva ningún interruptor en la mano, pero lo cierto es que si llevase un poco de carga de TATP encima, ya habría

estallado con el impacto de la caída. O sea, que no tienen nada que temer por este lado, pero el protocolo es el protocolo y nunca se toman suficientes precauciones.

El personaje de la chilaba no se puede levantar del suelo, parece que se ha roto una pierna con la caída. Se retuerce y se esfuerza en mostrar las palmas de las manos.

—¡Boca abajo! —le indican—. ¡Boca abajo!

Y él se amorra al asfalto, resignado, y mantiene los brazos en cruz.

Enseguida se abre el portal, que es estrecho y modesto, y por él salen corriendo tres personas abrazadas. Van vestidas a la moda occidental. Son Marisa, Arturo y Sancho Balaguer, asustados, los dos hombres rodeando y protegiendo a la hermana pequeña.

—¡Quietos, quietos, quietos! —grita el megáfono.

Es otro instante de peligro extremo. Los policías no pueden saber si aquella carrera es un ataque en toda regla, la pretensión de cubrir la distancia que los separa de la policía antes de detonar un chaleco explosivo; o si es una fuga de la deflagración de todo el edificio que está a punto de producirse. Una zancada más y es probable que alguien les dispare a las piernas. Y si alguien se atreve a apretar el gatillo, puede ser que a otro agente lo ciegue el pánico y también dispare y se produzca un tiroteo que nadie desea.

En la Central, ante las pantallas, el intendente Monrovi grita: «¡No!».

Afortunadamente, cuando los hermanos Balaguer tienen que pasar entre dos coches aparcados, chocan entre ellos, se detienen y comprenden la situación y levantan las manos. De paso, se rompe el abrazo y se distancian los unos de los otros. Y, puesto que hay ya un yihadista en el suelo de la calzada boca abajo, a estos tres les indican que hagan lo mismo.

—¡Al suelo! Boca abajo. ¡Y enseñad las manos! ¡Enseñad las manos!

A continuación, aparece un guerrero sirio de cabeza afeitada, que lleva en brazos a la mujer de las gafas de culo de vaso, aquella que le dio una rosa amarilla a Leire.

Se repiten los gritos de los agentes por el megáfono, el sirio deposita a la mujer miope en el suelo, con mucho cuidado, y los dos obedecen despacio. Cada movimiento que hacen puede esconder la mínima flexión del pulgar que active un interruptor. Ningún agente de policía tiene que acercarse a ellos. De momento, son culpables aunque se empeñen en demostrar lo contrario. Puntos

de luz rojos indicando el lugar que perforará la bala a la primera imprudencia, en el cuerpo del peligroso sirio pero también en el cuerpo de la mujer mayor, frágil y tierna.

—¡Suelte a la mujer! ¡Y muestre las manos! ¡O disparamos! ¡Un paso más y disparamos! ¡Al suelo! ¡Los dos! ¡En el suelo y boca abajo!

En el suelo, boca abajo, aunque la mujer tenga algún problema en las rodillas, probablemente artritis, y tenga que ayudarla el guerrero y tarden un poco más. En el suelo, boca abajo.

A continuación, sale Alí Zarhun, majestuosamente, con los brazos levantados y mostrando las palmas como si estuviera pidiendo una aclamación, o el silencio de las multitudes a quienes quisiera dirigir unas palabras. El vencido que quiere mantener intacta su dignidad.

—¡Al suelo! ¡Al suelo y boca abajo o disparamos!

La dignidad tiene que ir por los suelos. Son exigencias de seguridad, consecuencia de incidentes que en todo el mundo han provocado muchas víctimas. Ancianos, niños, hombres y mujeres que un día no dudaron en sacrificarse para sacrificar al mismo tiempo a cualquier persona que pasara cerca. Ellos tienen el consuelo de un Paraíso prometido con no sé cuántas vírgenes y otras ventajas espléndidas, pero los que se llevaron con ellos no estaban tan convencidos de eso y, en la elección, habrían optado por quedarse con las pequeñas miserias de cada día. Todos los policías presentes, con los fusiles encarados, tienen claro que, puestos a elegir, matarán antes de morir.

El muchacho de la chilaba, que se mueve sollozando de miedo, de dolor y de rabia porque se ha roto la pierna; los hermanos Balaguer; el guerrero sirio y la mujer mayor, y el viejo Zarhun de larga barba. Son siete.

Falta uno.

En el aparcamiento, las seis linternas que los agentes llevan incorporadas a los cascos localizan movimiento en las ventanas que se abren al almacén de los hermanos Balaguer. Alerta. Estrépito metálico de armas introduciendo cartuchos en la recámara. Seis puntos de luz confluyen en una de las ventanas donde aparece, gateando sobre el techo de un camión aparcado al otro lado, el imán El-Taweel con una pistola en la mano.

Intentaba huir por la parte de atrás.

Gritos de «¡suelta el arma!, ¡suelta el arma!».

Está muy asustado y no parece peligroso. Tira la pistola hacia el interior

del aparcamiento y se introduce muy torpemente por la ventana, poniéndose en manos de los agentes, que lo atrapan y lo arrastran hacia ellos. El imán se ha soltado, que significa que libera sus esfínteres como si fuera incapaz de trajar tanta carga ni un minuto más, y, mojado y apestoso, se abandona a los policías, que lo dejan caer en medio de la rampa. No los puede ayudar porque no tiene el control de su cuerpo ni de sus extremidades. Es un hombre cagado, meado y sacudido por los sollozos del llanto absoluto.

—¡Aquí tenemos a uno! Va armado con una pistola. Lo detenemos. ¡Neutralizado!

El-Taweel confesará hablando muy deprisa, atropelladamente y con el poco dominio que tiene del castellano, de manera que no se entiende mucho lo que dice:

—No soy un «Morituri te salutant» —dice, con los restos de su retórica de predicador—. No soy gladiador dispuesto a morir, no soy un soldado, soy religioso, yo me quería entregar para colaborar con ustedes. Yo me quería entregar para colaborar con la policía.

Todavía no ha pasado el peligro, porque todavía pueden esconder alguna trampa en sus cuerpos, cuando los policías vayan a ponerles las esposas; o algún dispositivo en el apartamento, cuando abran la puerta y acaso tensen un cordel que provoque no se sabe qué reacciones en cadena; pero actuarán con mucho cuidado, siguiendo unas precauciones ensayadas mil veces, y todo termina bien, como esperaban, y los agentes que ahora parecen superhéroes siniestros esta noche podrán volver con sus familias, sus amigos, sus parejas, que siempre imaginarán estos hechos como se enseñan en las películas y, por lo tanto, no se los van a creer porque es bien sabido que la ficción siempre va más allá que la realidad.

Al intendente Monrovi se le ve muy satisfecho por el trabajo que ha hecho.

\* \* \*

Leire se pone en contacto conmigo porque fui el mosso que le dio la tarjeta con las palabras clásicas: «Si se le ocurre algo que le parece que nos ha de interesar, telefonéeme a este número, por favor».

Ahora me llama no por algo que nos pueda interesar a nosotros, sino por algo que le interesa a ella.

Se ha enterado de que ya hemos detenido a la persona que contrató al sicario que asesinó a Santi Ortuño, y no se lo puede creer. No se lo quiere creer.

Podría haberla convocado a mi despacho de la comisaría de Les Corts, pero no lo hago. No sé por qué, supongo que influye que sea una cantante cada día más famosa y que me gusta especialmente. Prefiero aprovechar el descanso de media mañana y llevarla a uno de los bares que hay en el centro comercial de L'Illa Diagonal, que está al lado. Preparan unas flautas de ibérico excepcionales, y me pido una, con agua fresca. Ella no quiere tomar nada. No tiene hambre. Está enfurecida, veo claro que no tendrá ningún inconveniente en montarme un follón en aquel establecimiento público y enseguida me arrepiento de no haberla mantenido encerrada en la discreción de mi despacho.

Hay unas normas y, si te las saltas, enseguida compruebas que tienen un sentido.

—¿Leonardo Zardoy? —dice incrédula. Y yo le digo que sí, que sí, señora, Leonardo Zardoy—. ¿Leonardo Leo? ¿Mi Leonardo Leo? ¿Mi representante? ¿Leonardo Leo Corasón? ¿Leonardo Zardoy? —Yo voy haciendo que sí con la cabeza, que sí, que sí—. Imposible. ¿En qué se basan? ¿Me puede decir en qué se basan para acusarlo a él?

Trato de explicarle que tenemos pruebas acumuladas después de mucho tiempo de trabajo, de viajes, conversaciones, interrogatorios y diferentes cálculos que al magistrado que instruye el caso le han parecido suficientemente plausibles.

Leire Alfaro no me puede escuchar.

—Pero ¿por qué se supone que lo habría hecho?

—Ortuño la había violado a usted, y usted estaba muy afectada. Y no parecía que la justicia estuviera dispuesta a castigar a Ortuño... —Un policía justificando una inducción al asesinato.

—¿Por qué lo habría hecho? ¿Para vengarme? ¿Porque Ortuño me había violado? Pero, escúcheme, si yo a Leo le importo una mierda. Si no me hace caso. Si no me quiere, no me dirige la palabra, no quiere saber nada de mí... ¿Quiere usted saber qué nos paga, al grupo, por concierto? No se lo digo porque me da vergüenza. Si todas las pruebas que tiene se resumen a que Leo está enamorado de mí, tengo que decirle que está muy equivocado y que los

Mossos usan unos protocolos de mierda.

Debe de tener presente aquel día que Leonardo Zardoy le soltó aquello que me contó Pep López, el guitarrista: «No me persigas más, entre tú y yo no va a pasar nada, tú eres como una hermana para mí; a la próxima te echo». Aquella época en que se sintió fea y despreciable.

Cuando se toma un respiro y puedo meter baza, le hago notar que, después de ser agredida por Ortuño, al verla tan trastornada, Leonardo Zardoy le consiguió un concierto de Fin de Año en Italia, que no es precisamente una empresa sencilla; y cuando Leire desapareció de Viareggio por Carnaval, Leonardo, su Leonardo Leo, se fue personalmente a Italia para buscarla. Sin embargo, no eran esos los datos que nos hacían creer en la culpabilidad de Leonardo Leo Corasón Zardoy, aunque tengo que reconocer que estuvieron en el origen de nuestras sospechas. El primero que nos había puesto sobre la pista firme fue Valerio Belgrano, el propietario de una heladería de la calle Pepe Rubianes que había acogido al asesino y le había proporcionado un coche de alquiler. Nunca reveló quién lo llamó desde Italia para darle las órdenes pertinentes, pero, pillado en unas cuantas contradicciones, no tuvo inconveniente en acabar confesando que Leonardo Zardoy en persona le había dado en mano los veinte mil euros que se dedicaron al asunto de Luca Torelli. Diez mil euros fueron para Belgrano, que consiguió la pistola y el coche, y para compensarle las molestias, y diez mil para pagar los servicios del asesino.

Luego, ayudados por la policía italiana, pudimos comprobar que Leonardo Zardoy, después de excusarse con *il signore* Fenoglio de Viareggio, se trasladó a Milán, donde mantuvo unas cuantas reuniones que confirman la preparación de los hechos.

Mientras me escucha, a Leire Alfaro se le ponen ojitos redondos de Betty Boop, se le ablanda el rostro y se le pone boca de pescado. Se le aflojan los músculos y se descompone. Solloza en silencio y con la mirada busca algún tipo de lógica por encima de la mesa.

Su vida acaba de dar un giro inesperado. Hasta ahora, estaba convencida de que había vivido un conflicto entre dos hombres: Abduh y Ortuño. Y, de repente, resulta que eran tres. Inevitablemente, vuelven a su mente los poemas y los dibujos que había tenido pegados en la puerta del frigorífico y quizás un día de estos se dirá —al menos yo me lo digo— que, si Abduh era el

Espantapájaros y Ortuño el León Cobarde, Leonardo Leo Corasón tenía que ser el Hombre de Lata, aquel personaje que parecía que no tuviera corazón.

—Pero si me dijo... —protesta Leire, secándose las lágrimas con la servilleta de papel.

—Se dicen tantas cosas de las que después nos arrepentimos...

—Pero si nos paga una miseria... ¿Cómo puede decir que me quiere pagándome lo que me paga?

—Es un empresario. Neoliberal. Esto forma parte de su trabajo y no quiere mezclar trabajo y sentimientos. Paga el precio de mercado porque esas son sus reglas del juego.

—Es un miserable.

Caen lágrimas indiscretas mejillas abajo.

A todo esto, Santiago Ortuño va quedando relegado al cajón del olvido. La indignación que provocaron sus actos dio protagonismo a Abduh, y la ausencia fue idealizando la figura del iraquí, volviéndolo incorpóreo hasta que se convirtió en uno de esos fantasmas que solo aparecen de vez en cuando, cuando la meteorología y el estado de ánimo lo propician. Ahora, Leonardo Zardoy, el contradictorio, tarambana e inoportuno Leonardo Leo Corasón ocupará el lugar de los otros dos en las fantasías de Leire Alfaro.

Yo, a veces, aún pienso en Santi Ortuño. Durante la investigación de un asesinato, tenemos que darle tantas vueltas a la vida de la víctima, buscando amistades y enemistades, filias y fobias, reconstruyendo sus actos inmediatos y remotos, que al final es como si la hubiéramos conocido personalmente. Dicen que el cadáver da mucha información a los forenses. Los policías, en cambio, tenemos que buscar y hacer preguntas, conocer a la gente que la víctima conocía, entender por qué odiaba a quien odiaba y amaba a quien amaba. Es inevitable sentirse un poco vinculado a ella durante un tiempo, incluso después de cerrar el caso.

A menudo me pregunto qué pensaba Santi Ortuño aquella mañana del sábado, 24 de febrero, cuando fue al espigón sin caña ni caja de anzuelos, plomos ni cebos, ni la cesta, ni el cubo de plástico. No iba con la intención de pescar.

A lo mejor su primera intención fue la de visitar el puticlub Berenice, pero no pudo entrar en él, o no quiso, y cuando ya había aparcado el coche, desvió sus pasos hacia el rompeolas donde solía ir a pescar.

El mar estaba revuelto, tan enfurecido como él, y batía violentamente contra los farallones, levantando explosiones de espuma y truenos como cañonazos. Lo estuvo mirando, hipnotizado, y en algún momento se preguntó qué pasaría si se dejaba caer al agua y no nadaba, si se hacía el muerto y se abandonaba al capricho del oleaje. Imaginó un nuevo ridículo, mojado como un pescado, chorreando agua de su traje empapado, dejando rastro de caracol. «¿Qué te ha pasado?» «Nada, que me he caído al mar.»

«¿Te has caído al mar, con esta tormenta, y no te has muerto? Eres un inútil, Santi. Eres un inútil, un adefesio infrahumano, una sabandija, alimaña, sanguijuela, ¿me estás oyendo, inútil?»

¿Eso era lo que pensaba?

¿Pensaba en Leire Alfaro?

A lo mejor pensaba en llamarla.

¿Qué le diría?

«¿Estás sola?»

¿«Espera, espera, nena, Leire, dame la oportunidad de explicarme, dame la oportunidad de pedirte perdón?»

Su corazón latía tan fuerte que le dificultaba la respiración, y una emoción desconocida lo estrangulaba, como un cepo de hierro ceñido al cuello.

«¿Leire? Me tienes deslumbrado. ¿Te han dicho alguna vez que eres irresistible? Es tu boca, o tus ojos, tu manera de mirar, no sé, pero me has hecho volver a mi adolescencia. Paf. Un flechazo. Es que me han entrado unas prisas que no es normal. Una necesidad. Una descarga de feromonas.»

Con la cabeza llena de Leire, y alimaña, y sanguijuela, y sabandija, y «que me perdone tu perro por compararlo contigo».

¿Acaso el oleaje impidió que oyera los pasos del asesino detrás de él?

¿O tal vez oyó los pasos, y supo que eran del asesino, y cerró los ojos resignado a lo que fuera que pudiera ocurrir?

Pam, una explosión inesperada.

Y fin.

La interrupción brusca de la muerte.

Desde entonces, he ido a unos cuantos conciertos de Leire Alfaro. Sandunga y los Rottweilers. Me gusta cómo canta.

En las primeras actuaciones que hizo en Barcelona, siempre terminaba

dedicando el último tema «a un león cobarde que no sabía querer y me arañó», y cantaba su versión de «Rata de dos patas». Ella y yo sabíamos que se la estaba dedicando a Santi Ortuño.

Pero, poco a poco, se ha ido diluyendo el rencor y ha abandonado aquel bis ya demasiado conocido.

Su segundo disco, que acaba de salir, se llama *Magozzz* y es una aproximación irreverente, salvaje y blasfema al mundo azucarado y cursi de *El mago de Oz*. Tiene un tema para Dorothy, un tema para el León Cobarde, un tema para el Espantapájaros y otro para el Hombre de Lata. Son todos muy buenos, y es notable el que dedica a la figura del Mago, impostor y sin más poder extraordinario que el sentido común, pero mi preferido es la versión que hace del «Over the Rainbow» con tan mala leche, una fuerza arrolladora y un entusiasmo solo comparables al «My Way» de Nina Simone.